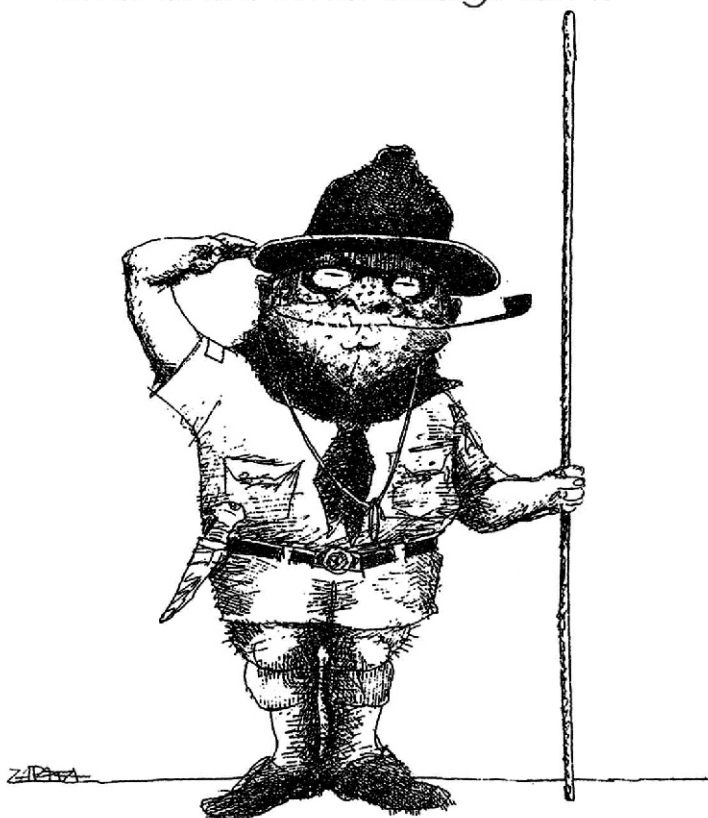


Antonio Ecarri Bolívar

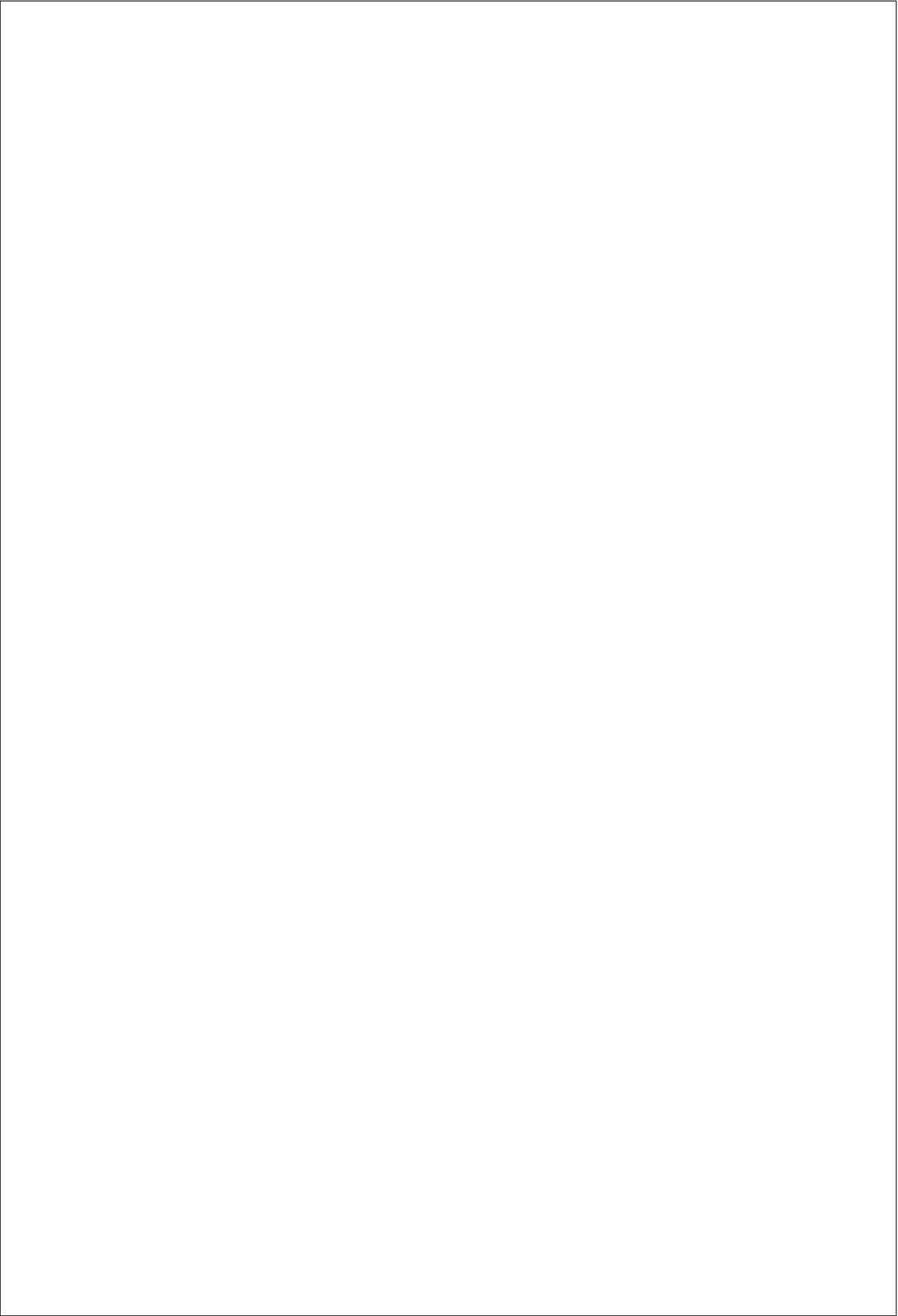
Conciudadano
BETANCOURT

Una entrevista imaginaria



¡Siempre listo!

IPAPEDI
54
1961-2015
¡Siempre Solidario!



Antonio Ecarri Bolívar

Conciudadano

BETANCOURT

Una entrevista imaginaria



**Título: Conciudadano BETANCOURT.
Una entrevista imaginaria.**

Autor: Antonio Ecarri Bolívar

Primera edición: abril 2015

ISBN:

Depósito legal:



Esta publicación fue editada por el autor con el apoyo del Programa de Asistencia y Financiamiento Académico del Instituto de Previsión Social del Personal Docente y de Investigación de la Universidad de Carabobo -IPAPEDI-.

© Todos los derechos reservados

Quedan prohibidos, dentro de los límites establecidos en la ley y bajo los apercibimientos legalmente previstos, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico o mecánico, el tratamiento informático, el alquiler o cualquier otra forma de cesión sin la autorización previa y por escrito del titular del copyright.

Ilustración de Portada: Pedro León Zapata

Diseño de portada: Trotsky Vargas

Autoedición: Luis García

Fotos: Cortesía de la División de Obras, Dirección de Archivo
Audiovisual de la Biblioteca Nacional de Venezuela.

Corrección: Guillermo Cerceau - Rosanna Álvarez - Luis García

Printed in Venezuela – Impreso en Venezuela

Abril de 2015



Dedicatoria:

*A los miles de mujeres y hombres de Venezuela
quienes, con firmeza en su militancia en AD
y a pesar de las inmensas dificultades que
han soportado en más de veinte años de oposición,
día tras día mantienen vivo el legado
de Rómulo Betancourt.*

*A Henry Ramos Allup quien ha liderado,
en duras condiciones sin precedentes,
al partido político Acción Democrática y coadyuva a
transmitir el pensamiento de Rómulo Betancourt,
en la teoría y en la praxis política cotidiana,
a pesar de las defecciones del oportunismo.*

Agradecimientos:

*A los profesores universitarios: Claudia Barroeta,
Fermín Conde, Luis García Henríquez,
y a Rosanna Álvarez B. y Guillermo Cerceau,
generosos orfebres de este trabajo.*

*A Mara Comerlati, viuda de Pedro León Zapata, quien
gentilmente, vía Miguel Henríque Otero, nos autorizó
utilizar la caricatura de Rómulo Betancourt, dibujada
por Pedro León, que ilustra la portada de este trabajo.
Confiábamos en ello, porque Mara conoce mejor que
nadie lo que opinaba de Zapata su hija Mariana:
“Su legado es el librepensamiento”.*

ÍNDICE

Dedicatoria.....	5
Agradecimientos.....	7
Índice	9
Prólogo.....	13
Introducción.....	17
Comencemos pues. Entorno de Betancourt durante su infancia	23
Formación religiosa: Ateísmo o Agnosticismo.....	27
Aparición de Gómez. Atisbo de ideas políticas. Querencia por el lar nativo	28
Llegada de un niño provinciano a la capital. Primeras amistades que lo marcaron para toda la vida.....	31
Preparativos para un carnaval que se convirtió en parteaguas de la historia	37
La aparición de Pío Tamayo un “viajado” que traía en sus alforjas el pensamiento marxista.....	40
Rómulo se deja de poesías y comienza a prepararse el tribuno político	43
Primer carcelazo	44
Del Cuartel del Cuño de Caracas al Castillo de Puerto Cabello	47
Primera aventura garibaldiana en búsqueda del poder	50
Primer exilio: Curazao. Primeros diferendos con los comunistas. Aventura del Falke.	53
Costa Rica. La camarada Valverde. ARDI. Plan de Barranquilla. Un viaje frustrado a la URSS.....	58
Muerte de Gómez. Deslinde definitivo con los comunistas. López Contreras: autocracia liberal. Segundo exilio: Chile.....	68
Un muchacho andaluz vino a buscar consejos en Pacairigua	78
ORVE y PDN como génesis de Acción Democrática	80
Relación con los socialistas y comunistas chilenos y de otros países	84

Participación en elecciones con un pañuelo en la nariz. Fundación de Acción Democrática. Contradicciones entre López y Medina.....	86
Recorriendo Venezuela para constituir un partido político nacional y de izquierda democrática	95
Los comunistas y su entente con los capitalistas aliados de la URSS.....	107
Nacimiento del PDV. Triunfo electoral medino-comunista	115
Medina gobierno nacionalista o entreguista. Contradicciones entre comunistas y López Contreras.....	121
Influencia internacional sobre la política de izquierda en Venezuela	123
Dificultades de oposición a los comunistas en la postguerra después del triunfo aliado contra el fascismo.....	126
La política del <i>big stick</i> y <i>our son of a bitch</i> de Truman. Análisis país por país de América Latina	130
Razones por las cuales AD no espera elecciones del 46 y prefiere participar en una asonada cívico-militar.	136
La paciencia del partido del pueblo buscando evitar la asonada militar	142
Diógenes Escalante y su inoportuna enfermedad da al traste con la transición democrática	144
Propuesta agónica de AD en busca de otro candidato consensuado. La inconsulta decisión de postular a Biaggini. Ruptura definitiva	150
El mitin de AD, el 17 de octubre, olía a pólvora	151
18 de octubre: un golpe cívico-militar se convierte en revolución.	153
Represión inicial de la dictadura solo contra AD.....	191
Un tiempo difícil. La década militar	192
¿Desavenencias y contradicciones entre la resistencia y el exilio? El plebiscito de 1957	200
El 23 de enero de 1958. Pacto de Puntofijo. Primeras elecciones democráticas después del 46	212
Primeras manifestaciones comunistas contra el gobierno democrático. Fidel Castro en Venezuela	222
El atentado. Cuando Trujillo quiso acabar con Betancourt y la democracia venezolana	230
Se rompe el pacto de Puntofijo con la salida de URD.....	234

~ Conciudadano Betancourt ~

Primera división de Acción Democrática. Nace el MIR.....	236
Los golpes militares. La alianza putchista del PCV y el MIR con militares. Nueva división adeca	238
La extradición de Marcos Pérez Jiménez.....	245
La presidencia de Leoni. La amplia base y su inconsistencia	247
Prieto y Paz Galarraga	256
Derrota de Barrios. Caldera presidente. AD primer partido.....	261
Betancourt renuncia a su segura candidatura y probable segunda presidencia por vía electoral. Triunfo de Carlos Andrés Pérez. AD vuelve al poder	263
Nacimiento del MAS y relaciones con sus dirigentes	267
Distanciamiento de su pupilo Carlos Andrés Pérez.....	270
Luis Piñerúa Ordaz candidato de Acción Democrática. Derrota de AD y sus consecuencias políticas	275
Betancourt se despide porque va a acompañar al presidente Luis Herrera Campíns a la ONU. Ambos asisten al Yankee Stadium	279
Hasta siempre	281
Bibliografía	285

PRÓLOGO

Para ponderar la significación de este encuentro humanizado con la trayectoria política y militante de Rómulo Betancourt que nos presenta el compañero Antonio Ecarri Bolívar, Vicepresidente de Acción Democrática, debo confesar que, al igual que él venimos de un proceso de dura resistencia, de oposición abierta al gobierno de Betancourt. No habíamos tenido tiempo de conocerlo; me correspondió integrar la delegación del CEN que debía acompañarlo desde Curazao a su regreso del exilio al país después del 23 de enero. Ese primer encuentro fue cordial, pero éramos ya una tendencia con la suficiencia de quienes ostentábamos las credenciales de diez años ininterrumpidos de resistencia clandestina. La prédica antibetancourista en el escenario clandestino inyectada desde afuera, unida a la ausencia de los altos dirigentes que estaban en el destierro, en las luchas de la resistencia, habían ido minando los sentimientos de una generación preñada de fervor combatiente, estimulados más tarde por el triunfo de la revolución cubana. Esa ruptura temprana puso a prueba la fortaleza, la experiencia y el talento estratégico de un líder que marcó la historia del Siglo XX venezolano.

El libro de Ecarri nos revela aspectos que ennoblecen la vida y la obra del padre de la Democracia en Venezuela. Me permito citar aquí de "*Conciudadano Betancourt*" aspectos humanos en la vida de Rómulo, no revelados por la crítica: "Por cierto no me canso de repetirlo, Virginia es la persona que me ha dado más satisfacciones en mi vida por ser una trabajadora incansable, es como una maquinista 'Singer', nunca para y todo lo que hace lo realiza con amor y fe por Venezuela. Le digo, con toda sinceridad, que Virginia es la única debilidad que confieso haber tenido en toda mi vida, por el amor paternal que siempre le he profesado y que ella me lo ha retribuido con creces. Ahora se han unido a ese afecto el de mis nietos, con quienes compenso el amor paternal que quizás le faltó a Virginia, cuando niña, debido a mi vida tan azarosa".

El estilo sencillo y ameno y el rigor de los contenidos formulados por el líder dan a la obra una connotación especial, como un manual de aproximación para la militancia en el conocimiento de

su fundador, nos ofrecen estas páginas una exacta interpretación y análisis de la realidad política y socioeconómica del país de entonces y que se pueden aplicar al de hoy: “(...) porque lo cierto, lo terriblemente cierto, es que aquí faltaba leche, carne, cereales, legumbres, frutas, productos agrícolas o pecuarios exportables; y nos estábamos acercando al trágico momento en que económicamente fuésemos una factoría petrolera, semicolonias, tutorizada (sic) por las finanzas agresivas de EE.UU e Inglaterra”. En otro momento, al dibujar con la claridad de su experiencia militante bien vivida los perfiles de un líder, dice: “Un líder verdadero se forja y se desarrolla en las catacumbas de la clandestinidad, en las sombras de la adversidad, entre la represión y la violencia”. Ojalá esta afirmación del líder fuera también mensaje para los aspirantes de hoy. Debo resaltar esta frase suya afirmativa de su vigencia histórica, sustentada en su visión futurista, en sus propósitos y acciones de cambios profundos y esperanzas redentoras de la humanidad: “Lucho y lucharé siempre en las filas populares, en las filas porveniristas de la izquierda”.

Por eso, al referirse al trienio 45-48, al carácter de verdadera revolución, destaca su firme política de justicia social, de reformas profundas en favor de la clase trabajadora que nos ganaron el favor de las masas. Negadas todavía las fuerzas más recalcitrantes de la derecha, usufructuaria de todos los privilegios del poder, a reconocer que el debate del mundo se centra en combatir la pobreza y poner freno al saqueo de las riquezas nacionales para usufructo de minorías insaciables.

No se resignan esas minorías a aceptar la ruta tomada por las mayorías nacionales desde que en las primeras elecciones libres realizadas en diciembre de mil novecientos cuarenta y siete (y de las cuales fuera el compañero Betancourt su estrategia fundamental) Rómulo Gallegos, candidato de Acción Democrática alcanzara la victoria. Respuesta contundente del pueblo venezolano que dibujó el mapa político del país dejando claro que las masas populares se arroparon bajo las banderas de nuestro partido.

Betancourt enfrentó y derrotó desde el primer día todos los intentos conspirativos promovidos por el militarismo apostado en la región tachirense. Ecarri las revela haciendo particular énfasis en la asonada del 11 de diciembre del 1946 en la que estuvieron comprometidas varias guarniciones, incluyendo toda la Aviación, en cuya derrota Rómulo deja marcado su coraje, su valentía y sus habilidades de político concededor del trayecto histórico que marcó a Venezuela desde su independencia.

Importante referencia hace Ecarri sobre el encarcelamiento de nosotras las mujeres. Huelgas de hambre, encalabozadas sin contemplaciones, firmeza en su comportamiento ante la tortura y la represión, las mujeres no delatamos, su número fue centenario, pero sus nombres no aparecen en la referencia histórica; menores de edad padecimos cautiverio, parimos en la cárcel, cumplimos las más arriesgadas tareas y no delatamos. En nuestra moral militante, los secretos clandestinos no se entregaron. Mucho por decir... en efecto, escribimos ese capítulo de la historia en el que también “nosotras nos jugamos la vida”.

Aspecto de relevante importancia, derivada de los liderazgos que se afirmaban en la conducción de la resistencia clandestina y la coordinación desde el exterior, fue la rivalidad entre Leonardo Secretario General en la clandestinidad y el compañero Betancourt, presidente en el exilio; no cabe duda de que los riesgos y desafíos de la vida clandestina hacían crecer el prestigio de Leonardo y la devoción hacia él cultivada por las nuevas generaciones. Pero el asesinato de Leonardo, y la tormentosa muerte de Carnevali en una celda común de la cárcel de San Juan de Los Morros, alteraron esa realidad política y nos obligan hoy a reconocer que fue una suerte para Venezuela que Betancourt llegara con vida al 23 de enero. Solo sus presencias nos habrían permitido un debate transparente y no especulativo de este importante asunto.

Igual ocurriría con los que se aterraban ante nuestra presencia de combatientes clandestinos: “Vete porque me comprometes” o el socorrido *ritornello* “quién te mandó a meterte en eso”. De ese mapa de precauciones cuidadosas frente a tantos y tantas que lo arriesgaban todo, citaré como ejemplo el caso de Tomás y Reina Mijares abriendo las puertas de su casa para preservar la vida de Alberto Carnevali al momento de su fuga del puesto de Socorro de Salas. A ellos hoy rindo tributo, honrando sus memorias desde la presidencia de Acción Democrática, aprovechando la ocasión de este prólogo que la deferencia de Antonio Ecarri me ha permitido escribir.

En el marco de sus reflexiones, Betancourt destaca como factor decisivo de esas horas finales de la dictadura la pérdida del miedo y ponía como ejemplo la gran manifestación popular de Caracas (que me correspondió liderar cumpliendo las instrucciones de la dirección política, que conduje en forma exitosa). El accionar se hizo colectivo, de todos los sectores brotaba la respuesta: estudiantes, profesores, maestros, gremios, sindicatos, mujeres, empresarios, intelectuales. Ya el combate y la acción eran es-

tado de conciencia incontenible. Como presidente electo comenzó por visitar cuarteles y, después de esclarecer para los militares su posición, les pidió solo el “respeto al orden institucional”. Eso es lo que pedimos hoy.

El gobierno de Betancourt resultó ser en todo el proceso democrático que duró más de 40 años, el más difícil y combatido por diversidad de sectores que reiteradamente conspiraron para derribarlo, incluyendo el atentado perpetrado en su contra en el que estuvo a un paso de perder la vida.

Realmente, Betancourt fue un político con clara vocación de poder. No solo hecha principio en las banderas de Acción Democrática, sino que él encarnaba en pensamiento y acción. Y es así como defiende su gobierno en el que además se jugaba la suerte de la democracia. En este recorrido por su trayecto político, podemos percibir con qué firmeza desbroza el camino, limpiándolo de obstáculos en su ruta hacia el poder. Resguarda su existencia sin omitir señales de presencia hasta alcanzar el fin. Empoderado de su aspiración, no vaciló nunca ni en los escenarios más tormentosos en la defensa de su propósito. Iba claro a la meta trazada más allá del desconocimiento de sus adversarios. Ningún hombre de Acción Democrática asumió con tanta fortaleza y convicción la importancia de tomar el poder y defenderlo.

El dictador Pérez Jiménez se refirió a Acción Democrática como “el disuelto partido” y... ¡lo tumbamos! Gobernamos en ejercicio alterno del poder por más de 40 años. El nuevo militarismo nos anunció que iba a “freír nuestras cabezas”, pero aquí estamos y no desapareceremos, porque como lo ratificara nuestro fundador, cuyas lecciones están gravadas en la memoria colectiva, tenemos vocación de poder y hoy esa batalla la estamos librando en escenario compartido.

Para Rómulo la honestidad administrativa no solo fue una bandera del partido, sino una manera de vivir. Su lucha contra la corrupción administrativa fue una obsesión de toda la vida. Por otra parte, la diversidad de sus inquietudes lo señalan como uno de los políticos más cultos de una generación del más alto nivel intelectual.

Concluimos reconociendo en Betancourt, con palabras del ilustre historiador Germán Carrera Damas, al “creador de la civilidad venezolana”.

Isabel Carmona de Serra
Caracas, abril de 2015

INTRODUCCIÓN

Esta es la entrevista que hubiese querido hacerle personalmente a Rómulo Betancourt y que, lamentablemente, no fue posible por múltiples razones. La más importante de todas y vale destacar, es que mientras Rómulo ejerció el poder estuve en oposición a su política, pues vine a reconocer mi equivocación y sus aciertos solo después de su muerte. Todo debido a una “fidelidad” a ideas juveniles de izquierda radical que solo la madurez me permitió desechar por equivocadas; las que por cierto fueron derrotadas política y militarmente, por la persistencia de Betancourt, en buena hora para Venezuela. No se trata de renegar de ideas justas, sino de haber evolucionado al entender que es posible alcanzar estadios de justicia social sin necesidad de conculcar la libertad de los seres humanos.

Desde hace más de un cuarto de siglo adoptamos las ideas de Betancourt como nuestras y las impulsamos con la mayor honestidad por creerlas, después de la necesaria autocrítica, pertinentes desde siempre. Sobre todo, después que la munificencia de los militantes y dirigentes de su obra más acabada, Acción Democrática, me otorgó el privilegio de ser uno de sus vicepresidentes. Su pensamiento se hace aún más actual en la Venezuela de hoy, donde se han atrevido a desafiarlo quienes no tienen, ni tendrán la entereza espiritual ni la condición intelectual y mucho menos la razón para proceder, en pleno siglo XXI, como las montoneras del siglo XIX.

Esta entrevista es, entonces, una especie de propósito de enmienda y una reivindicación personal frente al pensamiento más coherente de la política venezolana del siglo XX y que, muy probablemente, trascenderá a otros siglos. Lo único imaginario de esta entrevista son las preguntas que se le formulan al “entrevistado”, pues las respuestas son, en lo posible, transcripción fidedigna de cartas, documentos y discursos de Betancourt adecuadas a las interrogantes.

Esta es la razón de haber titulado este trabajo “El Conciudadano Betancourt”, para destacar su empeño por consolidar la ci-

vilidad, es decir, el respeto al ciudadano y la preservación de sus instituciones. Así siempre lo quiso confirmar Betancourt al llamarnos conciudadano.

La liberalidad, en algunas respuestas, ha sido de nuestro atrevimiento o la hemos tomado prestada de la imaginación de otros biógrafos de Rómulo Betancourt, entre otros, de Alfredo Tarré Murzi, quien con su seudónimo periodístico de Sanín, escribió una excelente autobiografía imaginaria de nuestro personaje; de Ramón J. Velásquez, J.F. Sucre Figarella, Blas Bruni Celli, Marco Tulio Bruni Celli, Eduardo Morales Gil, Manuel Caballero, Naudy Suárez, Arturo Sosa, Gumersindo Rodríguez, Manuel Vicente Magallanes, Germán Carrera Damas, Simón Alberto Consalvi, Alicia Freilich, María Teresa Romero, Virginia Betancourt, Álvaro Pérez Betancourt y otros que forman un elenco de destacados intelectuales que se han dedicado, con esmero, a estudiar la vida y obra de Rómulo Betancourt.

Todo este atrevimiento, tuvo la generosa autorización de su hija Virginia y su nieto Álvaro, dos de las personas que más han trabajado para mantener vivo el pensamiento y la obra, no del padre de la democracia venezolana sino, más trascendente, como lo califica el eminente historiador Germán Carrera Damas, del creador de la República civil de Venezuela o como lo cataloga Manuel Caballero, uno de los creadores de la sociedad civil, de la ciudadanía, en nuestra nación.

Rómulo Betancourt dejó un legado difícil de superar e imposible de olvidar por el pueblo venezolano, pues un intelectual de pensamiento progresista como él tuvo la visión, mucho antes que los eurocomunistas y demás socialistas democráticos del mundo, de romper con el estalinismo y las tesis comunistas conculcadoras de la libertad y perpetradores de crímenes contra los derechos humanos, antes de su estrepitosa caída en la URSS y demás países que mantuvieron durante años ese sistema obsoleto y anti histórico, pero que había ilusionado con su engañosa "utopía" a buena parte de la humanidad.

Hoy día son cada vez menos los regímenes que mantienen gobiernos autoritarios y de planificación central, por el rotundo fracaso que experimentaron donde se han querido implementar. Solamente en países tan atrasados como Cuba, Bielorrusia y Corea del Norte se mantienen, a través de implacables dictaduras, esos gobiernos antidemocráticos y, donde jamás debió ocurrir, en Ve-

nezuela, un gobierno atrasado ha pretendido, hasta ahora sin éxito, tratar de implantar esas tesis derrotadas por los pueblos más avanzados de la tierra.

Cuando Rómulo Betancourt surgió como Jefe de Estado por vez primera, a los 37 años de edad, lo hizo como cabeza visible de una alianza cívico militar que dio un golpe de Estado, pero su justificación histórica consiste en haber logrado, por primera vez en la historia de Venezuela, producir la más grande de las revoluciones: la de permitirle a las grandes mayorías nacionales elegir a sus gobernantes democráticamente. Luego, cuando resultó electo, en 1959, Presidente de la República, hizo una gestión de gobierno inolvidable, por sus logros en materia de: educación popular, vivienda rural, reforma agraria, rescate de nuestra principal industria; siembra del petróleo, con el desarrollo de una política exitosa de sustitución de importaciones, que permitió crear una industria nacional próspera; el establecimiento, en el plano internacional, de la "Doctrina Betancourt" imponiendo un cordón profiláctico contra las dictaduras de derecha e izquierda que en la época, asolaban a la América Latina.

Gobernó en una situación hartamente difícil, pues conspiraban, contra la democracia recién recobrada, los extremistas de derecha e izquierda, todos los cuales fueron derrotados bajo la conducción de ese gran estadista política y militarmente.

Betancourt, contrariamente a lo que opinan algunos de sus críticos, no fue un obstáculo para la renovación de dirigentes en la administración de la cosa pública, su ejemplo es inequívoco a este respecto. En efecto, cuando Rómulo preside la Junta de Gobierno que se instaura el 18 de octubre de 1945, el primer Decreto que sale de su pluma es la prohibición de ser candidato a la presidencia de la República a cualquier integrante de esa Junta de Gobierno, lo que constituyó una autocensura, pues era el único que podía optar a esa Primera Magistratura que sería electa, por primera vez en la historia de Venezuela, mediante el voto universal, directo y secreto. Lo que permitió la elección como primer Presidente democrático de Rómulo Gallegos.

Luego, cuando sale de la Presidencia en 1964, después de transcurrido el quinquenio que lo eligió al reinstalarse la democracia en 1959 y queda electo su viejo compañero de luchas estudiantiles del año 28, Raúl Leoni, lo primero que hace es abandonar el país, para que no dijeran que se convertiría en el "poder de-

trás del trono”. Es cuando se marcha a la ciudad suiza de Berna, en exilio voluntario, hasta la próxima contienda electoral, cuando retorna a Venezuela a aupar la candidatura de Gonzalo Barrios y enfrentar la crisis partidista que desembocara en la división dirigida por Luis Beltrán Prieto Figueroa y Jesús Ángel Paz Galarraga.

En las elecciones siguientes, que ocurren al final del mandato de su amigo y rival político Rafael Caldera, cuando la norma Constitucional le permite –por haberse cumplido dos períodos presidenciales después del suyo– aspirar nuevamente a la presidencia de la República y cuando nada ni nadie se lo impedía, internamente en su partido, rechaza tal pedimento de las bases y dirección de su organización permitiendo así la renovación de cuadros y el surgimiento de otro líder nacional como lo fue Carlos Andrés Pérez.

Otra de las más importantes contribuciones de Betancourt, a la democratización de Venezuela, fue la despersonalización del poder, pues no otra cosa fue la que alentó y logró materializar con el famoso consenso político conocido como el “Pacto de Puntofijo”, pues por primera vez en este país no se hablaría más, al decir de Manuel Caballero, de los “ismos” personalistas que definían las etapas políticas desde la independencia hasta 1958. En efecto, ya no se hablaría más de “Paecismo”, “Guzmancismo”, “Monaguismo”, “Gomecismo”, “Perezjimenismo”, sino de “Puntofijismo”, que a pesar de ser un cognomento empleado por los actuales gobernantes para denostar y pretender desprestigiar ese acuerdo, logra exactamente lo contrario, es decir, su reivindicación, al exaltar la despersonalización del poder y poner de bulto un logro excepcional como fue la transformación de Venezuela, de una era de caudillos y líderes providenciales, en una sociedad moderna, integradora y no excluyente.

En definitiva, el pensamiento y la acción de Rómulo Betancourt, en función de la institucionalidad democrática; de la integración del individuo en el cuerpo social a través de la educación y el trabajo, que permitió a los hijos de los campesinos y los obreros escalar los peldaños sociales que convirtieron a Venezuela en el país con la clase media más importante de América Latina; de la construcción de un partido policlasista, el más importante y de mayor influencia en la vida de la sociedad venezolana, como Acción Democrática, dio una inestimable contribución a la modernización de Venezuela.

Ahora bien, estamos convencidos, sin embargo, de que el más importante aporte de Betancourt a su país, fue ese legado de cultura democrática, inoculado a todos sus compatriotas, que impedirá consolidar algún régimen tiránico que quiera conculcar la democracia y la libertad. He allí el secreto de la vigencia eterna del pensamiento político de Rómulo Betancourt.

En conclusión, he querido realizar esta entrevista imaginaria con Rómulo Betancourt para dar una contribución amena a la divulgación de su pensamiento, coadyuvando así a la preservación del sistema político por el que tanto luchó para su consolidación en Venezuela. El mismo que inspiró a Sir Winston Churchill para afirmar, con su fina ironía característica: “De hecho se ha dicho que la democracia es la peor forma de gobierno, excepto por todas las otras formas que han sido probadas de vez en cuando”.

Antonio Ecarri Bolívar

Comencemos pues...

Entorno de Betancourt durante su infancia

Presidente: ¿cómo fue posible que, en la Venezuela atrasada que le tocó vivir, usted se interesara por la política y cómo decidió adversar un régimen, como el de Juan Vicente Gómez, con su totalitarismo medieval y su carga de represión violatoria de los más elementales derechos humanos?

La dictadura de Juan Vicente Gómez la viví desde mi nacimiento, que coincide con la traición de éste a Cipriano Castro, ya que nací el 22 de febrero de 1908 y aquel defenestró a su compadre en diciembre de ese mismo año y se alzó con el coroto hasta el año 1936 cuando lo soltó de muerte natural. Aunque a decir verdad, los primeros años de Gómez, del 8 hasta el 13, transcurrieron en un clima de bastante libertad. Así que mi vida infantil transcurrió en Guatire sin mucho sobresalto; distinto ocurrió con la juvenil y de adulto, pues la pasé preso, desterrado, en la clandestinidad, en el poder o en el ostracismo voluntario cuando convenía.

Combatí a Gómez desde que tuve uso de razón pero, como todo el mundo sabe, mi figuración política contra ese régimen de oprobio comienza, al igual que la de Jóvito y el calvito Raúl, desde los sucesos de la semana del estudiante del año 28. El dictador sustituido por Gómez, Cipriano Castro, era un déspota delirante entre vaharadas de oratoria vargasviliana y de brandy francés. Por supuesto, también era un escenificante de farsas de politiquilla aldeana que aparecía como un nacionalista, por eso las potencias extranjeras prefirieron salir de un déspota díscolo y sustituirlo por un déspota sumiso. Gómez era despótico con sus ciudadanos y sumiso frente al extranjero, gracias a la diplomacia del dólar.

¿Presidente, cuéntenos cómo fue su vivencia en un pueblito tan pequeño y aislado de la civilización como Guatire, cómo se interesó por temas tan gruesos como el de derrocar a un gobierno?

Déjeme decirle que mis primeros años en mi pueblito natal de Guatire, en el estado Miranda, los pasé bastante bien, pues mi padre vino a dar con su humanidad a ese pueblito interiorano de

Venezuela en una época de gran depresión en Europa. España, junto a Portugal y Grecia, era de los países más atrasados de ese continente. Mi padre era un inmigrante canario desembarcado en La Guaira, con su madre viuda y un morral de ropa vieja, aventado de su España nativa por la extrema pobreza.

Muchos canarios abandonaban las islas en busca de mejor fortuna y venían, como decían ellos, a “hacer la América”. Mi padre se vino de Canarias, a los dieciséis años de edad, con mi abuela María García de Betancourt, ya viuda del abuelo Roque, y mi tía Rosa. Aunque debo decirle que Humboldt, un siglo antes, hablaba de canarios en estas tierras; es muy probable que mi padre junto a mi abuela y tía, como casi todos los españoles, pensara primero en llegar a Cuba que a Venezuela, pero los avatares de esos viajes de aventura tenían destino incierto. Nunca se lo pregunté a papá, pero tengo el pálpito que llegó a La Guaira por accidente y se vino a Guatire buscando un pueblo pequeño donde poder sobrevivir sin mayores angustias y donde ya estuvieran asentados otros compatriotas suyos. Al conocer a mi madre, Virginia Bello, que era una joven muy hermosa, echó raíces en ese caserío y permaneció allí muchos años. Allí nací yo y mis hermanas María Teresa, “Tetete”, la mayor de todos nosotros, y Helena.

Para entonces Guatire era una aldea, pero recuerde que allí se producía café, cacao y había sembríos de caña de azúcar. Cuando mi abuela viuda llegó a Guatire se encontró con un personaje proverbial que llegó a ser padrino y tutor de mi padre: Don Antonio García Guerrero, quien se convirtió no solo en orientador de la familia, sino en maestro de mi padre, quien era un joven excepcionalmente inteligente y pronto aprendió el oficio de contabilista, lo que le ayudó mucho en su actividad laboral.

Papá trabajó como comerciante y contabilista, pues además de los conocimientos transmitidos por Don Antonio, era un autodidacta, fue concejal y en las fiestas patrias y religiosas intervenía como orador o como miembro principal de los respectivos comités. A él acudían las madres para que les escribiera las palabras que sus *chilindrines* debían pronunciar en las fiestas escolares. Aunque mi padre era mejor contador que comerciante, pues tuvo la ocurrencia de montar un cine en Guatire, pero lamentablemente fue un rotundo fracaso económico, aunque habla mucho de su carácter de hombre trabajador y con iniciativas. También mi padre fue propietario del primer automóvil que conoció el pueblo, el que al parecer fue adquirido en sociedad con varios amigos que

~ Conciudadano Betancourt ~

se turnaban su uso. Vivíamos con limitaciones económicas, pero siempre con mucha dignidad, fíjese que nos podíamos dar algunos pequeños “lujos” como la bicicleta que me regaló mi padre cuando cumplí diez años de edad y digo que era un pequeño lujo, pues fue la primera bicicleta que llegó a Guatire y la que conservé muchos años. Sin embargo, a pesar de esas relaciones sociales se negaba a ir a fiestas, terneras y partidas de dominó. De allí, de esos aprietos económicos, creo que me viene ese carácter austero que mis amigos confunden con tacañería.

Yo quiero mucho a ese pueblito interiorano, porque allí comencé a inquietarme por las miserias humanas, por la injusticia y la pobreza extrema en que vivían muchos habitantes de esta zona. Junto a mi padre, ayudé en la distribución de medicamentos a las personas con dificultades económicas afectadas por la peste española de 1918. Allí también nació mamá.



Rómulo Betancourt y su familia.

¿Y usted siendo hijo de extranjero no sintió discriminaciones de parte de una sociedad tan atrasada en ese pueblecito de campesinos?

Para nada, en ese pueblito mirandino nunca percibí discriminaciones de ningún tipo por ser hijo de extranjero. Claro que tampoco era el catirito hijo del “musiú”, sino un muchacho común y corriente, “café con leche”, como la mayoría de mis compañeros de estudios y de la calle. En otros países, donde tuve que vivir aventado por el exilio trashumante que siempre experimenté, sí percibí ese tipo de “apartheid”, al que nunca hice mayor caso, pero no por “musiú” sino más bien por trigueño. Me refiero a países donde los sectores de clase alta son, generalmente, blancos y a veces discriminadores, como en Colombia o Chile. Sin embargo, siempre que me llamaban “negrito”, en vez de molestarme lo recibía como un cumplido y jamás generó en mí resabios de resentimiento social, por el contrario, reafirmó mi creencia en la belleza del mestizaje latinoamericano y en el carácter plural de nuestros pueblos.

Seguramente fue de allí de donde se me metió la idea fija de crear un partido político policlasista como Acción Democrática, que es lo más parecido que hay a nuestro pueblo multirracial. Además, recuerde que los venezolanos no somos racistas, porque jamás fomentamos castas, quizás lo único positivo que nos dejó la Guerra Federal fue el igualitarismo del venezolano, pues en la copla llanera se traduce esa antiquísima veleidad del venezolano por ser “igualao”: “Sobre los llanos la palma, sobre la palma los cielos, sobre mi caballo yo, y sobre yo mi sombrero”. De mi familia el único racista era un tío mío, Fulgencio Bello, a quien le decían “el catire Bello” porque era de ojos azules y corpulento, se ganaba la vida como “picapleitos”, que era una actividad lícita en la Venezuela rural de entonces en la que no había casi abogados, pero era un zángano que tenía hijos naturales como arroz y era un gran carajo tracalero y racista. No permitía que un negro caminara por la acera de su casa.

Pero la verdad verdadera es que en Venezuela decimos que aquí quien no ha tirado flechas ha tocado tambor, por nuestra condición de mestizos, tan es así que, si mal no recuerdo, fue José Rafael Pocaterra, ese entrañable amigo mío de los primeros tiempos, quien dijo que casi toda la oligarquía caraqueña tiene “morada la mucosa bucal”.

Formación religiosa: Ateísmo o Agnosticismo

¿Y cómo fue que en un pueblito como Guatire tan conservador y usted perteneciendo a una familia religiosa, con sus atávicas costumbres católicas tan arraigadas, terminó siendo ateo?

En torno a mis veleidades ateas que algunos me atribuyen, déjeme decirle que conmigo la gente se ha equivocado mucho en relación a mis ideas religiosas, sobre todo por mi juvenil militancia en el Partido Comunista de Costa Rica pero, como buen venezolano, fui formado en las enseñanzas católicas, fundamentalmente mi madre se empeñaba en que estudiara el catecismo. Mi padre no era fanático religioso, pero también era creyente.

Yo le confieso que en esa materia soy “independiente” y no le respondo así por cálculo político, lo que ocurre es que en la medida que me fui adentrando en los estudios sociales y averiguando las causas de nuestros problemas económicos, la injusticia social, las enfermedades y muertes de niños, las guerras crueles que diezmaban pueblos enteros, me fui convirtiendo en un incrédulo en cuanto a esperar remedios celestiales para las atrocidades que vive el ser humano en esta tierra. El materialismo histórico y dialéctico completó la faena de mi “independencia” religiosa. Sin embargo, no soy ateo, porque ateo es el que no cree y le discute a los demás sus creencias religiosas; yo más bien me defino como agnóstico.

¿Y esa definición de agnóstico no es más o menos lo mismo que ser ateo?

Como me gusta ser muy preciso en mis definiciones en esta materia, para que no se me mal interprete, permítame que le busque en mi auxilio el viejo Diccionario de la Real Academia Española, que lo define con mucha claridad castiza, como: “una actitud filosófica que declara inaccesible al entendimiento humano todo conocimiento de lo divino y de lo que trasciende la experiencia”. No sufro, entonces, ni de los reconcomios ateos de Luis Beltrán, ni de la petulancia de creer, como Caldera, que a mi modesto entendimiento mundano le esté dado dilucidar materias divinas, de suyo, vedadas a los humildes mortales.

Aparición de Gómez Atisbo de ideas políticas Querencia por el lar nativo

Otra cosa Presidente, no pasemos por alto algo que usted me dijo al principio de la entrevista, lo que me ha dejado un poco perplejo, que los primeros años del régimen de Gómez las pasó bastante tranquilo. ¿Cómo se puede explicar eso de vivir tranquilo en un régimen tiránico como aquel?

Está muy bien que me lo recuerde. Déjeme precisarle que cuando le dije que en los primeros años de Gómez, siendo yo aún un niño, se respiraba un ambiente de bastante libertad, fue aproximadamente hasta el año 13 y, precisamente, decía que hasta ese año Gómez se había comportado con bastante tolerancia, pero tampoco iba a llegar un gamonal como él a permitir elecciones libres, después de todo el esfuerzo que le costó salir de su compadre Castro para ponerle la mano al coroto. En efecto, cuando Félix Montes se propuso como candidato, con el propósito de impulsar un proceso electoral, “el bagre” se dejó de escrúpulos, impuso como Presidente a Victorino Márquez Bustillos y él se encargó de la Comandancia del Ejército. En esa oportunidad, desde esa posición, fue cuando lanzó su candidatura presidencial con la consigna que impulsó su correligionario andino, el Dr. Ezequiel Vivas: ¡Gómez único! Recuerde que Gómez asume el poder y para el Departamento de Estado norteamericano tuvo la grandiosidad de una de las sinfonías wagnerianas en las que el triunfador entra al Valhalla después de vencer al dragón.

Presidente, ¿cómo se enteró usted de todos estos eventos a tan temprana edad y en un pueblo tan atrasado de la Venezuela feudal?

La verdad es que en materia noticiosa fui bastante precoz, pero eso se lo debo a mi maestro de primaria, Juan José Fermín, quien no andaba adoctrinando a nadie, pero sí dándonos las noticias que a él le llegaban, que tampoco eran muchas. Sin embargo, por él nos enteramos de que en Sarajevo la muerte de un príncipe

había desencadenado la Primera Guerra Mundial, que Juan Vicente Gómez se había elegido presidente. Nos explicaba, el maestro Fermín, qué cosa era el káiser en Alemania y quién era “el tigre” Clemenceau en Francia. Hoy un muchacho puede saber eso con mucha más facilidad por el adelanto de las comunicaciones, pero en aquella época era un verdadero hallazgo, para un muchacho de provincia, encontrarse con un maestro tan informado y que transmitiera sus conocimientos, con tanta pedagogía y naturalidad, a unos párvulos como nosotros. El maestro Fermín era muy aficionado al periodismo.

Usted me decía que sus padres también tenían ese tipo de curiosidades intelectuales por la información y se preocupaban mucho por su formación. ¿No es cierto?

Totalmente cierto, mi padre también ayudaba en ese propósito, pues era un autodidacta enamorado del periodismo y fundó un periodiquito en Guatire que llamó *El Geranio* y yo lo ayudaba a pasar en limpio algunas crónicas y así me enteraba de las noticias que nos iban llegando al pueblo. Mi madre, por su parte, también colaboró en mis inquietudes intelectuales, pues era una lectora infatigable que me hizo leer a muy temprana edad *Don Quijote de la Mancha*, de Cervantes, *El Judío Errante* de Eugenio Sué; *La Isla de los Pingüinos*, *Los Dioses tienen Sed* de Anatole France, además de *El conde de Montecristo* y *Los Tres Mosqueteros* de Alejandro Dumas. También llegaron a mis manos libros de Historia de Venezuela, sobre todo, la extensísima *Venezuela Heroica* de Eduardo Blanco. A esa predilección de mi maestro por el periodismo, unida al editor de *El Geranio*, que era mi padre, se debe muy probablemente mi apasionamiento por esa profesión.

Dicen que nadie es profeta en su tierra, pero mis investigaciones me han revelado que usted es muy querido en su pueblo natal. ¿A qué se lo atribuye?

No quiero aburrirle sobre mis años infantiles, pero solo me gustaría añadir algo de lo que no le he dicho nada y que me va a permitir explicarle esa “entente” con mis coterráneos. Siempre recuerdo mis inolvidables paseos por el campo guatireño y, especialmente, mi contacto con la naturaleza y más específicamente con el río que atraviesa mi pueblo: el Pacairigua, amén de mis tertulias con mis amigos de infancia. Esas, mi amigo, son mis querencias, como dijera un taurino. Ahora esos paseos y encuentros con mis coterráneos nunca los interrumpí por mucho tiempo,

~ Antonio Ecarri Bolívar ~

imagínese que después de ser electo Presidente de Venezuela tuve el privilegio de visitar, con la frecuencia que permitían mis obligaciones, ese pueblo tan querido y siempre buscaba a los viejos amigos del pueblo para dar una vuelta por el río. Usted debe saber que mi casa en Caracas, que me regalaron mis compañeros de partido, se llama “Pacairigua” como homenaje imperecedero a mi pueblo y a su río. A eso se debe seguramente el cariño mutuo que nos profesamos los guatireños.

Llegada de un niño provinciano a la capital.
Primeras amistades
que lo marcaron para toda la vida

Cuéntenos don Rómulo, ¿cuándo y por qué se traslada la familia Betancourt Bello a Caracas dejando atrás al pueblo natal?

El año 19 mis padres deciden irse a Caracas, fundamentalmente con el propósito que yo estudiase bachillerato. Mi padre, que era un hombre bueno y trabajador, nunca me dijo que se había ido a Caracas por mi causa, para que no me sintiera mal. Se vendió la casa de Guatire por seis mil bolívares, la que había sido adquirida por cuatro mil. Era una aventura venirnos a la capital sin poseer importantes bienes de fortuna. Aunque papá era un hombre muy trabajador, y como era contabilista, enseguida consiguió trabajo en la firma comercial Delgado & Compañía, ubicada en la misma calle donde funcionaba el Liceo Caracas y yo lo ayudaba, en la casa, a pasar los libros. Por cierto, que esa asistencia a mi padre me sirvió de mucho en el exilio para no pasar hambre y mayores penurias. Además, empecé a trabajar, antes de iniciar mi primer año de bachillerato, en la fábrica de tabaco de Mario Fellizzari, con un sueldo de 150 bolívares. El trabajo me llegó como anillo al dedo porque me permitió conocer la ciudad en bicicleta y localizar en Sarría el lugar donde otros muchachos de mi edad jugaban fútbol. Al llegar al Liceo Caracas me incorporé como delantero del equipo en el que también participaban Víctor Brito y Felipe Massiani, de quienes me hice amigo para toda la vida.

¿Y el llegar a Caracas no constituyó, para un niño campesino como usted en esa época, una conmoción rayana en el terror?

Debo decirle que para un muchacho campesino la llegada a una urbe como la capital fue un impacto, pero no constituyó ningún trauma, porque no percibí hostilidad alguna en mis compañeros, también creo que no era que estuviese llegando a una ciudad cosmopolita, que no era la Caracas de entonces, sino que para mí la relevancia de esta ciudad estaba en el hecho trascen-

dente de ser la cuna del Libertador Simón Bolívar, por quien siempre sentí admiración rayana en idolatría. Eso compensó, creo, cualquier trauma que me hubiese producido el cambio tan violento de ambientes.

Y ¿cómo logró integrarse, un niño recién salido de la educación primaria a la educación media, en una urbe tan diferente al pueblito de Guatire?

Le digo que no sentí hostilidad al llegar a Caracas, porque en el Liceo me encontré con unos compañeros de gran calidad humana, con muchos de los cuales tuve en el futuro encuentros, desencuentros y hasta desavenencias, pero el recuerdo del Liceo Caracas siempre aparecía como un bálsamo para perdonarnos nuestras intemperancias. Allí conocí a Isaac Pardo, Inocente Palacios, Luis Felipe Urbaneja, Raúl Soulés, a Edmundo Fernández, quien por cierto jugó papel estelar conmigo en la Revolución de Octubre, Felipe Massiani, Pedro Juliac, Armando Zuloaga Blanco, con quien organizaba recitales literarios; Jóvito Villalba, con quien pelee mucho pero fuimos amigos hasta la muerte.

También estuvo allí mi compañero de ruta durante algún tiempo, aunque después nos alejamos bastante, Miguel Otero Silva. Miguel llegó a ser uno de los grandes intelectuales venezolanos de todos los tiempos. Allí también estreché vínculos de amistad con Teodoro Capriles quien con el tiempo sería famoso deportista, Vicente Lecuna que sería banquero, Julio De Armas, quien después fue Rector de la UCV. También estudiaba en el Liceo Luis Beltrán Prieto Figueroa, quien como Jóvito venía de la isla de Margarita. Con Prieto mi relación fue del hermano varón que no tuve, nuestra separación por motivos políticos ha sido uno de los pocos desencuentros que me han dolido en el alma. Se que ese sentimiento fue recíproco.

¿Y don Rómulo Gallegos no fue su maestro?, cuéntenos ¿cómo fue su relación con ese insigne educador?

Como hasta ahora le he hablado de compañeros de estudio, por eso no le mencioné a Rómulo Gallegos, quien después de mi padre fue la persona que más influyó en modelar mi personalidad futura de carácter firme. Él era el Director del Liceo Caracas y fue mi profesor de psicología en tercer año, pero a pesar de su adustez, su seriedad y recia personalidad, tenía un don especial para acercarse a los jóvenes. Miguel Otero Silva, alguna vez dijo que nosotros intuíamos lo que nos quería decir Gallegos y lo asu-

míamos como una orden. Eso es una verdad del tamaño de un templo. Cuando leíamos sus obras nos sentíamos formando parte de sus personajes indómitos. Sobre todo en *Reinaldo Solar*, *La Rebelión*, *La Trepadora* y, por supuesto, con *Doña Bárbara* cada uno de nosotros se sentía Santos Luzardo porque representaba la civilización contra la barbarie personificada por Gómez. Desde el Liceo comenzamos una amistad indisoluble que no se afectó nunca, ni siquiera cuando nuestros enemigos pretendían disociarnos con calumnias de todo tipo. Siempre fuimos entrañables amigos, consecuentes compañeros de partido y asumimos con la mayor responsabilidad y compromiso venezolano todas las tareas que nos asignó el destino en el decurso de nuestra vida pública.

¿Y fue allí donde empezó a inmiscuirse en tareas y actividades políticas?

Debo decirle, en honor a la verdad, que no todo fue hacer política desde el principio de mis años juveniles en la capital, pues todos los integrantes de esa generación (que se conocería después como la del 28) teníamos inquietudes intelectuales y eso nos indujo a ser grandes lectores, no solo de autores políticos, sino también de los líricos de la época. Mi primer texto literario es de febrero de 1934, seis días antes de cumplir dieciséis años y lo titulé “Érase un poeta” que fue más bien un texto poético, pero no rimado.

Aunque le confieso que escribí poemas rimados que nunca me gustaron mucho y escribí incluso uno llamado por mí “Adieu ma petite” que publiqué en la revista *Billiken*, que debió ser la comidilla y la burla de los poetas más formados como Otero Silva, Paz Castillo, Uslar Pietri, porque en verdad estaba influido por los poetas románticos de la época como Amado Nervo, los hermanos Machado (los españoles por supuesto), Musset o Pierre Loti.

Aún recuerdo una estrofa de ese poema que se la voy a recitar, si promete no reírse: “De ti conservaré con sentimental avaricia, en el lírico estuche de mis recuerdos, lo que no podrás arrebatarme nunca: el fulgor medroso de tus pupilas agarenas aquella noche del trópico taraceada de estrellas en que tus labios musitaron sí...” y concluía recordando a Musset: “Antes de partir amada, quiero decirte al oído muy quedo, cerca del corazón y el ensueño, una doliente estrofa donde el pálido Musset expresó la infinita melodía del adiós: *Je m’en vais pourtant, ma petite, Bien loin, bien vite, tout en pleurant*”.

También publiqué cuentos y ensayos, que tuvieron mejor fortuna, pues hasta mi amigo y condiscípulo, Felipe Massiani, escribió sobre ellos una generosa crónica, que tituló: "Rómulo Betancourt", donde dijo, entre otras cosas que recuerdo: "no es un saludo a un consagrado, es una acogida entusiasta de ignorados para una obra que comprendemos y admiramos, sanos de odiosos egoísmos, libres de fanatismo obediente a cánones y convencionalismos". Y concluía como haciendo una profecía de fe en mi futuro, que no podía imaginar de dirigente político, sino de literato: "saludo a este que llega como una fuerza nueva, aún sin orientaciones, si no es aquella que tiende hacia el triunfo como un presentido derrotero".

Es bastante extraño que esas actividades literarias y culturales, después de elogios como el de Massiani, no le hicieran permanecer en el mundo lírico y resistirse a emprender la lucha política. ¿A qué se lo atribuye?

Claro que nuestros afanes políticos pudieron más que mis ambiciones líricas y se impuso el político sobre el poeta. Hay que darle gracias al Dios de los literatos que los libró de este pésimo poeta. La verdad es que a lo mejor exagero en torno a mi "frustración" lírica, pues andaba en los dieciocho años cuando escribí el cursilón poema que le recité, pero es que en esa época Caracas era un hervidero intelectual. En la sede de la revista *Élite*, por ejemplo, había tertulias todas las tardes donde oíamos a Fombona Pachano, Miguel Otero, Paz Castillo. Y ellos hablaban de poetas y literatos europeos que nosotros por primera vez oíamos mencionar, como Guillaume Apollinaire, Tristan Tzara, Marinetti.

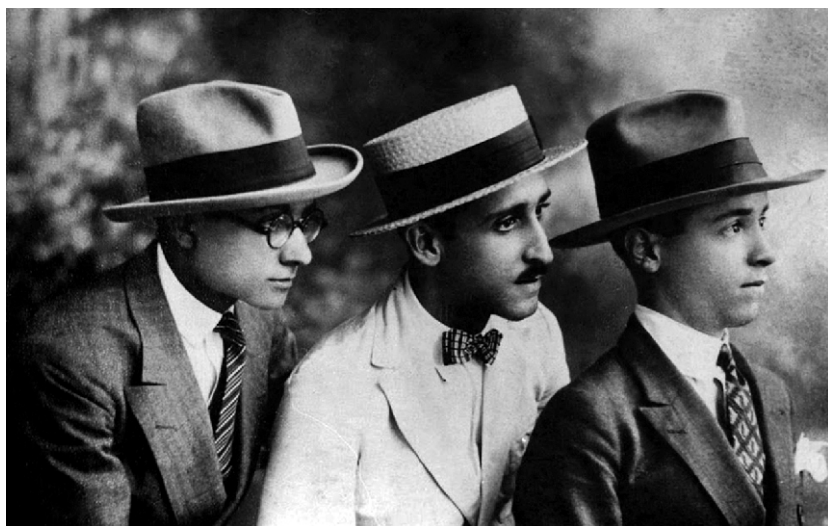
De Apollinaire tuvimos una maravillosa opinión debido a que escribió el manifiesto de los cubistas, un gran intelectual que nacido en Roma obtiene la nacionalidad francesa debido a su decisión de incorporarse, como voluntario, en la guerra contra los alemanes y fue herido en batalla. Era nuestro ídolo.

Tristan Tzara también nos deslumbraba, pues era uno de los promotores del dadaísmo que más tarde se convierte en surrealismo, era un vanguardista que influía mucho en nosotros. Por cierto, que a Tzara lo estimé mucho más en el futuro, pues habiendo sido militante comunista rompió con esa doctrina farsante el año 1956 cuando los rusos invadieron Hungría.

Había otros grupos o peñas literarias que funcionaban en la capital, los que se reunían en torno a la revista Universidad donde estaban Elías Toro, Rafael Vegas, en la esquina de Bolero, en casa de los Vegas. También había otro grupo que dirigía J.T. Jiménez Arráiz y el más “izquierdoso” compuesto por Pío Tamayo, Juan Bautista Fuenmayor, Fernando Key Sánchez, Alberto Ravell y Rodolfo Quintero.

Estaban otros grupos literarios y, luego el nuestro, el de los políticos que nos agrupábamos en la FEV, donde estábamos Jóvito, Leoni, Jacinto Fombona, Armando Zuloaga, Isaac Pardo, Inocente Palacios, Miguel Otero, Joaquín Gabaldón Márquez y yo. Este último grupo comenzó a preparar a fines del año 1927 los actos de la semana del estudiante que serían el año siguiente. Por cierto, ese año fue fatídico para mi familia, pues después de una operación quirúrgica, aparentemente para extirparle un tumor canceroso, después de un diagnóstico equivocado, y demasiado joven, pues aún no había cumplido los cuarenta años de edad, falleció mi madre el 13 de enero. Fue un golpe devastador para todos, pero sobre todo para mi padre quien la adoraba.

Todo ese año vestí de riguroso negro, como un pequeño homenaje póstumo a la mujer que me había prodigado un amor incondicional y me había inculcado el amor por los libros y la escritura. Fue tan duro ese golpe para mí que me dediqué a beber en exceso,



Rómulo Betancourt, Joaquín Gabaldón Márquez y Jóvito Villalba.

dejé de asistir a clases y a trabajar. Sin embargo, me logré reponer de esa actitud negativa y ya en mayo de ese mismo año estaba presentando mi tesis de bachillerato ante un jurado compuesto por profesores de la Universidad Central sobre una semblanza de Cecilio Acosta.

Por cierto, que en noviembre, cuando apenas tenía unas semanas de haber ingresado a la universidad mis compañeros me concedieron el honor de presentarme a la escritora española María Álvarez de Burgos, de quien quedé prendado y mis compañeros me gastaban bromas, un tanto fuertes, sobre mi relación que decían iba más allá de la amistad con tan bella como talentosa mujer. Es que cuando la presenté creo se me pasó un poco la mano en el discurso, al decir sobre ella: “si queréis que los conceptos de María Álvarez de Burgos arraiguen en vuestro espíritu, cerrad los ojos mientras ella habla y evitaréis que toda vuestra atención se haga trizas en galante oblación contemplativa de sus bellos labios”.

Hace rato que estoy por preguntarle sobre los sucesos que usted protagonizaría, junto a sus compañeros de generación, al año siguiente, el año inolvidable de 1928

Quizás como un mecanismo de defensa, para superar ese duro golpe de la muerte de mi madre, después de reponerme de la depresión y el alcohol, me dediqué con más ahínco a mis estudios y a los preparativos de los sucesos que se iban a suscitar el año siguiente.

Para ser consecuente con la verdad histórica, nunca nos imaginamos la importancia y proyección de lo que iba a acontecer, pero sí lo preparamos con mucha seriedad y responsabilidad, pues no queríamos caer en provocaciones. Por eso organizamos todo como unos “juegos florales” para no levantar sospechas ni darle pretextos al régimen para reprimirla antes de tiempo.

Preparativos para un carnaval que se convirtió en parteaguas de la historia

¿Cómo comenzaron esos preparativos para la celebración de la semana del estudiante?

La semana del estudiante fue organizada para recaudar fondos para la sede de la Federación de Estudiantes, a partir de la aparentemente ingenua elección de la reina de los estudiantes y los actos folclóricos que rodeaban cualquier evento de esa naturaleza, los que no podían suponer ninguna actividad subversiva, se convirtieron, sin embargo, exactamente en lo contrario.

En efecto, se llegó a una gigantesca manifestación —embozada en fiesta de carnaval— en apoyo a demandas de libertad y democracia, lo que produjo la brutal respuesta del régimen ordenando la prisión de nosotros, los dirigentes de la revuelta, quienes más tarde fuimos acompañados por muchísimos universitarios que,



Integrantes de la Generación del 28. Entre ellos Rómulo Betancourt (tercero de derecha a izquierda en la fila superior) y Jóvito Villalba (cuarto de derecha a izquierda en la fila inferior de parados).

espontáneamente, se presentaban ante los carceleros a solidarizarse con sus líderes presos.

Ese movimiento estudiantil universitario fue respaldado por obreros, empleados y amas de casa que, al solidarizarse con nuestros planteamientos, exigían la libertad de los presos y así fue como se iniciaron huelgas de tranviarios en Caracas, de empleados bancarios, panaderos y los trabajadores del puerto de La Guaira y de algunas otras ciudades, eventos inéditos en la Venezuela rural de la época.

Don Rómulo, esos sucesos de la revuelta estudiantil que ustedes dirigieron en Caracas ¿no pudieron haber sido influidos por los sucesos de Córdoba, en Argentina, que acontecieron unos años antes?

Usted tiene razón, cuando me recuerda que esos sucesos pudieron haber sido influidos por lo acontecido diez años antes en Córdoba, Argentina. Yo dije eso más adelante, en 1930, estando en Costa Rica, en *Repertorio Americano*, la revista dirigida por ese campeón de las luchas democráticas en el Continente, quien era como hermano mío, Joaquín García Monge. Allí confesé que la proclama de los universitarios de Córdoba, en junio de 1918, fue voz de apremio para toda una generación continental.

Permítame leerle, parte de lo que allí dije, en este ejemplar que conservo de *Repertorio Americano*: “En el espíritu de sus alentadores vigilantes –los maestros José Ingenieros y Alfredo Palacios–, como en los líderes de la cruzada, González, del Maso, Haya de la Torre, Ripa Alberdi, Gómez Rojas, etc., ni siquiera la renovación de métodos pedagógicos y de sistemas de gobierno intra universitarios eran considerados como objetivo primordial de la lucha. Tenían apenas el significado de una primera fase de ella. Trascendida, quedaba planteada la que daría contenido humano a la reforma: desplazamiento del estudiantado del aula a la plaza pública, para afrontar la solución de los problemas de su pueblo y de su raza, para actuar como factor de vanguardia en las luchas políticas nacionales y continentales. Esto es, el rol social de la reforma, que no quiere hacer del estudiante una casta parasitaria, sino que lo desplaza hacia la vida, lo sitúa entre la clase trabajadora y lo prepara a ser colaborador y no en instrumento de opresión para ella”. Así también veíamos nuestra lucha en Caracas, como el comienzo de un movimiento que desembocara en el derrocamiento de la tiranía.

Disculpe que le pregunte, don Rómulo, pero detrás de esos ingenuos estudiantes de los que usted formaba parte, pareciera que hubiese estado metida la mano de algunos líderes más experimentados y conscientes de lo que se proponían. Era lo que afirmaba el gobierno ¿no hubo nada de eso?

La policía del régimen, para desprestigiar la revuelta y quitarle su carácter espontáneo, se dio a la tarea de decir que por detrás de los estudiantes estaba metida la mano de profesionales de la conspiración comunista internacional y, la verdad verdadera es que éramos unos imberbes, sin ideas revolucionarias muy claras, aún más bien elementales, habíamos leído muy poco de política y nada o casi nada de marxismo. En ese tiempo solo había caído en nuestras manos la obra *Sachka Yegulev*, del autor ruso Leonidas Andreiev, que más bien insuflaba espíritu romántico a nuestro pensamiento sin claridad política. Aunque mucho más influyó en nosotros aquel viejo reaccionario, pero talentosísimo pensador que fue José Ortega y Gasset con su obra *El tema de Nuestro Tiempo* que tenía que llamarnos la atención, porque se refería a una explicación de la historia de la humanidad a través de la lucha entre generaciones; lo que vendría después sería nuestra asimilación a las tesis marxistas, para cambiar el concepto ortegueano de la “lucha generacional” por la “lucha de clases”. Por supuesto que también leímos con fruición, *La Rebelión de las Masas*, el ensayo tan polémico del mismo autor

La aparición de Pío Tamayo Un “viajado” que traía en sus alforjas el pensamiento marxista

¿Don Rómulo, Pío Tamayo no era ya un conspirador comunista internacional?

- Bueno, quizás el de nosotros con alguna experiencia era Pío Tamayo, porque era un “viajado” como se le llamaba entonces a todo el que hubiera conocido otros países. Él nos trajo noticias sobre el desarrollo de las experiencias políticas democráticas en otros lugares y las primeras nociones de dialéctica marxista y lucha de clases, lo que probablemente influyó en el comienzo del asentamiento de las ideas políticas y la racionalización del pensamiento revolucionario en nosotros, imberbes de la política vernácula.



Pío Tamayo.

La presencia de Pío Tamayo, en los círculos de estudios que se constituyeron en el castillo de Puerto Cabello habla de su influencia en los primeros atisbos de estudios científicos sobre el socialismo en Venezuela, pero no se puede decir que fue él quien nos indujo a hacer lo que hicimos en la semana del estudiante.

Pío Tamayo era diez años mayor que Villalba, Otero Silva y yo, pero tuvo una vivencia en el extranjero, desde el punto de vista cultural y político, que no teníamos sus demás compañeros. En efecto, después de graduarse de bachiller comienza un periplo por varios países de América, como Puerto Rico, EE.UU., Cuba, Colombia, Panamá, Guatemala y, en todos ellos, participa en alguna actividad política de denuncia del régimen venezolano y de organización de grupos de izquierda en el exilio. Participa en el año 1923 en la fundación del Partido Comunista de Cuba y, después, al año siguiente llegó a ser cofundador desde Barranquilla de una organización marxista de corta duración, pero de influencia, en su momento, entre los exiliados venezolanos llamada Unión Obrera Venezolana, la que va a tener relaciones con el PRV fundado en México por Salvador de la Plaza y con quienes termina teniendo, al igual que nosotros, serias diferencias ideológicas. También en Costa Rica participa y colabora con revistas de contenido político e ideológico como *Siluetas* y en los periódicos *Avispa* y *Nueva Prensa*.

En diciembre de 1927 aparece Pío en Caracas y comienza a colaborar en la revista *Élite* y en el diario *Mundial*. Después de estas hazañas en el extranjero no podía dejar de participar en su propio país en un movimiento como el de la «semana del estudiante» y, como era un fino poeta, fue quien le dedicó a la Reina de los carnavales Beatriz I un poema, con picardía y sentido político, que tituló «Homenaje y demanda del indio» y que se me quedó grabado en la mente como si se me hubiese escrito con buril en el cerebro:

*“Sangre en sangre dispersa / almagre oscuro y fuerte /
estirpe jirajara, cacique Totonó / –baile de piaches, rezo
de quenas– soy un indio Tocuyo yo. / [...] Yo llegué de ese
altiplano / a avivarme en mis hermanos los de la Uni-
versidad, / –savia en afanes quemada, delirio del roble
erguido– / y a rendirte mi homenaje de indio triste, / Ma-
jestad. / Los miles de estudiantes –cada estudiante, Rei-
na, / es un mundo en promesas y un trajín de tormentas /
han abierto hoy sus pechos sobre más infinitos, / al ver*

~ Antonio Ecarri Bolívar ~

*que oraculiza en tus manos llaneras / el tripartito escudo
de su Federación. / Mañana, anhelo, pueblo, mirandi-
nos colores de la emancipación”*

Pero con Pío los carceleros del gobierno se ensañaron más de la cuenta, ¿no cree usted que fue por estar persuadidos que era el comunista más claro de todo el grupo?

- En la prisión, Pío Tamayo, se convierte en nuestro maestro de ideas marxistas, a nosotros nos soltaron, pero Pío queda en prisión hasta el año 1934. Ese año contrajo una enfermedad pulmonar por la que le dieron la libertad a sabiendas que moriría, como en efecto ocurrió, pocos meses después de su liberación. Cuando murió Pío Tamayo sentimos, todos los del 28, que habíamos perdido como un segundo padre.

Rómulo se deja de poesías y comienza a prepararse el tribuno político

¿Cómo fue su participación en los actos del día de la elección de la Reina Beatriz I, don Rómulo?

- Mi intervención, ese día de proclamación de la Reina Beatriz I, no fue recitando poemas, pues esa labor le correspondió, además de Pío, a Andrés Eloy Blanco, Jacinto Fombona Pachano, Joaquín Gabaldón Márquez y Antonio Arráiz. Intervine con un discurso el 8 de febrero en el teatro Rívoli dirigido a la Reina, pero con claro matiz político. Dije entre otras cosas que recuerdo:

“Debe vocearse recio para que se escuche lejos el sentido trascendente de estas fiestas, en las que quinientos venezolanos nuevos –limpios de claudicaciones, insospechables de oportunismo– alargan a una mujer en actitud de vasallaje, las manos rebeldes, las manos que se han endurecido ciudadanamente en el roce cotidiano de los rudos cinceles con que en los pueblos olvidados de Dios se tatúan de gestos el espíritu los escultores de su propia angustia”.

Y finalizaba con esta estrofa que considero fue la que me hizo ganar mi primer carcelazo: “Cuántas veces un venezolano de estos tiempos, después del minuto de prueba colectiva, ya alejado de la multitud que recibiera sobre su frente el rudo latigazo de la barbarie insolente, fue a refugiarse en la intimidad piadosa del hogar su rabia amordazada”.

Primer carcelazo

Don Rómulo, pero esas palabras que hoy se pueden ver como normales en cualquier evento político o social debieron provocar una reacción violenta de aquel régimen de intolerantes.

Y así fue, estimado amigo, como Gómez no estaba para tolerar “jueguitos florales”, los agentes del gobierno tomaron nota de mis palabras, de los recitales de los poetas y quizás la gota que rebasó el vaso fue el discurso de Jóvito en el Panteón, donde no olvido que dijo, dirigiéndose a Bolívar: “Ha llegado de nuevo la hora de tu acción, que coincide para nosotros con este momento de definirnos ante el destino y ante nosotros mismos... Habla, ¡Oh! Padre, ante la Universidad, porque solo en la Universidad, donde se refugió la patria hace años, puede oírse otra vez tu admonición rebelde de San Jacinto”.

Hasta aquí nos trajo el río, a la mañana siguiente estábamos sometidos por la policía: Jóvito, Pío Tamayo, Prince Lara y yo. Conmigo, la cosa fue así: pasó la Semana del Estudiante sin mayores sobresaltos, pero el martes 14 de febrero, muy de mañana, penetró en la oficina del Colegio de Abogados, de la cual yo era escribiente, el general Rafael Velasco, Gobernador del Distrito Federal, quien me interrogó: ¿Busté es Betancourt? Sí, le respondí. ¿Busté y que pronunció un discurso subversivo? No, señor –le contesté– ese discurso fue solo una salutación a mi Reina. Busté tendrá que retractarse, me respondió finalmente para conducirme a la policía. Allí encontré a Jóvito Villalba y a otros compañeros. La tarde la pasamos entre charlar y aprender pasos de *Fox*, enseñados por Prince. Pío en un rincón componía mentalmente “poemas de las cuatro novias”. A las diez y media de la noche una voz gritó desde la puerta: “Villalba... Betancourt... ¡con sus corotos!”. Nos hicieron entrar en un automóvil que se detiene en la puerta del Cuartel del Cuño. Un hombre retaco, calado hasta los ojos el “jipijapa” típico del paisa nos sale al encuentro. Es Santiago Porras, alcalde de cárcel. En un cuarto nos hacen desvestir y van tanteando los bolsillos, los forros del traje, hasta el botón insignia de la FEV. Terminada la requisa, me acerco a la mesa donde han quedado mis anteojos, pero Porritas me impide recogerlos.

Nos hacen pasar al interior de un patio y de allí entramos al calabozo. Sentados en un quicio nos acurrucamos en espera de “la segunda parte”. Al poco tiempo entran Tamayo y Prince; y, tras ellos, una comparsa de aquelarre acarrea hierros, chavetas, martillos. Son los grillos. Vienen de a dos pares: los clásicos “rehabilitadores” de 60 libras, y los pequeños, de 25 libras, llamados “para-choques”. Empiezan con Prince: todos vamos contemplando, con más curiosidad que angustia el mecanismo simplísimo, elemental, de aquellos instrumentos de suplicio: dos argollas que pasan alrededor de la chocozuela sosteniendo una barra de hierro y, una chaveta que es aplastada con un solo golpe de martillo; y eso basta para tumbar al suelo al hombre más corpulento.

Quedamos todos inmóviles como si estuviéramos amarrados a nuestro sitio por un garfio invisible, al poco tiempo empiezan a resentirse los huesos en contacto con el pavimento filtrado de humedad, la bombilla de luz eléctrica se nos clava en los ojos. Con los forros de los sacos nos hacemos unos rodetes de trapo para atenuar el mordisco de hierro sobre la carne, Prince tiene una ironía amarga: “sigan ahora aprendiendo *foxtrot* valseado”. A las seis de la mañana abre la puerta el segundo alcalde. De seguidas entra un muchacho como de doce años que trae en la mano una mixtura asquerosa: según ellos, es café. Pío mete los dedos en la cazuela y va tanteando cuidadosamente el fondo de ella, inquiere si al café le han agregado algunos granos de vidrio molido.

El miércoles de ceniza es mi cumpleaños: 20 años de vida. Celebramos rumbosamente la “efemérides”. Pío recita versos, Jóvito confecciona charadas, Prince canta *couplets*, en carácter, con la cabeza ceñida con un pañuelo de colores vivos. Esa noche se prolonga con motivo de la velada; de pronto oímos ruidos de pasos, de cerrojos, de voces. En vano pretendo reconocer con mis pupilas miopes los rostros de quienes entran. Llamo en auxilio a Jóvito y este empieza a nombrar los que desfilaban: se trataba de nuestros compañeros. Eran diecisiete.

Por primera vez sentí en mis carnes el duro metal de los grillos de sesenta libras. Nosotros sabíamos de su existencia, teóricamente, por el famoso libro de Pocaterra: *Memorias de un venezolano de la decadencia*, pero allí supimos de esa terrible tortura que nos impedía caminar, ya que solo podíamos desplazarnos a rastras y ayudado por otro compañero de celda. En ese calabozo cumplí veinte años de edad.

¿Pero no fue entonces un gentío el que fue arrestado por la policía, sino que actuó solo contra ustedes cuatro?

No, ese gentío que fue preso, hay que decirlo, no fue por iniciativa de la policía que hiciera una *razzia* contra nosotros. La verdad es que la policía detuvo directamente solo a quienes fungíamos como cabeza del movimiento; pero lo acontecido, sin precedentes en nuestra historia política, fue que los estudiantes se presentaron masivamente en la cárcel a pedir nuestra liberación y decían que de no producirse, ellos también, espontáneamente, se quedaban presos en solidaridad con nosotros. El gobierno que no era nada liberal, decidió ponerlos presos a todos y así, en grupo, a doscientos catorce estudiantes enviaron a Puerto Cabello a hacernos compañía, nos trasladaron tan lejos para mayor seguridad, pues en las ciudades más importantes se estaban produciendo protestas por los estudiantes presos.

Del Cuartel del Cuño de Caracas al Castillo de Puerto Cabello

Cuénteme, don Rómulo ¿cómo fue que se produjo el traslado desde Caracas hasta las mazmorras de Puerto Cabello?

Recuerdo como si fuera hoy que por las calles solitarias, en el silencio de la alta noche, avanzaba el camión que nos trasladaba: un ruido de maquinarias nos anuncia el paso por la esquina de El Conde; las prensas del Nuevo Diario vomitan sobre Venezuela su cotidiano regüeldo de cinismos. Frente al cuartel de la policía nos detenemos: Ya una larga cola de camiones ocupando casi tres cuadras, está estacionada allí. A poco comienzan a salir los compañeros. Son muchos, todos con su cobija al hombro y con una sonrisa confiada, optimista, en los labios. Les van haciendo entrar a los camiones en grupos de a diez y de igual número de soldados, en tren de campaña, con el fusil en tiro y la chácara abultada de cápsulas...

Y empezamos a desfilar, sin saber aún hacia dónde, a través de largas avenidas, todas llenas de soledad y silencio; queda atrás la universidad, la casona de austera construcción colonial, en cuyo estrecho perímetro se refugió hace mucho tiempo la dignidad venezolana; la Iglesia de Santa Rosalía, La Rotunda, El Paraíso y la carretera se desdobra ante nosotros, toda plateada de luna. Hace frío, ese frío cortante de las madrugadas caraqueñas; en el fondo de los camiones algunos estudiantes se echan, titiritando, otros permanecen sentados, arropados con sus cobijas.

Los Teques, “pueblo alerta”, diría Ortega y Gasset, nos sale al encuentro, trepado sobre una meseta surgida inesperadamente tras un recodo del camino. Amanece ya; el sol dora el verde tierno de las campiñas y hace esparcirse en olores penetrantes toda la fuerza de vida que rebosan estas tierras de Aragón. Tejerías, El Consejo, La Victoria, San Mateo; los pueblos venezolanos, hacinados a la vera de los caminos, miserables, ruinosos, deshabitados casi por la poda inclemente del paludismo “elevado por Gómez a la categoría de institución nacional”, según una amarga y certera frase de mi camarada Carnevali.

El paso por Maracay, sede del jefe y “ciudad santa” de la causa, es hecho a toda velocidad, respondiendo los conductores de los vehículos a órdenes expresas recibidas en Caracas antes de la partida; en la Casa Presidencial –un palacete churrigueresco debido a la “incapacidad” arquitectónica del Ingeniero Chataing– alcanzamos a ver un grupo de oficiales del ejército, rodeando con ternuras cariñosas al “Benemérito”, a quien presentimos en medio del grupo. Cuando pasamos, un ruido de sables nos anuncia que aquellos jenizaros de albondiguilla se preparan para escudar con su vida la preciosa “idem” del Bisonte, en el caso, no del todo improbable de que nosotros intentáramos un asalto... ¡somos tan comunistas, tan bolcheviques, tan “peligrosos”!

El paso por Valencia –Valencia del Rey, como se llamó en el lenguaje hermoso de las crónicas de conquistadores poetas– es emocionante. El pueblo íntegro, recordando sus arraigadas tradiciones de civismo, protestó valientemente ante el nuevo atentado contra la juventud universitaria; a las puertas de los comercios, en las ventanas de las casas, en las esquinas, se agrupaban los hombres, gritando “vivas” a los estudiantes y “muera” a la tiranía, las mujeres –oh piadosa Verónica del Nazareno, oh mozas del partido, comprensivas de la hermosa locura de Alonso Quijano– nos bendecían trazando en el aire con una mano el signo simbólico de la religión de los humildes, mientras que con la otra se secaban las lágrimas desbordadas de las más bellas pupilas de la mujer venezolana.

Muchos estudiantes –yo entre ellos– se secaban con rabia –está tan arraigado el principio troglodita de que “macho no debe llorar”!– las lágrimas arrancadas por la belleza enternecedora de aquel gesto. Escribí tiempo después recordando esa noble actitud valenciana: “Valencia, ciudad altiva y procera, por un momento quiero dejar de mojar en tinta de odios y de indignaciones mi pluma juvenil y rebelde para decirle a los hombres de mi tiempo cómo te creciste para la historia en aquella hora memorable!”.

Llegamos a Puerto Cabello destrozados por el hambre y por los barquinazos espantosos de los carretones de vapor en que viajábamos al caer en los baches y zanjas abiertas en la carretera, intransitable, casi el mismo camino de recuas abierto por el conquistador y lo cual bastaría a probar que la decantada... y cantada “política de carreteras” es apenas uno de los mil groseros “*blufs*” en que se fundamenta el “sistema” Gómez.

Ya en Puerto Cabello nos esperaban. Apiñada en la plaza y en los muelles, una muchedumbre indiferente, acobardada, contempló, sin un gesto de simpatía hacia nosotros, el embarque en las lanchas que debían conducirnos al castillo “Libertador”, edificado en un islote. En el trayecto íbamos cantando nuestro jactancioso “sacalapatalajá” y renovando, en escala menos trascendental pero no menos hermosa, la actitud de los jacobinos de la Francia revolucionaria, a quienes la muerte arrancaba, con la vida, una estrofa trunca de la Marsellesa...

Primera aventura garibaldiana en búsqueda del poder

Se ha dicho que el gobierno trató que ustedes firmaran una especie de caución, en la cárcel, donde le pedían perdón a Gómez y lo exaltaban como un “benemérito de la patria” ¿cómo fue ese incidente?

- Ciertamente, allí el régimen quiso que firmáramos un documento donde apareciáramos como arrepentidos y ratificáramos nuestra confianza en Gómez.

El documento que nos pretendía humillar decía así: “Señor General Juan Vicente Gómez, etc. Maracay. Respetable General: Estamos íntimamente convencidos de que los sucesos acarreados por la inexperiencia de nuestra edad han recibido de usted la justa y merecida reprensión que como supremo magistrado de la república le correspondía darnos para velar por la paz y tranquilidad nacional. Nos comprometemos a no tomar parte en movimiento o idea política de ningún género y además seremos colaboradores de la obra de engrandecimiento nacional por usted implantada. Le hacemos esta promesa con toda la entereza de nuestra edad que no sabe de dobleces y le exigimos, señor General, nos sirva de fiador ante la conciencia pública y bienestar del país. Somos de usted muy respetuosamente”...

Como es de suponer nos negamos, en redondo y por unanimidad, a firmarlo porque era un documento vejatorio y humillante. Todos decidimos que era preferible continuar en esa mazmorra que doblegarnos ante el tirano. Además, en ese momento estábamos inflamados de coraje y nos sentíamos los salvadores de la patria.

Si hubiésemos firmado ese documento habríamos quedado ante la opinión pública como unos pusilánimes y eso era lo que perseguía el régimen con esa propuesta deshonrosa. Fíjese que más bien nos sirvió para que la gente en la calle mantuviera su espíritu de lucha y se contagiara otras ciudades, además de Caracas y Valencia, con los pedimentos y manifestaciones a favor de

nuestra libertad. Por eso al régimen no le quedó otra alternativa que liberarnos.

Ahora bien, don Rómulo, tengo entendido que lejos de amilanarse por ese carcelazo, ustedes se embarcaron, casi enseguida, en una intentona de golpe de estado contra el régimen. ¿Eso no fue una aventura?

- Claro que fue una aventura, imagínese cómo sería nuestro empeño, casi infantil y de irresponsabilidad suicida de derrocar al régimen que, poco más de un mes después de nuestra liberación el 7 de abril de 1928, viernes santo, tratamos de tomar el poder. Asaltamos el Cuartel San Carlos, porque era la fortificación militar que podría defender al Palacio Presidencial de Miraflores que era nuestro verdadero objetivo. Esa fue una acción que reconozco hoy día como desesperada y aventurera, como usted dice, pero es que salimos de la cárcel con la decisión de derrocar al tirano.

Los estudiantes nos complotamos con numerosos cadetes de la Escuela Militar y con el jefe de éstos, el capitán Rafael Alvarado, donde figuraba también, por cierto, Eleazar López Wolkmar, hijo del Ministro de la Defensa de Gómez Eleazar López Contreras.

No hay dudas que fue un rotundo fracaso lo que ocurrió, estimado amigo, es lo que le expliqué a Carlos León en carta de la época, de la cual me permito leerle este fragmento: “Carlos, nosotros sin plan preconcebido, dimos carácter subversivo, vale decir, antidictatorial, a la Semana del Estudiante; salidos de la cárcel, se nos llamó a un cuartelazo y fuimos a él, sin otra finalidad inmediata que la destrucción de un régimen que nos avergonzaba y nos oprimía. Nunca pensamos en qué forma de gobierno debía adoptarse, ni en cuál de las formas doctrinarias de la política iríamos a buscar un sedante para las llagas de la patria. Reconozco que este es un error, pero error de fácil explicación para quien conozca cual ha sido la vida del estudiante venezolano de aquellos tiempos alejado del mundo”.

¿Y usted, cómo salió de ese trance, de esa aventura, como usted mismo la califica?

- De ese lance escapé milagrosamente, pues se desató una carcería casa por casa y nadie quería “enconcharnos” para no quedar expuesto a las represalias de ese gobierno cruel y despiadado con quien pretendiera derrocarlo. Logré escapar gracias a la inteli-

gencia y perspicacia de mi padre, quien vino en mi auxilio, me disfrazó de peón y me llevó hasta Puerto Cabello. Allí, en la rada del Puerto, me cosió en la ropa seis monedas de oro “morocotas” y me embarqué como polizón en un barquichuelo de mala muerte que llevaba y traía mercancías a Curazao. Antes de zarpar me descubrió un marinero, a quien tuve que sobornar con dos de las morocotas que me había dado mi padre. Al llegar a Curazao me instalé en la pensión de una venezolana, conocida como misia Mina y me las ingenié para obtener un pasaporte chileno a nombre de Carlos Eyzaguirre. En ese momento comenzó mi primer exilio que iba a durar siete duros y difíciles años.

Primer exilio: Curazao
Primeros diferendos con los comunistas.
Aventura del Falke

Está usted, ahora, en Curazao. ¿Cómo fue su actividad política al llegar a esa isla que tantas conspiraciones venezolanas ha urdido a lo largo de la historia?

Creo que al pisar playas curazoleñas ya mentalmente había roto con la literatura y decidido dedicar mi vida a la política porque, en vez de buscar un diccionario español, enseguida me compré uno de inglés para traducir el libro *We Fight for Oil* de Ludwell Denny y comenzar a estudiar el problema petrolero que siempre me había interesado vivamente, sin haber podido hacerlo en la Venezuela atrasada y cerril de aquellos años. Enseguida que pisé tierra extranjera me dediqué a buscar afanosamente, con fe de carbonero, un instrumento político de lucha para regresar a liberar a mi patria. Es la vocación que desde mis inicios en



Rómulo Betancourt en Curazao.

la actividad política he tenido de conjugar pensamiento y acción, lo que me llevó a adherir al Partido Revolucionario Venezolano (PRV). Funcionaba en México. Publicaba un quincenario o mensuario: *Libertad*. Lo presidía el doctor Carlos León. Ex profesor de sociología de la Universidad Central, ex castrista y ex gomecista. Sus integrantes eran un popurrí de individuos de las más diversas posiciones ideológicas. Además de Carlos León, formaban sus elencos Emilio Arévalo Cedeño, reaccionario de “nación”, Miguel Zúñiga Cisneros, el escritor Humberto Tejera, los hermanos Machado –Gustavo y Eduardo– y Salvador de la Plaza. Estos tres últimos –cuya filiación política no conocía yo por entonces– eran comunistas y estalinistas hasta la médula.

Todavía a esas alturas no había roto con el comunismo dirigido desde Moscú, creía ingenuamente en el discurso de la Internacional de “la necesidad de la unión de todos los proletarios del mundo”, tal como lo proclamaba el manifiesto de Marx y Engels. Recuerde que toda la gente de pensamiento progresista, en aquel momento, estábamos influidos por la revolución bolchevique que había triunfado en Rusia apenas unos años (once, para ser precisos) antes de los sucesos del año 28.

Don Rómulo, ¿los perrevistas no estaban persuadidos, con la petulancia intelectual característica de los comunistas, que ellos eran los únicos representantes legítimos del proletariado venezolano?

Lo que ocurrió es que los perrevistas, a quienes despectivamente comenzamos a llamar con el insultante apelativo de “perros rabiosos venezolanos”, por sus actitudes “ultrosas y radicales”, publicaron una serie de artículos insultantes y ofensivos contra quienes habíamos participado en los sucesos de la Semana del Estudiante en Venezuela. Figúrese que el Editorial N° 5, de octubre de 1928, del periódico *Libertad*, órgano del PRV, redactado por Salvador de La Plaza, acusó a los estudiantes del 28 de actuar “en defensa de sus intereses de clase, estar al servicio de los caudillos títeres del imperialismo y utilizar frases huecas como libertad civil y Democracia”. Eso era inaceptable para mí. Como usted dice, ciertamente, los comunistas sufren de un complejo de superioridad intelectual que, en aquellos años tan cercanos a la triunfante revolución bolchevique del año 17, los hacía creer que eran dueños de medio mundo y nosotros al ser calificados como

“pequeños burgueses”, “chauvinistas”, “reformistas y social traidores” estábamos como “excomulgados” para esa claque que publicaba sus denuestos en su leniniano periódico, creyéndose dueños de la verdad revelada por el líder ruso.

Nosotros no nos quedamos atrás al comenzar a deslindarnos de ellos, en el panfleto que escribí al alimón con Miguel Otero, En las Huellas de la Pezuña, en Curazao me desligaba de ellos, aunque Miguel después volviera al redil comunista por un buen tiempo. Decíamos allí que: “(...) de una vez también queremos hacer constar que si negamos el carácter de comunistas dado a nuestro movimiento por individuos extraños al grupo es por deber de sinceridad, por respeto a la exactitud; y eso sin aventurarnos a criticar al comunismo como doctrina y sin hacer disquisiciones sobre la viabilidad o no de su implantación en nuestro medio social. Vamos a hacer trizas la etiqueta con que arbitrariamente nos cataloga Arcaya, para dejar enfatizada la orientación de un movimiento que ha sido única y exclusivamente antidictatorial”. Y estábamos diciendo la verdad, porque es posible que ya en la mente calenturienta de algunos de nuestros compañeros estuvieran comenzando a formarse ideas comunistas, de manera individual, pero ese movimiento colectivo nunca tuvo tal carácter.

Usted comenzó a tener relaciones, desde esa época, con intelectuales venezolanos conspiradores contra la tiranía, como fue el caso de su amistad temprana con José Rafael Pocaterra, a pesar de la diferencia de edades. ¿No es cierto?

- Ese muchacho que llaman Manuel Caballero no se equivoca en la apreciación que tiene sobre la relación que mantuve con Pocaterra y es que a mí me inspiraba mucho respeto un intelectual de las dimensiones de este venezolano, que no se quedó ensimismado en su musa poética, sino que era un hombre de acción. Lo demostró cuando, desde la cárcel de Gómez, incomunicado en la temible y terrible cárcel de La Rotunda, logró la titánica hazaña de escribir en papel de cigarrillos —para sacarlo subrepticamente, sin que lo descubrieran sus carceleros— esa monumental obra que es *Memorias de un venezolano de la decadencia*; y esa cualidad la ratificó con su participación en la invasión del Falke con el general Román Delgado Chalbaud, aunque lamentablemente flaqueó en sus convicciones después del derrocamiento de Gallegos. Años más tarde se reivindicó con su discurso de Valencia frente a Pérez Jiménez. Era muy cambiante, pero no podemos negarle sus méritos intelectuales.

Puede explicarnos la pertinencia de esa otra “parada” que ustedes tiraron con otro caudillo, como Román Delgado Chalbaud, en la invasión del Falke?

- Ahora que hablamos de la invasión del Falke, no puedo dejar de reconocer que se trató del último intento de “tirar una parada”, como usted dice, sin mayor preparación de lo que en verdad queríamos para Venezuela. Aún no teníamos eso que hoy llamaríamos un programa de gobierno ni nada parecido, solo teníamos la urgencia de salir de esa tiranía insolente de Juan Vicente Gómez y sus acólitos. Aunque a decir verdad siempre tuve muy mal concepto de esos militares de viejo cuño aventados al exilio. Tan era así que en esa época opinaba que esa mal llamada “emigración revolucionaria” era un archipiélago. En cada Barataria, un “general” que frecuenta manicuristas y usa fajas abdominales, preside sesiones, hace y deshace planas ministeriales, combina invasiones estratégicas sobre pupitres inofensivos y concluye enviándole circulares a sus amigos “dentro y fuera del país”, en papel con membretes “libertadores”, número de teléfono y de casilla postal...

La verdad es que fuimos a tratar de invadir con Delgado, porque él era un hombre de avanzada para su época, mucho más culto que todos los gamonales que andaban hablando pendejadas por los caminos del exilio. Además, estaba acompañado de ese gran intelectual democrático, para la época, que era José Rafael Pocaterra.

A Raúl Leoni y a usted les salvó la vida en esa aventura, el hecho fortuito pero afortunado de la zozobra de la goleta que los conduciría a esa “parada”. Cuéntenos esa experiencia.

- Vale la pena que le cuente que estábamos involucrados en esa aventurada acción, pero no alcanzamos el Falke por una jargarreta del destino: Raúl Leoni y yo salimos a alcanzarlo, pero la goleta *Giselle* que nos trasladaba zozobró, con tanta fragilidad como la bailarina del mismo nombre, apenas comenzaba a alejarse de las costas de la República Dominicana. Salvamos la vida milagrosamente, pues tuvimos que alcanzar la orilla a nado. Eso evitó que llegáramos, pero tal como usted dice, hubiese sido una participación que probablemente hubiese acabado con nuestras vidas. Entonces se operó una especie de doble milagro: primero el habernos salvado del naufragio de la goleta y, luego, el no haber coronado con éxito nuestra aspiración de alcanzar el buque, pues

seguramente hubiésemos muerto en alguna calle polvorienta de Cumaná.

En esa aventura del Falke estuvieron implicados usted, Raúl Leoni y Carlos, el hijo de Román Delgado, es decir, tres futuros presidentes de Venezuela.

- Para que usted vea, fíjese en esta coincidencia histórica: en la invasión estuvimos involucrados tres individuos que después, con los años, como usted afirma, llegaríamos a ser presidentes de Venezuela, porque en el Falke venía Carlos Delgado Chalbaud, hijo del General Román, quien salvó la vida por las instrucciones de su padre de mantenerse en el barco y zarpar si, como ocurrió, fracasaba la invasión. De tal suerte, que para bien o para mal, de habernos encontrado los tres en el Falke, Leoni, Carlos Delgado y yo, probablemente ninguno hubiese alcanzado la primera magistratura, sino una muerte poco gloriosa y así hubiésemos pasado casi inadvertidamente por los anales de la historia.

¿Pero cómo se explica que usted y Raúl Leoni, que eran unos dirigentes políticos de izquierda, coincidieran con un “caudillo” como Delgado para lanzarse a esa aventura anti-marxista del “putchismo”, por decir lo menos?

- Claro, es que ya le dije de nuestro “desespero” un tanto pequeño burgués por salir de la dictadura. Fíjese que, antes del Falke, Gustavo Machado también “tira una parada” tomando la precaria instalación militar de Curazao en compañía de otro caudillo: Rafael Simón Urbina. El asalto a Curazao tenía el deliberado propósito de reunir armas para invadir a Venezuela por el estado Falcón. Triunfa en la isla holandesa, pero la temeraria e ingenua expedición a Venezuela termina, como era de esperarse –sin trabajo previo en el interior, sin un contacto, sin apoyo campesino– en un terrible fracaso.

Costa Rica.
La camarada Valverde. ARDI.
Plan de Barranquilla.
Un viaje frustrado a la URSS

Después de la aventura del Falke usted seguía empeñado en venirse a Venezuela en otra invasión. Recuerdo haber oído de la existencia de una carta que usted le envía a Pocaterra, ahora desde Costa Rica, insistiendo en la lucha armada. ¿No es así?

- Sí, es verdad, yo seguía aventurando, pues a pesar de aquel fracaso del Falke, seguí empeñado en mis afanes de organizar otra expedición a Venezuela, y le voy a mostrar un fragmento de esa carta a que usted hace referencia y que a la sazón le escribí a Pocaterra en diciembre de ese mismo año 1929, desde Costa Rica, donde además de hablarle de nuestros preparativos bélicos, le esbozaba el comienzo de nuestras diferencias con los comunistas venezolanos que estaban en México y Nueva York:

Tenemos en mano unos 500 rifles bien dotados, 1 ametralladora y 200 granadas de mano. Cumplidas nuestras gestiones aquí salgo para Puerto Rico en busca de un barco. Allá hacen gestiones en ese sentido Atilano y Chicho Betancourt. Solucionado ese problema, nos lanzaremos sin más espera. Es nuestro propósito sacar dinero de Venezuela, en cualquier forma, para organizar una expedición decisiva, con los elementos que llevaremos nos basta para resistir por muchos meses, enguerrillándonos, por supuesto. Por ningún respecto podemos desaprovechar el estado de ánimo de Oriente, rabioso por las represalias ejercidas por el gobierno a raíz de la invasión de ustedes. Los pocos de la FEV que estamos fuera iremos todos.

Luego le manifestaba al escritor y combatiente: "No pasan cuatro semanas sin que este grupo de liberados le tire de nuevo la parada a esa gente, sobre todo si ya nosotros hemos caído por Oriente. Desdeñosamente, afanado en labor constante y fervorosa, he observado la grita de comadres que han formado «los patriotas» de México y Nueva York. Los infelices no merecen el ho-

nor de la beligerancia. Hay que hacer lo posible por ignorarlos, por olvidar que ellos existen. solo razones de pesimismo y desaliento podemos encontrar en ellos. Prefiero volver los ojos hacia las cárceles, hacia Puerto Cabello, hacia las montañas enguerrilladas de Oriente, hacia todos los que valientemente, sin gestos, sin pose, con la sencillez de quien cumple su deber, se le han ido a las barbas al bagre”. Estábamos desesperados por entrar en batalla, pero esa fue una etapa “voluntarista” que pronto logramos superar.

Allí mismo en Costa Rica, ya por esas fechas, usted está echando raíces en ese país donde activó tanto políticamente hablando. ¿Esas raíces tienen que ver con su relación sentimental con su camarada Carmen Valverde?

- Allí en Costa Rica conocí a Carmen Valverde –me quedé prendado de esa bella mujer y leal compañera de profundas convicciones– pero aún no contraje nupcias, ni eché raíces como usted dice; antes de mi matrimonio, me fui a Colombia y en Barranquilla empezamos a reunirnos los exiliados que compartíamos ideales y escogimos ese puerto porque estaba relativamente cerca de Venezuela.

Sí, ya sabemos que usted se fue de Costa Rica a encontrarse con sus compañeros del año 28 en Barranquilla. ¿Cómo pudieron sobrevivir en ese país con esa pobreza tan grande que ustedes sufrían y cómo lograron constituir ARDI?

- Allí, para sobrevivir, establecimos el más barato de los negocios que se puede concebir en el mundillo del comercio: una frutería. En la trastienda de esa “pulpería”, tomando el fuerte café colombiano y alguna que otra copita de ron o mezclándolo como el “carajillo” que beben los españoles con el brandy, llegamos a constituir nuestra primera organización verdaderamente diferenciada de los comunistas: la Agrupación Revolucionaria de Izquierda (ARDI) de vida efímera, pero muy influyente en el porvenir de nuestras luchas. Al año siguiente ya estaba de nuevo en Costa Rica, con la satisfacción de haber dejado en Barranquilla el compromiso sellado y juramentado con unos hombres quienes, con una que otra excepción que confirma la regla, me acompañarían durante los próximos cincuenta años de lucha política.

Allí en Colombia ustedes trabajaron en el primer proyecto político serio para transformar a Venezuela, el Plan de Barranqui-

lla, el que muchos años después fue considerado por Germán Carrera Damas como una segunda Carta de Jamaica.

- Ciertamente, el documento más importante que se elaboró en esos años fue el Plan de Barranquilla y lo redacté de común acuerdo con mis doce “hermanitos” de ARDI. Por cierto cuatro de ellos conformarían conmigo Acción Democrática diez años después: Valmore Rodríguez, Raúl Leoni, Ricardo Montilla y César Camejo. Los otros eran: P.J. Rodríguez Berroeta, Juan J. Palacios, Pedro A. Juliac, Mario Plaza Ponte, Simón Betancourt, Carlos Peña Uslar y Rafael Ángel Castillo.

Pero ya usted había trabajado en otro documento político, al alimón con Miguel Otero Silva: “En las Huellas de la Pezuña”.

- Sí, ciertamente, como ya le dije, recién llegado a Curazao, con Miguel Otero Silva, había escrito *En las Huellas de la Pezuña* donde transpiramos fervor nacionalista y antidictatorial, pero aún con mucha vaguedad en el tema de alcanzar y conservar el poder para las grandes transformaciones que nos proponíamos.

El primer documento, donde se puede avizorar el germen de ideas más claras hacia la toma del poder para desarrollar la revolución democrática, es «El Plan de Barranquilla», publicado por nosotros en marzo de 1931, donde se establecía un proyecto de programa de gobierno para la transición a la salida de Gómez y su taifa de compinches del poder. Hombres de ideología civil, como somos, estábamos en el perfecto derecho de no creer en las aparentes soluciones a nuestros problemas venezolanos que vieran por vías pretorianas. Y es lamentable puerilidad pensar que pueda ser cobardía ante el plomo la determinante de esta posición, pues nuestra generación no es de patiquines enfermizos y debiluchos, buenos solo para la retórica discursadora, sino de hombres capaces de afrontar a la barbarie en sus propios reducidos, como lo hicimos la madrugada del 7 de abril de 1928. Estamos convencidos de que la política no es retórica vacía, ni solo palabrería hinchada de viento como las vejigas, sino ciencia, método, capacitación.

Sin embargo, don Rómulo, al Plan de Barranquilla lo atacaron mucho los comunistas al considerarlo como muy reformista y tímido como proyecto de cambio revolucionario

- Así fue, lo que ocurría es que este Plan no podía ser «maximalista» y por ello comenzó a sufrir las críticas de los más radicales. En este documento decíamos, entre otras cosas de fondo, lo

que debía ser la conducta de los revolucionarios, pero sin caer en extremismos infecundos como los del PRV desde México y, por el contrario, denotábamos un realismo muy serio al esbozar una propuesta de programa mínimo. Me voy a permitir leerle un párrafo del Plan para que vea que es cierto lo que le digo:

“Hemos dicho programa mínimo, porque el suscrito hoy por nosotros apenas contempla los más urgentes problemas nacionales y porque el contenido mismo de nuestros postulados de acción es apenas reformista. Consecuentes con un método que repudia la sobrestimación de fuerzas, hemos querido considerar solo las necesidades y aspiraciones populares que creemos más urgentes. La marcha misma del proceso social nos señalará el momento de poner a la orden del día la cuestión de ampliación y revisión del programa”.

De Colombia, usted no se regresó enseguida a Costa Rica, sino que se fue al Perú. ¿Cuál fue la razón de ese viaje?

- Eso fue así: antes de regresar a Costa Rica viajé de Barranquilla al Perú, en compañía de Gonzalo Carnevali, con el interés de conocer de cerca la realidad peruana, pues ya había leído en Barranquilla obras de José Carlos Mariátegui, de Jorge Basadre y Manuel González Prada sobre ese país hermano; sin embargo, nuestra estadía fue muy corta por las convulsiones políticas internas ya que había sido derrocado el presidente Leguía por un ambicioso coronel llamado Luis Miguel Sánchez Cerro quien no nos permitió realizar casi ninguna actividad allí. Por cierto que ese mismo año murió Mariátegui y eso nos consternó mucho porque veíamos en él uno de los mayores y mejores teóricos del proceso revolucionario continental.

Enseguida regresamos a Barranquilla y al poco tiempo me fui otra vez a Costa Rica y ahora sí, después de amalgamar el grupo fundador de ARDI y tener un programa de gobierno más o menos coherente, podía comenzar la búsqueda de hacer algo más útil con mi vida mientras se mantenía Gómez en el poder.

No alcanzo a entender, como no fuera por su enamoramiento con doña Carmen, el empeño suyo de volver a Costa Rica a ejercer su actividad política, en vez de quedarse en Colombia, más cerca de Venezuela.

- No se me ocurrió mejor sitio para esa actividad que ese pequeño país centroamericano, pero siempre muy adelantado. Re-

cuerde que ya en esa época Costa Rica poseía un ferrocarril interoceánico, además tenía magníficas relaciones con los dirigentes del Partido Comunista de ese país, quienes por cierto tenían una actitud mucho más autónoma frente a los soviéticos, a pesar de su reducida militancia, que casi todo el resto de partidos latinoamericanos. Tampoco puedo dejar de decir, a riesgo de pecar de insincero, que el enamoramiento con Carmen también influyó mucho en mi decisión de volver a ese grato país y contraer matrimonio con la mujer que llegó a ser la madre de mi única hija: Virginia.

Por cierto, no me canso de repetirlo, Virginia es la persona que me ha dado más satisfacciones en mi vida por ser una trabajadora incansable, es como una maquinita “Singer”, nunca para y todo lo que hace lo realiza con amor y fe por Venezuela. Le digo, con toda sinceridad, que Virginia es la única debilidad que confieso haber tenido toda mi vida, por el amor paternal que siempre le he profesado y que ella me lo ha retribuido con creces. Ahora se han unido a ese afecto el de mis nietos, con quienes compenso el amor paternal que quizás le faltó a Virginia, cuando niña, debido a mi vida tan azarosa.



Carmen Valverde, Virginia y Rómulo Betancourt.

¿Cómo desarrollaba sus actividades desde el Partido Comunista con tanta libertad en aquella época tan anticomunista en todo el hemisferio?

- En esa época gobernaba Costa Rica el abogado Cleto González Víquez por segunda vez, se respiraba una atmósfera de respeto por las libertades públicas y de libre funcionamiento de los partidos políticos de todas las tendencias. Por cierto, cosa curiosa, más adelante en el año 1946 se declaró a González Víquez como “Benemérito de la Patria”... qué diferencia con el “Benemérito” nuestro.

En Costa Rica usted se separó de la línea del “Buró del Caribe” que era de obediencia perruna a los dictados soviéticos y, a la vez, con los sectores más conservadores de New York: ¿Cómo ocurrió ese deslinde?

- Bueno porque allí, al poco tiempo, en 1932, publiqué un documento que titulé *¿Con quién estamos y contra quién estamos?*; algunos lo criticaron llamándolo “folletín”, pero la verdad es que no fue más que eso, un folleto, pero le pusimos mucho cariño porque lo hicimos en medio de las mayores dificultades y privaciones económicas, al punto que me lo publicaron los hermanos Falco con un fiado que les saqué, lo que fue un abuso de mi parte por lo casi regalado de su precio.

Entre otras cosas allí dejé sentado que aparte de fugaces paréntesis de gestión civil, nuestra escena política ha sido siempre uniforme: en el proscenio, con el machete chorreando sangre y los bigotes erizados de cóleras esquilianas, un bruto con la banda presidencial, un “sátrapa de entorchados” justificando para Venezuela la frase que en el Perú dijo González Prada: “La Presidencia de la República ha sido el último grado de la carrera militar”; detrás, un coro de “guapos” de segunda categoría y de “plumarios” y “diplomados”. El caudillaje, gobernado por sí y en representación de nuestra “aristocracia” capitalista de latifundistas y de pulperos enriquecidos, ha sido una supervivencia feudal dentro de la República. El rol que ha cumplido es de rémora y barbarización.

También daba respuesta a un artículo publicado en Nueva York por un sector, distinto al PRV, compuesto por Carlos López Bustamante, Rafael Bruzual López y Jacinto López, quienes eran abiertamente de pensamiento conservador, un tanto trogloditas.

Es que ese ha sido mi “*karma*” toda la vida, combatir a los extremistas de derecha e izquierda. Cómo serían de atrasados estos buenos amigos míos que no se les ocurrió otra explicación a la realidad política de la Venezuela de entonces que achacarle sus males a la geografía. Oiga este disparate que dijeron en el periódico *Venezuela Futura* que editaban en Nueva York: “En Venezuela no existe la tiranía de un hombre sobre el resto del país, sino de una región, de la región andina”. ¡Qué riñones! Aunque no me quedé solo en desbaratar esa peregrina como absurda tesis, porque también Miguel Otero la atacó con dureza y aproveché para delinear con precisión nuestra posición política e ideológica.

Don Rómulo, usted se ha referido muy poco, a pesar de haber escrito tanto, a esa época suya de militante del Partido Comunista de Costa Rica, disculpe la pregunta un tanto desconsiderada, pero ¿ha sido por cálculo político?

- La verdad es que no me refiero mucho a esa etapa, no por cálculo político, sino porque siempre he considerado que “del pasado la experiencia” y lo cierto fue que no realicé ninguna actividad notable con los comunistas que pueda interesar a la historiografía política. Aunque no tengo empacho alguno en decirle que mi pasantía en el PC fue más bien por mi interés en entrenarme en el trabajo de partido y luego utilizar esa experticia a mi regreso a Venezuela, como en efecto ocurrió. Claro que los meses que milité en ese partido me lo tomé en serio, como todas las cosas de mi vida, al punto que los camaradas me escogieron como delegado suyo al VI Congreso de la Internacional Comunista que se celebraría en Moscú y al que no asistí porque lo pospusieron. Tenía mucho interés en conocer, de primera mano, lo que ocurría en el país de Lenin, aunque más me interesaba estudiar la experiencia petrolera de los rusos, pues ya en aquella época estaba comenzando a preparar el trabajo que luego publicaría con el nombre de *Venezuela, Política y Petróleo*.

Pero incluso se decía que usted era el más connotado dirigente del Partido Comunista de Costa Rica. ¿No fue cierta su relevancia como dirigente de ese partido?

- No crea que su insistencia me va a cohibir de decirle la verdad de toda esa época de mi vida. Y para que vea que no eludo el tema, sino que le estoy relatando la verdad de los hechos, me voy a permitir leerle una carta escrita por mí en 1934, poco conocida,

que le envié a mi muy querida amiga Josefina Juliac, quien, por no conocer a tiempo lo de la posposición del Congreso, se había ido a Moscú: “[...] pensé verte en Nueva York, iba a pasar por allí rumbo a la Unión Soviética, al VI Congreso de la Internacional Comunista, si es que te encuentras en la Unión Soviética porque te hayas quedado allá esperando la celebración del congreso, te voy a pedir lo siguiente: que me envíes a la mayor brevedad posible, todo el material que puedas conseguirme sobre petróleo. En inglés o francés. Estoy escribiendo un trabajo sobre petróleo venezolano y quiero poner un capítulo sobre la política soviética en esta materia. No salí yo en viaje para la Unión Soviética, con la representación de este partido, porque a tiempo recibimos la noticia de haber sido transferida la fecha de celebración”.

Otra curiosidad que siempre he tenido. ¿Cómo fue que usted tuvo esa alta figuración en el Partido Comunista en Costa Rica y tenía diferencias tan radicales con los comunistas venezolanos?

- Seguramente a usted y a mucha gente le extrañará que hubiese convivido en tan buenos términos con los camaradas costarricenses y, en cambio, tuve una relación tan áspera con los comunistas venezolanos agrupados en el PRV. Como ya le decía los camaradas costarricenses no eran sectarios para nada, a pesar de ser un partido pequeño en una nación igualmente pequeña, mantenían, sin embargo, una política autónoma de los dictados de la Internacional Comunista y de los soviéticos. Mientras los camaradas agrupados en el PRV, además de sectarios, exhibían una exagerada autosuficiencia que los conducía a mostrarse con aires de superioridad frente a los demás mortales. Seguramente la explicación a esta conducta era cierta envidia que sentían los “perros rabiosos” para quienes participamos en la Semana del Estudiante por la notoriedad que tuvimos, unos imberbes, frente a ellos que se creían el non plus ultra de la política mundial.

¿Usted afirma que los del PRV, se sentían más identificados con la línea soviética que los costarricenses? ¿y por qué usted creía tan alejados de la realidad a los comunistas venezolanos?

- Recuerde que los comunistas venezolanos se sentían como embajadores del imperio soviético desde el buró del Caribe y eso los ponía aún más petulantes. Ya en enero del año 1932 le decía en una carta a Valmore Rodríguez, a Leoni y a Ricardo Montilla lo siguiente, déjeme leerle este párrafo: “El tal buró del Caribe de la Internacional es el más acabado modelo de inepticia y de petu-

lancia palabrera que pueda darse... Lo que llaman «aceptar la línea de la Internacional» es acoger, sin beneficio de inventario, todos los clisés, abstractos, alejados cien kilómetros y pico de la realidad, que se forjan en las capillas de Nueva York”. ¿Se fija que lo que sostengo hoy, ya lo decía sin ambages en aquel momento? Es que constituía un error del Partido Comunista pretender entregar el monopolio de la dirección del cambio revolucionario a una clase obrera larvaria, integrada en su totalidad por trabajadores provenientes del campo y sin razón para tener y mantener una actitud revolucionaria. Dado el exiguo proletariado industrial de Venezuela, ese partido que exigían los radicales no contaría sino con unos pocos centenares de militantes incapaces de impedir por su debilidad numérica y clasista que la reacción destruya el partido y destierre y encarcele a sus dirigentes y salgan estos de nuevo a pendejear por los caminos del exilio, escribiendo artículos hipotéticos sobre un hipotético partido comunista venezolano.

Los planteamientos comunistas no pueden prender entre las masas venezolanas, por ser demasiado abstractos, incomprensibles. Y sobre todo elaborados a priori, sin partir de un conocimiento de la realidad venezolana. Siempre planteé que la fórmula aconsejable es la de la formación de una organización o frente nacional, provisional, entre los sectores explotados de la ciudad y el campo, semipropietarios, artesanos, pequeños industriales, detallistas arruinados, campesinos pobres, maestros de escuela, empleados de comercio con salarios de hambre para oponerlos en las batallas iniciales al frente reaccionario que resultará del entendimiento entre el capital financiero imperialista y el bloque burgués-caudillesco nacional. Siempre me mostré intransigente frente a los comunistas, porque solamente cumplen consignas enviadas desde la sede de la Tercera Internacional, con desconocimiento total de la historia y de la idiosincracia de las masas nacionales que pretenden dirigir.

Usted nos ha enseñado la carta que le envió a Josefina Juliac, donde le confiaba que iba de delegado del PC de Costa Rica a Moscú a una Conferencia Internacional, pero casi enseguida ya usted estaba en la acera contraria a los soviéticos. ¿Por qué la rapidez en la ruptura?

- Lo que nos ha distinguido siempre a los socialdemócratas venezolanos ha sido nuestra coherencia ideológica desde ARDI hasta AD. Fíjese, estimado amigo, que poco tiempo después de la car-

ta que le envié a Josefina Juliac y a la que ya le hice referencia, donde le hablaba de que iba a ser delegado al Congreso Internacional comunista en Moscú, ya teníamos una actitud crítica contra la “Catedral” soviética. En ese año, 1935, le escribí una carta a Leoni, aquí la tengo para que vea la fecha. Le voy a leer este párrafo, donde le expresaba lo siguiente: “[...] he escogido dos capítulos del libro en que estoy trabajando y se los envío. Esos capítulos que les mando tienen cierto sabor «historicista». En algunos otros del libro (por ejemplo en el segundo: «De la colonia a la república») hay más audacia teórica. Pero, sin tratar de aplicar mecánicamente el marxismo a los problemas de Venezuela. Tal vez, hermanitos, sea una reacción, si se quiere extremista, contra esa tendencia que tanto repruebo en los Burós de la IC: la de trazar desde sus oficinas de Moscú, Nueva York o Montevideo esquemas estándar, que sirven para todos los países y dan respuesta a todas las situaciones. Mandé unos 4 capítulos del libro a Chile. La editorial no ha contestado. Yo tengo ya en borrador los capítulos del libro que tratan sobre petróleo; y en el curso de esta semana intentaré pasarlos en limpio, para enviárselos”.

Muerte de Gómez
Regreso a Venezuela.
Deslinde definitivo de los comunistas
López Contreras: autocracia liberal
Segundo exilio: Chile

En el momento que se produce la muerte del dictador Juan Vicente Gómez, usted se encontraba en Costa Rica con su esposa y una hija recién nacida. ¿Cómo hizo para arreglárselas, con las precariedades económicas de un exiliado, para tomar decisiones tan importantes como la de regresar a la patria a continuar la lucha y, encima, con esa carga familiar?

- El 17 de diciembre de 1935 muere Juan Vicente Gómez y sabíamos que tenía que producirse un cambio en la conducción del gobierno, porque esa tiranía decimonónica no podía seguir existiendo en pleno siglo XX después de ocurrir acontecimientos tan notables como la Revolución Rusa.

Estando en Costa Rica me enteré el día siguiente, 18 de diciembre de 1935, de la muerte del tirano. El domingo 22 de ese mismo mes fue cuando dije algo que después me criticaban algunos compañeros quienes pensaban que me estaba precipitando al juzgar tan severamente a alguien que acababa de fallecer y que podría molestar a los causahabientes del dictador.

Lo que manifesté en aquel momento y hoy, después de tantos años de por medio, lo ratifico, fue que: "Marx decía que, en determinadas circunstancias históricas, bien podía un imbécil hacer el papel de héroe. Si en algún personaje es verdad esta tesis es en Juan Vicente Gómez, el verdugo del pueblo venezolano, muerto de disentería el miércoles de la semana que termina. La conjunción de circunstancias históricas diversas, hicieron de él, hombre sin estatura alguna, espécimen primario de individuo todavía oloroso a selva y caverna, el árbitro del destino de un gran pueblo. Gómez ha sido el policía armado en la Venezuela de los piratas del aceite. ¿Ha cambiado sustan-

cialmente la situación de Venezuela con la muerte de Gómez? No. Su mismo equipo ha quedado en el poder. Sin embargo, la muerte del jefe de la banda necesariamente habrá provocado desconcierto en esa honorable colección de pillastres. Y de este desconcierto se aprovechará el pueblo para hacer oír su voz. Venezuela dirá ahora su palabra”.

Además, pronto me llegó la noticia de la integración del nuevo gabinete de López Contreras, lo que me ratificó en mi convencimiento que el post gomecismo era un calco del gobierno anterior: Tinoco Ministro del Interior, Itriago Chacín en el de Relaciones Exteriores; González Rincones en el Ministerio de Instrucción Pública (luego llamado de Educación); Ministro de Hacienda Efraín González; Ministro de Fomento Cayama Martínez; Ministro de Agricultura Toledo Trujillo; Márquez Bustillos quien fuera uno de los “Presidentes provisorios” de Gómez lo encontramos, nada más y nada menos, que como Secretario de la Presidencia de la República. Eso era lo que veíamos como primeras manifestaciones políticas del nuevo régimen.

La verdad es que ni me arrepiento, ni me desdigo, pues no pasaron ni diez años para que el pueblo llegara por vez primera al poder en Venezuela, sacando provecho de las contradicciones existentes en el seno de la camarilla gobernante. No me gusta alardear, pero lo que dije en ese momento fue una premonición hecha realidad en muy poco tiempo.

No hay dudas de que se cumplieron sus premoniciones, don Rómulo, pero cómo se pudo venir tan pronto a Venezuela, en las condiciones paupérrimas en que se encontraba y cómo vio, al llegar, la actitud del sucesor López Contreras?

- De Costa Rica me vine, en el mes de enero, tan pronto supe la noticia de la muerte del “bagre”, en un barco frutero con la mayor de las incomodidades, pero con la satisfacción de quien podía avizorar un futuro mejor. Al llegar, casi sin darnos cuenta, aparece una figura que va a acelerar mucho más los acontecimientos de lo que creíamos los revolucionarios: Eleazar López Contreras, quien se fue asentando en el poder en la medida en que iba saliendo de las “viudas” del gobierno anterior. López, en verdad, inició una verdadera *razzia* contra los herederos políticos más directos de Gómez.

Pero López, a pesar de que era un hombre mucho más moderno que Gómez, tampoco puede decirse que comprendió la nueva realidad demasiado pronto, pues a usted lo volvió a expulsar del país.

- Ciertamente, permítame decirle que López Contreras no fue ningún blandengue con nosotros, pues el avance democrático de López tampoco puede ser considerado como demasiado audaz y radical —él mismo definía su gestión como de «calma y cordura»—, pues no hay que olvidar que a pesar de su tolerancia con la creación de partidos políticos y sindicatos, también tomó la decisión de expulsar del país, no solo a mí como usted dice, sino a muchos de nosotros, porque habíamos continuado con nuestras prédicas al frente de los reclamos societales de mayor profundización democrática.

Un poco más de un año después de la muerte del tirano Gómez, su sucesor López ya está expulsando a los líderes opositores, ¿cree usted que se debió a los sucesos de la manifestación del 14 de Febrero del año anterior?

- En marzo de 1937 es que se viene a publicar el decreto de expulsión del territorio de la República de Jóvito Villalba, Gonzalo Barrios, la mía y la de 43 otros líderes democráticos —aunque yo no acaté el Decreto y pasé a la clandestinidad —pues no nos habíamos quedado inmovilizados con las pacientes promesas de «calma y cordura» de López, pues el 14 de febrero del año anterior, tal como usted afirma, la Federación de Estudiantes dirigida por Jóvito Villalba con nosotros y la Unión Nacional de Empleados Públicos dirigida por Alejandro Oropeza Castillo, habíamos organizado la manifestación a que usted hace referencia en la ciudad de Caracas, en defensa de la libertad de prensa y por la restitución de las garantías suspendidas desde diciembre del año anterior. La represión inesperada de la marcha, tiroteada desde la sede de la Gobernación de Caracas, produjo la muerte de al menos seis manifestantes y heridas en muchos otros, lo que enardeció al pueblo.

Se convocó entonces a una huelga general que se extendió a otras ciudades, lo que puede ser considerado como un antecedente del comienzo del ejercicio de la praxis marxista de la huelga general revolucionaria, pues también fue acompañada con saqueos a las casas de algunos capitostes del régimen gomecista recién venidos a menos con la muerte del caudillo.

Usted pasó a la clandestinidad y se dice que en una de las emboscadas que le tendió la policía usted le arrancó una oreja de un mordisco a un policía. ¿Eso fue cierto?

- Esa fue una etapa muy dura, pues en varias ocasiones estuve a punto de ser atrapado por los servicios policiales de López. En una ocasión tuvimos que fajarnos, a plomo limpio, contra una comisión policial y escapamos de milagro. Debió haber sido en esa oportunidad cuando se corrió la voz del incidente “canino” con el policía... Je, je, je. Me refiero a aquella incierta anécdota, a que usted hace referencia, según la cual, casi atrapado por un policía que me perseguía, supuestamente, le había arrancado la oreja de un mordisco. Aunque también corrió, por parte del gobierno, la versión contraria, según la cual, había sido el policía quien me arrancó la oreja en el enfrentamiento.

Ahora, a tantos años de esos sucesos cómo juzga usted la actitud de López Contreras en aquel momento histórico?

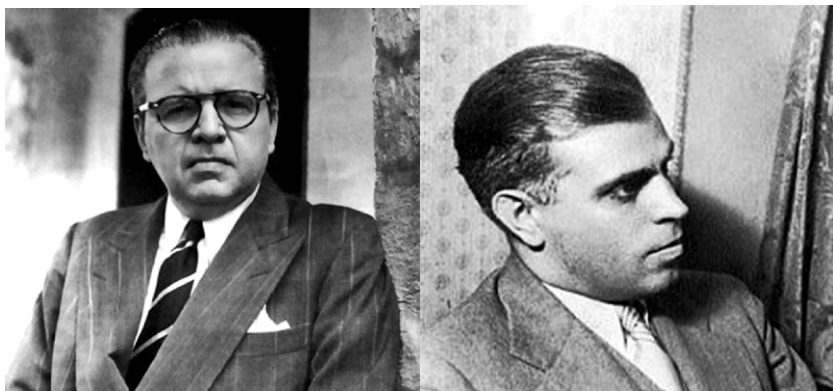
- Si usted supiera, la verdad verdadera, como dicen los abogados, es que la reacción, en principio, del gobierno de López fue bastante comprensiva, habida cuenta que en respuesta a las demandas populares restituyó las garantías constitucionales, destituyó a los altos cargos gomecistas, incluyendo al gobernador del Distrito Federal, General Félix Galavís, a quien se sindicaba de haber ordenado disparar contra los manifestantes de la plaza Bolívar el 14 de febrero y anunció el «Programa de Febrero».

Mientras el gobierno actuaba en esa dirección, ¿qué hacía usted en materia de organización del movimiento político de la época, habida cuenta de su fama de buen organizador?

- En el mes de Agosto de 1936 se había reestructurado la directiva de ORVE, pues a raíz de la huelga general Mariano Picón Salas había renunciado a la Secretaría General, aceptado la Embajada de Venezuela en Praga y Alberto Adriani se fue a un Ministerio (quien lamentablemente moriría poco después), fue entonces cuando asumí la dirección en el Comité Ejecutivo Nacional del partido, en compañía de Inocente Palacios, Alberto López Gallegos, Raúl Leoni, Luis Beltrán Prieto Figueroa, Juan Pablo Pérez Alfonso, Carlos D’Ascoli y Gonzalo Barrios, entre otros.

La tolerancia política limitada de López permitió, sin embargo, el funcionamiento de partidos políticos como el Partido Republicano Progresista (PRP), que se crea por la inhabilitación del PCV—que había sido fundado en 1931—debido a la prohibición le-

gal de sostener públicamente ideas comunistas; ORVE, ya liderado por nosotros —allí coincidimos Mariano Picón Salas, Alberto Adriani, Alberto Ravell, Mary Calcaño, Lucila Palacios, Raúl Leoni, yo y muchos otros distinguidos ciudadanos— de corte nacionalista y progresista el que sustituye a ARDI, que había sido nuestro primer intento de organización nacionalista y unitaria de la izquierda no declarada abiertamente comunista y, finalmente, el PDN que es la primera tratativa seria de unir la diáspora de la izquierda democrática, aunque albergara en su seno el germen de su propia destrucción: un sector comunista, que casi enseguida decide separarse para montar tienda aparte.



Mariano Picón Salas.

Alberto Adriani.

Entonces, don Rómulo, ¿los comunistas no fueron unos militantes disciplinados que abrazaran la causa del PDN, sino una fracción, una especie de departamento estanco en el seno de ese partido?

- Ciertamente, la gente que se incorporó primeramente alrededor del Partido Comunista y luego en el PRP, comienzan el debate ideológico que atomiza la hasta ese momento unitaria «generación del 28», pues a pesar de que algunos de ellos se integraron fugazmente en el Partido Democrático Nacional (PDN), terminan rompiendo con la idea nuestra de integrar una organización unitaria y policlasista. Imperó, en el seno de los comunistas, la idea de participar en la lucha política con perfil propio. El PRP se funda en Caracas por Gustavo Machado, Salvador de la Plaza, Miguel Acosta Saignes, Rodolfo Quintero, Ángel J. Márquez (“la

bruja”), José Ángel Surga y otros marxistas recién llegados del exilio y lo hacen con ese nombre por la prohibición existente de legalizar partidos políticos de orientación marxista y sus fundadores son todos comunistas, filiación proscrita hasta entonces. Esta organización la proponen fusionarse junto con ORVE y otras organizaciones de izquierda, constituyendo el PDN en octubre de 1936, organización esta que no llegó a ser legalizada, pero se puede registrar como el primer intento serio de unificación de la izquierda venezolana.

¿Pero antes de la decisión de los comunistas de separarse del PDN, no estaban ustedes persuadidos de la necesidad de ese deslinde?

- Mi memoria ya no es tan buena como antes, por eso déjeme buscarle, para leerle, un facsímil del semanario *ORVE*, en su edición N° 33, de fecha 17 de diciembre de 1936, donde se publicó un documento suscrito el mes anterior por todas las organizaciones integradas en el PDN y donde aparecen las organizaciones, sus representantes y se fija posición frente a los comunistas. Oiga: “la Federación de Estudiantes, representada por Jesús González, Jóvito Villalba, Carlos Augusto León, Luis Lander, Lorenzo Rangel, Fernando Álvarez Manosalva; ORVE, por Rómulo Betancourt, Inocente Palacios, Juan Oropeza, Gonzalo Barrios, José Tomás Jiménez Arráiz, Margot Silva Pérez, Carlos D’Ascoli, Raúl Leoni, Manuel Agudelo y Armando Rodríguez; por el PRP, Rodolfo Quintero, Carlos Irazábal, N. Franco, Ernesto Silva Tellería, Miguel Otero Silva, Fernando Márquez Cairós, Ramón Pinedo y Luis Blanco; por el Frente Obrero, Augusto Malavé Villalba, Ramón Quijada, Francisco Olivo, Salvador Navarrete, Antonio Moya, F. Savery Alarcón y Luis Hernández Solís; por el Frente Nacional de Trabajadores, Alejandro Oropeza Castillo, César Villalba, Luis Alberto Pocaterra; por el Bloque Nacional Democrático de Maracaibo, Valmore Rodríguez, G. Bracho Montiel. Este documento es llamado “La posición de las organizaciones democráticas ante el comunismo” y decía, entre otras muchas consideraciones, lo siguiente: “Las organizaciones políticas de izquierda han venido soportando, sin hacer aclaratoria alguna, la constante delación derechista de las autoridades de que nuestros partidos se han impuesto como misión la de difundir en Venezuela el ideario comunista”.

Explíquenos mejor ese enredo: ¿cómo es eso que los comunistas, en el seno del PDN, denunciaban el ideario comunista? Eso parece como una farsa en boca de ellos.

- Nosotros estábamos inmersos, en lo interno del PDN, en un debate ideológico serio con los comunistas, pero en ese momento ellos accedieron a que publicáramos esa perorata anticomunista por razones tácticas, tratando de obtener la legalización del PDN y aunque no lo logramos sirvió para que los camaradas decidieran formar tienda aparte. Le confieso que algunos compañeros manifestaron tristeza por esa separación, en cambio, yo... casi monto una fiesta. Es que ya nosotros, después de haber conocido los escritos críticos de Trotsky y ver el movimiento policlasista chino del *Kuomintang*, de las diferencias de los socialistas españoles con la URSS y Lenin, pero sobre todo por las influencias latinoamericanas del Plan de Ayala de la revolución mexicana y las tesis del APRA de Víctor Raúl Haya de la Torre, estábamos decididos a crear un partido político a imagen y semejanza del pueblo venezolano y sin ataduras con la disciplina vertical del Partido Comunista que iría a convertirnos en ventrílocuos de la Tercera Internacional.

La verdad sea dicha lo de la fiesta por la salida comunista del PDN debe haber sido cierto, pues necesitaba oponerse al régimen neogomecista, pero sin el "sambenito" comunista que les habían endilgado a todos ustedes desde el año 28.

- Usted tiene razón, pero déjeme explicárselo un poco más detalladamente: el combate al régimen neogomecista lo conducíamos denunciando sin cesar su incapacidad para asimilar la idea de gobierno como representación del pueblo, su conducta represiva frente a quienes defendieran las libertades públicas y su manifiesta ineptitud para resolver con fórmulas modernas y democráticas los problemas básicos del país. En folletos, panfletos y periódicos, impresos y distribuidos desde la clandestinidad, arremetíamos contra un régimen anacrónico, absolutista en lo político, inepto en lo administrativo y orgánicamente incapacitado para dar una respuesta afirmativa a la interrogante de vida y cultura que tenía planteada la nación.

En el otro frente pugnábamos con los comunistas, disputándoles agresivamente la influencia sobre la juventud estudiosa y sobre las masas trabajadoras y, de manera especial, sobre el mo-

vimiento obrero organizado. En esa polémica sobre dos frentes resultó fácil combatir, en el campo doctrinario, con los corifeos del caudillismo criollo. La pugna ideológica con los comunistas, sí resultó más compleja. Fue tarea paciente y larga, cumplida con tenacidad, la de demostrar cómo un partido político nutrido de esencias nacionales, enraizado profundamente en la realidad venezolana, podía ser intérprete y canalizador del anhelo colectivo de un cambio estructural en lo político, económico y lo social del país, sin que fueran comunistas su programa, su estrategia y su táctica.

Don Rómulo, no se vaya a molestar, pero muchos de sus críticos han sostenido que su distanciamiento temprano de los comunistas y la profundización de esas diferencias, con el tiempo, fue un frío cálculo político suyo para ganarse el favor de los sectores más conservadores de la sociedad venezolana y del anticomunismo internacional. ¿Qué le respondería usted a los críticos que sostienen esa tesis?

- No, no se preocupe, no me molesta hablar del tema, pues ya sé que hay quienes han confundido mi profunda convicción anti dogmática, que me llevó a romper con los comunistas, como una añagaza para lograr aparecer como anticomunista para acercarme a los gringos o a la burguesía criolla, y eso no es cierto. Mi distanciamiento con los comunistas no se debe a ningún cálculo estratégico, sino producto de profundos análisis de nuestra realidad nacional y latinoamericana que están en abierta contradicción con las recetas soviéticas que querían trasplantar a nuestra región. Acabo de leer un análisis de un joven que militó en nuestras filas, se fue a la guerrilla y ahora, afortunadamente, después de hacerse una sincera autocrítica, está del lado democrático, pero sigue equivocado en relación a algunas posiciones políticas e ideológicas que he sostenido durante toda mi vida. Le voy a leer estas declaraciones de Américo Martín, a quien me refiero:

“Un hombre de la talla de Betancourt que llegó a alcanzar y que por cierto cultivó mucho aquello de no responder ataques ni caer en debates estériles buscados por adversarios ansiosos, no se entiende bien por qué se engolfó durante tanto tiempo en el intercambio polémico con sus declarados enemigos ideológicos. Es posible que haya intervenido en este particular caso la pasión. Atacado y atacando con fiereza se explican los rencores recíprocos que pudieron alimentar esta confrontación por más tiem-

po del que sin duda fue necesario. Pero cabe otra explicación –sigue diciendo Américo Martín– Betancourt pudo mantenerse en el fuego del intercambio tras una fría meditación. Una vieja regla de la política, emanada de la experiencia universal y aplicada en forma inofensiva y útil en muchos casos, pide colocar a otro «a la izquierda» y si no lo hay o el designado carece de fuerza para cumplir el cometido, inventarlo o magnificar su fuerza. Equivale situar a terceros que deben ser impresionados frente a este dilema: me aceptan a mí, pese a las dudas o reservas que puedan tener, o deberán soportar al que tengo a mi izquierda, que es mucho más intransigente y violento. En el camino hacia el poder, el líder acciondemocratista se percató de que en el momento del surgimiento del macartismo y bajo la conformación de bloques militares entre las dos grandes superpotencias del mundo que mantendrían el equilibrio de la paz y el terror, hubiera sido extremadamente ilusorio no tomar en cuenta el poderío norteamericano en «el área del dólar». La fuerza petrolera de Venezuela obligaba al país a tener alianza especial con EE.UU. Los antecedentes marxistas de Betancourt podrían inhabilitarlo para ejercer algún día la Presidencia de Venezuela o para conservarla una vez alcanzada. Romper con los comunistas y el marxismo, destino al que se encaminaba por fuerza de sus convicciones democráticas y nacionalistas, se hizo ahora un imperativo de urgencia, al que además había que proporcionarle altavoces. Muchos años después, encaminándose también al poder, el gran líder del PSOE español, Felipe González, hará lo mismo. Amenazó con renunciar al partido si no se eliminaba del programa socialista la palabra «marxismo», cosa que logró al final, e igualmente en forma tan bombástica que no pasara desapercibido en ninguno de los países importantes del mundo. Betancourt pudo ser el precursor de tan útil juego de manos».

Mire, antes de responder este análisis de este brillante pero equivocado líder, le quiero hacer una confesión porque a estas alturas de mi vida no comprometo nada ni a nadie: uno de los momentos más dolorosos que experimenté, en mi larga y dura lucha política, fue la separación del partido de esa brillante generación de jóvenes “cabezas calientes” que se dejaron encandilar por el aventurerismo del Idi Amín del Caribe, Fidel Castro, y su caterva

de filibusteros políticos. Lamentablemente, tuve la necesidad de enfrentarlos política y militarmente, pues no podía darme el lujo de tener sentimientos sensibleros cuando estaba en juego el sistema democrático, que se habían dado los venezolanos en libérrimos comicios después de tantas luchas y sacrificios.

Ahora, Américo tiene parte de razón en lo que dice, pero diera la impresión que él quiere dejar sentado que todo fue una hábil gambeta maquiavélica de mi parte. Yo se que esos muchachos y muchos de mis enemigos, siempre se han empeñado en decir que tengo habilidades especiales para la maniobra política, tanto es así que me llamaban el “Napoleón de Guatire”. Je, je, je.

La verdad es que enfrenté a los comunistas no para congraciarme con nadie, sino por convicciones muy profundas. Estaba y estoy convencido, que el comunismo es una de las más grandes estafas que se han planteado a la humanidad. Transplantar mecánicamente los clichés, consignas y banderas de los soviéticos, de la Europa del Este o de China en América Latina, hubiese condenado a nuestro continente al más oscuro destino. Fíjese el ejemplo doloroso que ha tenido que sufrir el hermano pueblo de Cuba por ese régimen oprobioso, solo comparable con las dictaduras más atrasadas del continente africano. No, yo no quería ni quiero un régimen cómo ese para mi país, puse en riesgo mi pellejo frente a esa amenaza, pero logré derrotarlos, política y militarmente para beneplácito y beneficio de las generaciones futuras de mis compatriotas. Algún día me lo reconocerán.

Además, no combatí a la gente que decía estar a mi izquierda para buscar afanosamente caer en brazos de la derecha. A los sectores más atrasados y conservadores del continente los combatí con el mismo ímpetu que a la extrema izquierda. Como todo el mundo recuerda, el atentado contra mi vida y que dejó un saldo lamentable de amigos y colaboradores míos muertos, fue organizado y financiado por la extrema derecha continental liderada, en aquel momento, por Rafael Leonidas “Chapita” Trujillo. Aunque los cañones que mandó a apuntar en mi contra terminaron devolviéndose contra él. Es que el que a hierro mata no puede aspirar morir a sombrerazos.

Un muchacho andaluz que vino a buscar consejos a Pacairigua

Ya que hemos abierto este paréntesis, Américo se refiere a Felipe González y le parece que aplicó su mismo esquema. En una ocasión, lo vino a visitar a "Pacairigua", ¿sería que usted influyó en él para que también rompiera, como hizo, con el marxismo dentro de su partido y con los comunistas españoles?

- La verdad es que en las oportunidades que ese muchacho andaluz, inteligente y perspicaz vino a visitarme, le aconsejé que no maltratara a los comunistas porque había que lograr la unidad de todos los sectores para hacer viable la transición, a la muerte del dictador Franco, pero también le sugerí que no los llamara a gobernar porque esos no tienen, en ninguna parte, una línea autónoma y soberana, sino siempre fueron muy dependientes de la línea soviética. Eso no fue ningún "juego de manos" ni mío ni de Felipe, sino la constatación de una realidad. Aunque la verdad sea dicha, los españoles, con Santiago Carri-



Rómulo Betancourt, Víctor Raúl Haya de la Torre y Felipe González.

llo a la cabeza, fueron los que impusieron el eurocomunismo para zafarse, paulatinamente, de la bota rusa. Santiago Carrillo junto al francés Georges Marchais y el italiano Enrico Berlinguer comenzaron el proceso que después contaminó a toda Europa, incluyendo a la URSS, para acabar definitivamente con ese sistema que dejó como saldo millones de muertos por su obcecada política extremista y totalitaria. Nosotros lo avizoramos mucho antes, porque siempre creí que los nazis y los comunistas son el anverso y reverso, cara y sello, de una misma moneda y ambos desaparecerán de la faz de la tierra para felicidad de las generaciones venideras. Puede que queden algunos resabios antihistóricos, pero son de vuelo gallináceo.

ORVE y PDN como génesis de Acción Democrática

Don Rómulo, hemos hecho una larga digresión, aunque muy importante para conocer su pensamiento sobre estos temas que afectan a la izquierda desde tiempos inmemoriales, pero quisiera que retomáramos el tema de la conformación de ORVE y luego del PDN como partido génesis de su actual partido Acción Democrática.

- En sus primeros tiempos ORVE es un acuerdo, en 1936, de socialistas y liberales, alianza imposible dentro de los formularios de la política ortodoxa pero aplicable y de grandes rendimientos en un país en donde la mayoría de los profesionales formales en el ambiente enrarecido de las universidades venezolanas no solamente ignoraba las doctrinas políticas, sino que tenía –por otra parte– gran temor de alistarse en cualquier empresa cívica. La presencia de Picón Salas y de Adriani a mi lado en la fundación de ORVE cumplió en esos momentos un papel de singular importancia, pues fue la garantía para muchos venezolanos que tenían temor a las ideas socialistas pero que deseaban participar en las luchas democráticas que en esa organización podían tener su puesto de combate. Multitudinarias las asambleas de los primeros tiempos, ya se encargaría la radicalización de la lucha política, la dinámica misma del proceso de ir apartando a vacilantes y curiosos o a quienes simplemente buscaron un sitio desde el cual hacerse visibles para cotizar luego su notoriedad. Entre nuestros reclamos inquietantes y las amenazas del gomecismo que todavía era una realidad dentro del gobierno de López, este gobierno se encontraba confundido y paralítico. En la medida que el tiempo pasa, Gallegos como Ministro trata de mediar a favor de nuestras exigencias y al fracasar renuncia a ese alto cargo. Mientras tanto, el gobierno presta sus oídos al reclamo de las “viudas” de la dictadura que reclaman y piden al Presidente que disuelva a los nuevos partidos y retorne a las prácticas de la violencia y desafueros del *ancien régime*.

El Presidente se decide más bien por la represión, pero a través de códigos y tribunales en vez del terror y la tortura. Es cuan-

do decide que la Corte Federal y de Casación apruebe la orden del Gobernador Mibelli disolviendo los partidos Movimiento de Organización Venezolana (ORVE), Partido Republicano Progresista (PRP) y la Federación de Estudiantes de Venezuela (FEV) y a esa medida respondimos creando una alianza circunstancial bajo el nombre de Partido Democrático Nacional (PDN)

El Partido Democrático Nacional fue, en sus comienzos, una organización de bolsillo. Nació en la clandestinidad, en un país donde los prolongados despotismos dificultaron la educación política del pueblo, y sin disponer de gente entrenada en tareas de organización y propaganda. Por esas razones, no todo era ironía en la apreciación de nuestros adversarios al decir que “con sus efectivos apenas se colmaba un automóvil”. Y si creció numéricamente y formó aguerridos equipos de jefes políticos y de capaces dirigentes obreros, estudiantiles y profesionales, fue porque tuvo doctrina propia, plataforma extraída de lo entrañable nacional, vocación de combate y agónica fe proselitista. Fue una verdadera preparación para lo que sería luego Acción Democrática, porque estudiamos la realidad nacional, pues la diaria lucha política y los azares de la lucha clandestina no eran obstáculos para esa tarea de analizar la sociedad venezolana, en su estadio de entonces y en sus perspectivas dinámicas.

El problema del petróleo era estudiado por mí con apasionado interés y otros compañeros del comando partidista se preocupaban de estudiar las cuestiones agraria, obrera, industrial y educacional. Y esa afanosa búsqueda de las raíces mismas de los grandes problemas nacionales y de sus soluciones posibles, nos situaba, en el plano de las ideologías, en posición polémica tanto frente a los administradores del statu quo como a los trasvasadores de consignas estereotipadas, altavoces en el trópico de fórmulas políticas transmitidas por europeos e hijos de la mentalidad europea.

A pesar de las dificultades que ustedes, los militantes de ORVE y luego del PDN, tuvieron con López Contreras, que como ya vimos hasta los expulsó del país, después de los sucesos de Febrero, ese fue un gobierno más avanzado, cualitativamente hablando, al de Juan Vicente Gómez, ¿Usted no tiene la misma apreciación?

- Si usted se refiere al país como un todo, por supuesto que es incomparable el régimen gomecista al de López. Aquel fue un ré-

gimen dictatorial oprobioso y primitivo, mientras el de López fue de apertura y tolerancia mucho mayor frente a la disidencia.

Ahora, en lo que a mí respecta, durante el gobierno de López conocí, en carne propia, lo que significó la clandestinidad. Recuerde que después del 28 yo fui aventado del país por las circunstancias de nuestro alzamiento de ese año y el resto del periodo gomecista lo pasé en el exilio. No viví una vida muelle en el extranjero, pero el sobresalto permanente que uno experimenta en la vida clandestina implica riesgos muchísimo mayores, aunque debo confesarle que también me sirvió de escuela de formación y de solidificación de mi templanza como dirigente político.

Déjeme decirle, como reflexión pedagógica para las nuevas generaciones de políticos, que un líder no se forja en la comodidad de un despacho con aire acondicionado y secretarias; ni en la curul parlamentaria, para decir de vez en cuando un discurso florido; ni maniobrando desde arriba para mantenerse a flote; ni con dinero, ni con diarios y revistas, ni con radios o televisoras; ni con padrinos oligárquicos o la bendición militar o eclesiástica, pues el líder verdadero se forja y se desarrolla en las catacumbas de la clandestinidad, en las sombras de la adversidad, entre la represión y la violencia.

De la reflexión ideológica surgió el corpus de nuestra teoría política y también de una praxis que abarca los más variados aspectos de la vida nacional y que puedo sintetizar así: la aspiración de crear una economía nuestra, vitalizando la producción agrícola y ganadera mediante la reforma agraria, el crédito barato, las seguridades de mercado y la dirección técnica del Estado; impulsar la industrialización del país; romper progresivamente las ligazones que nos atan y subordinan, como nación y como estado, a la alta finanza internacional; y rescatar de la miseria, la explotación y el abandono a las clases trabajadoras del país.

Así me forjé yo, en tiempos del gobierno de López Contreras, y fue lo que me dio, adicionalmente, autoridad moral para poderme fajar, en el debate político e ideológico, con los comunistas y su bien ganada fama de luchadores clandestinos.

Además recuerde que el gobierno de López, a pesar de sus avances evolutivos que lo diferencian ostensiblemente del gobierno anterior, también debía complacer a los sectores más atrasados del gomecismo que aún lo acompañaban y fue cuando decidió expulsarnos de Venezuela. Como le conté, permanecí en la

~ Conciudadano Betancourt ~

clandestinidad durante un tiempo pero luego que fui apresado el 28 de octubre de 1939, me condujeron a La Guaira, me conminaron a abandonar el país y así lo hice embarcándome en el vapor "Orazio" para recalar en la bellísima ciudad de Valparaíso en el Chile siempre cordial y solidario con los desterrados. A esa tierra llegué acompañado de mi esposa Carmen y mi hija Virginia, donde permanecemos más de un año de fructífera camaradería con los compañeros socialistas chilenos. De allí viene mi eterna amistad con Salvador Allende.

Relación con los socialistas y comunistas chilenos y de otros países

Usted estuvo una estadía muy enriquecedora en Chile, como usted dice, pero allí los comunistas integraban el Frente Popular que triunfó en aquellas polémicas elecciones que llevaron al poder a Aguirre Cerda y a Allende como Ministro de Sanidad. ¿Cómo fue su relación con los socialistas y comunistas de Chile?

- La verdad sea dicha, a pesar de haber vivido en Chile la experiencia victoriosa del Frente Popular, que metió en un mismo saco a comunistas con socialistas, radicales y demócratas llevando al poder a la izquierda con el Presidente Aguirre Cerda, eso no influyó en mí para rectificar el criterio de no llegar a acuerdos con los comunistas en Venezuela. En efecto, en Chile pude ver como los socialistas tuvieron que romper el Frente Popular, expulsando a los comunistas por pretender éstos asumir, arbitrariamente, la hegemonía ideológica de ese acuerdo pluralista y policlasista. Hay que recordar que la tesis de los frentes Populares era auspiciada por la III Internacional Comunista en defensa de la URSS frente al nazismo y que su principal defensor era Jorge Dimitrov, comunista búlgaro líder del *Comintern* y esa línea fue cumplida por los comunistas en todas partes, pero siempre se les “salía la clase” y terminaban aspirando imponer sus concepciones hegemónicas y Chile no fue la excepción a la regla.

El Partido Comunista, a pesar de la línea internacional de los Frentes Populares impartida por la URSS y sus aliados, tuvo diferencias notables con los socialistas en casi todos los países del mundo. ¿Usted se siente influenciado por todos esos otros partidos de izquierda que enfrentaron a los comunistas?

- Por supuesto que la posición de otros partidos de enfrentar a los comunistas influía y respaldaba nuestra posición. Recuerde que el divorcio con las tesis de la III Internacional también lo observamos en el APRA del Perú a través de la autorizada voz de Víctor Raúl Haya de la Torre; en el Partido Socialista Obrero español de manos de esos dos gigantes del pensamiento socialista

europeo que fueron Indalecio Prieto y Fernando de Los Ríos. Incluso de la India hay que citar el caso de un gran líder, amigo de Lenin, que coincidía en aquella época con nuestros planteamientos anti Komintern, el eminente pensador comunista Manabendra Nath Roy, quien también rompe con la política de la III Internacional. También aún recuerdo, un poco más adelante, las posiciones de Jawaharlal Nehrú, quien decía que “esa política soviética, solo podía ser comprendida sobre la base de que lo que era bueno para Rusia debía ser necesariamente bueno para el resto del mundo y eso era inaceptable por dignidad y por sentido común”. Aunque déjeme precisarle algo sobre Haya de La Torre y el APRA, que ha originado algunas confusiones sobre nuestra relación y supuesta inspiración ideológica. La verdad es que en 1936, cuando ya nosotros existíamos sin andaderas como grupo político, Haya de la Torre publicó su libro teórico *El Antiimperialismo y el APRA*. Desde entonces somos buenos amigos y copartícipes de la tesis integracionista latinoamericana. Lo que pasó fue que Robert Alexander, un *scholar* de la Rutgers University, escribió un libro sobre mi gobierno de 1959 a 1964 y lo llamó *La Revolución democrática venezolana. Perfil del régimen de Rómulo Betancourt*, y él, para facilitar la clasificación, encasilló como apristas a los partidos de la izquierda democrática, no comunista, policlasistas y no afiliados a ningunas de las internacionales partidistas de Europa. Es una manera de diferenciar a los reformistas de los demás seudorevolucionarios.



Rómulo Betancourt y Salvador Allende.

Participación en elecciones
con un pañuelo en la nariz.
Fundación de Acción Democrática
Contradicciones entre López y Medina

Don Rómulo, después de esa estadía en Chile, usted logra que el gobierno tolere su regreso a Venezuela, pero se traslada antes a Buenos Aires en busca del navío que lo conducirá a La Guaira, pero el barco tarda más de lo que usted tenía previsto, ¿cómo se las arregló para aguantar tanto tiempo?

- Si, ciertamente, el barco que de Argentina nos trasladaría a Caracas se tardó más de un mes. Tuve que dedicarme a dictar conferencias, en Buenos Aires y en Montevideo y a cobrar algo por ellas, para poder sobrevivir con mi esposa y mi hijita Virginia. Recuerdo que en Buenos Aires dicté, en la Universidad del Río de la Plata, las conferencias: “Repercusión de la Guerra en América” y “Venezuela, problemas y posibilidades”.

Resulta casi increíble que en aquella época de tan menguados recursos de transporte y de comunicaciones en general, actuaran tan velozmente en la actividad política, pues usted regresa el día 5 de febrero de 1941 y al día siguiente ya estaban lanzando, desde Apure, la candidatura simbólica de Rómulo Gallegos para enfrentar la de Medina en aquel Congreso de neo gomecistas.

- El 5 de febrero del año 1941 ya estábamos de nuevo en Venezuela, venía con más experiencia política por haberla cultivado en ese país austral tan culto y avanzado políticamente. Al día siguiente ya estaban los compañeros lanzando, desde Apure y como lo habíamos convenido, la candidatura simbólica de Rómulo Gallegos. Al mes siguiente sentí el amargo trancazo de la muerte de mi padre, quien falleció el 8 de marzo, pero creí que el mejor homenaje a su memoria de incansable trabajador era dedicarme a tiempo completo al trabajo político partidista y así fue como el 31 de marzo instalamos el comité Pro candidatura de Rómulo Gallegos y el 5 de abril celebramos nuestro primer acto de masas en el Nuevo Circo de Caracas con una impresionante

multitud, para la época, de unas 15.000 personas. Allí Rómulo Gallegos asumió el compromiso de iniciar una campaña que sabía perdida de antemano, por el sistema electoral de tercer grado que ponía en manos del Congreso, aún “gomecista”, la decisión electoral.

Ustedes, don Rómulo, reclamaban la necesidad de convocar elecciones universales, directas y secretas para elegir al Presidente de la República, sin embargo lanzan la candidatura de Rómulo Gallegos, en aquel Congreso de neo gomecistas, quienes iban a elegir, con toda seguridad, al candidato del gobierno, Isaías Medina Angarita. ¿Qué sentido tenía lanzar una candidatura que ustedes estaban seguros que iba a ser aplastada?

- En relación a la propuesta de la candidatura simbólica de Gallegos, para enfrentar a la de Medina en un Congreso aún “gomecista”, debo decir que fue una decisión difícil de tomar, por el debate que suscitó entre nosotros. Había quienes querían que presentáramos a una figura honorable pero anodina como el Dr. Francisco Izquierdo. Argumenté que el candidato debía ser Gallegos, porque se había autoexiliado en 1930 para no ser Senador escogido a dedo por Gómez. Fue ministro democrático en el actual régimen de López Contreras. Todos los venezolanos lo conocen, porque han leído a Doña Bárbara. El doctor Izquierdo puede ser persona honesta y democrática, pero saben de su existencia apenas sus familiares y los enfermos de su clientela.

En esa discusión me empeñé en que debíamos participar en esa contienda, con “un pañuelo en la nariz”, porque conocía de antemano cuál iba a ser el resultado de la elección del sustituto de López que se produciría en el Congreso de la República atestado de seguidores del dictador Juan Vicente Gómez, quienes aún permanecían en sus curules; sin embargo, con visión de futuro y con la aspiración de abrir cauces a las aspiraciones populares de elección universal, directa y secreta creí necesario utilizar esa coyuntura para dar a conocer nuestro programa y a la figura conocida por los intelectuales, pero desconocida políticamente en el resto del país, de Rómulo Gallegos.

Esa candidatura de don Rómulo Gallegos, a pesar de su bien ganado respeto por su trayectoria literaria debió haber sido objeto de burlas por su imposible triunfo.

- Así fue en efecto, recuerdo que la candidatura de Gallegos recibía la burla de los partidarios de López y Medina –coaligados

entonces— y la llamaban “lirica” por las dotes intelectuales del candidato nuestro y por lo poco realista de su viabilidad. Nosotros, en cambio, estábamos persuadidos que podíamos y debíamos utilizar esa candidatura para darnos a conocer por la Venezuela profunda y podríamos, entonces, publicitar nuestra propuesta de elección directa, universal y secreta para todos los venezolanos mayores de edad. Por cierto, déjeme contarle que a la acusación de “lirica” que se le hacía a Gallegos, Andrés Eloy con su eterna y atinada agudeza, les respondió de esta manera: “Si lirismo es pedir educación y pan; y lirismo es pedir libertad de expresión y lirismo es pedir organización del pueblo venezolano en partidos políticos, entonces ¡Vivan los pueblos líricos! Lírico sería Gallegos si creyera que tiene 99% de posibilidades de ser Presidente de Venezuela. En cambio, el gran significado pedagógico de su candidatura no es ningún lirismo, sino la única realidad que conserva la esperanza civil de este pueblo. ¡Ah, amigos! Pero yo, a veces me descubro ante la despreocupación de los realistas. ¡Qué felices son! ¡Qué cómodos están! ¡Qué hermoso debe ser vivir con la puerta cerrada a todos los clamores! ¡Qué hermoso es eso de decir que uno no es político aunque viva de la política!...”



Andrés Eloy Blanco, Rómulo Betancourt y Rómulo Gallegos.

En esa explicación o réplica de Andrés Eloy está resumida nuestra política. A pesar que los electores serían los congresistas de clara e indubitable filiación “neogomecista” hicimos una campaña como si se tratara de una elección popular: con afiches, mítines y concentraciones públicas, lo que nos permitió dar a conocer a Gallegos, como ya le dije, por los más amplios sectores de la vida nacional.

La decisión de salir a la calle no se agotaba con los Comités Pro Elecciones Libres, que fomentamos en busca de nuestra legalidad, sino que pretendíamos que fuera ésta la primera etapa en la formación de un partido de izquierda, democrático y legal, diferente y en ocasiones, por qué no decirlo, feroz oponente a los comunistas.

Además, permitió que los venezolanos conocieran a los principales dirigentes del PDN clandestino que muy pronto constituiríamos Acción Democrática. El resultado de la elección fue el que esperábamos, el Congreso “neogomecista” votó de la siguiente manera: Medina: 130 votos; Gallegos 13 votos.

Con todo lo tramposo que era aquella escogencia del Presidente de la República y lo anti-democrático del procedimiento, se estaba produciendo un relevo en la conducción del Estado venezolano, después de los 35 años continuos de Gómez, ¿no les parecía un avance?

Bueno, claro está que se trataba de un avance institucional que no despreciábamos, por el hecho de la transferencia de mando de un Presidente a otro, así fuera mediante unas elecciones de tercer grado. Sin embargo, continuaba cumpliéndose en Venezuela, bajo las normas de un sistema electoral sui generis, aquella fórmula peruana registrada por Ricardo Palma de que la Presidencia de la República era el último grado en la carrera militar. Aunque en la conciencia del pueblo venezolano quedó grabado el nombre de nuestro gran novelista, por lo que lo haría Presidente poco tiempo después.

Bueno, pero ustedes se iban a enfrentar, luego de esa elección, con el gobierno de un hombre con fama de bonachón y de ser muy tolerante con la disidencia y hasta se ha dicho, me imagino como exageración pedagógica, que Medina fue un gran demócrata. ¿Cuál es su opinión de ese gobierno que recién se estrenaba en Venezuela?

- Las circunstancias políticas del momento hay que analizarlas en relación a la geopolítica internacional, más que a la voluntad de una personalidad política, por muy importante que sea. El ascenso al poder del general Medina, coincidió con momentos de intensa lucha en los frentes de guerra, entre el Eje totalitario y la coalición de Inglaterra y sus aliados. Hitler se paseaba en dueño por más de medio Europa y sus opositores le enfrentaban resueltamente, con un elemento aún más decisivo que el material bélico producido en serie por las usinas norteamericanas, las doctrinas y las prácticas de la democracia. Eran aquellos días en que Roosevelt aseguraba, en discursos radiales, cómo el “totalitarismo iba a ser eliminado hasta en el último rincón de la tierra”. Dentro de estas condiciones internacionales le resultaba difícil al nuevo gobernante comportarse de acuerdo a los cartabones troquelados por su antecesor.

Por supuesto que las actitudes de López y Medina diferían de Gómez, pero seguían siendo militares en ejercicio del poder y llevados allí por una camarilla gomecista; aunque reconocíamos la diferencia. Siempre señalamos la necesidad del gobierno civil. Decíamos que un Presidente de la República, por más que ocupe rango de general dentro de nuestras instituciones armadas, deja automáticamente de ser un militar en estricto sentido del concepto cuando desempeña la Jefatura del Estado: Venezuela, como Nación, no es un cuartel, aun cuando se atribuya ese concepto al Libertador, explicable en días en que la nacionalidad era un hervidero de ambiciones militaristas. Y por ello, todo el país vio como lo más lógico el que el General López Contreras primero, y el General Medina después, renunciaran a sus arreos militares y vistieran el traje civil. Habían ejercido ambos magistrados el derecho al sufragio, no obstante que la Constitución Nacional define al Ejército como cuerpo no deliberante, cuyos miembros no concurren por eso a las urnas comiciales; y así han procedido los Generales López y Medina, sin que nadie haya osado reprochárselo, es porque en la Jefatura del Estado no se actúa como militar subordinado a la disciplina castrense, sino como simple ciudadano investido por la Nación del mandato de presidir el Poder Ejecutivo.

Hablando de los cartabones troquelados por López Contreras, ¿ustedes no se preocupaban, porque Medina se separaba cada vez más de su antecesor y este aspiraba regresar al poder para ven-

garse de esa traición de su discípulo y echar por tierra las conquistas democráticas que había logrado Medina Angarita?

- Más que preocupación, lo que se forjaba en nuestras mentes era la convicción de que Medina tenía la necesidad accesoria de crearse una cierta base de opinión popular, con la cual oponerse a la tutoría imperiosa de quien lo había hecho Presidente, a ello contribuyó el viraje impreso por Medina a los rumbos políticos del país. Ese viraje se caracterizó por un mayor respeto a las libertades públicas y por la actitud oficial menos represiva frente a las fuerzas políticas de oposición. Hay que destacar que hubo mucho más respeto por las libertades públicas que en el régimen anterior, por lo que, por supuesto nos comenzó a preocupar los intentos de López de regresar al poder. Además, durante el gobierno de Medina, se permitió no solo la fundación y legalización de partidos políticos, sino que también se fundaron medios de comunicación de la importancia de *Ultimas Noticias* y *El Nacional*. Además, los periodistas lograron organizarse y crear la Asociación Venezolana de Periodistas (AVP) creada en defensa de ese importante gremio.

Hablando de la legalización de los partidos durante el gobierno de Medina, Acción Democrática fue legalizado, pero ni usted, Raúl Leoni, Valmore Rodríguez ni Gonzalo Barrios aparecen como fundadores de la organización. ¿Cómo se explica que cuatro de los más connotados dirigentes del nuevo partido no aparezcan en la Carta Fundacional?

- Nosotros pusimos a prueba al nuevo régimen con la solicitud de inscripción de Acción Democrática como partido político. Sabíamos que caeríamos en las manos de un personaje muy reaccionario que era el Dr. Luis Gerónimo Pietri, a la sazón gobernador del Distrito Federal y hombre del gomecismo, a quien le correspondería revisar exhaustivamente los estatutos y la nómina inicial de la organización. Por esa razón observamos meticulosamente todas las posibles excusas para impedir nuestra legalización. Estábamos tan decididos a aparecer como una organización legal, para poder participar en las elecciones que se plantearan en el futuro, que redactamos unos estatutos con planteamientos muy superficiales, sin profundizar en nuestras creencias ideológicas. Pasamos por esas horcas caudinas y el programa de Acción Democrática tuvo que ser un enunciado vaporoso de principios generales, y no el concreto y sincero enfoque revolucionario de los problemas del país y de sus soluciones posibles. Llegamos a ex-

tremar tanto esas previsiones que decidimos la exclusión, como usted dice, de mi nombre y los de Raúl Leoni, Gonzalo Barrios, Valmore Rodríguez entre los firmantes o peticionarios de AD, por saber que se nos podía endilgar el “sambenito” de comunistas e impedir la legalización del partido del pueblo.

Además, don Rómulo, tengo entendido que desde la Gobernación del Distrito Federal les hicieron contestar un cuestionario inquisidor sobre sus intenciones e ideología política, para que demostraran su divorcio de las ideas comunistas o de izquierda.

- Nuestro partido debió solicitar legalización, de acuerdo con la Ley de Orden Público entonces vigente, en todas las entidades federales. En el Distrito Federal, asiento de los poderes públicos nacionales, el funcionario que le correspondió dictaminar acerca de la legalización de AD era el personaje político que ya le mencioné, Luis Gerónimo Pietri. En su condición de Gobernador de la ciudad capital de la República condicionó la legalización de ese partido a la previa respuesta de sus organizadores de un cuestionario inquisitorial. Debíamos demostrar, para realizar actividades políticas lícitas, que éramos defensores ardientes de la propiedad privada, concebida en términos de derecho quirritario; y celosos cancerberos del concepto medieval de la familia, y San Jorges de adarga al brazo, para enfrentarnos a las modernas normas del derecho social, viejas con vejez de décadas en otros países, pero estimadas por la Venezuela oficial de 1941 como repudiables factores de subversión y anarquía.

¿Entonces ustedes se estaban comprometiendo a forjar unos estatutos que en nada se parecían, ni siquiera, a los postulados “minimalistas” del Plan de Barranquilla?

- Ciertamente, pero esa timidez programática fue compensada por la forma franca y sin esguinces con que enjuicamos desde la tribuna pública, en la del parlamento y en nuestra literatura de partido, las grandes cuestiones nacionales. Pero hubo indudable disparidad entre la plataforma cautelosa, elusiva de AD y el análisis de la problemática venezolana que popularizamos en la oposición y la que luego nos guió en el gobierno. Y no fue por deliberada intención nuestra, sino a causa de las circunstancias que condicionaron el nacimiento de AD a la vida legal, que el Programa del partido no reflejó con suficiente claridad el pensamiento de avanzada de sus ideólogos y organizadores, que como usted

dice ni siquiera se acercaba a los postulados del Plan de Barranquilla, ni de lejos.

¿Y AD es un partido reformista? ¿AD, según su criterio, no es un partido revolucionario?

- Sí, yo no rechazo lo de reformista. Admito que Acción Democrática es un partido reformista y los adecos somos orgullosamente reformistas. Es que llegamos, simultáneamente, en lugares tan distintos como China, México, Cuba y Venezuela, a negar que haya una fórmula estándar de revolución, es decir, la soviética. Por ejemplo, el PDN o Partido Democrático Nacional se llamaba Partido Nacional Revolucionario y con el tiempo hemos llegado a comprender que eso de revolución es una especie de marbete, un cliché. Nosotros somos, le repito, orgullosamente reformistas y resulta que éstos han hecho los mayores avances sociales de la humanidad. Fíjese en los escandinavos. En Suecia hay más justicia social y desarrollo que en la Unión Soviética y ellos no se califican de revolucionarios. Son reformistas socialdemócratas. Es que muchas veces se confunden los conceptos, por ejemplo aquí sí hubo una revolución que fue la del 18 de octubre de 1945. Comenzando porque establece en Venezuela lo que es un requisito básico para una transformación social, eso que da derecho a que la gente pueda escoger a sus gobernantes. Luego, desde el punto de vista del desarrollo económico, se creó la Corporación de Fomento y se le dio impulso acelerado al Banco Agrícola. Comenzó la Reforma Agraria y la labor de nacionalización del petróleo. Porque cuando se habla de los precios petroleros actuales se piensa que cayeron del cielo. Nosotros, como pioneros, llevamos al Medio Oriente la modalidad del *fifty-fifty* en 1946 y creamos la OPEP en 1960. Esa es una revolución. Eso no es un cambio superficial.

Y cómo se conformó esa primera directiva de Acción Democrática con las significativas ausencias de usted, Barrios, Valmore y Leoni?

- Me dolió mucho no figurar en la histórica primera directiva del partido integrada por Rómulo Gallegos como Presidente, Andrés Eloy Blanco y Luis Mosquera Soublette como vicepresidentes y Luis Beltrán Prieto, Juan Pablo Pérez Alfonso, Ricardo Montilla, Julio Ramos, Luis Lander y Arturo Briceño como directores. No participé por las razones ya expuestas.

Bueno, usted no participó en esa histórica primera dirección del CEN de AD, pero salió a recorrer el país en la organización del nuevo partido, con muy pocos recursos económicos en un país tan extenso y con tan escasas y deterioradas vías de comunicación. ¿Cómo fue que lograron realizar tanto en tan poco tiempo?

- La razón fundamental de nuestro entusiasmo con las tareas partidistas lo constituía la mística y la fe de carbonarios en la justeza de nuestro empeño, en la seguridad que estábamos construyendo la herramienta de lucha del pueblo venezolano. Desde la dirección de AD nos trazamos la consigna de: "Ni un solo distrito, ni un solo municipio, sin su organismo de partido". Era ambicioso y difícil de cumplir ese propósito. Se trataba de vertebrar una red organizativa a lo largo y ancho de un país de tamaño desmesurado, de escasa densidad demográfica, con población desmigajada más que dispersa sobre un área territorial de un millón de kilómetros cuadrados. No disponíamos de dinero y la pomposa casa del partido se alimentaba en precario con las cuotas de sus afiliados, gente de clase media, obreros, campesinos y artesanos de reducidos ingresos. Pero el esfuerzo se realizó, con esa mística indestructible de los movimientos sociales llamados a remodelar la fisonomía de una nación.

Recorriendo Venezuela para constituir un partido político nacional y de izquierda democrática

El 29 de junio fue la fecha en que se autorizó, de parte de la Gobernación del Distrito Federal, el funcionamiento del partido, ¿por qué se escogió el 13 de septiembre como fecha fundacional?

Decidimos que la fecha fundacional del partido sería el 13 de septiembre porque fue la primera acción popular del nuevo partido al realizar nuestro primer mitin en el Nuevo Circo de Caracas. De allí en adelante fue una etapa de cuatro años (1941-1945) que en lo personal me dejó huella imborrable.

¿Cuéntenos cómo fue esa vivencia suya, recién regresado de tan largo destierro, al salir a recorrer, pueblo a pueblo, toda la geografía venezolana en las tareas de vertebrar al nuevo partido político con tan pocos recursos?

En mi exilio de juventud siempre ambicioné conocer, pueblo por pueblo, caserío por caserío, a la inmensa Venezuela; mirar de cerca y a lo vivo sus problemas; dialogar sobre su destino con hombres y mujeres de la montaña y el llano, de oriente y la Guayana. Realicé ese soterrado y premioso anhelo, en esos años que me enseñaron de mi país mucho más que cuanto aprendiera en vigiliadas estudiosas sobre las páginas de los libros.

Navegaba el Orinoco en precaria lancha de fabricación doméstica; y en curiara por el lago de Maracaibo y en bote de palanqueo por las aguas del Río Tuy. Dormí en los ranchos en piernas de los llanos de Guárico, del Bajo y el Alto Apure, escuchando detalles sobre sus vidas y trabajos de labios de las peonadas, mientras pastoreaba el sueño en la criolla hamaca de moriche; y conviví con los andinos en sus tierras paramañas y con los obreros petroleros en Cabimas, Quiriquire y El Tigre, y con los pescadores del Golfo de Cariaco, y con los trabajadores del Sisal en Lara, de la caña de azúcar en Aragua y Miranda, del cacao en Barlovento.

¿Y cómo apreció usted, don Rómulo, las diferencias sociales entre las ciudades más pobladas del centro del país y la Venezuela rural y profunda que empezaba a conocer?

- Bueno, la verdad fue que en todos esos recorridos confirmé, por información obtenida de viva voz de personas de las más variadas profesiones y de los diversos estratos sociales en todo el país, lo que ya me habían dicho las estadísticas y las estimaciones anuales de la renta nacional. Que la Venezuela urbana, metropolitana, la de Caracas y sus alrededores, en pleno vértigo de un boom urbanístico, estaba superpuesta a otra Venezuela de producción estancada, atraso técnico y pauperismo popular. Y también resultó fácil captar un sentimiento de frustración y descontento muy difundido, producto de la coexistencia sobre una misma tierra, de dos países: el minoritario y de holgado bienestar y el otro infinitamente más numeroso y marginado a las ventajas de la vida civilizada. Ese sentimiento lo expresaban hombres y mujeres de todas las regiones, con acento y tono que ya alcanzaba diapasones de cólera.

En ese momento, esa cólera que usted sentía en el ánimo del pueblo tenía cerrada a cal y canto una salida democrática, habida cuenta del empeño del gobierno postgomecista en mantener el status quo de elecciones de segundo y tercer grado. Entonces, ¿cómo no se plantearon usted y demás compañeros de AD la vía armada o la insurrección popular, habida cuenta de su formación izquierdista?

- Se sentía en el ánimo popular la necesidad de un vuelco revolucionario en la situación nacional, tapiado como estaba el camino pacífico del voto para cambiar hombres y sistemas de gobierno. Se estaba elaborando en el subconsciente colectivo uno de los prerrequisitos para que un régimen político pueda ser subvertido sin mayores obstáculos: la incompatibilidad de todas las clases sociales con el orden de cosas existentes. Sin embargo, nosotros hacíamos una oposición seria y constructiva, la historia dirá que AD realizó durante esos años críticos de la Segunda Guerra Mundial una acción política mesurada, responsable, implícita siempre en ella la preocupación venezolana ante los riesgos que acechaban a un país tan débil en número de hombres y en recursos bélicos, y de cuyo subsuelo brotaba la mayor parte del petróleo quemado por los aviones de la RAF inglesa y por los tanques de Eisenhower. Aunque en materia de organización política teníamos que chocar duramente contra un régimen que se oponía férrea-

mente a devolverle al pueblo su soberanía usurpada, pero queríamos evitarle a Venezuela un derramamiento de sangre y por eso nunca nos planteamos recurrir a la violencia o al terrorismo.

Ese traspaso de la soberanía de manos de una camarilla autocrática a las de la nación no podía realizarse sino mediante una reforma radical en el régimen electoral y en las prácticas comiciales. Exigíamos la provisión del cargo de Presidente de la República y de los cargos parlamentarios, en todos sus escalones, por el sistema de sufragio directo, universal y secreto.

La verdad sea dicha, don Rómulo, desde el gobierno de López Contreras ya se venía buscando un camino, aunque tímido, de salidas democráticas, pues hasta comenzó a fundar un partido político, las famosas Cívicas Bolivarianas y luego Medina funda el Partido Democrático Venezolano (PDV).

- Es verdad, el gobierno anterior, de López Contreras, había fundado una organización política que se llamó Asociaciones Cívicas Bolivarianas, lo que yo había saludado como medianamente positivo. Digo medianamente, porque era importante que la derecha ultramontana que venía del gomecismo más primitivo pudiese tener, ahora, una expresión partidista. Lo criticable era que se utilizara el nombre de Bolívar, factor de unidad nacional, para torvos propósitos partidistas sectarios y, además, nos parecía un abuso que se utilizaran, descaradamente, los recursos del Estado a favor de una parcialidad política. Con este nombre de Asociaciones Cívicas Bolivarianas participó el gobierno de Medina en las primeras elecciones municipales que se celebraron en 1942 y el gobierno ganó esas elecciones. Ese mismo año, el Presidente Medina, alegando que no podía haber vida democrática sin la organización de partidos políticos fundó el suyo: el Partido Democrático Venezolano, después de un ensayo tragicómico de organizar un grupo de respaldo que llamaron PPG (Partidarios de la Política del Gobierno), tan excesivamente burocrático que duró solo cuatro meses, dando paso a la constitución del Partido Democrático Venezolano (PDV) que trató de acercarse más a las masas populares que el engendro anterior.

El trabajo organizativo de Acción Democrática le sirvió a usted para captar líderes regionales hasta entonces desconocidos, pero que después se destacaron en la vida política nacional. Usted no se "empantufió" en Caracas, sino que se dedicó a transitar por

todos los caminos de Venezuela captando militantes para su organización. Háblenos de esa experiencia.

- Con el mayor de los gustos recuerdo esa época, pues nos sirvió para recorrer el país captando nuevos líderes regionales como Jorge Dáger en el estado Guárico, a Octavio Andrade Delgado, César Rondón Lovera y Eloy Párraga Villamarín en el Zulia; a Pedro Luis Bracho, Rómulo Henríquez y Braulio Jattar Dotti en Falcón; a Luis Piñerúa Ordaz en Sucre; a Ramos Jiménez en Yaracuy; Alfredo Celis Pérez, Jesús Ortega Bejarano, José Dionisio Morales, Efraín Alvarado y Manuel García en Carabobo; a Leonardo Ruiz Pineda y Carlos Andrés Pérez en el Táchira; Alberto Carnevali y Domingo Alberto Rangel en Mérida, Juan y Pedro Mogna en Anzoátegui y así muchos otros líderes regionales que después se destacarían en la política nacional. Por cierto, que creo que en ese peregrinaje por Venezuela fue cuando saqué ventaja a otros líderes tan conocidos o más que yo, quienes se quedaron en la capital formándose académicamente, dando discursos y declarando a la prensa, pero sin arraigo en la Venezuela profunda.

El año 1944 fue el anterior a la llegada de Acción Democrática al poder, por vez primera, nos gustaría que nos hiciera un balance de ese año en que ya se estaba gestando un cambio profundo en Venezuela y que fue la antesala a la ruptura total con el antiguo régimen, pero también fue un año de grandes dificultades por la II Guerra Mundial que estaba en proceso. Se requería que el principal partido político de la oposición hiciera su labor, pero con el cuidado de no aparecer con actitudes poco patrióticas frente a la amenaza nazi-fascista.

- En 1944 ya estaban formadas las más importantes organizaciones políticas del gobierno y de la oposición. El PDV del gobierno; Acción Nacional que lideraba Rafael Caldera; UPV (comunista); y Acción Democrática recién fundada como ya le dije el 13 de septiembre de 1941, nombre que escogimos para legalizar al clandestino Partido Democrático Nacional, de tan activa como eficaz labor durante el quinquenio lopecista. Ese proceso de legalización no fue fácil, ni exento de trabas reveladoras de que el régimen gobernante seguía viendo con aprensión no disimulada la existencia de fuerzas políticas organizadas, distintas del aparato burocrático que le servía para ganar elecciones fraudulentas.

Los años de gobierno de Medina Angarita se desarrollaron dentro de un clima de tranquilidad pública. Había descontento popular, por la ineptitud y corrupción administrativas, por la ge-

neralizada pobreza; por la insinceridad institucional del régimen. Y si esos explosivos elementos no estallaron en forma de grandes huelgas o motines sediciosos, se debió en gran parte a la actitud serena que asumió la oposición, cuya única expresión, políticamente organizada, era Acción Democrática. No ignorábamos los grandes riesgos, como usted anota, de agresión externa que acechaban al país, principal exportador de petróleo para los beligerantes en el frente anti-eje, y nos empeñamos en que las fisuras internas no se ahondaran.

Esa posibilidad de que Venezuela fuese agredida militarmente era tan evidente que en sus aguas territoriales realizaban operaciones bélicas los submarinos nazis, o en las posesiones holandesas vecindadas a escasas millas del litoral noroccidental del país. El 15 de febrero de 1942, submarinos alemanes hundieron en aguas venezolanas al tanquero Monagas; y al día siguiente, los nazis bombardearon las instalaciones de la Standard Oil en Aruba. El 19 de abril del mismo año, submarinos del eje bombardearon en la Bahía de Bullen, Curazao, las instalaciones de la Royal Dutch-Shell.

La geografía y la economía, en forma aún más determinante que las consideraciones ideológicas, nos convirtieron en nación beligerante, ubicada en el frente hostil a Alemania, sus aliados y satélites. Frente a esta realidad la actitud oficial fue vacilante y contradictoria. Amenazado como estaba el país por las flotillas de submarinos alemanes que infectaban las aguas del Caribe, ninguna política de compactación nacional ni militar de adecuada defensa del territorio nacional, fue adoptada. Ante la infiltración propagandística y las actividades de espionaje de la *quinta columna*, había cierta inercia oficial. Y fue la Minoría Unificada —bloque parlamentario liderizado por AD, alineamiento de diputados y senadores independientes con los de nuestro Partido— la que denunció, en pormenorizado documento dirigido al Congreso el 15 de julio de 1942, los nombres y actividades de numerosos agentes del nazismo alemán, el fascismo italiano y el falangismo español, instalados en el país.

Don Rómulo, ¿quiénes integraban en el Congreso postgomecista, esa “minoría unificada”?

- Hombres íntegros... menos uno. Me explico: estaban los de AD: doctor Andrés Eloy Blanco, doctor Luis Lander, Mario García Arocha, doctor Juan Pablo Pérez Alfonzo, Ricardo Montilla, Jesús Ortega Bejarano y P.B. Pérez Salinas; los diputados inde-

pendientes doctor Ricardo Hernández Rovati, Carlos E. Lemoine, doctor Martín Vegas; los Senadores independientes Luis Barrios Cruz y Alberto Ravell. Por cierto, que fue Alberto Ravell de los parlamentarios más enérgicos en la denuncia de las actividades de la *quinta columna*.

Frente a estos íntegros y probos ciudadanos, estaba un Judas Iscariote de la política vernácula: Germán Suárez Flamerich, quien había tenido hasta ese momento y desde los sucesos de la Semana del Estudiante del año 28 una conducta democrática, pero que la torció más adelante, en 1950, colocándose al servicio del gobierno de la dictadura que derrocó al Presidente Gallegos. Lo más grave de la conducta servil de este personaje es que se convirtió en un “hombre de paja”, designado Presidente Provisional de la República luego del magnicidio cometido contra el Presidente de la Junta usurpadora coronel Carlos Delgado Chabaud, a manos de sicarios del mismo régimen y cuya autoría intelectual siempre estuvo rondando el nombre del primer beneficiario de ese crimen: Marcos Pérez Jiménez. Si le parece, volveremos sobre este tema más adelante.

Claro que debemos volver a ese tema tan importante más adelante, pero le insisto en el tema de las actividades en ese período de 1944, porque queremos saber ¿cómo se estaban preparando, desde la oposición, cómo estaban actuando para que el pueblo pudiera comenzarlos a ver como una real alternativa de poder?

- Con mucho gusto, volvamos a ese momento. Déjeme indicarle que además de esa preocupación patriótica, otro elemento influía para asordinar el tono opositor. Era el convencimiento lúcido de no haber difundido nuestro mensaje ideológico a todas las capas democráticas de la población ni a todas las zonas de la geografía nacional. Fue transitorio el período de actuación legal, apenas el año 36 y comienzos del 37, y tanto la prédica doctrinaria como la organización de partido, tuvieron en los años posteriores limitación obvia por su carácter de labor clandestina. Resultaba así tarea plena a toda acción política que planteara resueltamente la cuestión del poder, la de estructurar a AD en escala nacional y la de popularizar su doctrina, desde las columnas de un periódico diario. En una y otra dirección se trabajó, con espíritu de equipo y voluntariosa energía creadora.

En materia administrativa, pugnábamos por la ausencia de articulación modernizadora en los órganos del Poder Público y contra la persistencia de una de las plagas peores que habían mi-

nado al Estado venezolano, restándole respetabilidad a sus gestores: el peculado. Este vicio tradicional se avivó en el país al amparo del auge petrolero y solo con variantes formales fue heredado de Gómez por sus causahabientes testamentarios que gobernaron a la nación en la década 1935-1945.

Y por último, pero no menos importante, reclamábamos una mayor participación nacional en el disfrute de la riqueza del subsuelo, explotada por el capital extranjero; y la reinversión de ese mayor provento que así se obtuviese en la creación de una economía diversificada, venezolana, y en defensa y valorización del capital humano del país.

Esta última consigna fue de las más agitadas por nuestro movimiento político en los años de la Segunda Guerra Mundial. Fuimos abanderados de la idea que fluyera sin interrupción el petróleo nacional hacia los depósitos de las naciones combatientes contra el Eje nazi-fascista. Pero con redoblado ímpetu exigíamos que se utilizara esa coyuntura propicia, cuando el petróleo era materia prima de fundamental interés y cuando las empresas productoras alcanzaban beneficios excepcionales, para rectificar a fondo la desacertada política de hidrocarburos realizada por gobiernos sordos al interés nacional.

Pero esa política de Acción Democrática era criticada tanto por la derecha representada por López Contreras y Medina, como por la izquierda radical que representaba el Partido Comunista aliados, a la sazón, con el gobierno de Medina.

- Ciertamente, pero no era empresa de romanos, sino fácil tarea de lector de periódicos, la de averiguar los crecidos beneficios que estaban obteniendo las compañías petroleras. Por eso nosotros, desde la calle, la prensa y el parlamento, fijamos posición tan clara y precisa que, como usted afirma, fuimos criticados desde el gobierno y desde la acera comunista. Allí fue cuando llegamos a la conclusión que nuestra política era correcta. En efecto, permítame recordarle que nuestro deslinde con los comunistas, que ya le dije comenzó prácticamente desde que salimos aventados del país y los del PRV desde México nos atacaban. Se reafirmó en esta época porque, mientras nuestro Partido realizaba fervorosa cruzada en defensa del interés nacional, el Partido Comunista estaba dedicado a organizar unas pintorescas “Ferias de la Victoria”.

¿Cómo es eso de las “Ferias de la Victoria”, suena como a fiestas de carnaval, a cursi payasada de respaldo del PCV, segura-

mente, al régimen de Stalin por ser aliado circunstancial de las potencias antifascistas?

Le cuento: Ya Rusia había sido invadida por Hitler y los pacifistas a ultranza de pocos meses antes devinieron en apasionados adeptos del dios Marte. En esas reuniones recaudaban dinero de los trabajadores petroleros, con el anuncio que iba a ser enviado a Moscú, Londres y Washington, para nutrir las cajas de guerra de las naciones beligerantes contra el Eje. Y porque en una gira realizada a través de los campamentos de trabajadores petroleros del Occidente nacional combatimos el doctor Luis B. Prieto y yo esas verbenas de dudosa finalidad, nos lanzaron, una vez más, las gruesas andanadas de sus denuestos. En un artículo titulado “La ayuda del Zulia a los aliados”, publicado en su órgano oficial *Aquí Está* (16 de abril de 1942), nos compararon a Prieto y a mí con Lindbergh y Vooheeler, cruzados del aislamiento norteamericano. Y como grave crimen se nos imputó haber sostenido ante multitudes obreras que el aceite mineral nuestro debía ir sin interrupción a los frentes de guerra antinazis; que debía vigilarse el quintacolumnismo fascista de manera rigurosa, pero que Venezuela como nación, y los trabajadores en su calidad de elementos fundamentales en la extracción del mineral, debían compartir sustancialmente los beneficios que estaban obteniendo las empresas productoras.

Además, habíamos dicho, para escándalo del zigzagueante grupo estalinista, que para nosotros la preocupación de lo venezolano primaba por encima de cualquier otra. Y cuando desde el semanario comunista se nos increpó por esa línea de conducta celosamente nacionalista, aceptamos la imputación y devolvimos el dardo, untándolo con curare: “Afirmamos que Venezuela primero, porque antes que todo y primero que todo, nos afectan y preocupan los problemas de nuestro país. Y nadie puede extrañarse de eso porque somos venezolanos, y no ingleses, estadounidenses o rusos”.

Entonces, ya el deslinde de Acción Democrática con los comunistas era un hecho, pero se dice que los camaradas del PCV creyeron que podían zafarse de la acusación que usted les hacía, de su condición de “lacayos” de los rusos, por el hecho de la disolución de la III Internacional, porque eso en apariencia era la independencia de todos los partidos comunistas del mundo a esa Internacional comunista de influencia total de los soviéticos. Ustedes no se dejaron engañar por esa añagaza de la disolución

de la III Internacional. ¿Sería que ustedes sabían que la eliminación de la III no iba a modificar un ápice la línea de sumisión de los PC a Moscú?

- Exactamente, tan fue así que fue motivó de otra escaramuza polémica entre AD y los comunistas venezolanos las declaraciones que formulé, a nombre del partido para la *United Press*, cuando ruidosamente se anunció desde Moscú la disolución de la III Internacional. Esta fue la escueta apreciación que hicimos de ese acontecimiento: “No hay suficientes elementos de juicio para opinar sobre este nuevo viraje de una organización de tan contradictorio proceder. Lo que en definitiva suceda en nada afectará la línea política de Acción Democrática, partido de izquierda de inspiración americanista y desvinculado de las internacionales europeas. Seguiremos pugnando por hacer efectiva y fecunda la democracia americana, tarada de fallas e inconsecuencias; por la derrota efectiva del Eje, enemigo el más artero del progreso humano; y por una auténtica paz de los pueblos, sin nuevos Versalles”.

Los comunistas ripostaron indignados. A voz en cuello proclamaron que ya Moscú no sería tutor de los partidos uncidos a su carro, porque con la eliminación del *Comintern* recuperaría cada antigua seccional su autonomía organizativa y táctica. La discreta, aun cuando intencionada, declaración mía la calificaron de “una nueva maniobra, hecha de mala fe, para obtener determinados efectos inmediatos”. Aquí le muestro el Semanario *Aquí Está*, del 2 de junio del año 1943, que conservo en mis archivos, para que usted mismo vea el texto de lo que le he señalado. Pero los hechos posteriores confirmaron, una vez más, que la razón la teníamos nosotros y no los comunistas. Años después, el *Comintern* era sustituido por el *Cominform*, y el Partido Comunista venezolano recuperó con nuevos bríos y docilidad aún más acentuada, su viejo rol de agencia de propaganda de la política exterior rusa.

Ustedes desde Acción Democrática se empeñaban en criticar la política petrolera del gobierno de Medina, porque seguramente veían cómo Venezuela se quedaba atrás frente a la política nacionalista de otros países del hemisferio. ¿La decisión mexicana del gobierno del General Lázaro Cárdenas influyó en esa política de AD?

- Así fue, fíjese que mientras el recién constituido partido del pueblo estaba dando esa pelea en Venezuela, en defensa de nuestra soberanía y reclamando revisión a fondo del régimen tributa-

rio aplicado a la industria del aceite mineral, México estaba ganando una batalla crucial al cártel internacional del petróleo. En efecto, el 19 de Abril de 1942 se hizo público el dictamen de la Comisión Mixta Mexicano-Norteamericana que estudió, en lo relativo a las inversiones provenientes de los Estados Unidos, los problemas surgidos del Decreto del General Lázaro Cárdenas nacionalizando la industria. Esa Comisión estuvo integrada por representantes de los Estados Unidos y de México y sus conclusiones fueron favorables, en lo sustancial, a la tesis mexicanas. Por eso, permítame mostrarle el ejemplar Número 15 del periódico del partido del pueblo *Acción Democrática* de fecha 25 de Abril de 1942. Fíjese: “Esto que ha logrado México, y Bolivia, menos fuerte y menos importante geográfica y políticamente, ha conseguido otro tanto, en cambio en Venezuela siguen rigiendo los contratos celebrados en los días del general Gómez, conforme a leyes redactadas por los abogados y gerentes de las empresas... No planteamos la nacionalización inmediata por decreto de la industria petrolera, sino viables medidas de defensa económica y fiscal de la nación. Pedimos, simple y llanamente, el aumento hasta límites de justicia y equidad de la participación nacional en la riqueza petrolera”.

Acción Democrática sería, mucho tiempo después, con esos antecedentes de política soberana que siempre defendimos, el partido político que desde el gobierno asumiera la libérrima decisión de nacionalizar la industria, como en efecto lo hicimos, durante el gobierno del compañero Carlos Andrés Pérez. Pero no nos adelantemos a los acontecimientos.

Tenemos entendido que a los reclamos radicales de Acción Democrática el gobierno de Medina tuvo que realizar algunos ajustes a la política petrolera heredada del régimen gomecista y AD apoyó esa reforma. ¿Cuál fue la razón del apoyo a esa tímida reforma? ¿Era el empeño de dar la sensación de que AD era un partido responsable y que se podía ver sin recelo para asumir la conducción del Estado?

- Déjeme explicarle, detalladamente, lo que ocurría en ese momento en Venezuela y la razón de nuestro apoyo a esa, como usted la llama, tímida reforma. Había, entonces, un clamor nacional en favor de la revisión del status petrolero e iba subiendo de tono. Los colonialistas estaban a la defensiva, sin argumentos que esgrimir en apoyo de un orden de cosas repudiado por el país, en todos sus estratos sociales. El erario estaba exhausto, parali-

zadas las obras públicas y el malestar económico se hacía sentir en el pueblo. El gobierno apelaba a toda clase de malabarismos, desde la emisión de bonos redimibles a corto plazo, festinados arreglos extra-judiciales de demandas a compañías petroleras y la venta de buques confiscados al Eje, para pagar con dificultad al ejército y a la burocracia.

Esa suma de factores, que le relato, presionaba al gobierno para arbitrar aumentos en sus ingresos fiscales, y la única fuente impositiva a mano era la industria del petróleo. La idea de una reforma en las relaciones con el Estado no estaba fuera de la mente de los avisados y avezados consejeros de las compañías. Sabían que la opinión pública era hostil a la vigencia de unos contratos heredados de Gómez y que estaban viciados de taras jurídicas y morales. Aspiraban aumentar sus concesiones, y no querían hacerlo bajo algunas modalidades de la ley del 38. Podían conciliar las urgencias fiscales del gobierno con los recónditos propósitos de las empresas, mediante la admisión por estas de un tímido reajuste de impuesto como precio pagado para alcanzar sus propios objetivos.

Estas reflexiones que le hago, están desprovistas de pasión polémica retrospectiva, simplemente resultan del análisis de todo el proceso de reforma petrolera de 1943. Cuando fue anunciada, como venezolanos y como militantes de una organización política empeñada en más y mayores exigencias a las empresas multinacionales que explotaban nuestro aceite mineral, saludamos el anuncio de la reforma propuesta por el régimen con exaltado júbilo porque, aunque tímidísima, era un avance nacionalista en contraposición a la política entreguista del gobierno anterior. Todos los factores concurrían a favor de tomar una actitud enérgica ante la cuestión petrolera. Pero pecaba de ingenuo el entusiasmo con que nuestro sector saludó la promesa oficial de asumir una reforma con dignidad nacional. Un régimen que se empecinaba en conservar sus perfiles autocráticos estaba históricamente incapacitado para encarar de frente ese problema. Le faltaba la audacia y la autoridad moral que solo nacen de un respaldo mayoritario de opinión pública. Los gobernantes sabían que los consorcios del petróleo apreciaban la debilidad intrínseca de un régimen que no realizaba consultas electorales sinceras, ni manejaba con probidad el erario, ni atendía cabalmente las necesidades colectivas. Y por eso no podía atreverse a realizar una reforma a fondo, sustantiva, en las relaciones entre Estado e indus-

tria petrolera. Se desperdiciaría así la espléndida oportunidad de un mundo en guerra y ávido de combustible; y de que en la Casa Blanca estuviera un gobernante como Roosevelt, quien, frente a las radicales medidas adoptadas por México ante situación similar a la de Venezuela, habría asumido discreta posición.

En síntesis podemos decir que el panorama era sombrío: arrogancia de las compañías petroleras, hermetismo oficial en torno a la tan deseada reforma y evidencia de que la estaba negociando con Estados Unidos quien no tenía la confianza del país, eran factores justificadores de todos los pesimismos. Pero nuestra organización no asumió negativa posición derrotista. Siguió pugnando desde la calle porque se obtuviera para Venezuela lo que en justicia y en derecho le correspondía. Ahora, esa política indiscutiblemente nacionalista y antiimperialista de Acción Democrática contrastaba, paradójicamente, con la línea del Partido Comunista de Venezuela, pero también con casi todos los partidos comunistas latinoamericanos.

Los comunistas y su entente con los capitalistas aliados de la URSS

¿A qué atribuye usted esa actitud de los comunistas latinoamericanos de sumisión a los Estados Unidos en ese momento, sería que estaban obedeciendo a la política soviética de alianza táctica con los EE.UU. debido a la guerra contra el eje nazi-fascista?

- Aquí se nos apareció, nuevamente, como ya le he dicho en tantas ocasiones, el obstáculo de los comunistas. En efecto, el nuevo viraje del Partido Comunista lo llevó a abdicar de su tan pregonado anti-imperialismo, para sumarse sin condiciones a la clientela del régimen y convertirse en portavoz entusiasta de todas sus tesis. En Moscú le habían dado una vuelta al *suiche* de la dialéctica y las seccionales latinoamericanas de la III Internacional estaban ofreciendo adhesión a todos los gobiernos constituidos, sin detenerse a pensar en su origen, conducta u orientación social.

Déjeme hacerle un recorrido imaginario por la América Latina de entonces y veremos cómo sincronizó con la “nueva línea” de los comunistas, por ejemplo, el recorrido continental realizado por Lombardo Toledano. Anastasio Somoza y el contradictorio líder azteca, quienes se exhibieron sobre una misma plataforma, ante muchedumbres nicaragüenses. Así mismo, los comunistas peruanos pactaron con Prado Ugarteche. Igualmente, el “Caballero de la Esperanza” brasileño (Luis Carlos Prestes) salió de la cárcel a reconciliarse espectacularmente con Getulio Vargas, cuyo gobierno lo había mantenido entre rejas durante años. También en Cuba, los comunistas se aliaron a Batista, Lázaro Peña enganchó la Confederación de Trabajadores al tren del batistato y Juan Marinello surgió de ministro sin cartera en el gobierno del ex sargento del 4 de septiembre. En Costa Rica también se realizó, con el gobierno de Calderón Guardia, la bizarra alianza.

Y en Venezuela al grito “Con Medina contra la reacción”, los comunistas se lanzaron por la pista de todos los incondicionalismos, cumpliendo, entre otros, el lamentable papel de enconados

agresores de cuantos tuviesen la osadía de disentir de la opinión oficial. Reaccionarios, quinta columnistas y agentes nazis fueron los calificativos más benévolos que endosaron a quienes en alguna forma hacíamos oposición a los modos entonces vigentes de gobernar y administrar el país.

¿No fue Gonzalo Barrios quien catalogó como saltimbanqui la política oficial de los comunistas latinoamericanos quienes, según él, eran fascistas o antifascistas de acuerdo a las ordenes de Moscú?

- Bueno, más o menos fue así. Lo que ocurrió, exactamente, fue que Gonzalo Barrios, del Comando Político de AD, analizó con perspicacia y con su inveterada causticidad la serie de virajes que condujo a los comunistas venezolanos y de Latinoamérica en general, a su alianza con dictadores y oligarquías gobernantes. Recuerdo, como si las hubiese dicho hoy, las palabras de Gonzalo contenidas en su artículo *¿Somos anticomunistas?* del periódico *Acción Democrática*, que tengo en mis manos para mostrarle.

Leo el número 130, de fecha 20 de octubre de 1944: “Cuando Hitler no había atacado aún a Rusia y estaba vigente el famoso pacto germano-soviético, la gente de Unión Popular (comunistas) sostenían ideas muy peculiares acerca de la conflagración actual. La guerra que libraban Francia e Inglaterra era una guerra imperialista. El deber de América era la neutralidad y la persecución de la paz, así fuese una paz alemana. Hitler mismo recibía loas de ese sector. Y algunos lo exaltaban y bendecían, tales como aquellos herejes medievales que veneraban en el demonio un involuntario vehículo del bien. Hoy, ya sabemos cómo desarrolló Hitler sus planes de dominación. Todos los gobiernos latinoamericanos han roto relaciones con Alemania y están asociados en la lucha contra el nazismo y, por lo tanto a la defensa de la Unión Soviética. De ahí se deduce que no existe en América gobierno alguno reaccionario y que los reaccionarios son los opositores a cualquier gobierno”.

Las declaraciones de Gonzalo fueron impecables y gozaron de nuestro respaldo incondicional, pues supo retratar, de cuerpo entero, la política comunista en Latinoamérica de sumisión incondicional a los dictados moscovitas.

¿Don Rómulo, cómo se explica que la alianza medinista-comunista organizó un homenaje nacional a la política del gobierno y

Acción Democrática concurre a ese sarao y usted fue orador en ese evento?

- Ciertamente, puede que visto en este momento resulta complicado explicarlo, pero al ubicarnos en aquellas circunstancias se comprende, porque ya estaban aliados los jerarcas del régimen con los cuadros comunistas cuando surgió, de esa extraña amalgama política, la idea de rendirle un homenaje público al Presidente Medina, una especie de testimonio por adelantado de gratitud nacional. Se trataba de elaborar una adecuada *mise en scène* de la cual emergería el Jefe del Estado con perfiles de realizador de la liberación económica del país, como resultado de una reforma petrolera cuyos términos se desconocían para esa fecha.

Acción Democrática fue convocada para esa concentración y no rehusó su presencia y usted me pregunta cuál fue la razón de nuestra asistencia. Había que vivir ese momento para poderlo entender. En efecto, en un país donde estaba vedada a la oposición el uso de la radio, era esa una oportunidad no desdeñable para hacer llegar nuestros puntos de vista sobre la reforma petrolera a todos los venezolanos, a través de la cadena de emisoras nacionales. Y allí concurre la militancia de AD, disciplinada y segura de sí misma, individualizándose con sus lemas propios y con su línea política autónoma. Mientras la coalición comunista-oficialista exhibía gigantescos carteles, escrita en ellos la consigna ya estereotipada: “Con Medina contra la reacción”, las nuestras interpretaban los anhelos nacionales. Participación justa de Venezuela en su riqueza petrolera; refinación en el país de la mayor cantidad posible del mineral que en él se producía; no más concesiones sobre reservas de petróleo; libre sindicación, contrato colectivo y mejoras de vida para los trabajadores del mineral; precios bajos de los combustibles de consumo generalizado; inversión reproductiva de los ingresos suplementarios que obtuviera el Estado de la revisión proyectada.

Ese acto político, llamado “Concentración de Los Caobos” por haberse celebrado en la plaza caraqueña donde tuvo lugar, el 17 de enero de 1943 me correspondió, tal como usted lo indica, llevar la voz de Acción Democrática; y en ese discurso, desprovisto a la vez de agresivos desplantes antigubernamentales y de asomos siquiera de cortesanía, se fijó la posición de nuestro Partido. Aquí tengo copia de ese discurso, pero no se asuste, no se lo voy a leer completo, pero vea este párrafo que sintetiza nuestra posición firme en relación al tema en comento: “El aumento hasta límites de

estricta justicia de participación venezolana en la riqueza petrolera, el traslado a Venezuela de las refinerías en que se ‘trata’ el mineral extraído de nuestro subsuelo, la reducción del plazo de vencimiento de los contratos, la abolición de las absurdas exoneraciones de impuestos aduaneros a las concesionarias y seguridades de mejoramiento económico y social de los técnicos, empleados y obreros al servicio de las compañías; estos son los pivotes donde debe insertarse una nueva política minera de gran envergadura”.

Luego dejé constancia de que no respaldábamos a priori la reforma, ni otorgábamos un irreflexivo crédito al gobierno, sino que fijaríamos normas de conducta al conocer cuáles eran sus lineamientos. Así quedó impreso en el No. 54 de fecha 30 de enero de 1943 de nuestro periódico *Acción Democrática* y donde agregué: “Esperemos, como lo espera con preocupado interés todo el pueblo venezolano, el nuevo estatuto petrolero que se está elaborando. Desde un ángulo de responsabilidad y de recto espíritu de cooperación analizaremos el proyecto legislativo, y a su hora y momento formularemos todas las observaciones y sanas críticas que contribuyan a hacer de la ley que se sancione un hito planteado en el camino hacia la conquista de nuestra cabal independencia económica”.

El gobierno y sus aliados comunistas, tampoco se quedaban inmóviles, políticamente hablando, porque paralelamente a la “reforma petrolera” impulsaban la elección parcial del Parlamento, pero en las mismas condiciones de la dictadura gomecista, es decir, en elecciones de segundo grado y donde funcionarios del Ejecutivo podían ser electos a ese Congreso. ¿Cuál era la posición de AD en esa coyuntura?

- En ese mismo número del periódico del partido hicimos crítica acerva, una vez más, al peculiar y antidemocrático sistema en vigencia para elegir a los miembros de las cámaras legislativas. En esos días, cuerpos electores controlados, virtualmente, por la maquinaria oficial iban a escoger en elecciones de segundo grado, la mitad de los miembros del Congreso, y nuestro vocero de prensa en su N° 54 del 30 de enero de 1943, anticipaba así el seguro resultado de ese nuevo escarnio al sistema representativo de gobierno: “Teórica y legalmente, en este año de 1943 debe renovarse la mitad del Congreso. Pero de esa renovación puede decirse lo mismo que del paso de Castro a Gómez afirmaban los teóricos

primigenios de “La Rehabilitación”: que será “una evolución dentro de la situación”. Este nebuloso aforismo político vuelve a tener vigencia, ahora que la determinante mayoría de un Congreso formado por funcionarios del Ejecutivo, Presidentes de Estado y Secretarios Generales y hasta Ministros del Despacho, ejercerán la dúplice función de gobernar y autocalificar, desde los escaños del Parlamento, la forma como ellos mismos han gobernado”.

En verdad era justo el reclamo de elecciones universales, directas y secretas de parte de Acción Democrática, habida cuenta de que se mantenía el sistema, practicado por Gómez, de escoger a dedo los representantes legislativos quienes, a su vez, en elecciones de segundo y hasta de tercer grado escogían al Presidente de la República

- Por supuesto, es que, amigo mío, las “elecciones” de diputados y senadores equivalían a nombramientos hechos por el Presidente de la República, como en la época de Gómez. Solo había una diferencia de método entre el procedimiento patriarcal del déspota que, como ya usted debe saber, consistía en designar él personalmente, sin intermediarios, a los integrantes de ambas Cámaras, y el practicado después de su muerte. En la época postgomecista, el Presidente y su ministro de Relaciones Interiores enviaban a las asambleas legislativas de los estados las listas de las personas que debían ser electas como diputados y senadores. No había riesgo alguno que esas listas se variasen porque eran funcionarios del Ejecutivo, sometidos a la rígida disciplina burocrática, o clientes políticos suyos, los integrantes de los organismos electores. Y es que con excepción del Distrito Federal, donde actuaba una minoría de ediles de la oposición y de situación similar existente en algún otro cuerpo legislativo-elector de la República, la totalidad de esos organismos estaban bajo el puño de hierro gubernamental. En 1942 —no varió esa situación para los tres años subsiguientes— de los 302 miembros de las asambleas legislativas estatales elegían a los senadores 286, o sea el 95%, eran otros tantos votos regimentados; y 981, de los 1405 concejales que elegían diputados, o sea el 94%, estaban también sujetos a la disciplina gubernamental.

Pero el régimen, a pesar de su mayoría en las cámaras legislativas, presentó un Proyecto de Ley de Hidrocarburos a consideración del cuerpo, que la oposición, aún cuando era minoritaria en esa Legislatura, analizó y pudo rebatirla.

Recuerdo que Raúl Leoni, miembro del comando Político de AD, refiriéndose a este sistema exclamó: “Estas cifras, con su expresiva elocuencia, nos dicen categóricamente que Venezuela es una República semitotalitaria”. Pero la expectativa nacional tocó a su final, pues el 18 de febrero de 1943 fue convocado el Congreso a sesiones extraordinarias, que debían iniciarse 5 días después, para conocer el nuevo proyecto de Ley de Hidrocarburos, tal y como usted dice, pero por temor quizá a que fuese violado el secreto de ese tabernáculo legislativo, por los escasos diputados de oposición, el proyecto se entregó a los miembros del Congreso el mismo día de apertura de las sesiones. En contraste con esa ignorancia en que se mantuvo a la opinión pública nacional, los círculos interesados de los Estados Unidos y de Inglaterra dispusieron de tiempo suficiente para examinar hasta con lupa los íntimos mecanismos de la reforma en proyecto.

Desde el inicio mismo de las sesiones parlamentarias ya se vio que el proyecto legislativo, cuyo articulado defraudó las esperanzas postreras de los partidarios de “un nuevo trato” en materia petrolera, no sufriría enmiendas. Los voceros oficiales en las Cámaras estrenaron una novísima teoría: la de que esa legislación tenía la modalidad *sui generis* de una “Ley-convenio”. Modificarle una coma significaría destruir ese arquetipo de ciencia jurídica y justicia económica. Más que una ley, era un *meccano*: edificio de acrobático equilibrio, imposible de rectificar en ninguna de sus partes sin que se afectara el todo. O dicho en otras palabras: que al Congreso iba, para recibir una rutinaria confirmación casi protocolar, lo que a puertas cerradas, de espaldas a la nación, se había pactado entre los miembros del Ejecutivo y los representantes de las compañías, asesorados por los consejeros del Departamento de Estado.

Se dice, don Rómulo, que allí Juan Pablo Pérez Alfonso, Diputado de la oposición, hizo una exposición memorable de respuesta al proyecto presentado por el gobierno.

- Es verdad, fíjese que dentro del Congreso no le fue fácil la tarea a la mayoría oficialista. Los diputados de Acción Democrática fracasaron en su empeño de modificar el texto de la nueva Ley de Hidrocarburos, pero sus curules fueron tribuna utilizada para demostrarle al país que la reforma petrolera, tan propagandizada por el régimen, defraudaba a la nación. Ciertamente fue el diputado J.P. Pérez Alfonso, miembro de la Comisión de Fomento del Congreso, quien sintetizó los puntos de vista de nuestro parti-

do en un voto de minoría, que es uno de los más sólidos documentos de la historia parlamentaria de Venezuela. Pérez Alfonso desarrolló una tesis jurídica que tendríamos pronto oportunidad de transformar en norma de gobierno, cuando arribamos al poder en 1945 y utilizamos esa misma legislación tan objetada como instrumento de reivindicación nacional. Esa tesis fue la de que la ley no es, para el moderno criterio administrativo y en cuestiones que afectan al interés público, un dogma congelado, sino un conjunto de normas aplicables según las conveniencias nacionales. Y así quedó consignado para el futuro en estas palabras de nuestro diputado insigne, recogidas en el Diario de Debates del Congreso, que no se prestan a equívoco alguno y que tengo a la vista para que usted las transcriba para la historia:

En verdad la ley es un instrumento que puede ser manejado eficientemente, para resguardar los legítimos intereses de la nación, siempre que se trate de un Gobierno respaldado por la opinión general del pueblo y apoyado en la fuerza moral de su propia situación, dirigida a promover el bienestar general elevando las condiciones de vida del pueblo.

Para ser fiel con la verdad histórica, le comento que voces individuales minoritarias fueron las que coincidieron con esta crítica que formuló nuestro partido, dentro del parlamento y en la calle, a la reforma petrolera. Entre ellas las del doctor Néstor Luis Pérez. Hizo la observación que de la nueva Ley de Hidrocarburos habían desaparecido las tres disposiciones más resistidas por las compañías en la ley del 38, las mismas que fueron eliminadas misteriosamente del texto enviado por la Secretaría del Congreso al Ejecutivo para que le pusiese el “ejecútese” constitucional. Esos artículos suprimidos eran el referente a la participación nacional en la industria del petróleo, mediante el sistema de asociación del Estado y concesionarios particulares, el que posibilitaba el establecimiento de una refinería totalmente venezolana y capaz de asegurar el futuro monopolio para la nación de la venta de carburantes y lubricantes derivados del petróleo; y el relativo a la obligación para las compañías de pagar en oro los impuestos, cuando así lo considerase conveniente el Estado.

Este debate fue seguido de cerca, no solo en Venezuela, sino también en los Estados Unidos donde algunos intelectuales progresistas criticaron la posición blandengue del gobierno frente a

las petroleras. ¿Ustedes tuvieron noticias de esas posiciones que ayudaban, desde el norte, a la posición de AD?

- Claro que teníamos noticias muy estimulantes de gente de mucho renombre en los Estados Unidos que reconocían nuestra posición, no como de “comunistas obcecados y antiimperialistas” sino comprendieron que nuestra postura era simplemente de dignidad nacionalista. Fíjese cómo juicios de personas extrañas a la controversia política venezolana, resultado de estudios objetivos suyos sobre la industria del petróleo, estaban ya confirmando cuanto había dicho la gente de AD. Es el caso, entre otros que podrían citarse, del profesor norteamericano Edwin Lieuwen, quien emite una opinión coincidente con la nuestra en su obra *Petroleum in Venezuela. A History*. University of California Press, 1954.

En la página 96 de ese trabajo de investigación, el autor examina las razones que indujeron a las compañías para la rápida conversión de las concesiones, bajo los términos de la ley de 1943, a pesar de que iban a pagar mayores impuestos. Escribe, este eminente académico, sus críticas al gobierno por estas razones: “Primero, porque el gobierno aceptó paralizar las investigaciones sobre títulos cuestionables. Segundo, por la también promesa del gobierno de ponerle cese a las disputas sobre importaciones. Finalmente, y esta fue la razón que en realidad se tuvo en cuenta, porque la conversión significaba extender el plazo de vida de las concesiones, muchas de las cuales debían terminar en 1960”. Lo cierto es que con el voto salvado de los pocos diputados que a la sazón tenía AD en la Cámara de Diputados y por la unanimidad de aquel Senado “gomecista” el 12 de marzo de 1943, el proyecto ya era Ley de la República para nuestra mediatizada complacencia.

Nacimiento del PDV. Triunfo electoral medino-comunista

El año siguiente fueron convocadas elecciones municipales y AD, tengo entendido, concurrió con sus mejores dirigentes, pero no lo fue muy bien en cuanto al respaldo a sus candidatos, por la extraña y paradójica alianza de los candidatos del gobierno con los comunistas, sumatoria que hizo daño electoral a AD, pero que debió generar mayor irritación a las huestes del General López Contreras, hombre de derechas y conocido como furibundo anticomunista. ¿no fue cierto?

- Fue exactamente, como usted dice, lo que ocurrió: fueron convocadas nuevas elecciones municipales el 22 de octubre de 1944 y el gobierno presentó sus candidatos en las planchas del nuevo PDV, pero sorpresivamente también anunciaba apoyo en algunas parroquias a militantes comunistas agrupados en “Unión Popular”, que así se denominaba una organización fachada de los camaradas por la prohibición aún vigente de utilizar las siglas comunistas. Esta decisión del PDV, inédita e increíble para sectores de la derecha y del propio ex Presidente López Contreras, ocurría por la tolerancia gringa debido al acercamiento entre Washington y Moscú aliados frente al fascismo.

Es que los comunistas pasaron, después de 1941 con Medina electo y luego de la de entrada de EE.UU. a la guerra en alianza con la URSS, del simple apoyo manifestado en 1942 a grandes trancos no solo a una alianza, sino en la práctica a una adhesión incondicional. Dicha alianza no se contentó con llegar hasta la presentación de listas comunes en algunas elecciones locales, sino también, con sus propios cuadros, a ayudar al gobierno a organizar su propio partido “burgués”.

Esa alianza anti-natura de medinistas y comunistas, aunque nos afectara parcialmente desde el punto de vista electoral, como usted afirma, sin embargo nos sirvió para dejarle claro al país nuestro perfil nítidamente democrático, adverso a la derecha atrasada y a la izquierda comunista adoradora de los dictados de la “catedral” soviética.

En los mítines que organizábamos intervenían nuestros candidatos y futuros líderes de relieve nacional como Raúl Leoni, Gonzalo Barrios, Luis Beltrán Prieto, Rómulo Gallegos, Valmore Rodríguez, Andrés Eloy Blanco, Francisco Olivo, Augusto Malavé Villalba, Raúl Ramos Giménez y yo que, por primera y única vez, ejercí un cargo deliberante cuando resulté electo concejal, en esas elecciones, por la Parroquia San Agustín donde derroté al candidato comunista, de la alianza PDV-UPV, Rodolfo Quintero. Nosotros, en verdad no nos fue muy bien, porque ganamos solo tres puestos en el Ayuntamiento del Distrito Federal: el mío, como ya dije en San Agustín; Valmore Rodríguez en la Pastora y Antonio Bertorelli en Sucre. Todas las demás parroquias fueron ganadas por la alianza oficialista. Después asumí la desagradable tarea de hacernos una autocrítica, en el seno del partido, por la derrota. Pudimos hacer más, pero la verdad verdadera es que no era nada fácil competir con un gobierno que utilizaba, inescrupulosamente, los recursos del Estado a favor de los candidatos medinistas y comunistas.

Esta fue la única vez en mi dilatada actividad política que participé en un organismo deliberante, pues jamás quise ser diputado o Senador, habida cuenta de mi vocación de luchador en la rama ejecutiva de la administración Pública. Aunque esa experiencia municipal me sirvió de mucho en mi futura trayectoria política. Más adelante, gracias a la disposición constitucional de 1961, según la cual los ex presidentes nos convertíamos, ipso facto, en senadores vitalicios, volví al Parlamento. Aunque esa tribuna solo la utilicé cuando fui a defender la Ley de Nacionalización de la Industria Petrolera durante el mandato, como Presidente de Venezuela, del compañero Carlos Andrés Pérez.

Ahora, don Rómulo, si el gobierno de Medina resultaba tolerante en el ejercicio de la lucha política electoral y hasta fundó un partido político, ¿no luce como apresurado el haber irrumpido contra ese gobierno por la vía del atajo del golpe de estado. Aunque fuese un partido político, el PDV, organizado desde el gobierno?

- ¡Humm!, me da la impresión que usted está impaciente por que le narre lo acontecido el 18 de octubre de 1945, proceso que marcó un hito en la historia republicana de Venezuela. Voy a acelerar un poco la historia de lo sucedido, para decirle que la presunta popularidad del presidente Medina fue la razón para que los partidarios del gobierno se quisieran organizar en partido po-

lítico. Arturo Uslar Pietri, con quien tuve diferencias ideológicas toda la vida, la cabeza mejor puesta de la derecha venezolana, fue el artífice de esta idea de la constitución de un partido que defendiera la política oficial. El comienzo fue totalmente equivocado, según mi criterio, pues Medina encomendaba a los presidentes o gobernadores de estado a que constituyeran, en sus respectivas jurisdicciones, seccionales del partido, lo que es un error garrafal, pues desde el gobierno no se debe pretender crear un partido, pues es muy difícil conocer quien es sincero en sus convicciones cuando depende su subsistencia del erario público.

En efecto, cerrado oficialmente como fue el capítulo de la reforma petrolera, que le comenté sucintamente, el gobierno tomó otros caminos que le interesaban, como fue la idea de la creación de ese partido político que estaba en la mente de Uslar, en cuya idea estábamos de acuerdo para civilizar al régimen, sin embargo cometieron el desaguisado de hacerlo desde las trincheras del burocratismo. Ciertamente, al presidente Medina no se le ocurrió algo más inteligente que enviar un telegrama-circular a los presidentes de estados (así se llamaban entonces a los gobernadores), al cual se le dio increíble publicidad. En él les señalaba la necesidad de que promovieran la organización de grupos afectos al régimen. Adelantaba inclusive el nombre con el cual debía bautizarse la criatura, nacida por acto administrativo como cuando se decreta la construcción de un dispensario o la apertura de una carretera. Se llamarían, ridículamente, “Partidarios de la Política del Gobierno” los abnegados ciudadanos que acudieran al convite en la mesa servida del Presupuesto. Se fundó el P.P.G., que luego fue rebautizado con un nombre de fonética menos áspera: PDV (Partido Democrático Venezolano).

En esa organización militaron algunos hombres de buena fe. Profesionales e intelectuales, los más, sin mayor experiencia política y ganados por realizar la tarea de la reforma social “por arriba”. Fue ese sector al que llamó Andrés Eloy con su ingenio característico: “el ala luminosa del PDV”. Allí pudimos ver a gente de prestigio como el eminente médico pediatra Pastor Oropeza, escritores destacados como Alejandro García Maldonado, Manuel Felipe Rugeles y Guillermo Meneses, jóvenes intelectuales como Alirio Ugarte Pelayo, pero coexistió con ella, otra ala mayoritaria apabullándola: la mayor proporción de carreristas y aventureros de la política de que se tenga memoria y muchos de inconfundible filiación gomecista.

¿A qué atribuye usted ese apresuramiento de crear un partido político, al decir suyo, como un acto administrativo, habida cuenta de que podrían haberse tomado más tiempo en recorrer el país imitando la conducta de los adecos?

Las razones visibles de esa apresurada organización de ese partido gubernamental y por tan peculiares métodos son fáciles de señalar. En ese año habría elecciones municipales y para asambleas legislativas en 11 estados de la República, y esos organismos escogerían posteriormente a buena parte de los congresistas que iban a elegir, en 1946, al sucesor del general Medina Angarita. Su pugna con el ex Presidente López Contreras era ya para entonces secreto a voces. Y para obstaculizar el retorno al poder del contumaz aspirante a gobernar, que era el general de Queniquea, y asegurarse de paso en su propósito de escoger e imponer su propio sucesor, el presidente Medina Angarita necesitaba de una mayoría sólidamente cohesionada en las próximas Cámaras Legislativas. Sin embargo, a pesar de los recursos con que nacía ese partido, todos provenientes de las canonjías oficiales, adolecía de un factor vital en la durabilidad y permanencia de una institución tan compleja como un partido: la mística. Ese factor que le faltaba al PDV le sobraba a Acción Democrática, pues sus militantes famélicos y sus dirigentes en la mayor ruina económica recorríamos el país a lomo de mula, en carros desvencijados, en autobuses destartalados, pero íbamos construyendo, desde abajo una verdadera organización popular, con una doctrina de avanzada social y muy nacionalista, sin caer en chauvinismos lacerantes y anticuados, pero con una mística y fe de carbonarios.

Siempre se ha dicho que el gobierno no solo utilizaba a su burocracia para influir en la creación del nuevo partido, sino que contrataron a un tal Franco Quijano, como experto electoral en triquiñuelas, para convencer al presidente Medina, con sus métodos, que no podía perder las elecciones. ¿Es eso cierto?

- La verdad sea dicha, hubo otras motivaciones ocultas en la creación del partido oficialista que solo nos enteramos cuando tuvimos acceso, después de la Revolución de 1945, a los archivos secretos del gobierno derrocado. Allí se encontró, tal como usted se ha informado, un memorándum dirigido por Franco Quijano, el teórico y estratega electoral del régimen, al Ministro de Relaciones Interiores. Ese documento tiene fecha 1º de marzo de 1943. El ministro que lo recibió fue el Dr. César González, quien luego fue

durante el despotismo de Pérez Jiménez, Embajador ante la Casa Blanca.

En su memorándum, Franco Quijano señalaba la necesidad de que el gobierno fundara un nuevo partido. La razón de esa maniobra la aducía con cierta desenfadada y cínica franqueza. El enemigo (Acción Democrática, para nombrarlo de una vez) está esgrimiendo armas superiores a las nuestras. Los viejos cuadros electorales están faltos de fe, anarquizados, desligados de la acción oficial". Como finalidad estratégica, señalaba la de "controlar" 66% cuando menos de los 109.000 inscritos, cantidad en que estimaba a los ciudadanos incorporados al Censo Electoral, comprendidos los 50.000 electores que utilizaron para sus triunfos insolventes, durante el quinquenio lopecista las "Cívicas Bolivarianas". Exteriorizaba alarma por el avance de Acción Democrática. Opinaba que no era aventurado suponerle a ese Partido no menos de 10.000 inscritos en los registros electorales en los estados donde se celebrarían elecciones en septiembre de 1943.

En esta materia política el gobierno mostró demasiadas flaquezas debido a que no conseguía armar un verdadero partido político, sino una banda de oportunistas, con algunas personalidades de buena fe que como ya le dije, eran la excepción que confirmaba la regla. Donde sí demostró dinamismo el gobierno de entonces, fue para entregar, apresuradamente, sin esperar los resultados de la nueva regimentación petrolera creada por la ley del 43, nuevas concesiones a las petroleras. Durante los años



Rómulo Betancourt, Mario Vargas, Víctor Raúl Haya de la Torre y Rómulo Gallegos.

1944 y 1945 diversas compañías extranjeras obtuvieron en Venezuela una cantidad de hectáreas, en exploración y explotación, mayor que la que ya detentaban los concesionarios ingleses y norteamericanos. Fue ese un vértigo en la subasta del subsuelo en proporciones tales que en 24 meses capturó el cártel internacional del petróleo tanta o más tierra explorable y explotable en Venezuela, que en el transcurso de los 32 años que cubren los gobiernos de Gómez-López Contreras. Y si en el inicio de la industria pudo argumentarse que se trataba de una riqueza potencial y cuyo valor real se desconocía, para la conducta de quienes gobernaban en el bienio 44-45 no hay excusa posible. Se entregaron millones y millones de hectáreas a compañías internacionales, sin cautela alguna, con irresponsable impulso botarate, cuando ya Venezuela entera tenía conciencia plena delpreciado valor de su riqueza petrolífera y de cómo habían expoliado al país los mismos a quienes se entregaban nuevas concesiones.

Medina: Gobierno nacionalista o entreguista. Contradicciones entre comunistas y López Contreras

Pero los defensores, hasta hoy, del gobierno de Medina Angarita, argumentan que fue un gobierno nacionalista, pues no entregó demasiadas concesiones a las compañías transnacionales de hidrocarburos, sino solo las indispensables para garantizar la exploración del subsuelo.

- ¿Todavía hay quien defienda esa tesis del “nacionalismo” de Medina? Debe ser por nuestra inveterada costumbre de adolecer de memoria histórica. Imagínese usted cómo sería el entreguismo del gobierno a las empresas petroleras que en las postrimerías del quinquenio 1941-1945, los millones de hectáreas otorgados en concesión, unidos a los que habían recibido los inversionistas de Londres y de Nueva York en los años precedentes, determinaron que para el 31 de diciembre de 1945 una gran porción del área potencialmente petrolera del país, equivalente a 11.746.768 hectáreas, estaba en manos extranjeras.

¿Y cómo pudo el gobierno de Medina compatibilizar su política conservadora y de entrega al capital transnacional –de afinidad a la del presidente López Contreras– con esa alianza rara avis con los comunistas?

- No, claro que no pudo compatibilizar esa contradicción dialéctica, hacia mediados de 1945 la situación de Venezuela aparecía cargada de electricidad. Realizaba febriles actividades la organización partidista nacida y alentada por directa gestión del Presidente de la República. A ese Partido Democrático Venezolano (PDV) le endosó la urticante mala lengua del caraqueño un apodo: lo llamaban “el tranvía”, porque “toda la corriente se la suministraban desde lo alto”. Y la animadversión lógica que despertaba en el pueblo un organismo partidario nacido en Palacio y alimentado liberalmente con dinero del fisco, rebasó los límites de lo tolerable cuando estrechó su alianza con el desprestigiado y versátil Partido Comunista. En la acera de enfrente del régimen,

López Contreras organizó sus propias huestes, y una pugna apenas disimulada entre las dos facciones en que se había escindido el régimen gobernante afloró a las columnas de la prensa, a los pasillos del Congreso, a los mentideros urbanos y a las tertulias de los cuarteles.

La noticia de que más allá de los espesos muros de los edificios militares estaban realizando alineamientos de “lopecistas” frente a “medinistas” logró filtrarse hasta la calle. Y, en la población civil, comenzó a incubarse un ambiente de angustiosa expectativa. Detrás de esa desatada pugna entre los dos generales —en Jefe el uno, de División el otro— por el predominio gubernamental, la gente veía venir la guerra civil. La turbulenta historia contemporánea enseñó a los venezolanos que los generales criollos no dirimían nunca sus divergencias de facciones en la plaza pública, utilizando los métodos civilizados del debate doctrinario, sino a balazos y no en combate singular de los jefes, como en los tiempos de la andante caballería, sino desatando sangrientas luchas intestinas.

En otra ocasión, distinta a esta conversación con usted, he dicho y escrito que por los intersticios de esa brecha abierta en la hasta entonces compacta arquitectura del gomecismo —vivo como régimen, con variantes de fachada y 10 años después de la muerte del creador del sistema— se metió audazmente, con su haz de consignas y de palabras de orden, sacudiendo el ambiente nacional, nuestro movimiento político.

Influencia internacional sobre la política de izquierda en Venezuela

¿A su partido Acción Democrática lo favorecía la situación internacional o lo perjudicaba? Se lo pregunto por lo atrasado de las concepciones conservadoras de la época en la mayoría de los gobiernos de los países de Europa y América y, por otro lado, la sordina que se le había puesto, temporalmente, al anticomunismo habida cuenta de la alianza USA-URSS por causa de la guerra.

- No, no había tanta animadversión a las políticas de izquierda como usted o cualquiera se puede imaginar, en aquella época. Déjeme hacerle, en apretada síntesis, una radiografía del mejoramiento de la situación internacional, para los sectores democráticos, para que pueda darse cuenta de que la presión de nuestros pueblos, en la búsqueda de espacios para la vida democrática y civilizada, no eran cuentos de camino: en efecto, se desarrollaban, en aquellos días, los agitados acontecimientos políticos de la posguerra y los pueblos estaban diciendo su palabra renovadora en todas partes con votos o con balas.

Winston Churchill y los *tories* eran desplazados del gobierno británico por abrumadoras votaciones para las candidaturas laboristas. En Francia y en Italia, las primeras elecciones, después de la derrota del Eje, eran ganadas por partidos de izquierda. En el Perú, la candidatura civil de Bustamante Rivero triunfaba sobre la castrense del mariscal Ureta y en el Congreso dominaba una mayoría parlamentaria aprista. En Cuba, Grau San Martín y los auténticos derrotaban la coalición gubernamental apoyada por Batista. En Guatemala, el dictador Ubico y el general Ponce, su inmediato sucesor, eran echados violentamente del poder por una alianza de militares jóvenes y de fuerzas populares, y las ánforas arrojaban el nombre de un profesor universitario, Juan José Arévalo, para presidente de la república. Los salvadoreños se habían sacudido a balazos a Hernández Martínez y a Osmin Aguirre. Aires de fronda estremecían al mundo y las pávidas cliques reaccionarias, al igual que las autocracias gobernantes, sentían que les estaba faltando la tierra debajo de los pies.

¿Y cómo era la situación en la Venezuela profunda, que usted y sus compañeros de AD frecuentaban con asiduidad, no estaba demasiado atrasado ese país semifeudal que venía de soportar tan largas dictaduras, como para comprender su política progresista y democrática?

- En aquellos días y frente a una crisis nacional de tan graves entornos, la situación de los dirigentes de Acción Democrática llegó a ser difícil y hasta angustiosa. Apreciábamos en el diario y directo contacto con el pueblo, que este se sentía dominado por ciertos impulsos, en cierta manera contrapuestos: el de la cólera, ya no sorda sino vehemente y agresiva, por la forma desdeñosa con que lo ignoraban dos hombres erigidos por sí y ante sí en los dueños del destino de Venezuela; y el del temeroso presentimiento de que era algo fatal, inevitable casi, la desembocadura en una contienda armada de esa rivalidad surgida entre ambos herederos del concepto gomecista de que la nación, para nada, debía intervenir cuando se trataba de elegir gobernantes.

Habíamos sembrado en el pueblo fe en la democracia, confianza en sí mismo y en su fuerza inmensa. Y en la hora crítica que afrontaba Venezuela volvía los ojos a nosotros, como exigiéndonos que le encontráramos a aquel impasse una salida racional y coincidente con su querer democrático.

A esa situación de desespero, tenía que contribuir otra de confusión para el pueblo llano, al ver a su Presidente aliado con el extremismo comunista y al ex presidente López Contreras en oposición a su pupilo, en virtud de esa extraña alianza.

- Por supuesto que era todo un enredo, no solo para el pueblo llano como usted dice sino para todo el mundo, fijese que el deterioro frente gubernamental por la rivalidad entre sus dos dirigentes más conspicuos, López y Medina, no se quedaba allí, imagínese que a este enfrentamiento venía a ponerle el caldo morado la presencia de los comunistas del lado del presidente, lo que serviría para radicalizar ese enfrentamiento habida cuenta del pensamiento conservador y anticomunista de López Contreras. Claro que nosotros no íbamos a aliviarle las cargas al gobierno y, por el contrario, azuzamos esas contradicciones tal como lo recomienda el manual marxista: “agudizar las contradicciones en el seno del campo enemigo”. En efecto, la alianza de los comunistas con Medina nos facilitaba la tarea, ya que no teníamos que golpear a la derecha y voltear para pelear con el adversario contrario, de la

izquierda, en otra acera, sino que los dos estaban en el mismo sitio y hacia allá disparábamos toda nuestra carga misilística. Aunque, para decirle la verdad, ya nosotros no estábamos interesados en disputarle la izquierda radical a los comunistas, sino que al enfrentarlos estábamos comenzando a delinear nuestra línea política y nuestra fisonomía de organización de perfil propio, socialdemócrata y nacionalista, sin el temor de ser acusados de comunistas porque nosotros éramos quienes le plantábamos cara a esos demagogos en el movimiento obrero y por el favor de los sectores populares.

Claro que tampoco caíamos en el anticomunismo ni en el anti-sovietismo rabioso de los sectores proclives al ex-presidente López, pero no le dábamos tregua en la calle, a los camaradas, con nuestra política radicalmente opuesta a la desarrollada desde la catedral soviética.

Dificultades de oposición a los comunistas en la postguerra después del triunfo aliado contra el fascismo

Me imagino que no era nada fácil impulsar una línea de deslinde de los comunistas, en aquel momento cuando aparecían al lado de los vencedores de la II Guerra Mundial...

- Nosotros, como hombres sensibles y como militantes de un Partido de denso historial de luchas antifascistas, compartimos el alborozo universal por la cesación de la II Guerra Mundial. Pero como personeros de una vasta porción de la colectividad nacional, como venezolanos, comprometidos a la vigilancia y análisis de los rumbos universales, estábamos obligados a ir más allá de la simple, de la elemental explosión emotiva. Debíamos plantarnos frente a ese hito histórico, a otear el horizonte, a escrutar el futuro, a darnos y darle al pueblo que en nosotros creía y que de nosotros reclamaba orientación una respuesta a esta inquietante interrogación en aquel momento histórico: ¿qué sucederá en el mundo de posguerra y como repercutirá en Venezuela los cambios sociales que se avecinan?

Ante la posguerra había dos posiciones antitéticas, contrapuestas, pero igualmente perjudiciales. Eran dos actitudes igualmente antinacionales: la primera de esas actitudes era de optimismo en mangas de camisa, irreflexivo y desorientado. La actitud de los babiecas inefables que afirmaban, en todos los tonos y con reiteración de estribillo tedioso, cómo “los tres grandes” en sus entrevistas de Teherán y Yalta, suscribieron solemnes pactos que significarían garantía de liberación para los pueblos coloniales, de justicia y equidad para los países de retrasado desarrollo histórico y de contextura económica semicolonial; de seguridad social para los trabajadores. Eran los que andaban predicando opiáceas, adormecedoras tesis, que conducirían a la actitud estática, confiada, de brazos cruzados, esperando que llegara por correo certificado la carta de nuestra prosperidad, de nuestra seguridad, firmada por Harry Truman, por Winston Churchill o José Stalin.

La otra actitud, tampoco positiva, era negadoramente cínica. La sustentaban, a la sordina, con ese miedo que tenían de plantear francamente sus puntos de vista, las gentes de mentalidad más conservadora o más reaccionaria. Decían que en la posguerra no sucedería nada, que las grandes naciones seguirían oponiendo su voluntad a los estados débiles; y que dentro de cada ámbito nacional, los dueños de los resortes económicos de las sociedades continuarían tutelando y extorsionando a las vastas masas laboriosas. Había algo de ese pensamiento derrotista en la actitud oficial de Venezuela ante la posguerra. En Chapultepec, en Bretton Woods y en San Francisco de California después, la delegación de nuestro país adoptó la política del avestruz: enterró el cuello en la arena, y guardó actitud expectante mientras se debatían dentro y fuera de tales asambleas problemas universales de ineludible repercusión en Venezuela y en América.

¿Y ante esas dos posturas, radicales y antagónicamente opuestas, cómo fue la posición que desarrolló Acción Democrática?

- La posición de nuestro Partido, por realista y responsable, fue equidistante de las dos actitudes delineadas. Desconfiamos confusamente de los gobiernos que estaban moldeando la paz, pero creíamos con apasionada y militante fe, en los pueblos de Europa, de Asia, de América, que con su energía colectiva serán capaces de forjar un mundo mejor, de hacer cumplir la Carta del Atlántico, de transformar las cuatro libertades rooseveltianas en norma de convivencia humana, cuando corrieran el riesgo de servir apenas como pie forzado de oraciones necrológicas, vertidas sobre la fosa recién abierta del gran estadista estadounidense.

Nosotros, buen amigo, creíamos que la posguerra abriría para todos los pueblos del universo magníficas perspectivas y grandes posibilidades. Entre ellas, había una fundamental: libre vía para el desarrollo democrático de las naciones, porque si algo había quedado liquidado definitivamente, o cuando al menos por algunas décadas, en esa sangrienta contienda, ha sido la tesis providencial del “jefe único”.

La derrota y el desastre italianos revelan cómo era de mentiroso ese parámetro de “eficacia” con que se exhibía, ante los ojos asombrados de los papanatas, el régimen dictatorial fascista; y la justicia sumaria ejercitada tan audaz como justamente por la “*Resistenza Partigiana del Lago Di Como*” contra Benito Mussolini, histriónico capitán de bandoleros, demuestra la cantidad y

calidad del odio acumulado en el corazón del pueblo italiano contra el que fuera, en una época, arrogante Duce. Hitler ha cerrado con el pistoletazo del suicidio no solo su vida aventurera, de criminal vesánico, sino también toda una concepción de la filosofía y de la política: la de que hay hombres y razas destinados a imponer su voluntad imperiosa, sin posibilidad para la disidencia, a las colectividades humanas.

La lección de Hitler y Mussolini será perdurable, se enriqueció con la muerte de Hirohito, de Francisco Franco y seguirá enriqueciéndose cuando los otros “hombres providenciales” que aún subsistan, todos temblorosos, sobre el escenario universal afronten también el pelotón de fusilamiento o la muerte por mano propia. En lo sucesivo, los aspirantes a déspotas, quienes consideran el látigo como instrumento adecuado para gobernar a los pueblos, quienes han venido preconizando la quiebra definitiva de las formas democráticas de gobierno, vacilarán antes de lanzarse a la aventura dictatorial porque ya saben que los pueblos están resueltos a hacerse justicia; porque sobre sus oídos golpeará implacablemente la descarga de fusilería de los guerrilleros de Lombardía.

En toda Europa, la situación de post guerra estaba demostrando que los regímenes dictatoriales eran cada vez más detestados por sus pueblos y que, ciertamente, como usted afirma, nuestros pueblos también debían aspirar, al igual que los europeos, convivir en paz con legítimos gobiernos constituidos después de celebradas elecciones democráticas que los pudiesen legitimar.

- Es así, si hacemos una indagatoria, por rápida y somera que sea, de la situación política universal de la posguerra, podemos apreciar cómo los pueblos demostraron con hechos su voluntad de ganar la paz para la democracia y para la libertad.

El pueblo francés, en las elecciones primarias posteriores a su rescate de la esclavitud nazi, votó a la izquierda en forma aplastante. Son socialistas, comunistas, *maquis*, patriotas líderes de la resistencia, quienes han copado los escaños de las comunas y alcaldías de toda Francia. Los reaccionarios no fueron a esa batalla electoral, cuyos resultados son termómetro invalorable para calibrar el estado de ánimo de las masas populares europeas. No fueron porque sus jefes han sido fusilados; o estaban, como Laval en Montjuich, en capilla ardiente, o esperaban en las cárceles de Francia liberada el juicio de los tribunales implacables; porque

ellos, los cancerberos del patriotismo postizo y los que se proclamaban salvadores de Francia ante el peligro de la revolución social, fueron los asqueantes colaboracionistas y los siervos estipiendiados de Hitler en la turbia hora de Vichy.

Lo mismo que en Francia, Italia no quiso seguir siendo gobernada por la podrida Casa de Saboya, sino que sobre la sufrida tierra que primero experimentó las fórmulas bárbaras del fascismo se estableciera una República democrática y socialista.

La situación de los ingleses también era particularmente interesante. La actitud del poderoso partido Laborista, la definió con meridiana claridad su líder y teórico, Harold Laski. Apenas se selló la paz, el laborismo inglés abandonó la política de coalición con liberales y conservadores. La sospecha de que Mr. Levin, quien venía de ser Ministro del Trabajo, líder máximo del potente movimiento trade-unionista que agrupa a millones de obreros organizados, pudiera continuar adhiriendo un gobierno de Unión Nacional después de la guerra, fue desvanecida por él mismo, pues proclamó con énfasis que iría, con su Partido, a librar la batalla de los comicios buscando ganar mayoría parlamentaria, y con ella el derecho de gobernar Gran Bretaña, como en efecto ha acontecido. Los observadores estuvieron de acuerdo, y nosotros entre ellos, que el enérgico jefe *tory*, el hombre de la guerra, Winston Churchill, no podría ser, por su fidelidad al ideario conservador y por su adhesión entrañable a las ideas ya periclitadas, por sostener como fórmula política el mantenimiento del Imperio. Los laboristas y otras corrientes populares llegaron al gobierno porque era una necesidad histórica desplazar a los *tories* y a los liberales de la rectoría de esa gran nación.

La política del *big stick* y our son of a bitch de Truman

¿Y cómo era la situación en América Latina, don Rómulo, porque los dictadores estaban de moda por la política del big stick gringo, que se evidenció en aquella cínica frase de Truman refiriéndose a Somoza: Yes, he is a son of a bitch, but he is our son of a bitch.

- Sí, era cierto que los Estados Unidos, convencidos del avance del comunismo internacional y en plena “guerra fría”, creían equivocadamente que el gran freno al avance de esa política eran los gobiernos tiránicos de los militares, pero en América Latina la ascendente marea popular, el viento de fronda que universalmente estaba sacudiendo los más profundos estratos sociales, también tenía que hacer acto de presencia.

En la balcanizada Centro-América, una serie de dictadorzuelos armados con ametralladoras suministradas por Estados Unidos, al amparo de la Ley de Préstamos y Arriendos dominaban brutalmente los pueblos en esa época, pero era un volcán en actividad. Patinaban sobre un abismo: Carías, el hondureño sinietro; de la Guardia, dictador de bolsillo panameño; Castañeda Castro, el usurpador de la voluntad popular salvadoreña y Anastasio Somoza, el asesino de César Augusto Sandino, el gran líder del movimiento irredentista y emancipador de América Latina frente a la intervención imperialista. Y en Guatemala, ya no gobernaba el Napoleón de guardarropía, ese César de pacotilla que fue Jorge Ubico, sino un hombre civil y civilizado venido del aula y no de la montonera, forjado en las disciplinas académicas: el Dr. Juan José Arévalo. En un país con densa masa indígena aún inasimilada por la civilización, con atraso social evidente, gobernado a través de su historia por régulos de cuartel, vino a dictar cátedra activa de civismo y democracia, al istmo y a toda América, un representante de las nuevas generaciones intelectuales del continente.

En América Antillana y del Sur había llegado la hora cero para los dictadores francos y embozados. Gobernaba Cuba, a la

sazón, el Dr. Ramón Grau San Martín, con su poderoso Partido Revolucionario Auténtico. El Partido Socialista Popular (comunista) había terminado prestándole apoyo parlamentario al gobierno del Presidente Grau, al observar cómo se liquidaba rápidamente el resto de prestigio que pudiera quedarle al funesto batistato del cual fue aquella organización decidido puntal.

En Puerto Rico, el Partido Popular de mi gran amigo Muñoz Marín tenía el control absoluto de los organismos parlamentarios isleños; y pugnaba con resolución para que Puerto Rico rompiera con los eslabones del coloniaje.

En Ecuador, una coalición de partidos, en alianza con elementos democráticos del ejército, hizo saltar del poder a aquel títere de las finanzas extranjeras y falsificador por sistema del resultado de los procesos electorales, cuya verborrea incontenible escuchábamos aquí. En vez de Arroyo del Río estuvo luego el profesor Velasco Ibarra rigiendo los destinos de Ecuador.

En Argentina, era precaria la estabilidad del régimen que lideraban Farrel y Perón. El agua lustral de la absolución fue discernida en Chapultepec y San Francisco, a los confesos pro-nazis de la claqué militarista porteña. Bastó para ello que suscribiera, a la hora undécima, el pacto de las Naciones Unidas y cumpliera su parte de sainete declarando furibunda guerra al Eje. Pero a pesar de todo eso, el pueblo argentino, sus demócratas del viejo Partido Radical de Alem e Irigoyen, los socialistas de Justo y Repetto, los trabajadores y los hombres de empresa con sensibilidad democrática, pugnaron porque el GOU fascistizante fuese desplazado de la Casa Rosada; sea desplazado de un solio que se honra con haber cobijado a esa gran expresión de criollidad, símbolo de pensamiento y acción creadores, que fue Domingo Faustino Sarmiento.

En Brasil, Getulio Vargas, el primero que incorporó al derecho público americano una Constitución de tipo corporativo, yugulador implacable de las libertades públicas, tuvo que abrir el compás, y renunciar a sus propósitos de prórroga en el mando. La marea democrática creciente le impuso esa rectificación de su política interna, que la conciliaba con una aparatosa política exterior anti-eje y hasta con el envío de divisiones brasileras a pelear en el frente de Italia contra formas de gobierno de las cuales es calco y copia el suyo propio.

En Perú, en junio de ese mismo año 1945 se celebraron elecciones y las organizaciones sociales agrupadas en el Frente Democrático enfrentaron, con una candidatura civil, la del Dr. José Luis Bustamante y Rivero, a la castrense del General Ureta, conductor de esa tropelía insólita que significó la anexión al Perú de casi doscientos mil kilómetros de territorio ecuatoriano. El Presidente Prado y la vieja oligarquía “civilista”, con el diario *El Comercio* como vocero, apoyaron al espadón. Pero vastos sectores —entre ellos católicos de militante credo —, el partido aprista de Haya de la Torre, el Partido Socialista y la gran mayoría de la nación estuvieron contra las aspiraciones de Ureta y lo derrotaron. Por cierto que aquel hombre de formación jurídica y reconocida probidad, que fue el Dr. Bustamante y Rivero, quien gobernó su país con un apego a las leyes inusual en la historia peruana, lamentablemente rompió alianza con el Apra en 1947 y su gobierno comenzó a tambalearse. Así, el 29 de octubre de 1948, fue defenestrado por un golpe de estado encabezado por el entonces ministro Manuel A. Odría, otro tirano que terminó, más adelante, siendo cómplice necesario del dictador Pérez Jiménez.

Déjeme comentarle que el Dr. Luis Bustamante y Rivero era una personalidad tan descollante que regresó al Perú en 1956 y ocupó diversos cargos públicos, entre ellos el Ministerio de Relaciones Exteriores en 1960, bajo la presidencia progresista de Manuel Prado; y llegó a ocupar, nada más y nada menos, que la Presidencia de la Corte Internacional de Justicia de La Haya de 1967 a 1970.

Aquel ambiente decididamente hostil a los dictadores que existía en todo el continente americano mantenía, asimismo, en zozobra a Trujillo, el verdugo de Santo Domingo; a Morínigo, el paraguayo y a todos aquellos que no tenían solventes sus cuentas ni con el pueblo ni con la historia.

En realidad así se estaban comportando los pueblos de América Latina, a pesar del apoyo de los EE.UU. a las dictaduras, pero ¿era esa la misma conducta de los gobiernos de los países aliados vencedores en la recién finalizada conflagración mundial?

- La verdad es que San Francisco fue el anticipo de un nuevo Versalles, Las disidencias surgidas allí entre los triunfadores no radican en pugnas doctrinarias o ideológicas. Es la actualización de la ya clásica disputa entre los vencedores en contiendas bélicas a la hora de prorrratearse el botín.

Inglaterra intervino en Italia, viendo la candidatura a Premier de un hombre insospechable de revolucionarismo, porque hasta ostentaba con orgullo un título nobiliario: el Conde Sforza, solo porque era republicano y antimonárquico. La misma Gran Bretaña le barrió a tiros, en Grecia, el camino por donde se pretendía que ascendiera al trono el repudiado rey Jorge. Ninguno de los jefes aliados, al anunciar al mundo la gran victoria contra el Eje, se ha interesado en recordar la solemne Carta del Atlántico. De la libertad de la India y de otros pueblos sojuzgados, en aquel momento por el imperialismo inglés, no se escuchó una sola palabra en las conferencias internacionales; y son tres rubios súbditos de Su Majestad Británica, nacidos en las islas y de la más pura sangre sajona, quienes dicen representar en San Francisco a la milenaria nación hindú.

¿Pero, qué se decía en la Casa Blanca o en las cancillerías de los aliados sobre la nueva composición del mundo que difiriera de la política imperial y anexionista del III Reich? ¿Sería que se estaban comportando igual que a quienes combatieron, sobre todo en relación a América Latina?

- Nada se dice en la Casa Blanca o en la Cancillería inglesa sobre el destino final de las colonias europeas en América. Unas fueron ocupadas militarmente por Estados Unidos, ante imperiosas necesidades de guerra; otras fueron transferidas por Inglaterra a los mismos Estados Unidos, como canje por *destroyers* entregados al almirantazgo. Y, usted no está lejos de la realidad con su inquietud, pues la pregunta que vale formular es esta: si esta guerra justa ha sido hecha para impedir que el III Reich se anegara a Austria, Checoslovaquia, Danzig, ¿cuál razonamiento podría justificar la persistencia del dominio imperial, ejercido por Estados Unidos o Inglaterra, sobre cualquier porción de tierra americana? Y para nosotros, venezolanos, este es un problema que nos toca de cerca, porque es nuestra una franja grande de tierra de la llamada Guayana Inglesa; porque necesitamos reivindicar el derecho a intervenir activamente en el momento en que Aruba y Curazao, ambas prolongaciones de nuestro litoral de occidente, determinen su destino final.

Estos problemas de posguerra no se resolvieron en Yalta, en Teherán, ni en San Francisco. Por el contrario, ha sido escenario esta última ciudad de disputas en las cuales hasta la Rusia Soviética, que había sido tan admirada por nosotros por su heroica y decisiva lucha contra la barbarie parda, ha tomado entre las ma-

nos banderas impopulares. No es la bandera de la igualdad jurídica entre todas las naciones, de las grandes y de las pequeñas, dentro de una armoniosa comunidad internacional, la que allí enarboló el Premier Molotov. Afirmó que los hechos primaban y los hechos revelaban cómo eran las grandes potencias las derrotadoras del Eje y las llamadas a reestructurar el mundo de posguerra. Y fue un canciller de un pequeño país latinoamericano quien hubo de recordarle cómo esa primacía de los hechos sobre los principios fue sustentada por los principales responsables y autores de la Segunda Guerra Mundial.

Ya todas estas, ¿en qué condiciones se encontraban gobierno y pueblo de Venezuela para dar respuesta a estos grandes desafíos internacionales de la postguerra?

- El pueblo venezolano avizoraba este complejo panorama internacional con sus facetas promisorias y con sus tonos sombríos, y se preguntaba: ¿Qué clase de hombre para Miraflores y qué clase de gobierno para regir el país, necesita Venezuela en el 46, cuando nos correspondía afrontar los riesgos y capitalizar las perspectivas favorables en el mundo de la posguerra?

Las respuestas a esas preguntas, las hubiese podido dar sin dificultad nuestro partido, si hubiese sido realmente democrática la forma como en Venezuela se elegían presidentes de la república. Pero un sistema contrahecho y oligárquico de elegir ponía, constitucionalmente, en manos de un grupo que no expresaba la voluntad del pueblo lo que el pueblo debía realizar mediante ejercicio del sufragio directo, universal y secreto: escoger al hombre de Miraflores. Pero nuestro Partido sí comprendía que había de influir, de manera indirecta, pero efectiva, en la elección presidencial que se avecinaba. Y ello, porque constituíamos la única organización política con crédito de confianza y con profundo arraigo en vastos sectores de la opinión popular.

Mientras, el PDV carecía de simpatía y de respaldos colectivos. De ese desprestigio suyo fueron responsables sus procederese nada limpios en los procesos electorales, su vocación hegemónica y sus ribetes autoritarios cuando de acaparar cargos legislativos se trataba; su conllevancia con el peculado y otras lacras de la administración pública. En cuanto al UPV de los comunistas, partido que comenzó enarbolando consignas de interés colectivo, terminó por convertirse, al verse repudiado y resistido por el pue-

blo, en un disgregado archipiélago, donde en cada isla había un jefecito con seis soldados.

No era por sectarismo excluyente que miraba en esa forma el panorama político del país. Quien lo apreciara con criterio objetivo coincidiría con nosotros en reconocer cómo Acción Democrática era la única organización capaz de suscitar en el pueblo apasionada fe en sus consignas y decisión heroica de hacerlas triunfar. Esto mismo nos imponía la obligación de ser muy cautos, y calibrar serenamente nuestra palabra y nuestra conducta, por la especial actitud receptiva que frente a ellas adoptaban sectores numerosos e importantes de la colectividad nacional de entonces.

Razones por las cuales AD no espera elecciones del 46 y prefiere participar en una asonada cívico-militar

Ahora, don Rómulo, quiero hacerle una pregunta poco complaciente, cuya respuesta nos gustaría oír de su propia voz: ¿Por qué AD no esperó a participar en las elecciones convocadas para 1946, a pesar de que serían de segundo grado, pues ya ustedes habían participado con la candidatura de Gallegos, en esas mismas condiciones en 1941?

- Iban a ser convocadas elecciones presidenciales para el año 46, con el antiguo sistema donde el pueblo estaba ausente, por lo que no teníamos mayor entusiasmo en torno de la idea de lanzar candidato propio. Sin descartar esa posibilidad, no la colocamos entre las de nuestra mayor preferencia. Es que la situación de ese momento era distinta de la existente en 1941, cuando fue lanzada a público debate el nombre de nuestro presidente Rómulo Gallegos, aun cuando estábamos convencidos a priori de que no lo elegiría el Congreso.

La llamada irónicamente “Candidatura simbólica” jugó un papel histórico en el 41. En la hora incierta de la vacilación y la duda fue el gesto señero de afirmación y de fe. En la catacumba de la clandestinidad se encontraba la oposición democrática nacional, ansiosa de conquistar el derecho a actuar legalmente sobre la arena política del país. Despuntó en Calabozo el primer absceso de fijación de un proceso continuista, que apelaba a argucias jurídicas para demostrar que eran siete los cinco años del mandato constitucional. Era imprescindible echar las bases de un poderoso movimiento de opinión, encuadrable luego dentro de la disciplina de un partido democrático.

Esos objetivos políticos fueron obtenidos cabalmente con la candidatura de Rómulo Gallegos en 1941, quien a plenitud de conciencia de la función que aquella desempeñaría admitió de antemano una derrota en el Congreso precedida de un clamoroso triunfo en la opinión. En formidables concentraciones realizadas en Barquisimeto, Valencia, Maracaibo y Caracas, el pueblo y sus

conductores se reencontraron, acrecida la fe y vitalizada la decisión de lucha por una Venezuela democrática. En vez de septenio, de ingrata memoria por su filiación guzmancista, hubo quinquenio. Y el movimiento de masas, surgido en torno de la ilustre personalidad de nuestro presidente, está aquí cristalizado en la fervorosa militancia del Partido del Pueblo.

Me va a disculpar don Rómulo, que insista en mis dudas, pero ¿si en 1941, con un partido sin estructurar aún, ustedes dieron esa formidable pelea con candidatura propia, por qué en 1945 no volvieron a insistir en esa política para presentarse en el 46 con candidato propio aunque no ganara?

- Porque eran otras condiciones las que estaban planteadas. En la acera del oficialismo corría en 1945, de manera especiosa la idea de una candidatura única, pero esa fórmula la representaría el General Eleazar López Contreras. En Acción Democrática nos oponíamos a esa tesis por considerarla una burla al pueblo venezolano y, además, estábamos convencidos que se oponía a los vientos de cambio que se sentían en el ambiente internacional de posguerra. En efecto, nuestras razones eran, de una parte de ética política; las otras enraizadas en consideraciones de interés nacional y muy vinculadas, como ya le dije, al proceso de transformaciones sociales de posguerra. La moral política de la Nación sufriría un severo golpe si a aquellas alturas de nuestra evolución se hubiese elevado al rango de tesis política el infantil juego de “la candelita”. Era como si en 1946 hubiésemos actualizado el pasamanos entre Páez y Soubllette; o aquello de José Tadeo entregándole a José Gregorio, y de José Gregorio devolviéndole a José Tadeo, y allí paró la cosa porque José Ruperto murió bruscamente en El Valle de cólico miserere.

Hablando en una ciudad oriental en aquella época observé yo como esto del General López Contreras sucediendo al General Medina equivaldría a un diálogo entre llaneros: “Presteme compadre, su silla chocontana, que yo se la devuelvo intacta dentro de cinco años...”.

El país reclamaba para el año 46, si se hubiesen realizado elecciones como era nuestra intención y propósito (impedida como le contaré más adelante por las torpezas del régimen imperante), un hombre en Miraflores con un repertorio de ideas más audaces que las que formaban el bagaje político del ex presidente López. Y con mente más permeable a los aires de fronda que correrían por el mundo, con agilidad mayor para adaptarse a las si-

tuaciones cambiantes de un mundo convulsionado, con una concepción menos rígida del “principio de autoridad”.

¿Y no se corría el riesgo de que el General López Contreras se dejara de escrúpulos democráticos, que no tenía en demasía, y se aventurara a dar un golpe militar, si veía que se le cerraba la oportunidad de ser electo en aquel Congreso que dominaba ampliamente?

- Por supuesto que analizábamos el tema militar con mucho cuidado y detenimiento, pues se decía por ahí, a la sordina, como quien transmite una consigna pavorizadora, que el Ejército no admitiría el 46 sino un gobernante salido de sus filas, un General-Presidente. Quienes así hablaban le estaban infiriendo una ofensa tan grave como gratuita a las fuerzas armadas de la República. No como salvaguarda del orden público y garantía de la ejecución de la Ley, sino como una casta antinacional, que se sintiera actuando en tierra conquistada y dispuesta a toda hora a imponerle al país su soberana e inapelable voluntad. Creíamos que estaban errados quienes así hablaban de la actitud de nuestras instituciones armadas, porque olvidaban que el Ejército no es patrimonio privado de ningún prestigio personal, sino el Ejército de la Nación. El proceso de democratización de la conciencia nacional, pensábamos que no se había detenido, como ante muralla china, en las puertas de los cuarteles. Y por la mente y el corazón de la oficialidad, de los cabos y de los soldados de la aviación, la infantería y la marina circulaba ese mismo anhelo de dignificación política y de superación democrática del país presente en el pensamiento de los núcleos civiles de la población nacional.

Portar uniforme militar no podía considerarse, en aquella época y en cualquier otra, causal de inhabilitación para ejercer la primera magistratura. Pero tampoco podía ser herejía pensar que en el año 46 se pensara en un posible candidato civil. No olvidemos que entre los primeros Jefes de Estado de Venezuela se cuenta José María Vargas, quien disputó la presidencia a generales que tenían el pecho tatuado por los lanzazos de Boves y la solapa de la guerrera prestigiada por el Sol de los Libertadores.

Y es por todo eso que quise hacer una profecía, orgulloso como venezolano de poderme expresar así de las fuerzas armadas de mi país: si fuere civil el próximo presidente de la república, tendrá en el Ejército apoyo sin regateo, respaldo sin reservas. Por supuesto que la historia nos tenía reservada otra frustración y desengaño, pero en realidad fue lo que aconteció en octubre de

ese mismo año 1945, lo que se extendió hasta la celebración de las primeras elecciones universales, directas y secretas de la historia republicana que nos permitió elegir, también por vez primera, a un presidente por la voluntad soberana del pueblo.

No había dudas que el partido elector para el 46 era el PDV: La absoluta mayoría del congreso la controlaba ese partido. Pero, ¿cuál será su candidato? Lo tiene insaculado dentro de un campana neumática, para que el sol y las briznas de suciedad flotantes en el ambiente no lo macularan; para que las moscas irreverentes no entren en contacto con su humanidad intocable; protegido de la apasionada curiosidad pública por ese “mosquitero político” a que tan donosamente aludiera nuestro compañero Andrés Eloy Blanco. Pareciera como que ese partido considerara a los venezolanos cual piara de caníbales hambrientos, dispuesta a darse con su candidato un banquete antropofágico.

Si una serie de factores históricos habían puesto en manos del PDV la posibilidad de elegir Presidente en el 46, ese partido debía tomar en cuenta que no iba a escoger a un funcionario de uso doméstico sino a un Presidente de Venezuela. Y que Venezuela tiene irrenunciable derecho a decir con antelación al acto de elegir, para que su palabra sea escuchada y sea atendida, si está o no de acuerdo con el hombre y con el programa que regirían la vida nacional en el quinquenio 1946-1951. El país reclamaba conocer el nombre y la plataforma de ese candidato, para establecer con él un diálogo verbo a verbo, como dice gráficamente el pueblo. Para exigirle que se vaya Venezuela adentro, a recorrerla por sus caminos solitarios, para que vea cómo la provincia se nos está acabando, víctima de la incuria, del abandono, de la desatención gubernamentales. Para reclamarle compromiso expreso de democratizar realmente, y ya, a esa constitución cojitranca, cuya reforma incompleta fue ratificada, a fin de que en 1951 pueda ser elegido el presidente de la república mediante el sistema de sufragio directo, universal y secreto, presidente nativo de cualquier región o de cualquier estado del país, porque ninguna región ni ningún estado tiene adquirido privilegio de aportarle primeros magistrados a la Nación. Para comprometerlo a que se establezca la incompatibilidad entre las funciones ejecutivas y legislativas; y el voto pleno para la mujer, y la capacidad del ciudadano para ser elector y elegible desde los 18 años de edad; y la lucha efectiva contra el peculado y la malversación de fondos públicos; y el establecimiento del Consejo de Economía Nacional, que vertebralmente, coordine, impulse y venezolanice nuestra producción menguada,

y en su fase determinante, la petrolera, controlada por la finanza internacional.

Sí señor, en el primer plano de nuestras exigencias nacionales al presidente del 46 debía estar ese vuelco audaz que estaba reclamando nuestra economía. Porque lo cierto, lo terriblemente cierto, y aun cuando esto contradiga las alegres y disparatadas estimaciones que hacían los mensajes presidenciales, es que aquí faltaba leche, carne, cereales, legumbres, frutas, productos agrícolas o pecuarios exportables; y nos estábamos acercando al trágico momento en que económicamente fuésemos una factoría petrolera, semi-colonia tutorizada por las finanzas agresivas de Estados Unidos e Inglaterra.

Este análisis que le hago hoy es recordando lo que dije y escribí en aquella época remota a mis compañeros de partido y terminé esas consideraciones diciéndoles: “Conciudadanos, compañeros y compañeras de partido: Voy a concluir, con la gran fe en nuestra tierra y en nuestra gente; con la emoción profunda de ser venezolano y militar bajo las banderas de Acción Democrática; con la seguridad sin desvíos que tarde o temprano –más temprano que tarde– el pueblo conquistará en Venezuela el disfrute de sus libertades integrales, de su justicia social sin regateos, de su pan y de su enseñanza para todas las bocas y para todas las mentes”.

Ahora bien, si hacía este análisis, el año 45, donde se evidencia que, desde AD, nos dirigíamos franca y concienzudamente a nuestros gobernantes aconsejándoles que transitaran la vía democrática, no es dado, entonces, siquiera imaginar que en nuestras mentes estaba fraguándose conspiración alguna, con miras a dar un “cuartelazo”, por el contrario, hicimos denodados esfuerzos para evitarlo. solo la actitud irreflexiva del gobierno fue la que propició la aventura militar que tuvimos forzosamente que acompañar.

Se ha dicho, don Rómulo que antes de que la Unión Patriótica Militar de Delgado Chalbaud, Pérez Jiménez y Llovera Páez decidiera dar el paso de la conspiración abierta, otros movimientos militares los habían precedido en esas actividades subversivas. ¿Ustedes estuvieron enterados?

Fíjese que desde el 44 se nos planteó la posibilidad del cuartelazo y nos oponíamos tercamente. Por una parte tuvimos noticias de una conspiración que se desarrollaba en el seno de la Fuerzas Navales, dirigida o auspiciada por un grupo de sub oficiales cuya

cabeza visible era un Alférez de navío de nombre Manuel Antonio Vegas, quien se reunió con el compañero Antonio Léidenz para plantearle la posibilidad del apoyo de nuestro partido a un posible alzamiento militar. Léidenz, siempre disciplinado, planteó el tema y la verdad fue que no le dimos mayor importancia y el CEN decidió hacer caso omiso a esas pretensiones. También fue por aquellos meses del mismo año 1944, cuando el Ingeniero Víctor Camejo Oberto me propuso una entrevista con el sargento primero Alexis Camejo Perdomo. Se realizó. En ella escuchamos de sus labios el plan que preparaba él y otros clases del Ejército. Lo escuché más horrorizado que asombrado. Él y otros conjurados iban a llevar amunicionadas sus armas de reglamento a un acto donde estarían presentes el Presidente Medina, sus ministros, los presidentes de los Poderes Públicos, el cuerpo diplomático. A una señal convenida, iban a disparar sobre el Presidente. Argumenté con vehemencia en contra de ese insensato proyecto. Camejo Perdomo admitió mis razonamientos. Prometió que nada iba a hacerse y Víctor Camejo me garantizó la palabra dada por su pariente. Se lo cuento para que vea cómo estaban prendidas las brasas en el seno del Ejército.



Sentados Julio César Vargas, Rómulo Betancourt, Gonzalo Barrios, Marcos Pérez Jiménez, Miguel Nucete, Martín Márquez Áñez y Mario Vargas. De pie Horacio López Conde y Edmundo Fernández.

La paciencia del partido del pueblo buscando evitar la asonada militar

A usted y a Acción Democrática les han endilgado el “sambe-nito” de no haber tenido la paciencia para esperar la evolución que, supuestamente, tenía en mente el gobierno de Medina, para que después de ese siguiente quinquenio hubiese elecciones universales directas y secretas. Sin embargo, la candidatura en ciernes de López hubiese constituido un frenazo o más bien una involución si hubiese sido electo Presidente. ¿Usted podría explicarnos mejor ese enredo mayúsculo que existía en las esferas gubernamentales en aquel momento?

- ¿Paciencia nos faltó? Todo lo contrario, lo que ocurría es que tiene usted razón al decir que el gobierno tenía “el papagayo” bien enredado. Lo que estaba pasando en el gobierno de Medina era una confusión que enredaba todo el cuadro político. En efecto, lo que resulta de todo esto es un crucigrama. Es bastante complicado y trataré de resumirlo para que el lector pueda contribuir a descifrarlo. Mire usted, el General López Contreras afirmaba que sus amigos políticos son todos pedevistas (militantes del partido de Medina). Los pedevistas no lo niegan, sino que cuando se presenta la oportunidad, como sucedió en el caso del Dr. Uslar Pietri, exteriorizan públicamente devoción al ex presidente como político y como hombre. Pero el PDV está aliado con Unión Popular Venezolana (comunista), partido que en López Contreras ve encarnada en humana envoltura a la reacción política y social de Venezuela. ¿Cómo se alían y comen el mismo pan y trasiegan el mismo vino de la fraternidad, los amigos y enemigos políticos de López Contreras? Si la consigna de UPV, “Con Medina contra la reacción” la interpretan ellos mismos gráficamente en esta forma: “Con Medina contra López Contreras”, ¿cómo traducen la suya, “Con Venezuela y contra la reacción”, los pedevistas, en cuyas filas son tantos y tan destacados los amigos políticos del ex presidente?

En efecto, el gobierno, al principio, estuvo de acuerdo en buscar un candidato consensuado con las demás fuerzas políticas

que hacíamos vida en el país, para buscar un piso institucional que propiciara, en el futuro inmediato, una reforma constitucional que abriera las puertas del sufragio universal, directo y secreto que nosotros auspiciábamos. El gobierno de Medina buscaba así mismo, en ese acercamiento con nosotros, desligarse de su mentor, el General Eleazar López Contreras, quien buscaba denodadamente su retorno a la Primera Magistratura.

Diógenes Escalante y su inoportuna enfermedad dan al traste con la transición democrática

A usted y a los dirigentes de Acción Democrática se les acercaron los militares para plantearles un atajo para llegar al gobierno. La pregunta que se me ocurre formularle es la siguiente: ¿a un partido de masas, de formación ideológica de izquierda y en consecuencia “anti putchista”, le entusiasmó en seguida esa propuesta que provenía, ahora sí, de una organización golpista mejor estructurada a través de la Unión Patriótica Militar?

- Para nada, déjeme contarle con detalle como ocurrieron los hechos: un día de junio de 1945 se presentó a mi casa el médico Edmundo Fernández, compañero en los días de la protesta estudiantil de 1928 y también camarada en un equipo de fútbol. Fernández nos informó que un grupo de oficiales del Ejército, hostil a la situación política imperante, deseaba entrevistarse conmigo. Me mostré escéptico y desconfiado. Argumenté que en el fondo de toda intentona militar se ocultaba alguna intentona fascista y señalé a Fernández que AD, fiel a su doctrina y al pueblo, no podía ser tomado como aliado en un golpe que a la postre culminaría en un gobierno manejado por bayonetas. Además, expresé al doctor Fernández que debía consultar a los miembros de la dirección del partido. Una hora después me reuní con los dirigentes de AD. Discutimos fríamente la cuestión y acordamos escuchar a los militares, observando la cautela y la prudencia aconsejadas en tan dramática coyuntura política. La dirección del partido nos designó a Raúl Leoni y a mí para representar a AD en la primera cita con los oficiales conspiradores. El 6 de Julio de 1945, a las once de la noche, nos reunimos en la casa del doctor Fernández con varios militares entre los cuales estaban el mayor Marcos Pérez Jiménez y los tenientes Martín Márquez Áñez, Francisco Gutiérrez y Horacio López Conde. La voz cantante la llevó Pérez Jiménez, oficial subalterno en el Ministerio de Guerra y profesor de la Escuela Militar. Yo lo observaba escrutadoramente mientras hablaba. En traje de civil, con los gruesos anteojos de carey, el gagueo prolijo, sin saber qué hacer con las manos mientras balan-

ceaba sus cortas piernas, daba Pérez Jiménez una impresión nada marcial. Parecía un tenedor de libros de provincia, tímido y discursivo, fértil en palabras más que en ideas. En concreto nos dijo que la oficialidad joven del Ejército repudiaba por igual a López Contreras y a Medina Angarita y estaba dispuesta a dar un golpe de Estado. Terminó diciendo que yo era la persona que debía encargarse del nuevo gobierno.

Lejos de entusiasrnarnos con el golpe, pero avisados como estábamos de esa intenciona, hicimos denodados esfuerzos para evitarlo, aunque sabíamos se iba a dar con o sin nosotros. Entonces oímos que el gobierno pensaba proponer, para cerrarle el paso a López Contreras, la candidatura de un hombre de insospechable militancia de izquierda, un intelectual serio, que no sería un “hombre de paja” al servicio de oscuros intereses, se trataba del embajador de Venezuela en los Estados Unidos, Diógenes Escalante. Incluso el mismísimo hermano del Presidente, el doctor Julio Medina Angarita, era un entusiasta de esta posible candidatura. Así se lo planteamos a nuestros contertulios de la Unión Patriótica Militar y ellos aceptaron posponer su decisión golpista a ver si nosotros lográbamos una salida evolutiva y consensuada a este problema de ingobernabilidad existente.

El doctor Escalante dudaba en aceptar, a menos que hubiese un amplio consenso alrededor de su nombre. Esa postulación del gobierno nos entusiasmó y viajamos a Washington, autorizados por el CEN del partido, Raúl Leoni y yo, con la idea de sondearlo a ver si estaría dispuesto, de ser electo presidente, a comprometerse a la reforma constitucional que permitiera elecciones universales, directas y secretas para Presidente y legisladores y hacer viable la democracia en Venezuela. Nos acompañó nuestro buen amigo Antonio Bertorelli, quien nos financió el viaje habida cuenta de nuestra carencia de recursos económicos.

Escalante había sido, junto con Gallegos, miembro de uno de los primeros gabinetes ejecutivos del gobierno del General López Contreras. Gallegos lo estimaba. También yo lo conocía porque a pesar de que siempre (desde 1898) había estado la mayor parte de su vida en el extranjero, como jefe de delegaciones diplomáticas, cada vez que venía al país conversábamos sobre los problemas políticos y sociales de nuestro país. De ese conocimiento sabíamos que era partidario convencido de que en Venezuela se eligieran en comicios auténticos a los órganos ejecutivos y deliberantes del poder público. Su experiencia en Europa y Estados

Unidos lo habían convencido de las bondades de la democracia. También el doctor Escalante era partidario de la libre existencia de partidos políticos y de sindicatos de obreros y campesinos; de un aumento de los impuestos sobre el petróleo y de la inversión de esos mayores ingresos del Estado en la vitalización de un desarrollo económico diversificado y propio.

Cuando llegamos al Hotel Statler en Washington, en su vasto recibo y antes que nos asignaran los cuartos que teníamos reservados, comenzamos a conversar enseguida con el Dr. Diógenes Escalante que allí nos estaba esperando.

Esa reunión fue muy grata, entre otras cosas, porque con cierto tacto quise escudriñar su pensamiento político en ese momento, disimuladamente, sin entrar de lleno a la política doméstica venezolana. Le pregunté cómo veía la situación electoral en Inglaterra y si creía que Churchill, recién encumbrado a héroe nacional como resultado del triunfo aliado, utilizaría los recursos del poder para aplastar a los laboristas. Su respuesta nos asombró a Raúl y a mí, porque nos dijo, palabras más o menos lo siguiente: "Conozco bien a Gran Bretaña. Allá eso no será posible, felizmente. Y digo felizmente porque el pueblo inglés se sentirá defraudado si no se admite el triunfo inevitable de los laboristas



Diógenes Escalante.

en los comicios. Ese país no ha hecho esta guerra tremenda para que los lores sigan disfrutando de cotos de caza y para que se perpetúen los abismos existentes entre una nobleza multimillonaria y unas clases media y obrera pobres”.

¿Y Uds. no pensaron que podía ser una maniobra bellaca de Escalante?

Esas afirmaciones de Escalante resonaron como música celestial a nuestros oídos socialdemócratas, pues estábamos ligando el triunfo de la izquierda en Inglaterra. Entonces llegamos a la conclusión, Leoni y yo, y así se lo transmitimos al partido al regresar en el informe que presentamos: “que el doctor Escalante es varón de carácter, con personalidad definida. Un hombre de paja, como dicen en Estados Unidos; un tiliche como dicen en Centro América; un muñeco del continuismo como dicen los gacetilleros lopecistas; un tuñeco como dicen en Lara, no lo hubiera sido nunca de nadie en la Jefatura del Estado. Hubiera gobernado con independencia de criterio, revelando una personalidad propia, perfilada con relieves suyos. Por todas estas razones y por la muy valorable de no estar directamente comprometido en la zarabanda de negocios y peculados existentes en Venezuela, hubiéramos sostenido en la III Convención de nuestro partido la necesidad de una actitud de aquiescencia frente a la candidatura de Escalante, sobre dos bases irrenunciables: el conocimiento previo del programa del candidato y el rechazo público por nuestra organización de colaboración ministerial, de tipo ejecutivo, con su gobierno”.

Le dijimos que en caso de que su candidatura fuera lanzada y él la aceptara, nosotros sostendríamos en la Tercera Convención Nacional de Acción Democrática que se adoptara frente a esa candidatura una actitud de simpatía; que nosotros no haríamos pacto de ninguna clase con el PDV; que no saldríamos del brazo de los pedevistas a pregonar las excelencias de un régimen que hemos venido combatiendo desde 1936, que combatiremos hasta el último momento y que combatiremos hasta la hora... hasta la hora de verlo desaparecer, barrido definitivamente del escenario político de Venezuela.

Le precisamos al doctor Escalante que una de las causas fundamentales para que el pueblo venezolano no creyera en la pregonada democracia de este régimen, era la confusión tan totalitaria entre el partido del gobierno y el Estado, la confusión entre el

PDV y el Ejecutivo; el apoyo de presidentes de Estado y de jefes civiles a las candidaturas pedevistas; la utilización de los dineros públicos, de los dineros de todos los venezolanos para financiar las campañas proselitistas del PDV.

Y cuando el doctor Escalante insinuó la posibilidad de un gobierno de concentración nacional, le adelantamos que la Dirección del Partido no se mostraba inclinada a ocupar posiciones ministeriales en un gobierno no revolucionario si no se hubieran alcanzado previamente dos condiciones. La primera, que mediante sufragio libre, mediante constatación abierta ante el electorado, nosotros hubiésemos alcanzado en el Congreso Nacional, en las Asambleas Legislativas y en los Concejos Municipales una representación parlamentaria adecuada al volumen de militancia y de opinión no organizada que sigue nuestras consignas y que votaría por nuestros hombres. Y la segunda, que Acción Democrática no iría jamás a un gobierno como el pariente pobre que entra por la puerta del servicio a ocupar dos o tres de esos llamados «ministerios técnicos». Nosotros somos un partido que no está constituido por literatos diletantes ni por mosqueteros románticos. Somos un partido político que se ha organizado para que el pueblo vaya al Poder y nosotros con este pueblo a gobernar; pero vamos a gobernar cuando tengamos en nuestras manos las llaves claves del Estado; cuando tengamos en nuestras manos los ministerios a través de los cuales se decide la vida política, económica y social del país; porque a nosotros no nos interesa el gobierno para que dos o tres miembros del partido tengan carteras ministeriales: nos interesa para implantar y realizar un programa de salvación nacional.

Así se lo hicimos saber al doctor Escalante, quien contestó como único comentario, con cierta reticencia melancólica: “Es decir, que ustedes se situarán en el burladero a ver cómo se desempeña el torero en el ruedo”.

¿Es cierto don Rómulo, que el Dr. Escalante le confesó que no quería aceptar la candidatura propuesta por el General Medina porque rechazaba la idea de ser un prisionero suyo en Miraflores, porque su predecesor era un general que tendría bajo su control la maquinaria militar del país?

- Eso es totalmente cierto, él me lo confesó delante de su esposa Doña Isabel Álamo en su residencia adonde me invitó a tomar limonada fría debido al calor veraniego de Washington y yo le na-

rré, con detalle y hasta imprudentemente, lo que estaba aconteciendo en las Fuerzas Armadas y hasta le dije exactamente lo siguiente: “Doctor Escalante, el mismo día de su llegada a Miraflores, usted podrá cambiar todos los mandos de las varias armas, con el apoyo mayoritario de la oficialidad joven. Están aliados con nosotros y no es solo a nombre de Acción Democrática, sino también de ese fuerte bloque militar, que hemos venido a estimularlo para que acepte la candidatura.

Él habló por teléfono, casi enseguida, con el Presidente Medina, aceptando la postulación que antes había declinado. Retornamos a Caracas por distintas vías y en diferentes fechas.

En Caracas no asistimos a ningún acto de recibimiento, pues eso se lo dejamos al partido del Presidente Medina. Sin embargo, a proposición de su cuñado Ángel Álamo cenamos con él en la casa de habitación de aquel. Al reunirnos me dijo: “Usted me lanzó al ruedo y tomó luego asiento de palco, para ver cómo toreaba”. Reímos el chiste. Y estuvimos hablando por más de dos horas. No pude apreciar en él ningún síntoma de desequilibrio mental.

Propuesta agónica de AD
en busca de otro candidato consensuado.
La inconsulta decisión de postular a Biaggini.
Ruptura definitiva

Sin embargo, don Rómulo, lo cierto fue que, lamentablemente, el doctor Escalante, enfermó del cerebro y no pudo darse la entente de su candidatura unitaria, que sin dudas lo hubiese convertido en Presidente, al contar con el aval del gobierno y AD, principal partido de la oposición, pero ¿por qué no se estudió la posibilidad de otra candidatura de consenso. A qué se debe, según su criterio el que el gobierno se haya precipitado al lanzar a un candidato sin posibilidad de consenso como el doctor Biaggini?

- Sí, ciertamente, fue una desgracia que el doctor Escalante, ya candidato oficializado del gobierno y portador del aval de AD, hubiese terminado enfermo del cerebro días después de su llegada a Caracas y hubo de ser descartado por Medina y por el PDV. Antes de retornar a la fórmula del golpe militar, nuestro partido hizo otro intento de evitar la violencia: propiciar como presidente provisional a un venezolano imparcial y eminente, para que convocara elecciones generales en el plazo perentorio de un año. Rómulo Gallegos le dirigió una carta al Presidente Medina proponiendo esa fórmula pero el jefe castrense se negó.

Todos los integrantes del país político, nosotros entre ellos obviamente, quedamos estupefactos cuando el 12 de septiembre de 1945 el general Medina, sin ninguna conversación previa, a través de un vocero de Palacio, anunció que en lugar de Escalante el partido de gobierno presentaría la candidatura del ministro de Agricultura, el doctor Ángel Biaggini. El país interpretó esto como la evidencia de la política continuista de Medina, lo cual constituyó un reto a la oposición, mientras las fuerzas reaccionarias ya habían lanzado la postulación del general López Contreras.

El mitin de AD, el 17 de octubre, olía a pólvora

Acción Democrática convocó, para el día antes del golpe del 18 de octubre, un mitin multitudinario en la plaza de toros “Nuevo Circo de Caracas” y allí pareció que usted, en su intervención, no solo se dirigía a la gente que allí había sido convocada, sino al país entero y, muy especialmente, a las Fuerzas Armadas. ¿Puede usted recordarnos lo que dijo en ese magno evento antesala de la revolución?

- En honor a la verdad, en la noche del 17 de octubre, AD convocó a una reunión pública en el Nuevo Circo de Caracas. Millares de personas colmaron el local. A mí me correspondió clausurar ese histórico mitin. Nunca como esa noche me había sentido como el orador que no hace frases, sino que interpreta estados de ánimo colectivos y que serviría de instrumento para exteriorizar sentimientos y voliciones surgidos de la multitud.

Creo menester recordar, para no hacerme tedioso, solo el último párrafo de las palabras que pronuncié en ese acto celebrado por Acción Democrática en el Nuevo Circo de Caracas, el día antes de estallar la revolución del ejército y pueblo que derrocó al gobierno neogomecista del Presidente Medina Angarita, porque allí resumí lo que estaba ocurriendo en Venezuela en aquellos turbulentos días y el esfuerzo que hicimos para convencer al gobierno de la necesidad perentoria de buscar el necesario consenso de las fuerzas democráticas para preparar la transición, por vías pacíficas y constitucionales, de un nuevo gobierno que convocara unas elecciones universales, directas y secretas para darle al pueblo un régimen elegido por él y no por un Congreso Nacional, como el de entonces, donde se quería perpetuar el neogomecismo con sus fórmulas palaciegas de escoger los gobernantes en elecciones de tercer grado con ausencia absoluta de las grandes mayorías nacionales. Tengo aquí una versión taquigráfica que se la voy a suministrar, porque está allí condensada nuestra posición y la del partido del pueblo en ese momento histórico, pero le voy a leer, como ya le dije, solo el último párrafo (transcrito taquigráficamente) que dice así:

Compañeros: esta noche hemos iniciado una gran jornada política. Llevaremos nuestra palabra a los cuatro costados del país. La tesis de gobierno provisional con candidato nacional la ligaremos a las grandes consignas que ha estampado nuestro partido en su programa, que han estado presentes en cien jornadas memorables. Lucharemos por la tecnificación y la moralización de la administración pública, contra el peculado, contra el enriquecimiento ilícito de funcionarios públicos, contra el uso de las influencias políticas con fines personales. Lucharemos por la creación de una economía próspera y saneada. Lucharemos por pan, tierra, libertad y justicia para el pueblo.

Pero en esta lucha, a pesar de que nuestra fe es de la que mueve montañas, necesitamos la cooperación de toda la ciudadanía independiente, de esa que no ha tomado pasajes en los bongos lopecistas y biagginistas, de esa que se ha quedado en tierra y ve cómo esos frágiles barquichuelos son juguetes de las procelosas olas del desprestigio público.

A todo el pueblo venezolano, a todas las clases sociales venezolanas, a todos los que se sienten desvinculados de ese régimen los llamamos a luchar por la consigna, por la gran consigna que en esta noche histórica de la nueva Venezuela dejamos sembrada en la conciencia del país: elecciones generales, presididas por un gobierno provisional, a fin de que mediante el sistema de sufragio directo, universal y secreto, el pueblo venezolano pueda escoger a un Presidente de República y a un Poder Legislativo que sean los auténticos depositarios de la soberanía de la Nación.

18 de octubre: un golpe cívico-militar se convierte en revolución

Al día siguiente de ese acto, premonitorio de lo que venía, se constituyó un nuevo gobierno producto de un golpe de estado, que después se convierte en revolución por sus ejecutorias transformadoras de todo el entramado jurídico en el que descansaba aquel gobierno continuista. ¿Pero por qué se apresuraron a declarar, los integrantes de la Junta Revolucionaria de gobierno, que ninguno de sus integrantes podría ser candidato en las elecciones que se convocarían después de reformada la Constitución por una Asamblea Constituyente? Todo el mundo pensó que usted y no ningún otro, se había hecho una especie de “harakiri” político, pues era el único presidenciable de la Junta ¿Por qué lo hace?

- Déjeme explicarle: veinticuatro horas después de ese acto de masas, el 18 de octubre de 1945, se produjo el golpe de estado que después, con sus innegables ejecutorias de transformación nacional, se convirtió en una verdadera revolución, tal como usted objetivamente lo acota. La Junta Revolucionaria de Gobierno que se instala formalmente el día 19 de octubre de 1945 fue presidida por mí e integrada por los civiles Luis Beltrán Prieto Figueroa, Gonzalo Barrios, Raúl Leoni y Edmundo Fernández, y los dos militares Carlos Delgado Chalbaud y Mario Vargas.

Muchos se extrañaron de aquel Decreto, que nos prohibía ser candidatos a algún miembro de la Junta de Gobierno, pero es que lo hicimos, estimado amigo, para que quedara constancia de nuestro firme propósito de deslindar esta revolución de los tradicionales cuartelazos latinoamericanos, cuyo único propósito es el de servir a quienes lo promueven como mascarón de proa de torvas ambiciones personales, propuse que a través de un decreto gubernamental se prohibiera a los integrantes de la Junta de Gobierno postularse a las elecciones presidenciales que convocaría la Asamblea Constituyente que sería elegida para otorgarle al pueblo, por vez primera en nuestra accidentada vida republicana, el derecho del sufragio universal, directo y secreto.

No escapaba a mi entendimiento que el primer afectado por este decreto sería yo mismo, pero ese era precisamente el mensaje que quería transmitirle a mis compatriotas, es decir, que no me animaban torvos propósitos de continuismo en el poder, sino la desinteresada actitud personal, pero de innegable ambición histórica, de dirigir un proceso que diera inicio a una vida institucional, civilizada y democrática en mi querida y entrañable patria que desde la independencia solo había visto sucederse en el poder caudillos militares o civiles colocados por estos como fantoches de sus ambiciones desmedidas.

¿Y cuál fue la respuesta de los demás países del mundo a ese golpe de estado cívico-militar, habida cuenta de que estaban sustituyendo a un gobierno por la vía de facto y no por las vías de Derecho?

- El día 30 de octubre anuncié a la Nación, en nombre de la Junta Revolucionaria y del Gabinete Ejecutivo, que habían reanudado sus relaciones diplomáticas con el gobierno de los Estados Unidos de Venezuela los gobiernos de Estados Unidos de Norte América, el Reino Unido de la Gran Bretaña, Francia, Ecuador, Paraguay, Cuba, Bolivia, Guatemala, Panamá, México, Haití, Brasil, Chile, Perú, Colombia, Argentina y Uruguay. Acaso pudiera sorprender que habiendo transcurrido apenas doce días del triunfo de la gloriosa Revolución del 18 de octubre ya el gobierno surgido de ella mantuviese normales relaciones con la totalidad de los Gobiernos americanos, y en Europa con Inglaterra y Francia. Los demás Gobiernos constituidos presumíamos que adoptarían conducta similar en próximos días y así fue. Esa sorpresa sería injustificada. Razones de índole internacional y venezolana explican la tranquila seguridad con que esperó el gobierno provisional de la Nación ser reconocido sin dilaciones por los gobiernos amigos, como legítimo personero de la voluntad soberana de nuestro pueblo.

Ciertamente, el mundo vivía, en aquel momento, una de sus mejores horas en el devenir histórico de la sociedad humana. Barrida de la superficie de la tierra esa negación del hombre y de sus posibilidades ilimitadas de dignificación que era el fascismo, se abrió para la humanidad una etapa de renacimiento. Las cuatro libertades rooseveltianas han dejado de ser hermosa consigna promisorias, en labios de un paladín de causas justas, para convertirse en mandato de acción para todos los pueblos del universo. Y por eso en Inglaterra, en Francia, en Guatemala, en el Perú

y en varios países donde se han realizado consultas electorales en vísperas del colapso militar del Eje, o en estos expectantes días de posguerra, las ánforas comiciales han arrojado millones de votos para quienes encarnaban e interpretaban lo que el pueblo quería. Nadie ha objetado el resultado de esas consultas comiciales, quedando así definido el derecho de autodeterminación de los pueblos y la garantía para todas las naciones de darse sus propios regímenes de gobierno como una de las conquistas fundamentales, abonadas con la sangre de millones de hombres, obtenidas por la humanidad en la Segunda Guerra Mundial.

En lo nacional, nuestra seguridad absoluta de que la Junta Revolucionaria ganaría de inmediato el respeto y la estima de los demás gobiernos constituidos era abonada por razones de sencilla lógica. Sabíamos que nos respaldaba el fervor colectivo, la fe y confianza del pueblo; y también que éramos capaces, unidos la Nación y el Ejército con lazo firme de solidaridad, para hacer surgir del desbarajuste político y administrativo a que el personalismo autocrático condujo a Venezuela, un régimen estable, con la seguridad colectiva garantizada, con los servicios públicos normalizados, con la maquinaria estatal marchando de manera firme. Y no se necesita hacer especial énfasis en la rapidez con que se han alcanzado tales objetivos.

La verdad es que resulta casi inimaginable, don Rómulo, que apenas transcurridos doce días del golpe del 18 de octubre ya se hubiese obtenido el reconocimiento de tantos países, pero ¿cómo era la situación interna del país?

- La cuestión interna era tan estable que resultaba increíble la normalidad de la vida ciudadana. Nadie que arribara esos días a Venezuela podría imaginar que en este país, donde todas las actividades económicas, comerciales y administrativas se están desenvolviendo con sincronizado ritmo, se realizó hace apenas doce días una revolución política y social llamada a enderezar el torcido rumbo que venimos trajinando desde los mismos días iniciales de nuestra era republicana.

¿A qué circunstancias le atribuye usted esa rápida normalización de la vida ciudadana como usted la llama, porque el gobierno de Medina también tenía sus seguidores y hasta un partido político que seguía y respaldaba sus ideales?

- Ah, porque no solo sabíamos que la Revolución era capaz de substituir rápidamente el desorden legalizado por un orden orgá-

nico, enraizado en el querer de la Nación, por ella defendido celosamente como salido de lo hondo de sus recónditos anhelos seculares, sino que abrigábamos la seguridad de que se apreciaría por gobiernos y pueblos amigos nuestra decisión de cumplir los compromisos internacionales, adquiridos por la Nación con quienes fueron nuestros aliados en la lucha contra el Eje y con los cuales compartíamos, en aquel momento, la común responsabilidad de contribuir a que la paz sea definitivamente ganada por los pueblos. No eran demagogos improvisados, sino con una filiación, con una fe y con un abrumador lote de compromisos con la democracia venezolana y americana, gozosamente aceptados, quienes habían asumido la responsabilidad de estructurar un orden de cosas serio, honesto, responsable, sobre los escombros de un régimen repudiado por la conciencia de todos los venezolanos libres.

Sigo insistiendo don Rómulo, y me perdona el empeño, pero quisiera clarificar la situación política del cambio de gobierno. ¿Cómo se llegó a la salida militar al problema de la sucesión presidencial, sin agotar las vías del diálogo, quién en realidad obstruyó la posibilidad del entendimiento?

- Ya se lo dije, pero no tengo problema en reiterarle ahora, cuando estamos hablando de lo ocurrido después del 18 de octubre, que el respaldo fervoroso dado por el pueblo a la revolución, la legitimó. El desmoronamiento del régimen en el curso de escasas horas reveló cómo estaban minadas sus bases y cómo carecía de asideros en la opinión. Pero oportuno es el momento para decir que la Unión Patriótica Militar y la dirección del partido del pueblo, Acción Democrática, acordadas e identificadas en sus finalidades revolucionarias desde hacía varios meses, prefirieron siempre la fórmula evolutiva.

El país sabe cuántas fueron las proposiciones conciliatorias que se formularon al Gobierno de Medina Angarita, depuesto por Ejército y Pueblo unidos el 18 de octubre, para que se realizara una consulta electoral idónea a la ciudadanía. El régimen, imbuido de orgullo demoníaco y resuelto a mantener a todo trance una situación que les permitía a sus más destacados personeros enriquecerse ilícitamente y traficar con el patrimonio colectivo, desoyó ese llamado de la opinión democrática. Y el país se vio al borde de la guerra civil, prolongada y cruenta, entre las dos facciones personalistas, animadas por idénticos objetivos antinacionales y jefaturadas, respectivamente, por los generales Medina Angari-

ta y López Contreras. La respuesta del pueblo soberano, la réplica airada de Venezuela a quienes persistían en considerarla feudo suyo, fue la eliminación definitiva de ese régimen de la vida política y de la Nación. El procedimiento extremo a que se apelara fue provocado por quienes se negaron obstinadamente a abrir los cauces del sufragio libre, para que por ellos discurriera el vehemente anhelo de los venezolanos de ejercitar su soberanía eligiendo directamente a sus gobernantes.

¿Y cuándo convocaron ustedes la Asamblea Nacional Constituyente que reformaría la Constitución de la República para someter a elección universal, directa y secreta los poderes públicos y, de esta manera, dar por primera vez al pueblo la decisión de elegir a sus gobernantes?

- Ese fue el propósito de esta revolución. Esta Revolución ha sido hecha para entregarle al pueblo su soberanía. Falsearíamos, en consecuencia, la razón de ser histórica de este movimiento si hubiésemos pretendido prolongar artificialmente el orden político provisional existente en el país. Y es porque nos anima tal convicción que anunciamos ese día 30 de octubre, la próxima promulgación del decreto mediante el cual se crearía la comisión encargada de redactar un código electoral democrático, que iba a permitir la elección por sufragio directo de una constituyente, ese organismo estaría integrado por profesionales del derecho escogidos con espíritu ecléctico, sin que predominara en él ninguna parcialidad política, y como fianza de su autonomía frente a la consigna partidista cuando haya de abordar tan delicada tarea.

Elaborado este estatuto, realizada la tarea de censar a todos los venezolanos de ambos sexos aptos para el ejercicio del sufragio, se procedió a llamar al país a una consulta electoral absolutamente libre, sin interferencias ejecutivas de ninguna clase, presidiéndola la Junta Revolucionaria de Gobierno como árbitro severamente imparcial. Fue la Comisión que se designó, después de estudiar y analizar factores de tiempo para redactar el estatuto electoral y censar a la población electoral, quien sugirió la fecha para realizarse esos comicios. Pero creímos conveniente adelantar nuestra opinión de que en uno de los meses del primer trimestre de 1946 se debía realizar la consulta electoral, a fin de que el 19 de abril pudiera estar funcionando una constituyente de todos los venezolanos y no aquella desprestigiada caricatura de poder legislativo que abochornó a la Venezuela contemporánea.



Andrés Eloy Blanco, Presidente de la Asamblea Constituyente, toma juramento a Rómulo Betancourt.

¿Y quiénes podrían participar en ese proceso electoral que fue convocado en 1946, también podrán hacerlo los partidarios de López y Medina?

- Todas las corrientes de pensamiento podían concurrir a la lid comicial, estructuradas en partidos políticos y con sus propios candidatos. La legalización de partidos y su libre funcionamiento se garantizaron, con la seguridad de que a ninguna parcialidad política les sería discernido trato privilegiado, ni recibiría las ilícitas subvenciones oficiales de que disfrutaron las Cívicas Bolivarianas bajo el Gobierno de López Contreras y el Partido Democrático Venezolano bajo el Gobierno de Medina Angarita. Y es de pensarse que quienes se agruparon bajo tales rótulos en días recordados dolorosamente por la Nación, no pretenderán que el pueblo tolere su salida al campo del debate comicial con sus mis-

mas repudiadas banderas, eliminadas por la revolución del escenario político de Venezuela.

Dijimos los hombres de la revolución que veníamos a servir a Venezuela con mente limpia y ánimo deslastrado del apetito personalista. Fianza de lealtad al compromiso ya la dimos. Ninguno de los miembros de la Junta Revolucionaria de Gobierno, por decreto insertado oportunamente en la Gaceta Oficial, podrá lanzar su candidatura para presidente de la república en el próximo período constitucional.

¿Y cuál fue el tratamiento que se les dio a los funcionarios públicos, habida cuenta que muchos de ellos, a pesar de ser militantes del PDV, eran gente sencilla y honesta que necesitaba su cargo para vivir?

- En relación con los funcionarios de la Administración no nos cansamos de repetir, con todo énfasis, que no había llegado al poder una tribu ávida que conceptúe el Presupuesto como un botín de guerra. No fueron realizados despidos en masa de trabajadores al servicio del Estado. Quien fuese eficaz y honesto, quien no haya sido instrumento o copartícipe de corruptelas podía sentirse inmune a la remoción, sea cual fuere la filiación política que profesara antes de la Revolución. Hemos sido abanderados de la idea de la carrera administrativa y de la estabilidad del funcionario público, y entonces demostramos lealtad y consecuencia con esa prédica principista. No ignoramos, por otra parte, cómo una densa cantidad de empleados subalternos de la Administración portaban en el bolsillo, coaccionados para ello por sus superiores jerárquicos, el carnet del PDV; pero llevaban a Venezuela en el corazón.

Más aun, en seguida comenzamos a demostrar con hechos nuestra intención de mejorar económicamente la situación de los servidores del estado menos favorecidos en el escalafón presupuestario. Los maestros de escuela y los miembros de nuestras instituciones armadas fueron de los primeros en disfrutar de este necesario reajuste del ordenamiento de gastos de la nación, que también comportó disminución de sueldos de ministros y otros altos personeros de la jerarquía administrativa. Con relación al ejército, vale la pena apuntar que fue también víctima de la despreocupación del régimen por los servidores de la Nación. Sorprendidos sabrán muchos que un oficial con grado de subteniente

devengaba un emolumento de catorce bolívares diarios, menor que el de cualquier obrero calificado.

Hay un tema que siempre preocupa cuando se trata de sustituir un gobierno por otro a través de un proceso revolucionario y es el tocante a la libertad de prensa e información. ¿Cómo fue el trato que su gobierno provisorio dispensó a la prensa escrita y radioeléctrica?

En materia de libertades de prensa y de radiodifusión, de información interior y exterior, prometimos solemnemente que se garantizaría de manera absoluta. No pasaron muchos días sin que se restablecieran las suspendidas garantías constitucionales, medida esta de elemental provisión en los primeros momentos. Pero oportuno es insistir en que la Junta Revolucionaria de Gobierno no coartó, sino que explícitamente solicitó de todos los sectores responsables, la libre expresión de sus observaciones o críticas desde las columnas de la prensa, a la forma como estábamos dirigiendo política y administrativamente a la nación. No hubo cortapisa de ninguna clase para enjuiciar la conducta como gobernantes de los hombres que regíamos en Venezuela la cosa pública.

El gobierno que ustedes sustituyeron tenía entre sus consignas principales una acuñada por el Dr. Arturo Uslar Pietri: sembrar el petróleo. Así sea una consigna, es un reto para cualquier gobierno en Venezuela proceder a sembrar el petróleo, es decir, diversificar nuestras actividades productivas. ¿Qué hizo su gobierno provisorio en este sentido?

- Sembrar el petróleo fue la palabra de orden escrita, demagógicamente, en las banderas del régimen. Nosotros comenzamos a sembrar el petróleo. En créditos baratos y a largo plazo hicimos desaguar, hacia la industria, la agricultura y la cría, una apreciable parte de esos millones de bolívares esterilizados, como superávit fiscal no utilizado, en las cajas de la Tesorería Nacional. Fue creado el Instituto Permanente de Fomento de la Producción, que concedió créditos sin favoritismos discriminadores. Ya en Venezuela se terminaron, con nuestra llegada al gobierno, definitivamente, los monopolios y ventajas derivadas de amistades o complicidades con los hombres de gobierno.

Además, respetamos las concesiones y contratos otorgados a inversionistas extranjeros. Venezuela necesita aporte de capitales importados para desarrollar sus veneros inéditos de riqueza y

para continuar la normal explotación de los que están en pleno desarrollo. Es compatible esta decisión con la otra de procurar, con serena firmeza, un trato equitativo en las relaciones entre el Estado y los inversionistas. En Venezuela no deberían obtenerse sino utilidades honestas, y no sobre beneficios exagerados, por quienes eran concesionarios de fuentes nacionales de riqueza. Estuvimos seguros, por las conversaciones que realizamos con personeros de poderosas empresas inversionistas, de que en ellos existía ánimo conciliador y anhelo de entendimiento con el Gobierno en los planes que este proyectaba.

Un problema que tuvo que enfrentar su gobierno provisional tenía que ver con las deterioradas relaciones obrero-patronales. ¿Cómo pudo hacer congeniar, un gobierno revolucionario como el suyo, las contradicciones de clase de suyo antagónicas?

- La libertad de organización sindical fue plenamente garantizada. Los trabajadores de Venezuela tuvieron abiertas siempre las puertas de Miraflores y de los despachos ministeriales para exponer sus anhelos. Pero creemos que un régimen previsivo no debe esperar a que las naturales contradicciones entre las clases sociales lleguen a extremo conflictivo para entonces intervenir. Adelantarse a esos conflictos, evitarlos haciendo justicia rápida y eficaz a quien la tenga, debe ser su función tutelar. Y animado de esta convicción, el gobierno realizó la estructuración del Consejo de Economía Nacional. Allí pudieron los personeros de las diversas clases sociales, desde la industrial hasta la obrera, debatir en mesa redonda sus problemas, y los problemas generales de la economía venezolana. Tuvimos tranquila confianza en que por esa vía se lograría una armónica conjunción de patronos y obreros en beneficio del pueblo y para impulso de nuestra raleada, deficitaria, producción autóctona. Así ocurrió.

Su gobierno tuvo armónicas relaciones con todos los países del hemisferio, con la única excepción del gobierno dominicano, lo que sería una confrontación permanente que llevó incluso, mucho más adelante, a que se cometiera un intento de magnicidio en su contra planeado desde ese país

- Ciertamente, el único incidente diplomático confrontado, hasta aquel momento, fue el de la brusca salida del país del representante del gobierno dominicano. Nuestra Cancillería ordenó telegráficamente al representante de Venezuela en la despotizada Antilla que regresara al país. Este proceder del personero

de la dictadura del señor Trujillo nos ha impedido tener la satisfacción de romper públicamente las relaciones con un régimen en torno del cual debe tender América un riguroso cerco profiláctico. Los gobiernos libres no pueden mantener relaciones diplomáticas con los victimarios de la libertad. Lo del atentado en mi contra lo conversaremos más adelante.

¿Y cuál puede ser su balance final sobre los cuarenta meses en que usted se desempeñó como Presidente de la Junta Revolucionaria de Gobierno?

- Esos cuarenta meses exactos en que me correspondió actuar como Presidente de la Junta Revolucionaria de Gobierno, lo hice con la idea fija de comenzar a abrir los espacios al próximo gobierno democrático que se dieran los venezolanos, en libérrimos comicios, pues estaba convencido que en solo tres años, tan azarosos como fueron estos, era imposible realizar la transformación que exigía Venezuela desde hacía muchos años y que se había postergado por las dictaduras atrasadas que había venido soportando nuestro pueblo y que, a decir de Picón Salas, nos había impedido comenzar el siglo XX antes de 1936 y solo lo permitió, la llegada del nuevo siglo, la muerte de Gómez.

La peripecia de octubre, que nos llevó al poder, se había convertido, al final de nuestro período en un consenso casi unánime de que tuvimos razón en tal decisión de fuerza, solo cabía analizar en esas fechas si hubo consecuencia o defeción por parte de la Junta Revolucionaria de Gobierno y del partido Acción Democrática, que le aportó siempre al régimen su vigoroso y leal apoyo desde la calle y dentro de los cuadros de la Administración, frente a los tres objetivos fundamentales de aquella insurgencia: entregarle al pueblo su soberanía, despersonalizar el ejercicio del poder y moralizar los negocios públicos.

Dos procesos electorales se celebraron en Venezuela durante el lapso de nuestra gestión; y de ellos puede afirmarse, en forma categórica y hasta arrogante, que son los únicos auténticamente democráticos cumplidos en nuestra Patria y parangonables en su acrisolada pulcritud con los mejores que registran los faustos de América. Sin vacilación de ninguna clase puede decirse que el Jefe de Estado electo y el Congreso de la República encarnaban, por primera vez en la historia de Venezuela, la delegación auténtica de la voluntad soberana del pueblo para el ejercicio de las funciones ejecutiva y legislativa. Dentro del país ninguna voz sol-

vente se alzó para impugnar los resultados de la limpia consulta popular de la cual surgió la Asamblea Nacional Constituyente, ni los que arrojaron las elecciones del 14 de diciembre de 1947, que dio nacimiento legal a los mandatos de estas cámaras legislativas nacionales, de las legislaturas estatales y del Presidente de la República. Fuera de Venezuela, para el orgullo del gentilicio, para íntima satisfacción de quienes queremos apasionadamente esta tierra en donde nacimos, la amplitud de nuestro sistema de sufragio y la manera ejemplar como ejercitó el pueblo ese fundamental derecho ciudadano, nos tiene ganada la admiración de la gente democrática de todas las latitudes.



Betancourt en el Yankee Stadium acompañado del cónsul Julio Pocaterre y los diputados Raúl Ramos Giménez y Domingo A. Rangel.

Es casi unánime el criterio, según el cual, el mérito principal de la Revolución de Octubre es que por primera vez en nuestra historia se tomaba el poder, por la vía de facto y quien presidió y lideró ese nuevo gobierno no lo utilizó para quedarse con el "coroto" como se dice coloquialmente en Venezuela.

- Ah claro, porque la sofisticada literatura de encargo de los teóricos de las autocracias acuñó el dogma de que en el trópico turbulento el Poder se expresaba fatalmente con nombre y apellidos propios, y siempre en función de un hombre, signado de atributos providenciales. La historia republicana de Venezuela parecía confirmar esa aberración sociológica, con el discurrir trágico en su contenido y monótono en su uniforme envoltura formal de

nuestras periódicas insurgencias de montoneras, bautizadas una y otra vez con el sugerente rótulo de 'revoluciones'. Todas habían desembocado en un nuevo caudillismo, usufructuado por un hombre armado, en provecho suyo y de su clan político. Pero advino octubre y fue posible ensayar en nuestra Venezuela un como trasplante del Consejo Federal suizo, integrado el Ejecutivo colegiado por siete ciudadanos, inmune cada uno de ellos a la inelegante tentación de creerse insubstituible como rector de la cosa pública; y al término del mandato de ese gobierno plural provisorio, constituido cuando aún caían sobre Miraflores ráfagas de proyectiles disparados por los postreros defensores de un régimen, no es ninguno de sus miembros el Presidente electo de la República, sino un admirable ciudadano ejemplar, en quien las mayorías nacionales depositaron la plenitud de su confianza: Rómulo Gallegos”.

Don Rómulo, durante los años que le correspondió presidir el gobierno provisional de la junta Revolucionaria de Gobierno su gestión estuvo pletórica de realizaciones de todo tipo, pero para no molestarlo demasiado, me interesa, fundamentalmente, conocer ¿cuál es su balance sobre la situación petrolera y cómo abordó su gobierno tema tan neurálgico para el desarrollo de Venezuela?

- Como aún siendo revolucionarios, teníamos claro el sentido de trascendencia del principio, universalmente reconocido, de la institucionalidad del Estado y su carácter permanente, fue entonces reconocida la situación jurídica, creada por los gobiernos anteriores, manteniéndose la Ley de 1943 y las concesiones convertidas, así como las nuevas concesiones otorgadas en 1944 y 1945. Eludimos las controversias de índole jurídica y adoptó el Gobierno las medidas necesarias para alcanzar, en los beneficios de la renta petrolera, la más alta participación que se había considerado como razonable y equitativa desde tiempo atrás.

Esas medidas han significado un ingreso adicional para el fisco no menor de trescientos millones de bolívares. De igual modo, le ha aportado un elemento de trueque a la política comercial del país y aumento de proventos al fisco, la decisión del gobierno de negociar libremente con una parte del *royalty*, o regalía, percibido por el Estado como impuesto de explotación.

Por último, en la materia de ingresos fiscales derivados de la industria del petróleo cabe señalar que el principio de que la renta líquida de las empresas no ha de exceder a la participación del estado, enunciado bajo la expresión de “participación 50-50”, ha

sido mantenido por el Gobierno y reconocido por las empresas afectadas. En efecto, habiéndose excedido dos de ellas en sus ganancias, sobre las contribuciones pagadas a la Nación en 1946, —esos excedentes fueron más apreciables en 1947—, se convino en que la mitad de esas diferencias serán devueltas a la economía nacional por vía de contribuciones especiales a obras de interés general, tales como la canalización de la Barra de Maracaibo. Mediante este último arreglo, se estableció, sobre bases claras e indiscutibles, la preferente posición del Estado Venezolano en los ingresos que ha de derivar de las riquezas nacionales de hidrocarburos.

Fue también mantenido por el Gobierno el criterio de no otorgar nuevas concesiones, porque los sistemas adoptados anteriormente no resguardaban a cabalidad el interés nacional y no resultaba recomendable continuar ese como régimen de subasta permanente de las reservas de nuestro subsuelo, sino conservar las que aún nos quedan para su disfrute por futuras generaciones.

Estas labores administrativas, de las cuales se ha hecho cincuenta recuento panorámico fueron posibles porque la Junta Revolucionaria estuvo siempre asistida y lealmente ayudada por un equipo ministerial eficaz.

Y séame permitido rendir en esta ocasión público homenaje a quienes nos acompañaron ayer, o siguieron a nuestro lado hasta el final del mandato que ejercíamos, laborando al frente de los despachos ministeriales, de los institutos autónomos y de las otras dependencias oficiales con fervorosa dedicación venezolana.

Usted estaba concluyendo un período presidencial de transición, en momentos en que estaba dando inicio a una nueva confrontación Este-Oeste que pronto se denominaría “guerra fría”, ¿Cómo fue la actitud de su gobierno frente al esquema bipolar de confrontación USA-URSS?

- Interesante pregunta, porque me permite explicarle que responsable, por ponderada y discreta, fue la manera de comportarse ese Gobierno ante la tensa y compleja situación internacional. Evidente es que dos bloques de poderosos imperios estaban dirimiendo una interminable disputa diplomática, acaso anticipo de una tercera guerra mundial. Ante esa perspectiva creyó el Gobierno que nuestro pequeño pero decoroso país no debía apresurarse a definir actitudes que puedan ser confundidas con el simple desplante. Sabido nos tenemos todos los venezolanos cómo

por razones económicas y geográficas estamos ubicados en el llamado frente del Oeste, y que ningún nexo material o de simpatía ideológica nos acerca al llamado bloque Oriental.

Estas consideraciones realistas las concilió el Gobierno con su propósito de mantener a Venezuela, discretamente, al margen de las agrias disputas de las grandes potencias. En la sagaz política del Libertador ante las Naciones más poderosas de su tiempo hemos abrevado estímulo para actuar en política externa con serena firmeza y con patriótico celo por los fueros de la soberanía nacional. Y satisfactorio es para nosotros poder afirmarle con todo énfasis al Congreso de la República cómo fueron particularmente cordiales y sólidas las relaciones de amistad y comercio de Venezuela con los demás países, de manera especial con los del Continente.

Usted hizo un gobierno que benefició a las Fuerzas Armadas, por los avances socio económicos que le prodigó a oficiales y soldados, también se destinaron recursos para su modernización. Entonces, ¿por qué, cree usted, hubo tantas conspiraciones para derrocar a la Junta de Gobierno, no sería que desde el gobierno se cometieron excesos que justificaban esas intentonas?

- Los profetas retrospectivos pueden complacerse y se complacen a menudo en imaginar fórmulas mágicas que de haberse aplicado le habrían dado a ese proceso la estabilidad de un recorrido en lancha por un lago quieto. Olvidan, o simulan olvidar, que el precio a pagar para alcanzar ese resultado hubiera sido el de limitarse a administrar el statu quo.

De haberse realizado un simple cambio de hombres en el timón, pero dejándose intocadas las bases sobre las cuales se asentó el régimen depuesto, una nueva autocracia hubiera podido seguir dándole al país, siquiera por un tiempo más, la paz inmovilista de la injusticia estratificada y del desorden profundo con apariencia de orden. Pero resulta ingenua la creencia de que un cambio tan resuelto como el que se produjo, hacia la democratización política y la reforma económica y social hubiera podido realizarse sin la desesperada resistencia de grupos reaccionarios y sin los intentos revanchistas de quienes habían sido desplazados del usufructo incontrolado del poder.

Es casi increíble que usted haya podido culminar con éxito su gobierno de transición, habida cuenta de las conspiraciones que tuvieron lugar desde el comienzo mismo de las ejecutorias de la Junta Revolucionaria de Gobierno.

Es cierto, fíjese que tomamos el poder en octubre del 45 y ya en enero del año siguiente, apenas transcurridos menos de tres meses en el “coroto” sonó el primer campanazo en los medios castrenses del descontento en los cuarteles porque estuviera en Miraflores un civil, y por añadidura nacido en Guatire y no en una ciudad o aldea tachirense.

La noche de uno de esos días de enero viví una experiencia inolvidable. Carlos Andrés Pérez, joven apenas traspuestos los veinte años que era mi secretario privado, me dio telefónicamente la noticia de lo que sucedía. Bajé a saltos la escalera de la modesta casa alquilada donde vivía con mi familia en una vieja urbanización caraqueña: El Paraíso. Llevaba la subametralladora en las manos. Se me unieron los dos edecanes de guardia, también portando sus armas (en esa época no me precedían motocicletas, ni custodia militar o civil. Era, por inexperiencia, un desafío a los riesgos que siempre acechan a quien gobierna). Ya para montar sonó el teléfono. Era Mario Vargas, entonces aún no nos tuteábamos. Teníamos un tratamiento ceremonioso. El diálogo fue fugaz: Vargas: —¿Sabe, Presidente, lo que está sucediendo? Yo: —Sí capitán. Nos encontramos en Miraflores.

Llegué a la oficina presidencial. En su calle frontal pululaban oficiales. Saltamos mis edecanes y yo, del auto, empuñando las subametralladoras. Acaso me revoloteó para ese momento en el subconsciente una frase y un gesto de Bolívar. La frase: “Venezuela no es un país bobo, sino Caribe. Lo manda quien puede, no quien quiere”. El gesto de Bolívar: en 1818 atravesó a nado el río Apure, crecido, poblado de caimanes, con los brazos atados a la espalda. Necesitaba demostrarles a los rudos llaneros de Páez que el “mantuano” caraqueño era tan capaz como ellos de jugarse alardosamente la vida.

Ese gesto suyo de determinación valerosa logró bajarle el “co-pete” a los insurrectos de enero, pero en septiembre la cosa se puso peor por dos situaciones complicadas militar y civil: un motín en el Regimiento de Caballería Plaza en Caracas y otra sórdida conspiración del mismísimo Presidente de la Corte Suprema de Justicia, quien creía que él era quien podía sustituir legal y constitucionalmente al presidente depuesto. ¿Nos puede narrar estos dos acontecimientos?

- Con mucho gusto. El alzamiento del Regimiento de Caballería Plaza N° 1, fue de clara fisonomía regionalista. Siendo un cuerpo de hombres a caballo, sin embargo, sus sargentos, cabos y personal de tropa no eran llaneros, sino tachirenses. El motín lo

dirigieron sargentos y cabos. Fueron eliminados físicamente el teniente Antonio Dávila Celis y el subteniente Delgado Suárez y heridos el Capitán Vivas, el subteniente Becerra y algunos elementos de tropa. El capitán jefe del servicio del cuartel, Rafael Valero Martínez, de firmes convicciones democráticas, habló por teléfono conmigo. Dijo, bajo la presión de dos subametralladoras incrustadas en las costillas: “Usted debe renunciar porque queremos un presidente andino. Es necesario que usted envíe un emisario para pactar con los sublevados. ¿Usted comprende?” Claro que comprendía. Los oficiales leales recuperaron el cuartel amotinado.

En relación al incidente con el Presidente de la Corte, sucedió que nosotros desde la Junta, en uso de sus primeros Decretos después de asumir la plena soberanía nacional, inhabilitó al Poder Ejecutivo y al Legislativo, pero dejó intacto el Judicial. Elementos del entonces llamado “Grupo Uribante” conformado por intelectuales y pseudo intelectuales tachirenses trabajó activamente en los cuarteles, enarbolando una bandera: la de que el presidente de la Corte Suprema de Justicia, el tachirenses doctor Antonio Pulido Villafañe, era el sucesor en la Presidencia, con apego a la Constitución de 1944. Teníamos elementos categóricos de información acerca de esa conjura.

Me resistía a hacer detener al presidente de la Corte. Lo hice llamar a mi despacho. Era hombre violento. Le dije: Dr. Usted está conspirando activamente y, él, con el mayor desparpajo, me respondió: Sí estoy conspirando, porque soy el sucesor legítimo del Presidente Medina. Le riposté: usted no quiere admitir que aquí ha habido una revolución. El orden jurídico anterior ha sido cambiado en sus aspectos sustanciales. Quien está sentado y seguirá sentado en “la silla” soy yo y no usted.

Por supuesto como era de esperarse, apenas salió de Miraflores, ahora sí, ordené detenerlo. La detención duró poco tiempo. Pulido Villafañe aceptó renunciar al cargo y viajar con su familia a la Argentina, contratado por el gobierno, para aumentar sus conocimientos jurídicos en las aulas rioplatenses. Le sucedió el austero jurista doctor Lorenzo Herrera Mendoza.

Don Rómulo, se dice que la revuelta más grave de todas las de su período fue la que ocurrió una vez que fue elegida la nueva Asamblea Nacional Constituyente, quizás con el avieso propósito de abortar su instalación y que lo agravó el hecho de que uno de los alzados era un hermano de Pérez Jiménez.

- Así ocurrió en realidad, esa sublevación nos estalló el 11 de diciembre de 1946. Era muy amplio su radio de acción castrense y extensas sus conexiones en la rama civil. Se rebelaron las guarniciones de La Victoria, Valencia y parte de la de Maracay y totalmente la Aviación. El silencio del Ministerio de la defensa se prolongaba más de lo esperable. Llamé al jefe de mis edecanes, capitán Miguel Nucete Paoli y a los miembros de la Casa Militar. Les ordené: “vengáanse conmigo, armados de subametralladoras, al Ministerio de la Defensa (ubicado entonces en un edificio calle de por medio con Miraflores). Allí se sitúan en las puertas que conducen al despacho del Ministro. Nadie podrá entrar sin autorización mía”. Se nos agregaron, al salir de Miraflores hacia el Ministerio, mi fraternal amigo y Ministro de Comunicaciones Valmore Rodríguez y el doctor José Giacomini Zárraga, diputado electo a la Asamblea Constituyente, y más tarde secretario general de la Junta.

Al entrar al despacho aprecié un singular espectáculo. Delgado Chalbaud, quien era de temperamento nervioso, se paseaba con un cigarrillo apretado entre los dientes. Pérez Jiménez, jefe del estado mayor y formado profesionalmente en la muy prusiana Escuela Militar peruana de Chorrillo, estaba frente a un mapa de Venezuela con las guarniciones de la República marcadas con alfileres rojos. Le di un vistazo al mapa. Y le dije luego: “Comandante, ¿quiere quitar el alfiler de Valencia? Su hermano, jefe de esa guarnición, está alzado y ha ocupado al Estado Carabobo. Acaba de informármelo por teléfono el Presidente de ese Estado, doctor Manuel García, mientras estaban apresándolo en sus oficinas”. Pérez Jiménez se derrumbó en una butaca. No intentó moverse de ella en el transcurso de esa noche tormentosa.

Esa madrugada me llamó desde Cagua mi entrañable amigo, casi hermano, Alejandro Oropeza Castillo para anunciarme que con al alba, próxima a despuntar, sobrevolarían a Miraflores y al Ministerio de la Defensa aviones insurrectos para dejar caer bombas sobre ambos edificios. Delgado Chalbaud me dijo y creo que con recta intención que era preferible que me trasladara a las bóvedas del Banco Obrero porque, según argüía, el Jefe del Estado no debe correr ciertos riesgos. Le respondí, lleno de suspicacia y con retrechería muy criolla: “Delgado, saldré de este Despacho con los pies para adelante o cuando derrotemos a esa gente”.

Los aviones llegaron, volaron bajo sobre ambos edificios y el entonces capitán José Joaquín Jiménez Velázquez, hombre te-

merario de gran valor personal y con un concepto de la caballerosidad chapado a la antigua, bajó a saltos las escaleras y ya en la calle comenzó a lanzar ráfagas de balas a los aviones. Se oyó un estentóreo grito: “A disparar todos los hombres, con todas las armas”. Hasta los policías, algunos entre ellos ya tan pasados de edad que en Miraflores servían desde la época de Gómez, disparaban sus revólveres contra las naves aéreas agresoras. Estas volvieron a su base maracayera, sin dejar caer las armas mortíferas que portaban.

Por cierto, que desde Maracay, un oficial de artillería de apellido Gámez me llamó para pedirme autorización para utilizar un tipo de cañón contra el último bolsón rebelde. Yo que no oía muy bien por las deficiencias telefónicas de la época y él que era un poco sordo, por su actividad de artillero, nos comunicábamos con cierta dificultad y simplemente le dije, sin entender muy bien la necesidad de la autorización que requería: “Tírele a esa gente, si no se rinde, con todas las armas de que disponga”. Pérez Jiménez, que le tenía mala voluntad a Gámez, amenazó con abrirle juicio militar por haber utilizado un cañón que, según él, era solo para eventos de guerras internacionales. Salí en defensa de Gámez y le dije a Pérez Jiménez que si se abría una investigación sería en mi contra, pues fui yo y no Gámez quien dio la orden. Por lo demás, el cañonazo fue de advertencia, por encima del cuartel, lo que no causó ninguna baja. Lo cierto, es que hubo rendición total y logramos conjurar la más peligrosa sedición, de todas cuantas ocurrieron en nuestro ejercicio en la Presidencia de la Junta de Gobierno.

Don Rómulo, en ese período presidencial se vino a fundar el partido político socialcristiano COPEI que, junto a Acción Democrática, ha sido el de mayor participación en la política venezolana. A su influencia, a favor de esa organización, se le atribuye muchos de sus logros. ¿Qué nos puede decir de ese partido?

- La verdad, es que durante mi desempeño como Jefe de Estado se fundó el partido COPEI, exactamente el 13 de enero de 1946, pero nada tuve que ver en su constitución ni organización. Por el contrario, en esa época estábamos muy distantes, desde el punto de vista ideológico, del social cristianismo en Venezuela. Ellos eran un grupo que adversaba al nuestro desde la época de nuestros estudios universitarios. Mientras nosotros nos agrupábamos alrededor de la Federación de Estudiantes de Venezuela (FEV) que, en la UCV, agrupaba a los sectores de izquierda, los

que constituyeron el COPEI venían de los colegios privados y estaban agrupados en una organización, la UNE, de clara filiación conservadora. No es extraño que les endilgáramos el mote de “falangistas” habida cuenta que, frente a la confrontación de la guerra civil española, ellos se ubicaban a favor de Franco y de las falanges de José Antonio Primo de Rivera. Al principio usaban fraznelas negras y hacían el saludo falangista, error que corrigieron muy pronto, en verdad.

Nuestras simpatías, por el contrario, eran hacia los republicanos españoles donde se agrupaba toda la izquierda. Sin embargo, a decir verdad COPEI era liderado por gente conservadora, pero de mucho sentido democrático y, en lo personal, distinguí mucho al Doctor Rafael Caldera, pues siempre lo consideré un venezolano eminente. Durante nuestro gobierno, de la Junta Revolucionaria, el Dr. Caldera se desempeñó como Procurador General de la República. Después de derrocada la dictadura de Pérez Jiménez, Caldera y su partido darían una contribución decisiva a la estabilidad de las instituciones democráticas. Ya hablaremos más adelante de este tema.

También se fundó en ese período el partido político de su antiguo compañero de luchas estudiantiles, Jóvito Villalba, Unión Republicana Democrática. ¿Cómo fue la relación de su gobierno con ese partido político?

- Bueno, mi relación con Jóvito tuvo muchos altibajos. Aunque la verdad sea dicha, a pesar de las desavenencias típicas de la lucha política, nunca dejamos de profesarnos mutuo afecto fraternal. Con su partido político, en aquella época, tuvimos grandes desencuentros, porque Jóvito comenzó a tener tratativas con algunos elementos del régimen depuesto que lo llevaron a enredarse en una conspiración, un tanto folclórica, pues se debía más a habladurías de cafetín, que a un compromiso serio de intentar un golpe de estado.

A esos rumores hubo que salirle el paso y cuando los organismos de inteligencia me informaron de los mismos y me recomendaron que hiciéramos preso a Villalba lo dudé mucho. Meter en un calabozo a mi compañero de luchas estudiantiles me hubiese destrozado anímicamente, pero como sabía que la cosa no era tan seria —de haberlo sido no me hubiera temblado el pulso— lo mandé a buscar y lo hice “preso” en Miraflores, hasta que todo quedó aclarado. Lo quise mucho, pero Jóvito era impredecible y tomaba decisiones, en política, muy de acuerdo con su carácter contradictorio y emotivo. En una rabieta era capaz de acabar con un go-

bierno y creo que por ese carácter, que no supo controlar, terminó acabando con su propio partido y Venezuela perdió a un gran estadista. Fíjese que por una rabieta de esas terminó abandonando el gobierno, producto del Pacto de Puntofijo, pero no adelantemos los acontecimientos.

Tiene razón, por ello debemos volver a un hecho sin precedentes en la historia política venezolana: la convocatoria a elecciones universales, directas y secretas para una Asamblea Nacional Constituyente que se encargara de reorganizar los poderes públicos y permitiera, por primera vez en Venezuela, utilizar ese sistema de elección para escoger al Presidente de la República y al Poder Legislativo.

- Déjeme decirle, que si la Revolución de Octubre se hubiera hecho solo para devolverle al pueblo venezolano su soberanía como elector de los poderes públicos, ello bastaría para justificarla históricamente. En efecto, el 17 de diciembre de 1945 apenas a un mes de distancia de la iniciación del gobierno popular, fue designada una comisión encargada de redactar un nuevo Estatuto Electoral y un proyecto de Constitución. Uno solo de los miembros de esa Comisión pertenecía a las filas de Acción Democrática, el Dr. Andrés Eloy Blanco. Los otros eran profesionales del Derecho sin vinculaciones partidistas con esa organización y algunos de destacada militancia en grupos de oposición, como en los casos de los doctores Lorenzo Fernández y Luis Hernández Solís. Los otros miembros fueron el doctor Jesús Enrique Lozada, uno de los hombres públicos más reputados del país; el doctor Nicomedes Zuloaga, abogado de prestigio jurídico; el doctor Germán Suárez Flamerich, profesor universitario, considerado entonces como persona de inclinación democrática y quien años después desempeñaría el deslucido papel de mascarón de proa civil de la dictadura castrense de Pérez Jiménez; y otros tres juristas destacados: el doctor Martín Pérez Guevara, ex parlamentario y beligerante factor en las lides democráticas; el doctor Ambrosio Oropeza, también hombre de acendradas convicciones renovadoras y autor de una obra laureada sobre evolución constitucional de Venezuela y el doctor Luis Eduardo Monsanto.

¿Y cuáles fueron los aspectos más resaltantes del nuevo Estatuto que redactó esa comisión y que la Junta Revolucionaria acogió para regular el proceso electoral?

El 15 de marzo de 1946, la Junta Revolucionaria de Gobierno tradujo a acto legislativo, sin modificación sustancial, el proyecto elaborado por la comisión que ya le mencioné. Ese estatuto elec-

toral puede ser considerado, sin hipérbole, como el más democrático que para entonces se hubiese promulgado en América. Su artículo 2º concedió el derecho de sufragio a “todos los venezolanos mayores de 18 años, sin distinción de sexo y sin más excepciones que los entredichos y los que cumplen condena penal por sentencia firme que lleve consigo la inhabilitación política”. El artículo 3º declaró elegibles a todos los venezolanos mayores de 21 años, y que no entrasen en las excepciones establecidas en el artículo anterior. Otorgaba el Decreto al Consejo Supremo Electoral, integrado con representación de todos los partidos políticos y mayoría en él de las parcialidades de la oposición, atribuciones tan amplias y prerrogativas tan extensas, que estuve en lo cierto al afirmar en un mensaje dirigido a la nación que podía asimilarse a “aquel cuarto poder sugerido por el Libertador en uno de sus arrebatos de ideólogo en función de conducir pueblos”.

Hoy día en Venezuela, don Rómulo, se ha suprimido la representación de las minorías en los procesos electorales. ¿Cómo se planteaba este tema en el Estatuto Electoral que rigió para normar las elecciones de 1946?

- La representación electoral de las minorías quedó garantizada en el Estatuto en forma extraordinariamente liberal. Figúrese, cómo fue de liberal, que cuando un partido político no alcanzaba a elegir diputados o senadores en ningún estado, se sumaban sus votos en todo el país y se le asignaban tantos representantes parlamentarios como resultaran de la división de esos votos totalizados por cociente electoral nacional. Es muy triste, lo que usted me informa, que se haya vulnerado este principio, porque quienes hoy son mayoría, mañana pueden ser minoría y así se mantienen con derecho de representación todas las expresiones del pensamiento. Por supuesto que me refiero al sistema democrático, porque esa fórmula es inadmisibles en los regímenes totalitarios donde solo se persigue, como desiderátum de esa política, eliminar a la disidencia.

¿Cuántos partidos políticos fueron legalizados en ese período de la Junta Revolucionaria de Gobierno y cuáles fueron las organizaciones más importantes que concurrieron a las elecciones de octubre de 1946?

- En el curso de escasos meses fueron legalizados trece partidos políticos, los cuales atronaron los aires con las voces de sus oradores en millares de asambleas públicas, cubrieron de consignas todo pedazo de muro utilizable y fatigaron los tipos de la prensa, en disfrute de una libertad total, para popularizar sus

programas y exaltar sus candidaturas. Entre los partidos legalizados estuvieron el socialcristiano COPEI, liderizado por el doctor Rafael Caldera, y Unión Republicana Democrática, cuyo máximo dirigente, como ya le dije, fue el doctor Jóvito Villalba.

¿Cómo fue la participación ciudadana en este primer ensayo democrático y cuál fue el volumen de votos que correspondió a cada uno de los partidos que concurrieron a esa justa electoral?

- El 27 de octubre de 1946, partidos de oposición y partido de gobierno depusieron su ímpetu beligerante para presenciar cómo un millón y medio de venezolanos, con fervor filiable en las místicas religiosas, concurría a los comicios. Jamás había votado en Venezuela más de un 5% de la población y esta vez lo hizo el 36%. De cada 100 venezolanos inscritos en los registros, 92 concurrieron a las urnas y no hubo en el vasto territorio nacional ni un solo hecho de sangre ni una sola violencia física ejercida contra nadie, para impedir votar o para torcer su libre determinación.

El volumen de votos de cada uno de los partidos fue el siguiente:

Acción Democrática: 1.100.000; COPEI: 180.000; URD: 54.000; Partido Comunista: 51.000. El resto de los votos se repartieron entre once organizaciones más, que también concurrieron con sus candidatos propios a las urnas.

¿Y cuántos diputados obtuvieron cada una de estas organizaciones a esa Asamblea Nacional Constituyente?

- La distribución de bancas en la Asamblea Nacional Constituyente, como resultado del sistema de representación proporcional de las minorías pautado en el Estatuto Electoral, resultó así:

Acción Democrática: 137; COPEI: 19; URD: 2 y el Partido Comunista otros 2.

Sin embargo, Don Rómulo, hubo algunas voces aisladas que hablaron de fraude electoral y trataron de llevar esa consigna a los cuarteles para tratar de frenar ese proceso democrático en tránsito.

- Es cierto, pero como usted dice fue una insignificante minoría constituida por los derrotados de octubre quienes trataron de llevar agitación al seno de los cuarteles, pero imagínese cómo sería la pulcritud de esos comicios, supervisados por las Fuerzas Armadas, que los entonces tenientes coroneles Carlos Delgado Chalbaud, Marcos Pérez Jiménez y Luis Felipe Llovera Páez encabezaron un desfile militar, en uniforme de gran parada, para

consignar en la Asamblea Nacional Constituyente un documento firmado por la totalidad de los oficiales en servicio activo, donde se afirmaba, entre otras cosas, que: “La Asamblea Nacional Constituyente es representativa de la voluntad popular elegida libremente el 27 de octubre de 1946, en comicios que estuvieron bajo nuestra vigilancia y por ello nos consta que fueron llevados a cabo con la mayor pureza”. Por cierto, que estos tres oficiales que encabezaron el desfile, apenas dos años después iban a usurpar y desconocer la voluntad popular, expresada en los comicios del 14 de diciembre de 1947.

Don Rómulo ¿cuál fue la trascendencia de esta Asamblea Constituyente para el futuro político de Venezuela, habida cuenta que era la primera elegida democráticamente en el país?

- La Asamblea Nacional Constituyente, cuyas sesiones se transmitieron por la radio, fue el foro más interesante y dinámico que haya tenido el país para la discusión y examen de sus problemas. La Asamblea tenía como objetivo principal el dotar a Venezuela de una nueva Constitución, pero también se abocó al análisis de nuestra labor en el gobierno provisional y al estudio de otras cuestiones. Presidida por Andrés Eloy Blanco, poeta y orador elocuente, siempre inclinado a la convivencia en el hemiciclo, la Asamblea Constituyente pasó a ser, durante el régimen de facto, el principal atractivo político del país. Jesús González Cabrera y Augusto Malavé Villalba ocuparon las Vicepresidencias de la Asamblea, mientras Luis Lander era el jefe de la fracción parlamentaria de AD. Rafael Caldera junto con Lorenzo Fernández y Edecio La Riva Araujo, hacían la oposición. Gustavo Machado y Juan Bautista Fuenmayor representaban al Partido Comunista. La Asamblea fue un torneo de oratoria jacobina que tuvo fuerte impacto en el país, ya que a los hogares llegaba por las ondas hertzianas el fragor de las luchas parlamentarias. Después de ardorosos debates entre la mayoría adeca y los diputados de COPEI y el Partido Comunista, se aprobó la Constitución Nacional de 1947, que acaso es la más democrática y la más doctrinaria que haya tenido Venezuela en toda su historia.

Don Rómulo, esta Asamblea Nacional Constituyente tuvo entre sus más importantes logros redactar y aprobar la nueva constitución “la más democrática de América” como la proclamara desde su curul de constituyente el famoso líder Jóvito Villalba. Bajo sus normas se realizó la elección del nuevo Presidente de la República elegido, el 14 de diciembre de 1947, por primera vez en

la historia, por votación universal, directa y secreta de todos los venezolanos con derecho a voto. ¿Recuerda cómo fue el resultado de esa elección, es decir, la votación obtenida por cada uno de los candidatos en lisa?

- Claro, ¿cómo podría olvidarlo? Rómulo Gallegos, el candidato de Acción Democrática, obtuvo una abrumadora mayoría de 870 mil votos, mientras sus contendores, el Doctor Rafael Caldera del partido socialcristiano COPEI obtuvo 263 mil y el doctor Gustavo Machado del partido comunista 37 mil votos.

¿Cómo fue la sensación que usted experimentó, ya no como Presidente encargado de la República, sino como ciudadano al haber concurrido a depositar su voto en las primeras elecciones libres que se realizaban en Venezuela, a sabiendas que usted era el gran artífice de ese trascendente hecho político?

- Al depositar el voto, como un ciudadano más de Venezuela, experimenté la más honda emoción de mi vida pública. Diversas circunstancias me dieron la invaluable oportunidad de contribuir a la dramática y definitiva derrota de la tesis de los sociólogos al servicio de las dictaduras, de que nuestro pueblo era inepto, orgánicamente, bajo el signo de aquellos tres factores inexorables de tierra, raza e historia, para el ejercicio y disfrute de la fórmula democrática para elegir gobernantes.



Rómulo Betancourt, presidente de la JRG, ejerce su derecho al voto Caracas, 14 de diciembre de 1947.

¿Y recuerda también cuál fue la votación para cuerpos deliberantes y cómo quedó la correlación de fuerzas en el nuevo parlamento venezolano?

- Por supuesto, la forma como quedó integrado el Congreso de acuerdo con esas elecciones fue la siguiente: AD: 83 Diputados y 18 Senadores; COPEI: 19 Diputados y 6 Senadores; URD: 4 Diputados y 1 Senador; el PCV: 3 Diputados y 1 Senador y el Partido Liberal 1 Diputado y ningún Senador.

Resulta paradójico, don Rómulo, que un partido como el comunista que tuvo una influencia importantísima en el régimen anterior de Medina y que se creía con mucho arraigo popular, ahora, en este proceso, tuviese una votación tan menguada. ¿A qué razones políticas atribuye usted esta abrupta caída de los comunistas?

- El melancólico tercer puesto de la candidatura presidencial comunista, que apenas atrajo a un 3% del electorado, revela cómo la influencia de ese partido había sido desmantelada. Prevalido de sus apoyos gubernamentales, durante el régimen precedente al de AD, dicho partido dispuso de excelente prensa y pareció que era hondo su arraigo en el pueblo. Pero a partir de 1945, una firme política democrática y de justicia social, realizada por un gobierno adversador ideológico del comunismo, pero empeñado en reformas beneficiosas para los trabajadores, le arrebató al partido en mención auditorio y clientela. Estaban reducidos a la mínima expresión, la de minoría vocinglera e inoperante, y sin aureolarlos con el prestigio del martirilogio, ni promover cruzadas inquisitoriales en contra suya, ni revivir las “cacerías de brujas” de la Edad Media.

Venezuela ha debatido desde el año 1945 hasta nuestros días si lo ocurrido en octubre de ese año fue una simple asonada golpista o una revolución. ¿Por qué Acción Democrática ha insistido siempre que se trató de una revolución y no un cuartelazo?

- Tiene razón, todavía queda gente en Venezuela que por razones pasionales o por haber estado muy vinculada al régimen preoctubrista le niegan al trienio 1945-1948 su carácter de revolución. De cambio acelerado y profundo de las estructuras sociales y políticas del país. La gente que analice esa época sin preconcepciones apriorísticas coincide toda en que la de octubre de 1945 fue una revolución, en la cual lo anecdótico es el hecho de que triunfara mediante un hecho de armas. Lo importante es que en lo político permitió a los venezolanos elegir a sus gobernantes, en procesos comiciales libres, rompiéndose una tradición autocráti-

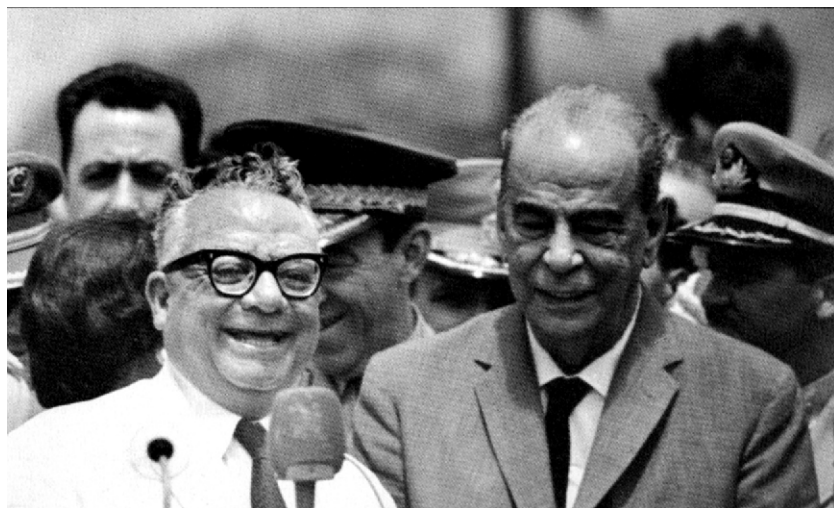
ca de que eran un hombre y su pequeña camarilla de áulicos quienes escogían Presidente de la República y parlamentarios en todos los niveles. Los obreros, los campesinos, los profesionales, los hombres de empresas, los maestros y profesores pudieron estructurar sus organismos sectoriales, con libertad para actuar y seguridad de que podrían dirigirse los poderes públicos haciendo sus planteamientos específicos sin que se le dieran el silencio olímpico como respuesta. Las compañías petroleras dejaron de ser entes intocables, rompiéndose en forma abrupta la tradición de pavidéz ante las “siete hermanitas”, que fue la herencia no rechazada que la década neogomecista recibió después de la muerte, en diciembre de 1935, del creador del sistema. En otras palabras, con afán de síntesis, creo firmemente, y no tengo dudas de que esta creencia tiene asideros sólidos, que la Revolución de Octubre de 1945 significa uno de los hitos históricos fundamentales del país. Con ella dio sus pasos afirmativos iniciales la moderna Venezuela.

Y en relación a la política exterior de Venezuela ¿cuál es su balance de esa política en el trienio don Rómulo?

- La Revolución de Octubre introdujo un nuevo estilo en la política exterior de Venezuela. Desde las épocas iniciales de su actuación, la Junta Revolucionaria de Gobierno adoptó posiciones definidas de hostilidad hacia los gobiernos dictatoriales. Se rompieron las relaciones con la España de Franco. También con las dictaduras de Rafael Leonidas Trujillo y de Anastasio Somoza. Fueron tibias, y varias veces al borde de la ruptura las relaciones diplomáticas con el gobierno argentino de Perón. La formación con el asocio de Colombia y Ecuador de la Flota Mercantil Gran-colombiana fue elemento definidor de nuestra vocación integracionista y latinoamericanista. Dos ciudadanos de excepcionales jerarquías intelectual y ética —el Dr. Carlos Morales, políticamente independiente y Andrés Eloy Blanco, líder de Acción Democrática— fueron los timoneles de la Cancillería durante el trienio. En la Conferencia de Bogotá de 1948, la delegación de Venezuela por mí presidida se situó en posiciones de avanzadas para lograr que la Carta Constitutiva de la Organización de Estados Americanos fuera afirmativa en defensa de principios básicos: defensa de la democracia; protección de los derechos humanos; autodeterminación de los pueblos y condenatoria del intervencionismo; erradicación del colonialismo en América.

Volviendo a la elección en diciembre de 1947 que elevó a don Rómulo Gallegos a la presidencia de la República, se ha afirmado continuamente que fue un error haber confiado la jefatura de un país tan levantisco como Venezuela a un intelectual como Gallegos. ¿Cree que fue un error esa escogencia?

- Nada tuvo que ver el nombre de quien ejercía la Primera Magistratura. Posesionado de la presidencia el 15 de febrero de 1948, el presidente Gallegos no tuvo un minuto de paz. Las conspiraciones, en efecto, no tuvieron solución de continuidad desde 1946 hasta 1948, y los conspiradores o los insurgentes (porque fue más una insurgencia que una conspiración), se mantuvieron activos y no dieron el brazo a torcer en ningún momento y esto debe decirse en abono de Rómulo Gallegos. Antes que Gallegos asumiera el poder, me consta que las disputas y rivalidades entre militares leales y militares insurgentes estaban planteadas, como se conoce y como lo atestiguan los reportes diplomáticos. No es necesario recurrir a esos testimonios, pero allí están y corroboran, en todo caso, a las fuentes ya conocidas. Esa pugna pervivió hasta el 24 de noviembre, sin resolverse en el camino. Figúrese que en las propias vísperas de la toma de posesión del Presidente electo develamos un plan para bombardear Caracas, una conjura entre Rafael Leonidas Trujillo, de la República Dominicana y Anastasio Somoza de Nicaragua. Los reportes del Departamento de Estado aportan innumerables datos sobre ese episodio, arma-



Rómulo Betancourt y Rómulo Gallegos.

do y tramado por el desequilibrio mental, equilibradamente compartido, de Trujillo y Somoza.

¿Cómo logró su gobierno obtener la información que pudo evitar el atentado?

- Quince días antes de la toma de posesión tuvimos la información fidedigna, según la cual, esa conspiración se urdía desde el exterior, desde Managua y desde Santo Domingo, con conexiones en aeropuertos norteamericanos (Bush Field, Augusta, Georgia, y Daytona Beach, Florida) desde donde los famosos aviones B-24 habrían despegado (con escala en Puerto Cabezas) para bombardear Caracas e impedir o perturbar la toma de posesión de Gallegos. De todo ello se enteró el embajador norteamericano en Caracas, Donnelly, quien después supimos que redactó un mensaje urgente a Washington donde expresaba textualmente lo siguiente: "Haciendo caso omiso de los aspectos humanitarios de dicha intentona, si esta hubiera tenido éxito, contra una ciudad abierta, desprevenida y virtualmente desprotegida, existía el hecho muy peligroso y de posibles consecuencias a largo plazo, de que ciudadanos norteamericanos hubieran estado involucrados como participantes o, por lo menos, como cómplices fuertemente



José Anastasio Somoza y Rafael Leonidas Trujillo, presidentes de Nicaragua y República Dominicana.

contribuyentes en dicho acto criminal. Los exhaustivos y realistas informes enviados por el encargado de negocios Berbaum me ayudaron de manera inestimable en contrarrestar discretamente el efecto causado por la intentona”. Así le escribía Donnelly al Secretario de Estado Marshall el 1º de marzo. Años después de estos sucesos, el doctor Leonardo Altuve Carrillo, entonces funcionario de la dictadura del señor Pérez Jiménez, declaró lo siguiente, en la sección “Genio y Figura” del diario caraqueño *El Nacional*: “Había 100.000 dólares en un Banco prestos para una nueva conspiración, estaban destinados contra Acción Democrática. Fue cuando traíamos bombas de mil kilos para acabar con el régimen y nos quedamos detenidos en Nicaragua”. A confesión de parte...

Aunque parezca una exageración, don Rómulo, se decía que el hecho cierto que el Presidente Rómulo Gallegos no fuese originario de los Andes también contribuyó a su defenestración ¿Cómo podía existir aún tanto regionalismo y aldeanismo en el seno de las fuerzas armadas?

- Sí, parece mentira o exagerado, pero lamentablemente cierto y, lo peor es que fue el mismísimo ex Presidente López Contreras quien se dio a la tarea de incentivar esos sentimientos aldeanos. Fíjese que el 13 de Abril de 1947 hizo público la Junta Revolucionaria de Gobierno el “memorándum confidencial” que desde Nueva York envió el ex Presidente General E. López Contreras al entonces teniente coronel Ministro de la Defensa, Carlos Delgado Chalbaud. En ese documento le proponía que el ejército presionara a la Asamblea Nacional Constituyente para que lo eligiera presidente de la República, invocando como argumento lo que el mismo redactor del escrito califica como “hegemonía andina”. En Delgado descubría una simbiosis de cualidades para ejercer el cargo por “ser de hijo de padre andino y madre caraqueña”. “De este modo, continuaba diciendo López Contreras, la hegemonía andina preponderante en la República por cinco lustros, no podía considerarse desplazada de los asuntos públicos”. Y por último aconsejaba que de no lograrse la elección de Delgado por la Asamblea Constituyente, “habría que recurrir a la imposición”. Aunque, es pertinente decir que no hubo nadie en Venezuela, ni siquiera los más enconados adversarios de los gobiernos de AD, que se atreviera a sostener públicamente la existencia de “hostilidad” oficial hacia los Andes y otros pueblos. Ante los ojos de todos se desarrolló una gestión política y administrativa de alcance

nacional sin preferencia de aldea. El andinismo como propósito de injustificable prepotencia regional era un sentimiento ya cuarteado y en trance de derrota, lo evidencian hechos significativos. En el campo civil, que fuera un partido nacional, COPEI, dirigido por un nativo de Caracas, el doctor Rafael Caldera, el triunfador en las elecciones hechas entre los años 1945 a 1948 en los estados andinos Táchira y Mérida y que Acción Democrática triunfara siempre en otro de los estados de Los Andes, en Trujillo, y aún en las ciudades más pobladas y con electorado de mayor conciencia política del estado Táchira, enarbolando plataformas venezolanistas y combatiendo las disolventes pugnas interregionales. En el campo militar, significativo resulta que muchos Oficiales andinos y tachirenses para mayor precisión, apoyaran con lealtad al régimen democrático; y que coterráneos de Pérez Jiménez, nativo del estado Táchira, se cuenten entre los más decididos adversadores en el ejército al despotismo que este representa. Combatiéndolo, hallaron muerte y gloria andinos que ya están incorporados a la historia del heroísmo nacional: Ruiz Pineda, Alberto Carnevali, Troconis Guerrero, Antonio Pinto Salinas, el teniente coronel Mario Vargas y el capitán Wilfrido Omaña. Pero lo que en rigor no puede eludirse, ni silenciarse, es que la apelación al sentimiento regionalista por los abanderados del retroceso social fue un factor más, y de los importantes, en el proceso de gestación de los complotos promovidos durante el trienio democrático.

Los enemigos de los gobiernos adecos del trienio siempre han sostenido que desde el Ejecutivo Nacional había una actitud hostil hacia las fuerzas armadas, habida cuenta de la tradicional posición de la izquierda frente al militarismo.

- Es preciso señalar que entre los estímulos para esa sucesión de complotos que ya le he narrado, no estuvo el de una hostilidad irreflexiva del gobierno democrático hacia las fuerzas armadas. Los miembros de Acción Democrática siempre hemos conceptualizado conveniente la existencia de un ejército regular, ajustado a las necesidades y requerimientos de la nación, bien dotado y mejor organizado. Fieles a ese criterio, durante los gobiernos del partido se extendió a las fuerzas armadas, en los aspectos de su mejoramiento técnico y la elevación de las condiciones de vida del oficial y del soldado, el clima de renovación creado en el país a partir del 18 de octubre de 1945. Testimonio válido en respaldo a esta

afirmación es el párrafo de una carta, cuya copia conservo y que me permito mostrarle, dirigida por los Comandantes Delgado Chalbaud y Mario Vargas, de fecha 3 de julio de 1946 al ex Presidente López Contreras: “En ocho meses solamente, la Revolución ha hecho más por el ejército que el gobierno de usted, en el cual tantas esperanzas ciframos para nuestras fuerzas armadas, esperanzas que, a la postre, resultaron plenamente fallidas”.

Demostramos visible interés en el mejoramiento profesional y técnico de las Fuerzas Armadas, pero les reconocimos solo la función que le asignan los ordenamientos legales democráticos: la de institución de carácter profesional y técnico, subordinada al Poder Ejecutivo, sustraída a toda injerencia en la forma en que se orienta la gestión política y administrativa. Actitud esta enraizada en la más ortodoxa tradición bolivariana. Es del Libertador aquella frase que resume toda una doctrina en permanente vigencia: “Desgraciado el pueblo donde el hombre armado delibera”.

¿Y cuáles fueron, en concreto, esas medidas que llevaron a la superación económica y social a las Fuerzas Armadas durante esa época?

- El gobierno revolucionario le dio un vuelco a la situación dentro de los cuarteles: aumentó 37% los sueldos de los oficiales, 57% el de las tropas y 50% lo destinado a la alimentación de las mismas. Los suministros en productos de farmacia para la Sanidad Militar fueron aumentados en 250%. Se destinaron 4 millones de bolívares como aporte del Estado para fortalecer la Caja de Previsión de las Fuerzas Armadas, la cual solo había recibido desde su fundación el aporte único de un millón de bolívares. Nunca en Venezuela, donde las prolongadas autocracias militares abrieron profundas zanjadas entre el hombre de blusa y el de uniforme, hubo como en aquellos años de vida democrática mayor simpatía en el pueblo hacia quienes prestaban servicio a la República dentro de los cuarteles. Multitudes fervorosas aplaudieron el desfile militar que se hizo, junto con otros festejos, para conmemorar el primer aniversario de la Revolución. Por primera vez, en muchos años, acaso desde los días en que las tropas libertadoras entraron a Caracas en 1813, había expresado el pueblo identificación tan sincera y espontánea con el ejército, al cual consideraba custodio armado del proceso revolucionario en marcha.

¿Entonces, cómo se explica, si Acción Democrática y sus gobiernos fueron tan solidarios con las fuerzas armadas y sus oficiales, éstos hubiesen adoptado esa actitud de deslealtad con la democracia en ciernes y se pronunciaron por su derrocamiento?

- Porque algunos oficiales conspiraban, en labor de zapa, engañando con sus demostraciones públicas de afecto y solidaridad con el régimen. Llegaron a tanta felonía que cuatro meses antes del cuartelazo que derrocó a Gallegos del cual se proclamara conductor el Ministro de la Defensa Delgado Chalbaud, escenificando actitudes de lealtad al Gobierno constitucional, denunció a incitadores civiles a la desobediencia militar con engañosa dignidad, le leo esa hipócrita misiva. “Pero equivocados están quienes sufren esa grave manía. No son títeres los hombres de las Fuerzas Armadas. Son militares a carta cabal: hombres que piensan, analizan, juzgan y concluyen repudiando toda tentativa de hacerles abandonar por intereses de hombres o de grupos el cumplimiento de sus obligaciones. Bien sabemos los militares de todas las jerarquías cuáles obligaciones nos imponen la Constitución Nacional y las leyes; bien sabemos que el interés nacional impone a todos el estricto cumplimiento de esa obligación. Interpretando el sentir de la institución armada, estoy en condiciones de declarar que ésta se encontrará en todo momento dispuesta a respaldar con toda lealtad y eficiencia las disposiciones del supremo mando ejercido por el ciudadano Presidente de la República, con la colaboración decidida de todos aquellos que han sido designados por el ciudadano presidente para desempeñar cargos directivos en las fuerzas armadas”. Este mensaje radial del Ministro de Defensa, leído el 24 de junio de 1948 con motivo de la celebración del Día del Ejército, fue interpretado como una respuesta a los conspiradores contumaces, incluidos los núcleos complotistas incrustados en los partidos de oposición.

¿Quiere decir que no solo los militares conspiraban, sino que los medios de comunicación y los partidos políticos de oposición también tuvieron su cuota de responsabilidad en la conflagración?

- Exactamente, la gran prensa servía de altavoz a la conspiración subterránea que se adelantaba para socavar las bases mismas del orden constitucional. Unos periódicos por estar directamente vinculados al trabajo conspirativo de zapa; otro por lealtad póstuma al Gobierno anterior, alguno por sus nexos comunistas,

lo cierto fue que toda la prensa diaria de Caracas, con excepción de El País, contribuyó a barrerle la ruta a la cuartelada. No faltaron los impacientes de buena fe y las personas propicias al fácil desánimo, incluidas gentes de Acción Democrática que también cuestionaban la obra transformadora en marcha, acaso por ignorar el cúmulo de dificultades que a ella se oponían. Personas de recta intención, pero incapaces de abarcar el problema político en su conjunto, contribuían también con su contagioso derrotismo a debilitar el gobierno democrático; y al verlos disfrutar de cierta deportiva fruición al criticar las faltas de una administración que heredó vicios seculares y problemas aplazados por décadas, no podía menos que recordarse aquella expresión de Juan de Hus, alusiva a la “santa simplicidad” de la anciana que recorrió largo camino para aportar también su haz de leña a la pira donde ardía el apóstol del incoformismo religioso.

¿Cómo se explica que teniendo el gobierno constitucional militares y al pueblo organizado, al menos la vanguardia que constituía AD, a su favor no hubiese habido una defensa más férrea al sistema democrático?

- Acción Democrática, estimado amigo, carecía de elementos para armar al pueblo y enfrentarse a la subversión de los mandos militares, que controlaban un ejército numeroso y bien organizado. Aunque de acuerdo con Gallegos y con la dirección de AD, se trasladó Valmore Rodríguez, Presidente del Senado y sucesor constitucional del Presidente de la República, a la ciudad de Maracay, donde una importante guarnición militar estaba bajo el mando del teniente coronel José Manuel Gámez, leal al gobierno legítimo. El Presidente del Senado fue acompañado de varios líderes civiles y cuando se tuvo la evidencia de que en la capital de la República había sido depuesto y detenido el Presidente Gallegos, procedió Valmore Rodríguez a organizar un nuevo gobierno. Pero la guarnición de Maracay terminó por acatar las órdenes giradas por el Ministerio de la Defensa, aún cuando el jefe de esa guarnición, Teniente Coronel Gámez, prefirió declinar el mando antes que plegarse a ellas.

Don Rómulo ¿y qué pasó con la socorrida denuncia de los enemigos del gobierno de que AD poseía bandas armadas paramilitares? ¿Dónde estaban que no salieron a defender la democracia?

- En un artículo titulado “Denuncia ante los soldados de América” que publicó Andrés Eloy Blanco en la Revista *Bohemia* (La

Habana, 1949), hizo un enfoque lúcido del papel del ejército en el 24 de noviembre. Insurgió frente a la imputación de las supuestas milicias armadas de AD: “La Junta Militar pretende que los civiles de Acción Democrática tenían armas en sus casas y hasta en las escuelas. Los hechos han demostrado la falsedad de la acusación”. Lamentaba que el pueblo hubiese estado inerte y explicaba por qué:

Pues la verdad es que mientras los personeros de la fuerza pública usaban las armas del pueblo, confiadas a sus custodias, para derribar al Presidente Constitucional que el pueblo había elegido, encarcelar a los representantes parlamentarios que el pueblo se había dado y fusilar la voluntad soberana que el pueblo había consignado en las urnas electorales, las armas de las escuelas, de los hogares y hasta de las casas de maternidad, de los hospitales y de los manicomios, habrían salido, en las manos del pueblo, para deshacer el atropello inconstitucional, devolver a su labio natural el atributo deliberante e impedir que por el hecho de unos pocos el ejército se transforme en horda.

Y, por último, imputaba a los conspiradores, atrincherados en el estado mayor, y no a las fuerzas armadas en su conjunto, el derrocamiento del gobierno constitucional:

El ejército venezolano no es culpable de lo que acaba de suceder. Una docena de jefes se ha confabulado no solo para hacer regresar a Venezuela al tutelaje político sino también para hacer regresar al ejército al estado de horda, traicionando así la evolución superadora que llevaba y que seguirá llevando.

En la calle las cosas no discurrieron tan sin tropiezos para los alzados. El estudiantado se amotinó. Los trabajadores del petróleo fueron a la huelga. En los alrededores de Caracas, hombres del partido provistos de unos pocos fusiles estuvieron tiroteándose con patrullas del ejército, hasta agotar su escasa reserva de balas. En otros lugares de la República hubo brotes numerosos de airada protesta popular. Pero la maquinaria bélica del ejército, usada con prusiana brutalidad, terminó por aplastar esas manifestaciones de protesta colectiva. La barricada de los tiempos de las comunas y la “cogida del monte” de las antiguas guerras civiles no son posibles en la era del tanque blindado y del avión de bombardeo.

¿Y cuál fue la actitud del nuevo gobierno para lograr su integración y por qué, cree usted, no fue Pérez Jiménez quien asumiera desde el principio la Presidencia, siendo como fue el principal líder de la conspiración y del derrocamiento del régimen constitucional?

En la hora de integrarse el Gobierno de facto, no lo presidió Pérez Jiménez por ser hombre acomplejado y vacilante, comido internamente por la duda en sí mismo, impulsó la sublevación de los mandos militares y en los momentos de recoger los frutos de la turbia faena cedió el primer puesto en el triunvirato castrense que de ella naciera al Ministro de la Defensa, Delgado Chalbaud. El tercero de la Junta triangular fue Llovera Páez, para ese momento subjefe de Estado Mayor.



Luis Felipe Llovera Páez, Marcos Pérez Jiménez
y Carlos Delgado Chalbaud.

¿Y esta junta de gobierno, que, en principio, algunos llamaron “dictablanda” no se ensañó desde el principio, con represión, contra los integrantes del gobierno depuesto?

Por supuesto que así la llamaron quienes estaban aún en tratativas con ese régimen usurpador, pero tan pronto se instaló el flamante gobierno, su primera tarea fue la de llenar de presos políticos las cárceles de la República. Junto con el Presidente Galle-

gos y los miembros de su Gabinete, fueron encarcelados la casi totalidad de los Senadores y Diputados de Acción Democrática y los dirigentes de ese partido en toda la República. No menos de 10.000 venezolanos colmaron los calabozos, de un extremo a otro del país. Muy pocos lograron eludir la persecución y sumergirse en la clandestinidad. Yo me encontraba entre estos últimos, hasta que solicité asilo en la Embajada de Colombia, cuando estaba literalmente cercado por el acoso policial.

Don Rómulo, el nuevo gobierno publicó un documento justificativo del alzamiento donde, entre otros muchos argumentos apareció, una vez más en la historia republicana, la acusación contra usted y contra Acción Democrática de ser agentes del comunismo internacional.

- La verdad es que quien con más saña y virulencia asumió ese argumento fue el agente del triunvirato en Washington, José Rafael Pocaterra, quien saltó a esa posición desde la que estaba ocupando bajo el gobierno constitucional: Embajador en el Brasil. Por cierto, que también había formado parte de la delegación venezolana a la IX Conferencia Interamericana, la de Bogotá. Fui presidente de esa delegación y destaqué a Pocaterra para que formara parte de la comisión que elaboró la Resolución XXXII, que condenó las actividades de los “agentes” al servicio del comunismo internacional o de cualquier totalitarismo. Y fue ese mismo personaje de tan versátil como indecorosa conducta política quien en Washington imputó públicamente veleidades comunistas al Gobierno derrocado. Era una actitud del más grosero oportunismo y para aprovechar la histeria antirroja que ya despuntaba en algunos grupos influyentes en la política estadounidense. Fácil resultaba rebatir el cargo. Dentro y fuera de Venezuela se sabe bien que Acción Democrática y sus dirigentes mantienen, y han mantenido, una posición ideológica inconfundible con la teoría y la práctica de los Partidos Comunistas y que la rama de esa organización internacional radicada en Venezuela fue en todo momento hostil, beligerante, frente a los gobiernos que presidimos Gallegos y yo.

Cuando finalmente es derrocado Gallegos usted sale de Venezuela hacia Cuba con escala en Jamaica y sus detractores en el nuevo gobierno dictatorial de Venezuela denuncian que usted se fue del país con una cuantiosa fortuna, lo que todo el mundo sabía era una redomada calumnia. ¿Qué nos puede decir de su primer

periplo en el exilio y cómo pudo afrontarlo con tan menguado recursos?

- No solo se trató de acusaciones inescrupulosas en mi contra, sino también contra todos los más altos funcionarios nuestros que actuaron en la cosa pública durante el trienio. Los dirigentes de AD que estaban presos enviaron un comunicado público exigiendo que se les investigara y ese documento fue fechado en la Cárcel Modelo de Caracas el 11 de marzo de 1949. Firmado por Ricardo Montilla, Valmore Rodríguez, Raúl Leoni, R.A. Pardo, Eligio Anzola Anzola, César Morales Carrero, Mario García Arocha, Juan Pablo Pérez Alfonso, Luis Beltrán Prieto, Alberto Carnevali, Luis Augusto Dubuc, Aníbal Mestre Fuenmayor, Guillermo Salazar Meneses, Ramón Quijada, Luis Lander, Antonio Léidenz, Julio Grooscors, Alberto López Gallegos, Alejandro Oropeza Castillo, Raúl Ramos Giménez y Luis Alfaro Uceró.

Afortunadamente la respuesta a ese pedimento de investigación la dio un funcionario honesto y honorable, por azar incorporado al gobierno de usurpación y quién después iba a romper públicamente con él, renunciando a la Embajada de Venezuela en Londres: el doctor Carlos Sosa Rodríguez. En ejercicio de las funciones de Contralor General de la Nación contestó a los prisioneros en nota oficial fechada el 8 de junio de 1948:

Nadie está cubierto, más cuando ha sido funcionario público, contra el que enemigos aviesos le infieran calumnia, pero la protección que en tales casos acuerda la ley es la sanción del calumniador. Nunca podrá pretenderse que la reputación del calumniado quede afectada porque no compruebe hechos negativos improbables, menos cuando el calumniador es anónimo.

Lo cierto fue que en vano los más rencorosos enemigos de AD hurgaron en los archivos de los Ministerios, inquirieron en los mentideros de los corredores de acciones y de bienes raíces, metieron las narices en los libros de los bancos, en la desesperada búsqueda de un solo negocio turbio hecho durante el trienio democrático. Resultaron fallidos en la escudriñadora faena y ni un solo hombre de significación dentro de los rangos directivos de AD pudo ser acusado entonces, ni ha podido ser acusado después, como prevaricador o concusionario.

En mi caso, que es en lo que concretamente usted me inquiere, puedo decirle que cuando llegué a Kingston (Jamaica), en fe-

brero de 1949, me entrevistó el periodista Henry Wallace. Estaba en compañía de mi esposa y mi hija y nos preparábamos para ir a Cuba, donde gobernaba Carlos Prío Socarrás, mi amigo personal. Pasamos la primera noche en Jamaica en el hotel Myrtle Bank, pero lo encontramos muy costoso y nos mudamos a una pensión en los alrededores de Kingston. Mientras en Caracas los dueños del poder, como usted dice, comenzaban a tejer la calumnia de mis cuantiosos recursos de fortuna y sin mayor remilgo empezaban a saquear el tesoro nacional, especialmente Pérez Jiménez y Llovera Páez, yo no tenía en Kingston sino unos quinientos dólares, que no alcanzaban para pagar los pasajes para la Habana.

A diferencia de López Contreras, que vivió su destierro en la abundancia, financiando desde Miami las conjuras contra mi gobierno; y de Medina Angarita, radicado en Nueva York en elegante apartamento de Park Avenue, yo iniciaba mi exilio con la misma dignidad y discreción de los años juveniles y garibaldinos de la década de los 30, a pesar de que había sido Presidente de Venezuela y manejado miles de millones de bolívares. Jamás trafiqué ni prevariqué con los dineros públicos porque norma insoslayable de mi conducta de gobernante fue siempre la de administrar las finanzas del Estado en caja de cristal. Para vivir decorosamente con mi mujer y mi hija debía trabajar y al periodismo activo me dediqué en mi nuevo destierro, escribiendo crónicas bien remuneradas para *Bohemia* de La Habana, *Cuadernos Americanos* de México, *El Tiempo* de Bogotá y otras publicaciones del hemisferio. Comencé a escribir mi obra más importante *Venezuela, Política y Petróleo* publicada años después en México.

Represión inicial de la dictadura solo contra AD

Presidente, la represión del nuevo régimen pareció caer, al principio solo contra Acción Democrática y sus militantes, no así con COPEI, URD y ni siquiera contra los comunistas ¿a qué se debió esta actitud del gobierno?

- Bueno, la verdad es que las primeras etapas de gestión de la Junta Militar se desarrollaron, en lo que a la actitud de los partidos políticos se refiere, como si solo la suerte de Acción Democrática estuviera en juego y no se hubiera quebrantado abruptamente el orden constitucional, unos detrás de otros subieron las escaleras del Ministerio de Defensa los líderes de Unión Republicana Democrática, de COPEI y las dos fracciones del Partido Comunista, a conferenciar con el triunvirato castrense. Todos salieron de esas entrevistas, posiblemente con la promesa de que les sería respetada la libre actuación de sus partidos. Inclusive miembros de URD y de COPEI aceptaron por ahí alguna gobernación de Estado y otros cargos subalternos. No hubo protesta de los partidos opositores a AD por la deposición violenta del Presidente constitucional, ni por la clausura *manu militari* del Congreso libremente elegido; en el cual los líderes de esos partidos ocupaban curules de senadores o de diputados. Algunas de esas organizaciones políticas, al formular declaraciones públicas, se cuidaron de condenar la cuartelada. Prefirieron enderezar su crítica hacia la colectividad política que contribuyó decisivamente a crear el clima democrático donde esos partidos pudieron nacer y funcionar libremente. Error que no cabe silenciar, por respeto a la verdad histórica; y más cuando ha sido rectificado, como más adelante se registrará con satisfacción patriótica, ya que todos los partidos se alinearon después en el frente opositor y dando cada uno de ellos su aporte de esfuerzos y sacrificios a la causa común contra el despotismo.

Un tiempo difícil. La década militar

Muy pronto, Presidente, comenzaron a verse diferencias entre los más conspicuos representantes del nuevo orden, sobre todo entre el Presidente de la Junta Militar, Carlos Delgado Chalbaud y Marcos Pérez Jiménez. ¿Cómo pudo ocurrir ese enfrentamiento entre dos militares tan ambiciosos y sin escrúpulos que se necesitaban mutuamente?

- Entre Delgado Chalbaud y Pérez Jiménez había dos zonas de coincidencia obvias: la ausencia en ambos de escrúpulos, de moral política y una misma irritada mala voluntad hacia el pueblo. Resultaron por eso coempresarios de la aventura dictatorial iniciada el 24 de noviembre. Pero era previsible, porque siempre ha sucedido así con los gobiernos colegiados sin coordenadas ideológicas, que el nacido en aquella fecha derivara hacia la pugna personalista entre sus miembros más destacados.

En ese pugilato en las sombras, mientras Delgado buscaba alianzas en la calle—las maleables, quebradizas, fofas alianzas que podía reclutar en el círculo de “los grandes apellidos” -, Pérez Jiménez anudaba nexos entre un grupo de oficiales del ejército. Articulaba una camarilla pretoriana, con elementos de fuerza militar para respaldar sus apetitos de mayor poder político. Y en todo momento, estimulado y asesorado por un estado mayor civil; el llamado Grupo Uribante, especie de logia de profesionales y políticos procedentes del estado Táchira e imbuidos de la idea de haber nacido en la Prusia de Venezuela. Mientras los valores intelectuales y sociales del Táchira nada tenían que ver con el uribantismo, bajo su tienda buscaban cobijo el burócrata ansioso de trepar, el abogado sin pleitos, el médico sin clientela, el poeta sin auditorio.

Dos elementos mantenían el vínculo grupal: el regionalismo aldeano y un afán incontenible en sus miembros de salir a cualquier precio y, rápidamente, de la penumbra del semi anonimato, y “figurar”, “ser gente” con los proventos económicos que de ello se derivan bajo gobiernos sin ética administrativa. Ese círculo de

validos del Ministerio de Defensa le susurraba al oído, con insistencia machacona, la letanía de la bruja en la tragedia de Shakespeare: “En el futuro serás Rey”.

Delgado Chalbaud comenzó a hablar, abiertamente, de que debía convocarse a elecciones. Ofrecía promesas de neutralidad benévola, en esos posibles comicios, a dirigentes de los partidos Unión Republicana Democrática y COPEI, que aún no habían roto amarras con el gobierno de facto. ¿Pensaba Delgado en una de esas audaces maniobras políticas que en sus años de exilio vio desarrollarse en Francia y aspiró que mediante extraña combinación de fuerzas electorales pudiera llegar a la Presidencia por la vía del sufragio? El secreto de sus íntimos designios se los llevó a la tumba. El 13 de Noviembre de 1950 fue asesinado en extrañas circunstancias.

¿Usted no cree que el asesinato de Delgado Chalbaud fue producto de una audaz maniobra de Marcos Pérez Jiménez, para impedir esas supuestas pretensiones electorales de Delgado que se cernían como amenaza para quienes querían mantener, a toda costa, sus privilegios de poder?

- La verdad es que la trama, el *modus operandi* aplicado por los victimarios de Delgado, no tiene precedentes en la historia de los magnicidios: al Presidente de la Junta Militar lo secuestró en pleno día, en las calles de Caracas, un grupo numeroso de hombres armados, que pudo reunirse, organizarse y actuar sin ser visto por ninguno de los cien ojos de Argos de la vasta y tentacular policía política y de la no menos hipertrofiada e inquisidora Inteligencia Militar, la primera bajo el control de Llovera Páez y la segunda subordinada a Pérez Jiménez. Y como si esa policía estuviera en autos por anticipado de lo que iba a suceder, en vísperas del asesinato fueron notificados los presos políticos y sus familiares en la calle de que se tomarían implacables represalias contra ellos en caso de producirse algún atentado a miembros del gobierno. Entonces, no se ha necesitado en este caso el dictamen de la historia, a veces moroso, dilatado. Los contemporáneos de los personajes que actuaron en ese violento acontecer tienen hecho su dictamen y señalan a los inductores y beneficiarios directos del crimen.

Rafael Simón Urbina fue el cabecilla de los autores materiales del atentado, pero su muerte, a manos de la policía política del régimen en extrañas circunstancias, parece delatar al autor intelectual.

tual de la conspiración y magnicidio. ¿Cómo juzga usted los acontecimientos?

Prevalece hasta ahora la creencia, en quienes más se han interesado en analizar los datos obtenidos de diversas fuentes válidas, de que lo planeado fue el secuestro de Delgado para obligarlo a dimitir y exiliarlo luego; y de que no se pensó en llegar al extremo del asesinato sino en el caso de que la víctima se resistiera a jugar el papel que se le tenía asignado en la trama urdida por sus conmitones y rivales. Factores no previstos trastocaron esos planes y las pistolas dijeron la primera y última palabra, Rafael Simón Urbina, la persona que hubiera podido aclarar mejor las partes nebulosas de la historia y aun librar de culpabilidad en su declaración a quienes lógicamente acusaría la opinión pública como fraguadores del asesinato, no alcanzó a hablar ante un juez. Estaba gravemente herido, de un balazo, cuando se entregó a la policía, abandonando el asilo que recibió en la Embajada de Nicaragua; y, ya en la cárcel, como para confirmar las vehementes sospechas que recaían acerca de los instigadores de su sangrienta aventura, lo asesinaron dentro del calabozo donde lo tenían encerrado. De la conexión que existía entre Urbina y Pérez Jiménez antes del magnicidio se encuentra un testimonio caudaloso, abrumador casi, en las 665 páginas del libro Sumario del Juicio seguidas a las personas indiciadas de haber cometido el asesinato del coronel Carlos Delgado Chalbaud, Presidente de la Junta Militar de Gobierno, edición oficial de la Oficina de Informaciones y Publicaciones del Ministerio de Relaciones Interiores. Caracas 1951.

Secuestrado Delgado, fue conducido en el automóvil de los secuestradores hacia la casa previamente escogida para ocultarlo y obligarlo tal vez a renunciar a su cargo e irse del país. En el trayecto entre el lugar donde secuestraron a Delgado y la casa donde lo conducían, el ayudante militar del Presidente de la Junta, teniente de Navío Carlos Bacalao Lara, oyó a Urbina decirle a su jefe; “vamos a un lugar y allá hablaremos, usted no será más Presidente mi Comandante. Ahora lo hemos agarrado. Pérez Jiménez está al tanto de todo esto”. Los planes sufrieron una abrupta modificación, cuando a uno de los secuaces de Urbina se le escapó un tiro de pistola e hirió gravemente al cabecilla. Urbina perdió el conocimiento, víctima de la sangría que le produjo el balazo, el cual destrozó la tibia y el peroné. Sus hombres en estado de embriaguez, poco enterados además de los mecanismos íntimos del

plan, incumplieron la orden recibida de no matar a Delgado y lo acribillaron a balazos. Urbina se refugió en la Embajada de Nicaragua. Allí dictó una carta a su esposa. Su texto es el siguiente:

Comandante Pérez Jiménez: Mi apreciado amigo: en estos momentos tengo movilizado al pueblo de Venezuela. Como le dije cuando llegué el país, no quiero más Presidente que usted. Delgado quedó mal herido, aunque yo no quería que lo mataran, como le consta al motorizado. Ojala usted me respalde en la Embajada de Nicaragua, donde me encuentre mal herido. Rafael Simón Urbina.

Luego, la carta pública que la viuda de Delgado Chalbaud envió a Pérez Jiménez fechada en su exilio de Londres el 20 de febrero de 1954 y que fue publicada por muchos medios, entre ellos, *Bohemia* de La Habana, se leen estos párrafos:

(...) en síntesis, sobre usted existen sospechas y a usted se le teme. Eso es lo que se interpone en el camino de la justicia. Las sospechas coronel no son gratuitas. Se fundan, en primer término, en su condición de gran beneficiario del crimen... se fundan en la declaración de algunos autores materiales. Se fundan en la protectora benevolencia con que su régimen –tan policial por lo demás– ha tratado a quienes dieron muerte a Rafael Simón Urbina, ya capturado e indefenso, esos agentes que –¿por orden de quién?– se apresuraron a destruir el elemento clave de la investigación antes que esta se iniciara. Se fundan en la existencia de ese extraño mensaje que el asesino dirigiera a usted después del hecho y cuya difícil ocultación fue considerada por sus asesores más imprudente que la inevitable publicidad. Se fundan en la presencia a su lado para el momento del crimen, con el cargo de Secretario Privado, en el que aún usted lo mantiene, del abogado Víctor José Cedillo, conocido como amanuense de confianza y consejero íntimo del asesino Urbina y de quien sería ingenuo pensar que no haya establecido vinculaciones entre este y usted y que además ignorara los planes que se adelantaban.

Jurídicamente el crimen quedó impune, pero la sanción ha comenzado a cumplirse para los instigadores y beneficiarios del dramático acontecimiento. El tribunal de la opinión pública venezolana y universal, ya sentó a los reos de mayor responsabilidad en el banquillo de los acusados y dio su veredicto.

Presidente contra usted también se realizó un atentado en La Habana que todo indica fue urdido desde el gobierno de Pérez Jiménez desde Caracas. ¿Puede usted contarnos cómo se produjo ese intento de asesinarlo?

El 2 de enero de 1951, hizo circular dentro de Venezuela el comando clandestino de Acción Democrática una documentada denuncia de lo que se fraguaba bajo el título de: “El grupo de Pérez Jiménez planea el asesinato de Rómulo Betancourt”. Acerca del crimen frustrado del 18 de abril de 1951, bastante se publicó en Cuba, los Estados Unidos y otros países. Por esa circunstancia y por tratarse además de un hecho que tan directamente me atañe eludiré las apreciaciones personales y solo le voy a transcribir algunos textos que conservo de lo que dijo la prensa y la policía cubana sobre el tema. La revista *Bohemia* fue prolija en su reseña:

El ruido de unos pasos rápidos, cada segundo más cercanos a su persona, le hizo volverse sorprendido. Un hombre alto, mestizo, con un objeto extraño en la mano se abalanzó sobre él. Apenas tuvo tiempo de rechazarlo violentamente, pero antes proyectó el singular aparato sobre el brazo del ex presidente venezolano. Este, de momento, no sintió casi nada. Estupefacto, desconcertado, vio caer al suelo el arma y huir al agresor. Casi instintivamente extrajo su revólver, apuntando al fugitivo, pero temió herir a cualquiera de los que pasaban. Precisamente en la misma dirección del atacante avanzaban en contrario una mujer y una niña. Betancourt volvió el arma a la funda. Ya recobrado de su excitación, sintió entonces un vivo dolor en el hombro. Entonces recordó el objeto misterioso. No le fue difícil encontrarlo entre la hierba. Y con él en la mano volvió a entrar al consultorio de donde saliera minutos antes. Doctor –dijo al médico– parece que me han pinchado con una aguja venenosa. Mire esto. Era una cápsula de cobre, rematada en una aguja gruesa, con un émbolo detrás para proyectar el líquido que contenía. Afortunadamente, el agresor no había tenido tiempo de descargarlo. La sustancia era desconocida por el médico, pero un ligero examen de la rasgadura le aconsejó emplear el termocauterio, previa anestesia con novocaína. De momento, el paciente no aparecía intoxicado, pero fue mantenido en observación durante varias horas, mientras el Dr. Díaz Padrón, del Laboratorio de Química legal, analizaba el líquido.

En definitiva, el Laboratorio de Química legal dictaminó que el líquido que contenía la jeringa era veneno de cobra y la policía cubana determinó que se trató de un grupo gangsteril contratado por el gobierno venezolano en la ciudad de Tampa en la Florida, mediante un pago de 150.000 dólares americanos.

Ese mismo año 1951 en la noche del 23 de septiembre la policía política acribilló a balazos la carrocería del auto donde viajaba el doctor Leonardo Ruiz Pineda, secretario general de Acción Democrática y jefe de la resistencia clandestina, quien por esa vez logró eludir la sentencia de muerte que lo amenazaba.

Don Rómulo, tenemos entendido que la dictadura no solo se encargó de perseguir a los hombres que militaban en la clandestinidad, sino también a mujeres, hecho sin precedentes en Venezuela. ¿Qué nos puede decir de esos procedimientos machistas y salvajes de la dictadura?

- Es muy lamentable a los extremos que llegó la sevicia de la dictadura contra sus oponentes, para rebasar todos los límites, para superar cuanto de salvaje se había hecho por gobierno alguno en Venezuela, y acaso de América Latina, el encarcelamiento, befa y tortura se materializó sobre numerosas mujeres. Doña Josefina Guerrero de Troconis, honorable dama de 70 años de edad y su hija política Alicia de Troconis —madre y esposa, respectivamente, de Luis Troconis Guerrero— fueron encarceladas en pabellones destinadas a prostitutas y delincuentes; y junto con ellas, las profesoras Celia Giménez y Debora Gabaldón, la doctora Renée Hartman y Josefina de Salazar, Doris de Orellana, María de Daza, Isabel Carmona, Mercedes Cornivell, Cecilia Olavarría Celis, Rosario de Cedeño y decenas más de madres de familia, de profesionales, de obreras, estudiantes y maestras de escuela. Una modalidad inusitada en la historia del país fue introducida por el despotismo de Pérez Jiménez: la de encarcelar, torturar y deportar mujeres. Había sido tradición nacional, un poco heredada del concepto hidalgo de raíz hispana, la de respetar siempre a la compañera del hombre. En la tormentosa etapa del siglo XIX, con sus guerras cruentas y sus rudos gobiernos autoritarios, la cárcel y el exilio fueron reservados a los varones. Aun Juan Vicente Gómez, con todo y lo primitivo que fue su régimen, se detuvo ante el valladar del respeto a la condición femenina. El despotismo de Pérez Jiménez, revelando una vez más su cercano parentesco con el fascismo y sus prácticas, sobrepasó los límites que respetaron las autocracias bárbaras. Numerosas mujeres, de to-

das las condiciones sociales, desfilaron por las cárceles. Las doctoras Clarisa Sanoja, abogada y Verónica Coello, médica, fueron torturadas y mantenidas durante largos años detrás de rejas carcelarias. Ligia de Vargas, viuda del Comandante Mario Vargas, fue expulsada del país en 1951 con sus cinco hijos, todos menores de diez años para aquella fecha, después de que bandas policiales habían echado abajo las puertas de su casa de habitación, destruyendo todo lo destruible que allí había. Y así ocurrió con decenas de compañeras de partido y de mujeres independientes que estaban contra el régimen.



De Izquierda a derecha: Reinaldo Leandro Mora, Luis Beltrán Prieto Figueroa, Rómulo Betancourt, Raúl Leoni, Antonio Leidenz.

¿Y Acción Democrática no denunció estos hechos de lesa humanidad en los organismos internacionales y en los demás países democráticos del mundo?

- Rómulo Gallegos y Andrés Eloy Blanco, como ex presidente y como ex canciller del gobierno democrático derrocado, plantearon ante la ONU el problema de los secuestrados políticos en Venezuela, le confieso que yo no confiaba en absoluto en esa instancia internacional. Consideraba que la necesidad de reconquistar para Venezuela su libertad perdida y su derecho a ser gobernada

democráticamente, era problema que, más temprano que tarde, resolveríamos los venezolanos, sin apelar a ayudas foráneas. Sin embargo, mi prédica contra la junta de Caracas caló hondo entre gobiernos democráticos y en el seno de organizaciones encargadas de velar por el respeto a los derechos humanos. Teníamos autoridad moral para recabar la intervención de los foros mundiales en la tragedia venezolana porque durante el gobierno de AD habíamos condenado en la ONU la violación de las libertades y los derechos del ciudadano en España y en la Unión Soviética.

¿Desavenencias y contradicciones entre la resistencia y el exilio? El plebiscito de 1957

Hay una pregunta que quiero hacerle con el mayor respeto, porque sé lo va a afectar íntimamente, pero fue muy publicitado por sus adversarios políticos un supuesto enfrentamiento o distanciamiento entre los dirigentes de AD que estaban en Venezuela, luchando en la clandestinidad, con los que se encontraban en el exilio. Concretamente se decía que Leonardo Ruiz Pineda y Alberto Carnevali tenían serias divergencias con usted sobre la orientación política del movimiento. ¿Qué nos puede comentar al respecto?

- No me afecta, por el contrario, me permite aclarar la verdad verdadera, como dicen los abogados, de esa relación con aquellos entrañables compañeros y amigos míos. Desde los primeros meses de la lucha clandestina nuestros adversarios comenzaron a fabricar especulaciones sobre un presunto distanciamiento de Ruiz Pineda y Carnevali con respecto a los que estábamos en el destierro, especialmente contra mi persona. En esta maniobra coincidían los voceros de la dictadura con algunos dirigentes comunistas, que pregonaban la existencia de una nueva línea política y doctrinaria de AD en la clandestinidad que, en el fondo, era una rectificación de la ideología del partido y un viraje hacia la izquierda marxista. Se basaba el infundio en algunos documentos políticos de Ruiz Pineda en los cuales se hacía hincapié en la lucha antiimperialista. Se alegaban para tratar de separarnos algunas críticas y autocríticas de Leonardo con respecto al gobierno revolucionario que yo presidí y al régimen constitucional de Gallegos. En un importante texto político que circuló clandestinamente en julio de 1952, Ruiz Pineda afirmó:

“Somos un partido policlasista, de izquierda revolucionaria, deslastrado de demagogia eruptiva, llamado a cumplir la revolución democrática y antiimperialista con el concurso de todas las fuerzas políticas, económicas y sociales del país. Dentro de esta empresa tienen su

puesto de acción todos los venezolanos anhelosos de honestidad administrativa, paz económica y social, nacionalismo económico, democracia agraria, progreso industrial, ejercicio de las libertades públicas y soberanía popular”.

Mal podía yo estar en desacuerdo con esos principios cuando había sido el creador de la doctrina de Acción Democrática sobre la base de tales enunciados, sin excluir la lucha antiimperialista. En la siembra de los ideales adecos, sin duda alguna, Leonardo Ruiz Pineda fue uno de los líderes más inteligentes y combativos para defender a todo trance el legado de nuestra doctrina. Además, nunca dejé de estar en contacto con Leonardo, no solamente por el correo clandestino, que llegó a ser muy eficaz, sino también a través de la pequeña estación de radio que teníamos en Costa Rica, en la hacienda “La lucha sin fin” de José Figueres, a cien kilómetros al sur de San José, desde donde transmitíamos mensajes a la clandestinidad en clave, especialmente dirigidos a Ruiz Pineda. Era una vulgar infamia al tratar de cultivar cizaña entre Ruiz Pineda, Carnevali y yo. Yo quería entrañablemente a Ruiz Pineda porque lo sabía leal al partido y a Venezuela, porque lo conocía en sus más profundas vivencias desde los inicios de la lucha política, porque tenía un enorme respeto por sus cualidades intelectuales y porque poseía la convicción de que él representaba la nueva generación para el futuro ejercicio del poder. Esos posteriores apóstatas del MIR o los fraccionalistas del llamado grupo ARS, que han tratado de reivindicar después a Leonardo o a Carnevali como presuntos dirigentes disidentes de la línea que yo sustentaba, estaban “pelados de medio a medio” porque uno y otro, Ruiz Pineda o Alberto, respondieron siempre al programa del partido, a la disciplina y, sobre todo, a la lealtad y amistad con los dirigentes fundadores.

La desgracia, en forma de destino cruel y adverso, quiso que ellos murieran antes del retorno de la democracia a Venezuela, pero yo debo decir con el corazón en la mano, con sinceridad visceral, con peso y valor de juramento, que tanto Ruiz Pineda como Carnevali habrían podido ser presidentes de la República en lugar de Leoni y yo, después de la caída de Pérez Jiménez. Ruiz Pineda fue asesinado en Caracas, en la barriada de San Agustín el 21 de octubre de 1952. La noticia de su muerte violenta me llenó de angustia y de pesar. El partido había perdido a su mejor hombre en el combate de la clandestinidad; y por eso me movilicé

para denunciar ante la conciencia libre y democrática del hemisferio el horrendo asesinato cometido por la policía de la dictadura. Escribí cartas, telegramas y mensajes a numerosos personajes y a múltiples organizaciones políticas, sociales y culturales de los EE.UU. y de Sudamérica y del Caribe para denunciar la desaparición de Leonardo y condenar al régimen de Caracas. La mejor prueba de mi amistad y devoción por Leonardo la suministró Jorge Dáger, otro disidente del partido, pero quien con nobleza, en su libro sobre la resistencia, afirma que yo le habría abierto el camino hacia la presidencia: “Si Leonardo estuviera vivo –me dijo Betancourt, un día de 1958– yo lo estuviera apoyando con todas mis fuerzas”. Y eso fue cierto.



Rómulo Betancourt, Leonardo Ruiz Pineda y Carlos Andrés Pérez.

El año 1952 había sido siniestro para nuestra organización clandestina, pero 1953 acaso fue peor. Después del asesinato de Ruiz Pineda, ocurrió la muerte de Alberto Carnevali en la cárcel de San Juan de los Morros. Tenía apenas 36 años de edad y el cáncer lo devoró, agravado por la falta de atención médica. Los esbirros de la Junta se negaron a permitir el traslado del enfermo a una Clínica de Caracas o del exterior. En esa cadena de hechos monstruosos, el 10 de junio de 1953 fue secuestrado y asesinado otro dirigente de nuestro partido, el poeta y economista Antonio Pinto Salinas, quien cumplía gallardamente tareas de la vida clandestina. El país permaneció indiferente ante estos crímenes

de la Junta Militar y las cárceles seguían repletas de militantes y dirigentes de AD que no bajaban la guardia frente a la tiranía.

Don Rómulo, hablando de la lucha antiimperialista de AD, ¿cómo fue la actitud del Departamento de Estado norteamericano y las transnacionales petroleras, esos años, frente a la dictadura de Marcos Pérez Jiménez?

- La política petrolera del régimen se hizo sumisa y colonialista al servicio de los grandes monopolios internacionales. Pérez Jiménez abolió el principio institucional de no otorgar más concesiones petroleras y así su gobierno se fortaleció porque tuvo el apoyo del gran capital anglosajón. Las compañías afiliadas al Cartel obtuvieron las nuevas concesiones sobre más de cuatrocientos mil hectáreas en un reparto escandaloso y fraudulento. La Creole, la Shell y la Mene Grande que controlaban más del 90% de la producción fueron los más favorecidos en la operación. En tales negociados aparecían como intermediarios algunos testaferros de Pérez Jiménez y del ministro Vallenilla, a través de una misteriosa empresa llamada Venezuelan Leasehold y dirigida por Henrique Brandt, Reinaldo Herrera Usler y Nikita Harwick, cuñado del ministro del Interior. Por supuesto la diplomacia yanqui dio su respaldo a la dictadura a cambio de concesiones petroleras. La impudicia del Departamento de Estado rebasó el pragmatismo secular de la nación norteamericana frente a los problemas de América Latina a través de una política de apoyo y estímulo a Pérez Jiménez. El presidente Eisenhower le acordó al grotesco dictador venezolano la altísima condecoración de la Legión al Mérito, y la medalla con su banda le fue entregada a Pérez Jiménez por el embajador en Caracas el señor Fletcher Warren, quien se ufanaba de la íntima amistad con Pedro Estrada. Un escarnio para la democracia de los Estados Unidos y para el guerrero que comandó las fuerzas de la libertad en la Segunda Guerra Mundial.

¿Cuándo fue que el gobierno de Pérez Jiménez, según su criterio, comenzó su declive, a pesar de los apoyos de las compañías transnacionales y del mismo gobierno norteamericano?

- A medida que pasaba el tiempo y que se agudizaba la represión, asesinando a líderes nuestros como a Luis Hurtado Higuera, a quien masacraron a golpes bajo la dirección personal del esbirro Miguel Silvio Sanz y muchos otros dirigentes eran secuestrados, encarcelados o expulsados, la dictadura co-

menzaba a dar muestras de agotamiento y se iba profundizando la crisis de gobierno en Venezuela, hasta el punto que para 1957, los días de la tiranía parecían estar contados. Yo estaba en Puerto Rico, atento a las noticias que nos llegaban desde Venezuela. El gobierno navegaba en una prosperidad ficticia y chapoteaba en la más descarada corrupción. Iba surgiendo la esperada reacción nacional y popular contra la camarilla pezejimienista, cuyos personeros pretendían continuar en el poder. El marco internacional y latinoamericano era como un acicate tremendo contra el despotismo ya largo y absolutamente desacreditado de Marcos Pérez Jiménez.

Había caído Perón en Argentina, habían sido asesinados Somoza en Nicaragua y Castillo Armas en Guatemala. En la vecina Colombia había sido derrocado, por la unión de los grandes partidos Liberal y Conservador, Rojas Pinilla. Venezuela no se podía quedar atrás. A fines de 1957 fue detenido y más tarde expulsado del país el doctor Rafael Caldera. De inmediato hice contacto con él y me enteré de los pormenores de su prisión y de los detalles de la crisis que se estaba gestando. Se produjo la unidad de las fuerzas democráticas en una Junta Patriótica con la participación de AD, URD, COPEI y el PCV.

Las fuerzas armadas empezaron a resquebrajarse cuando vieron el descaro del plebiscito que pretendía reelegir a Pérez Jiménez. Un impacto negativo causó la prisión del jefe de la Guardia Nacional Oscar Tamayo Suárez. Los estudiantes de liceos y universidades reanudaron sus manifestaciones diarias contra la dictadura. La represión subió de punto, mientras el Arzobispo de Caracas, Arias Blanco, lanzó una pastoral el 1° de mayo de 1957, que era un ataque al régimen. En San Juan de Puerto Rico hice una declaración que fue publicada en todas partes menos en Caracas, obviamente, que decía:

“En 1957 deben haber elecciones para sustituir al gobierno actual. La oposición no está planeando atentados ni insurrecciones, sino que solicita amnistía para los presos y desterrados políticos y elecciones libres. Es decir, lo mismo que ha sucedido en Perú, en donde el general Odría permitió que hubiera un proceso cívico normal para facilitar el cambio de gobierno. Creemos que el ambiente se está volviendo en América poco propicio para el mantenimiento de gobiernos autoritarios y por eso nos anima la fe en que se podrá hallar una salida pacífica,

cívica y democrática a la profunda crisis que vive nuestro país”.

¿Quiénes eran, don Rómulo, los dirigentes de otras organizaciones políticas que exigían, al igual que usted, elecciones libres en Venezuela en esa misma época?

- Rafael Caldera, líder fundamental socialcristiano, también había declarado desde Panamá, con motivo de la reunión del Congreso Eucarístico, que todo el país pedía elecciones libres como salida a la crisis. Su correligionario Luis Herrera Campíns, desde Roma, pedía garantías para acudir a las elecciones y señalaba que el régimen entraba en su ocaso definitivo. Por su parte, Jóvito Villalba declaró al periódico *Christian Science Monitor*, de Boston, que con el concurso de los tres grandes partidos (AD, URD y COPEI) estaba planteada en Venezuela una salida institucional semejante a la del Perú y Brasil. Por último, me enteré de que el XIII Pleno del Partido Comunista en la clandestinidad aprobó que la “única estrategia justa para enfrentar a la dictadura en sus planes continuistas es la acción unida de todos los venezolanos que aspiran a un gobierno de libertades democráticas”.

Así se planteó la política de unidad democrática, aunque yo temía que la presencia del PCV en la Junta Patriótica habría de acarrear problemas ulteriores a los partidos democráticos. Pero, en esos momentos, no me opuse a la colaboración de los comunistas, cuyos comandos clandestinos, dirigidos por Pompeyo Márquez y Guillermo García Ponce, eran muy efectivos.

¿Cómo analizó Acción Democrática el llamado de Pérez Jiménez al plebiscito y cómo planteó la manera de enfrentarlo? ¿Esa unidad de la oposición contra el plebiscito, incluía a los comunistas?

- El plebiscito consistía en llamar a votar a los venezolanos mayores de 18 años y a los extranjeros con más de dos años de residencia en el país, haciendo uso de dos tarjetas, una azul para expresar apoyo al gobierno y a la reelección de Pérez Jiménez y a la nómina de candidatos a senadores y diputados presentada por el Ejecutivo; y otra tarjeta roja, que expresaría el voto negativo. Ese decreto oficial redactado por los abogados Rafael Pinzón y Laureano Vallenilla fue aprobado por el Congreso sin oposición y se fijó el 15 de diciembre de 1957 para realizar las votaciones. Era un escarnio, una burla a los venezolanos, pero también era un ominoso golpe de estado contra la soberanía, un nuevo zarpa-

zo de Pérez Jiménez y su clique de segundones contra las instituciones. Igualmente era un temerario desafío a la capacidad de aguante de millones de compatriotas que no estaban dispuestos a quedarse indiferentes frente al nuevo despojo de sus derechos políticos.

A sabiendas de que los comunistas intentarían, como en efecto lo hicieron, dominar la Junta Patriótica con sus eternas mañas de infiltrar las organizaciones de masas pronuncié en esos días una conferencia en el Carnegie International Center y dije que “no se ha contemplado, ni se contemplará, la posibilidad de que concurra el pequeño partido comunista venezolano cuya táctica y estrategia son privativamente suyos y no las comparten las corrientes mayoritarias de opinión políticamente organizadas”. Es que estaba persuadido, cómo más adelante lo manifesté a la hora de celebrar el Pacto de Puntofijo, que la política exterior del PCV no era autónoma ni nacionalista, sino influenciada de manera determinante por los intereses de gran potencia de la URSS y eso conspiraba contra la naciente democracia venezolana, la que debía ser independiente de cualquier dominio extranjero que vulnerara su soberanía.

Lamentablemente hubo compañeros como Alonso Gamero, Silvestre Ortiz Bucarán, Américo Martín y Simón Sáez Mérida, que se sumaron al frente con los comunistas, pues estaban influidos por la ideología marxista-leninista del PC al hacer causa común en la lucha clandestina y no saber diferenciar el pensamiento socialdemócrata y nacionalista de AD con el de los comunistas. La revolución cubana terminó de hacer de imán atractivo adicional, para que estos compañeros más tarde cometieran el error histórico de abandonar al partido y salir a combatir a la naciente democracia con las armas, en una lucha guerrillera ineficaz pero sangrienta. En ese momento toleramos la unidad con los comunistas, persuadidos que ya llegaría el momento, más temprano que tarde, de deslindar campos con ellos, para que no hicieran más daño que el que terminaron haciendo.

¿Y cómo se celebró ese plebiscito, cuál fue su resultado en votos y además cómo influyó en la conspiración cívico militar en ciernes?

- El plebiscito se celebró el 15 de diciembre de 1957 en un ambiente de apatía agresiva o de desdén ciudadano. Los que fueron a votar lo hicieron para no perder sus cargos públicos y obligados

los demás por una policía amenazante. El dócil Consejo Electoral afirmó que Pérez Jiménez había sido reelecto por 2.738.972 votos azules afirmativos, y que solo hubo 384.972 tarjetas negativas. Nadie en Venezuela y en el exterior creyó en la legalidad de ese proceso o en la diafanidad de esas cifras manipuladas por el ministro del Interior Laureano Vallenilla Planchart.

Todos los venezolanos sabemos que el primero de enero de 1958 se alzó la aviación en Maracay, pero al frustrarse ese alzamiento, ¿cómo sintieron ustedes en el destierro esta derrota: los inmovilizó o por el contrario estimuló sus actividades conspirativas desde el exterior?

- En ese momento estaba comunicándome con militares democráticos que se encontraban en el exterior informándoles de estos sucesos; recuerdo que el 6 de enero escribí desde Nueva York a los tenientes coroneles J.M. Gámez, Nucete Paoli y Jiménez Velásquez a Madrid, donde les decía que desde la madrugada del 2 de enero tenía listos los cablegramas llamándolos. Todo parecía indicar que el régimen despótico había llegado a su fin. Transitoriamente había sorteado la mayor dificultad que había confrontado en los años que llevaba de humillar y avergonzar a Venezuela. El descalabro, les explicaba, se debió a que la gente de Maracay no sabía que dos regimientos enviados desde Caracas, comandados por el Tte. coronel Clemente Sánchez Valderrama y formado por unidades blindadas y de artillería, se habían pasado a la revolución en Los Teques. Ocho horas después de haberse rendido Maracay todavía seguían los alzados en Los Teques controlando la situación allí y hablando por la radio. Varias circunstancias determinaron que ese movimiento tan poderoso no triunfara. Aparte de los de carácter militar, creo que si los alzados hubieran dado armas al pueblo en Maracay triunfan definitivamente. La gente se echó a la calle en esa ciudad, reclamando armas para pelear. En uno de los recortes que les incluí en esta carta, les decía a los militares que estaban en España, que vieran ese detalle.

También les comentaba que Pérez Jiménez había salido de ese trance, definitivamente con plomo en el ala. Su situación era realmente difícil. Los directores de periódicos amenazaron con cerrar sus diarios, apoyados por trabajadores de las imprentas si se insistía en que publicaran editoriales elogiando al gobierno y condenado el alzamiento. Fue apresado el Presbítero Hernández Chapellín, director de *La Religión*, junto con

Miguel Ángel Capriles dueño de *La Esfera, Ultimas Noticias y Elite*. Ese día 6 de enero se publicaba en Nueva York en el *Journal America* que por la presión de los dueños de periódicos esos periodistas, o, por lo menos, Capriles, ya estaban en libertad. También se supo que había, para la fecha, una pugna seria entre Pérez Jiménez y el alto mando militar, porque este pedía que se cumplieran las condiciones bajo las cuales se rindieron los de Maracay. Y a todas estas, la agitación en los medios civiles seguía manifestándose activamente.

Ya estaban unidos los partidos políticos, realizándose un propósito que desde mucho tiempo había venido procurando AD, el frente de resistencia interno estaba más compacto y más agresivo. Por todas esas consideraciones creía que el régimen que estábamos combatiendo se acercaba a la etapa de su derrumbamiento definitivo. También les sugería a estos militares patriotas que dirigieran cartas de estímulo a los oficiales que conocieran, de los insurgentes del primero de enero y que habían llegado a Barranquilla. Les enviaba la lista de ellos por si no la tenían y les pedía se las enviaran a la dirección del Dr. Ángel Borregales en esa ciudad, Carrera 43 No. 47-20. Les agregaba, que esperaba que contribuyeran con sus escritos a que los militares depusieran su desconfianza en las acciones que estábamos desarrollando los dirigentes políticos. Les decía que entre los muchos daños que Pérez Jiménez le había hecho a Venezuela estaba ese de haber pretendido abrir un abismo entre las fuerzas armadas y los hombres que en el campo civil habíamos trabajado y seguiríamos trabajando por la libertad y la dignificación de nuestra Patria.

¿Y sus relaciones con otros gobiernos amigos cómo eran en esos momentos, me imagino que ya comenzarían a tomar más en serio a los exiliados desde la insurgencia del primero de enero de 1958?

- Ciertamente. Eso es tan así que le escribí el 9 de enero a mi gran y consecuente amigo Luis Muñoz Marín, Gobernador de Puerto Rico, una carta donde le decía: "Después de lo que ha venido sucediendo en Venezuela habrás apreciado que no eran ilusiones de exilado las que yo me hacía cuando te manifestaba la seguridad en el porvenir. El descalabro del levantamiento militar del primero de enero no ha fortalecido a la dictadura, sino que está más débil que nunca. El ejército está anarquizado y el pueblo perdió el miedo. El país está sacudido de un extremo a otro por una ola de indignación y hasta las gentes más insospechadas de actitudes

altivas y cívicas, como son los dueños de periódicos ya han comenzado a descubrir que existe la dignidad. Ahora se agrega a todo esto, para echarle más combustible a la hoguera, la actitud demencial de Pérez Jiménez de lanzarse contra la Iglesia y el Clero. Ese proceso se parece sorprendentemente al que culminó con la caída estrepitosa de Perón. Hasta en el detalle de que los déspotas de Caracas están hablando de una política de convivencia y pacificación. De nada les valdrá. Ya lo dijo Maura, uno de los políticos más zamarros que ha dado España: las dictaduras son como los ciclistas que cuando dejan de pedalear se caen. Soy, le decía ese 9 de enero a mi amigo puertorriqueño, profundamente optimista.

¿Sus relaciones con COPEI se reducían a Rafael Caldera o también tenía contacto con otros dirigentes de ese partido en el exilio?

- Siempre tuve buenas relaciones con los dirigentes de COPEI en el exilio, por supuesto que eran más frecuentes con Caldera porque era el líder indiscutible de esa organización, pero también distinguí mucho siempre a un hombre honesto, serio y talentoso como Luis Herrera Campíns. Por cierto, le voy a hacer referencia a una carta que conservo y que fechada el 14 de enero, una semana exacta antes del día de la alborada democrática, le envié a mi amigo Herrera. Le decía: "Hace tiempo estaba por escribirle: pero me he atenido a que usted mantiene copiosa correspondencia con unos compañeros míos, Dubuc, Leonidas Monasterio y Alberto López, entre otros. La última noticia de hoy es la de que Pérez Jiménez dio una especie de contragolpe, apresando y deportando al Gral. Rómulo Fernández y encargándose del Ministerio de la Defensa. Esta maniobra no detendrá el curso de los sucesos. Creo que inexorablemente está planteada la salida de Pérez y que saldrá. Entre los factores más decisivos en juego está el desmoronamiento del miedo.

Ha habido no solo la gran manifestación popular de Caracas sino también otras en el resto del país. La gente reparte retadoramente, en las narices de la policía, panfletos antidictatoriales. Con las fuerzas armadas anarquizadas y prácticamente en insurgencia, y con un pueblo que se sacudió la apatía, parece claro que el régimen podrá sobrevivir precariamente por semanas o por meses escasos, pero no superará esta crisis. Ahora ya tenemos que pensar en el futuro. Es un gran paso el que se ha dado, el de que las fuerzas políticas civiles nos hayamos comportado en la

práctica con un sentido de entendimiento. Pero algo más serio y profundo debe hacerse. Soy de los más sinceramente convencidos, por mi propia experiencia en el gobierno, de que son la desunión y el canibalismo entre las fuerzas civiles lo que estimula y acicatea las ambiciones de los “providenciales”.

No basta, por consiguiente, esta unión ya soldada, aun cuan-



Rafael Caldera, Rómulo Betancourt y Jóvito Villalba reunidos en Nueva York.

do no se haya estipulada en forma escrita, para terminar con la tiranía actual. Debemos prevenir el riesgo de una crisis recurrente de ese mal en apariencia crónico de la autocracia y el despotismo en nuestro país. Pero el tiempo apremia y algo debe hacerse pronto. Por eso nos hemos interesado todos en su traslado a América. Vi sus cartas para Dubuc y Alberto López. Veo que ha tenido obstáculos respetables, por dimanar de cuestiones internas de su Partido. Creo que ahora con la salida de Rafael podrá recibir usted autorización. Me parece del mayor interés que usted pueda situarse aquí y ya podríamos Jóvito, usted y yo hablar en nombre de nuestros respectivos partidos, en declaraciones conjuntas. Eso tendría un gran efecto, tanto desde el punto de vista interno como internacional. Sobre eso me insistió telefónicamente Luis Augusto, después de entrevistarse con los exilados del 1° de enero, que están en Barranquilla. En todo caso hay limpieza de propósitos, honrado interés nacional, y nadie pretende que ninguna colectividad política pierda su perfil, su fisonomía, sino que busquemos de buena fe una fórmula que contribuya no solo a erradicar el

obstáculo actual para una evolución venezolana hacia el gobierno propio y la libertad, sino también evitar definitivamente para el futuro el reflorcer de aquella estúpida guerra a cuchillo que hicimos antes”.

Y finalizaba esa carta de manera premonitoria: “Espero que con esta carta iniciemos un frecuente intercambio de correspondencia. Ojalá que por corto tiempo y que el diálogo vivo lo continuemos en Caracas. Estoy convencido de que ahora si no se trata de ilusiones de exilados, porque el momento del retorno está próximo”.

El 23 de enero de 1958.
Pacto de Puntofijo¹.
Primeras elecciones democráticas
después del 46

Presidente, este conversatorio está llegando a la fecha precisa del 23 de enero, día del triunfo de las fuerzas democráticas contra la dictadura, pero tengo entendido que usted dirigió algunas instrucciones previas a esa fecha, al CEN del partido, donde le manifestaba que había que continuar la lucha pero de manera pacífica y ordenada sin caer en consignas maximalistas. ¿Cuál era la verdadera intención de esas instrucciones, no creía aún que el gobierno estaba cayendo?

- Estaba convencido que el gobierno estaba cayendo, pero como no sabíamos la fecha cierta de su derrumbe definitivo debíamos ser cautelosos, en el sentido de mantener la unidad más amplia posible y las consignas maximalistas pidiendo la salida inmediata de Pérez Jiménez podía acobardar a algunos sectores que ya estaban exigiendo libertad de los presos políticos, libertad de prensa, regreso de los exilados y demás planteamientos abiertamente hostiles a la cerrazón dictatorial, lo que iba profundizando el aislamiento de la camarilla en el poder.

Esta fue la última carta que le envié al CEN clandestino una semana antes de la huida del dictador y de la caída de su régimen. Les decía, entre otras cosas, a los compañeros: “Queridos compañeros del CEN: aprovecho esta ocasión para escribirles. He estado deseando hacerlo desde hace tiempo, pero no había encontrado una vía tan segura como esta que ahora estoy utilizando. Desgraciadamente, solo dispongo de minutos y debo aprovecharlos al máximo. Y déjenme decirles, antes que otra cosa, como me satisface leer la carta para el CC que enviaron Uds. a Mata a través de mensajero personal. Fue magnífico eso que asumieran el comando del Partido después del más reciente descalabro. AD tiene la extraordinaria virtud del porfiado: cuando lo golpean en

¹ Nombre de la residencia del Dr. Rafael Caldera donde se firma el pacto.

la cabeza recobra el equilibrio y vuelve a pararse. Es que nuestra gente está hecha de una calidad cívica y revolucionaria especial. Nos hemos templado y endurecido en los largos años de la resistencia y hemos demostrado una vitalidad que puede ser solo sorprendente para quienes ignoran los mecanismos que rigen los procesos sociales. Partidos como el nuestro, con un programa, con una disciplina y con una fe, sólidamente enraizados en la confianza popular, pueden afrontar todos los avatares, sin que se les quiebre la médula espinal. Basta de filosofías, y a cuestiones concretas. Desde aquí veo el panorama nacional definitivamente favorable.

El despotismo caerá en el curso de días —acaso haya caído cuando esta carta llegue a manos de ustedes—, o de semanas, o de meses. Pero caerá. La sentencia está escrita en el muro. Pero hay que darle, ahora sí, el empujón definitivo. Considero lógicamente que el Partido debe haberse manifestado activo en las acciones callejeras. Estas deben seguir, en una forma coordinada y metódica, en entendimiento y coordinación con otras fuerzas políticas. Esas manifestaciones deben realizarse en torno al reclamo de garantías básicas: restablecimiento de las libertades públicas, entre ellas las de prensa y de asociación política y sindical; libertad de los presos políticos; retorno de



Asalto y toma a la Seguridad Nacional. Caracas, 23 de enero de 1958.

los exilados. Deben ser precedidas de carteles con la consigna (en mayúscula lo que sigue, en el original) ESTA ES UNA MANIFESTACIÓN CÍVICA Y PACÍFICA.

Deben ser manifestaciones pacíficas, y en ellas no creo que debe plantearse de una vez la salida de Pérez Jiménez, sino consignas de tipo como las que les indico. Es una forma de contrarrestar la ofensiva policial y de lograr que realmente sean masivas. Lo del “pacifismo” de las manifestaciones es porque he visto que ha habido destrucción de vitrinas, etc., en la manifestación que hubo. Considero difícil controlar a las masas exasperadas, pero los dirigentes son para dirigir. Debemos dar muestras de una impresionante capacidad para orientar al pueblo en estos momentos no hacia la retaliación explosiva, sino hacia el reclamo de las grandes aspiraciones colectivas. A las consignas políticas, añadan las reivindicaciones económicas, de acuerdo con las que consideren ustedes aspiraciones y reclamos más acuciantes en la actualidad. Estas son, en líneas generales, las indicaciones que les hago. Estamos para reunirnos los del comando exilado para tomar decisiones con respecto a quienes deben entrar de inmediato. Por lo pronto, se está forzando el regreso legal de la mayoría de los compañeros. (...) En este momento me llaman de la *United Press* para decirme que en Caracas se están precipitando los acontecimientos y que hay otra manifestación en la calle. Bueno, hacer la revolución es mejor que escribir sobre ella. Un colectivo abrazo fraternal”.

Presidente, una semana después de enviada esa carta el dictador Pérez Jiménez y sus más allegados emprendieron la huida del país. El 23 de enero pueblo y fuerzas armadas lograron la hazaña de derrocar a ese gobierno ilegítimo. Usted aún estaba fuera del país, pero permanecía en comunicación con el CEN del partido. ¿Cuáles fueron sus primeras instrucciones a los compañeros después de conocer el triunfo popular?

El 24 de enero les escribía por primera vez después de la gran victoria del pueblo. Les decía que esperaba detalles de parte de ellos, pero mientras tanto les manifestaba que sabía bien cuanto esfuerzo y sacrificio de la resuelta militancia de AD se derrocharon en las jornadas revolucionarias de esos días. Les decía que desde donde me encontraba habíamos estado trabajando, dentro de las limitaciones del exilio, para la gran tarea común. Les hacía algunas consideraciones políticas internas para el partido y sobre la situación nacional. Sobre la

primera les decía que creía necesario comenzar a reestructurar al Partido. No estábamos, en aquellos momentos en condiciones de realizar una consulta directa a la militancia, porque estábamos desarticulados. Debíamos buscar alguna fórmula para aplicarla y llenar el vacío y les proponía la elección por arriba de un comando provisional, estableciendo una comisión reorganizadora sindical, periféricas, etc., y un comité político que conduzca, oriente y represente al Partido.

Indicaba la conveniencia de que fuera integrado por los compañeros Leoni, Dubuc y un miembro del CEN actual. Que tan pronto ingresara al país el compañero Barrios debería formar parte también de ese comité político, junto con el compañero Le-page y el compañero Malavé, o un líder sindicalista experimentado. En todo caso, de una vez, debía asumir el triunvirato Leoni, Dubuc y el compañero del CEN las riendas del Partido. Me comprometía a asumir, ante la organización, cuando podamos debatir con más libertad, la responsabilidad de haber hecho esa indicación, que consideraba adecuada a las necesidades perentorias de unificar el esfuerzo partidista.

Sobre la situación política nacional les decía que la veía confusa, porque me daba la impresión que el gobierno en ese momento no tenía las riendas en las manos. Hablé largamente con Eugenio Mendoza en Nueva York, instándolo a aceptar su puesto en la Junta. No sabía en ese momento si había aceptado. Me encontraba alarmado por la última información que había recibido, según la cual, los cónsules habían recibido la orden cablegráfica de no otorgar más visas a exilados. Les pedía a los compañeros que ma-



Rafael Caldera, Jovito Villalba y Rómulo Betancourt, firmantes del Pacto de Puntofijo.

nejaran eso ellos para no cometer la imprudencia de denunciar al nuevo gobierno desde el exilio y les pedía información directa sobre su apreciación sobre la actitud del nuevo gobierno.

También les informaba de mis conversaciones con Caldera y Villalba. Les decía que este último había tomado la decisión de irse a Venezuela inmediatamente. Que con ellos habíamos acordado varias cosas trascendentes, las dos más importantes: 1) propiciar una especie de tregua política, en los próximos meses, dedicando mayor esfuerzo a reorganizar los partidos internamente que a la agitación callejera; y, disposición de firmar hasta un solemne pacto, mediante el cual se elimine definitivamente en la lucha interpartidista la pugnacidad agresiva y el desplante provocador, se trataba, en síntesis, de civilizar la lucha política.

También le decía a los compañeros del CEN que esperaba al comisionado del partido que ellos me enviaban para recibir información más acabada de la situación y la recomendación del partido de la fecha de mi regreso. También les pedía que, a pesar de que andaba acompañado de un detective, porque la policía norteamericana parecía que había descubierto un posible atentado, les pedía (lo escribí en mayúscula) **POR NINGÚN RESPECTO LE DEN PUBLICIDAD A ESTO, PUES LAS MEDIDAS DE SEGURIDAD YA SE HABÍAN TOMADO** y no debíamos seguir planteando eso de los riesgos que pueda correr yo, porque son riesgos normales si se quiere.

Me imagino, don Rómulo, que usted debe haber estado muy preocupado por la nueva situación política y cómo debería afrontar la AD, desde el punto de vista organizativo, habida cuenta de que podía comenzar una masificación de la militancia por el oportunismo de ver ahora las facilidades que no existían durante la dictadura. En síntesis, ¿no temía que el partido se llenara de oportunistas y la dirección nacional y las regionales cayeran en manos indeseables?

- Claro que me preocupaba y mucho. En carta que le envié a la Dirección del Partido fechada en Nueva York el 27 de ese mismo mes y año, les manifestaba mi preocupación de que cayéramos en la demagogia asambleísta. Les decía que seríamos unos irresponsables hacia Venezuela y hacia AD si caímos en esa desviación, que las direcciones regionales debían ser escogidas por la dirección nacional y no someter función tan importante a ningún azar. Claro que tanto la Dirección Nacional como las Regionales actua-

rían hasta tanto se pudiera realizar una pre-convención o una convención. Pero que no podíamos permitir que se nos anarquizará el partido por afanes asambleístas que en ese caso sería sucumbir a la demagogia. Y en relación a nuevos miembros del partido les sugería que elaboraran un nuevo Reglamento, que debía contener dos puntos básicos: uno, los viejos militantes anteriores al 24 de noviembre, que deben pasar por una criba antes de ser reincorporados al Partido mediante la explicación de cuál ha sido su conducta durante estos años; y dos: establecer de una vez un sistema que determine que el carnet de militante para quienes ahora quieran ingresar al Partido, no podrá ser otorgado sino después de un lapso de prueba en que el aspirante demuestre su lealtad a nuestro programa y su disposición de acatar nuestra disciplina.

Conceptuaba que debían ser integradas comisiones nacionales y estatales para estudiar la conducta de los compañeros durante los años de la tiranía, estableciendo distingos entre quienes fueron luchadores activos y aquellos que nos traicionaron en una u otra forma. Estos últimos, claro está, no podían aspirar a ser reincorporados a AD. Con esas medidas lograríamos integrar un partido mucho menos voluminoso que aquel de 500.000 militantes teóricos del 48, pero mejor acoplado, acerado, auténtico instrumento del pueblo. Todas esas medidas tenían que ser adoptadas, con la suficiente flexibilidad, para no aparecer como que constituíamos una secta en la que solo tenían lugar aquellos que hicieron la resistencia y fueron a la cárcel o al exilio. Pero si no las adoptábamos corríamos el riesgo de que un desborde aluvional, como usted dice, llenara nuestros registros con nombres de personas que muchas podían ser indeseables y otras circunstancialmente interesadas en la lucha política y social.

Usted sale de Nueva York a Venezuela y al llegar, el 9 de febrero, su partido le prodiga un gran recibimiento en la plaza Diego Ibarra de El Silencio, en la ciudad de Caracas. Allí usted habló a sus miles de compañeros y a Venezuela, pareciendo renunciar a cualquier aspiración a la presidencia de la República. ¿Ese desprendimiento, en ese momento, fue cálculo político o de verdad usted no aspiraba la candidatura de su partido?

- La verdad es que el tema de la candidatura la estuvimos discutiendo en Nueva York con Jóvito y Caldera. Creíamos necesaria una candidatura independiente apoyada por las tres organizaciones nuestras: AD, COPEI y URD. Les dije que incluso los

nombres de Caldera y Villalba también podrían ser considerados por mi partido. Aunque la verdad sea dicha, creía más en la posibilidad que fuese más viable la de Caldera, pues tenía respaldo de algunos sectores que iban más allá de los círculos de su partido, en cambio Villalba no tenía esa aureola por ser más hombre de partido y no veía fácil su respaldo por mis compañeros con quien él había tenido muchas diatribas en el pasado. Se barajaron nombres de personalidades independientes y consideraba que mi nombre no debía ser presentado en esos momentos porque generaba resistencia en algunos sectores militares influenciados por la década perzjimenista que quiso convertirme en un leproso político en las fuerzas armadas. El mismo Jóvito se prestaba a esas prédicas en el estamento militar y decía, sin mayores miramientos ni consideración, que mi posible candidatura equivaldría a un golpe de estado.

Por eso mi reticencia, al principio, a esa aspiración. Sin embargo, decidí recorrer a Venezuela, para conocer mejor el pensamiento de mis compatriotas del interior de la República y no quedarme en Caracas perdiendo el tiempo en cabildeos de pequeños cenáculos. Cuando recorrí Venezuela, hablando con mis compañeros, con las Cámaras de Comercio e Industriales de la provincia, me di cuenta que el país no debía caer en manos de algún aprendiz de brujo, que saliera como Presidente producto de alguna maniobrilla elitista, salido de alguna chistera, porque la masa no estaba para bollos. La situación del país era crítica, las finanzas estaban exhaustas por el pillaje de la dictadura y habría, estaba seguro de ello, conspiraciones de diverso signo ideológico, contra la democracia en pañales que acabábamos de parir.

¿Pero en ese discurso usted no dijo que no aspiraría la Presidencia de la República?

Lo que dije se lo voy a repetir textualmente, porque no soy hombre de dobleces, en ese momento expresé lo que me salía de muy adentro de mis más profundas convicciones: (...) “Ahora, conciudadanos, miembros de la Junta Patriótica, compañeros de Partido, voy a trasladarme con mi esposa, la que ha sido compañera abnegada, valerosa, en mis años de lucha... voy a trasladarme con ella al cementerio, y allí, a la vera de las tumbas de nuestros muertos inolvidables, elevaré mi espíritu para que nada tuerza mi decisión de ser dentro de Acción Democrática, y dentro de Venezuela, un hombre sin apetencias personales, sin ambiciones de poder. Un hombre que en estos diez años de exilio luchó

con más ardor que nunca, y no guiado por el odio hacia un hombre y su sistema, sino por la honda vergüenza de que a una patria de libertadores la humillaran, oprimieran y deshonraran. Y les aseguro, compatriotas, con esa sinceridad que me conoce el pueblo (porque cuando he estado en la calle, como cuando he estado en Miraflores, he hablado con el mismo lenguaje claro, directo y franco), les aseguro que el 24 de enero, si no hubiera pensado en que tenía que cumplir un deber con mi país para ayudarlo a salir de su convalecencia –uno más entre los hombres de Venezuela empeñado en esta tarea–, me habría ido a Chicago a disfrutar la euforia del abuelo con el nieto que me regaló la vida. Concluyo, compatriotas: hay momentos estelares en la vida de los pueblos. Grandes horas en el devenir de las naciones, Instantes en que un país realiza una cita con su propio destino. Uno de esos momentos cargados de posibilidades creadoras, similar al del año de 1810, lo está viviendo la Venezuela de hoy. Que gobernantes y gobernados, hombres y mujeres de todas las clases sociales y de todas las ideologías políticas, cumplamos cabalmente con nuestro deber hacia la patria entrañablemente amada, para que esta magnífica oportunidad no se le frustre”.

Y puede usted tener la seguridad que me dediqué con todas mis fuerzas a trabajar para que “esa magnífica oportunidad no se frustrara”, por lo que al ver que Jóvito lanzó la candidatura de Larrazábal y Caldera anunció la suya, en el partido comenzamos a discutir la posibilidad de nuestra opción, no sin antes dar grandes debates internos. En principio, llegué a pensar que Larrazábal podía ser una opción, asistido por un Consejo de Gobierno integrado por los jefes de los tres partidos (AD, COPEI y URD), y por un representante de los sectores económicos, pero al conocer personalmente al Contralmirante me di cuenta que no era el hombre de carácter que necesitaba el país en esos momentos y, además, estaba ya muy comprometido con Jóvito y URD.

Aunque la situación no era nada fácil, para AD, por la popularidad de Larrazábal y el carisma de Caldera, sin embargo, consideré que lo arraigado de nuestro partido, su mística y organización prevalecerían, por lo que llamé: “una batalla de la organización contra la emoción”. Los resultados de esas elecciones me dieron la razón, a pesar que perdimos las elecciones en las grandes ciudades, la Venezuela profunda nos dio un triunfo holgado. Sin embargo, no nos envanecemos con ese triunfo y en seguida, después de la sencilla pero emotiva ceremonia en el Consejo Electo-

ral donde se me proclamó como Presidente electo, salí a visitar la casa de Caldera, Larrazábal y Villalba, para ratificarles mi propuesta de conformar un gobierno de coalición, donde los principales partidos políticos tuvieran representación ministerial. Y convencí a mi partido de ser el que tuviese menos representación en ese gabinete.

¿Y cuál fue su actitud frente a unas Fuerzas Armadas, que fueron adoctrinadas durante todo el mandato de la dictadura contra usted y su partido? ¿Cómo hizo para poder torcer esa distorsión y ganarse su confianza y respeto?

Me dediqué, como Presidente electo, a visitar los cuárteles y le expresé a los militares, en lenguaje diáfano, claro y sin esguinces de ningún tipo que yo era un político y, por tanto, un hombre polémico, un hombre sobre quien se discute con pasión. Ustedes, les dije, durante diez años han sido objeto de una campaña encaminada a desfigurar mi pensamiento, así como el programa de Acción Democrática. Hoy soy presidente de la República por la voluntad mayoritaria del pueblo expresada en las urnas electorales el pasado 7 de diciembre. Sería faltarme el respeto a mí mismo y faltarles a ustedes el respeto pedirles que cambien de opinión sobre Rómulo Betancourt por el simple hecho de que ahora no es un exilado, sino el Presidente Constitucional de la Repúbli-



Toma de posesión de Rómulo Betancourt en 1959. Edgar Sanabria; Rómulo Betancourt; Raul Leoni, Presidente del Congreso y Rafael Caldera, Presidente de la Cámara de Diputados.

ca. Yo solo voy a pedirles que respeten el orden institucional de la República, que sean guardianes de la Constitución y de la voluntad del pueblo. Por mi parte, les garantizo que durante mi mandato la institución armada no será objeto de ninguna maniobra partidista y que se respetará en todo momento el espíritu y la fisonomía que a la misma conforma, de institución al servicio de la República y no del personalismo.

Usted inauguró su gobierno en medio de unas circunstancias nada auspiciosas habida cuenta de la crisis económica y fiscal que había comenzado en 1956 y que trajo además el morbo de la fuga de capitales de las grandes compañías que habían hecho pingües negocios con la dictadura y que ahora se veían amenazadas por el nuevo gobierno. Además del éxodo de grandes contingentes humanos, desempleados de la provincia, que se venían a la capital en busca de mejor fortuna y no encontraban sino refugio en los barrios marginales. Esa era una situación explosiva para el nuevo gobierno. ¿Cómo pudo resolver esa crisis su gobierno?

- Usted lo ha dicho, los comienzos de mi gobierno no fueron nada fáciles pues la crisis económica y fiscal que había comenzado en 1956 y que trajo cesación de pagos por parte del Estado en el 57, como dice, incluso las crecientes dificultades que había confrontado la dictadura en sus últimos meses se había agravado a lo largo de 1958 por la fuga de capitales, la paralización de las obras confiadas a compañías constructoras que eran propiedad de figuras prominentes del régimen derrocado, la presencia en Caracas de miles de trabajadores que emigraban de las diferentes provincias en busca de mejores condiciones de vida.

La Junta de Gobierno de Larrazábal creyó solucionar esta grave situación social creando un subsidio al desempleo bajo el nombre de Plan de Emergencia. El Plan requería el desembolso semanal de millones de bolívares sin resolver el problema, ni traducirse el gasto en la realización de ninguna obra de importancia. Según datos del Ministerio de Obras Públicas, ese «Plan de Emergencia» había costado a la nación más de mil millones de bolívares y había beneficiado solo a 22.500 trabajadores, de los cuales más de 4.000 cobraban sin trabajar y, los demás, no realizaban ningún trabajo productivo. La baja en los ingresos fiscales obligó a mi Gobierno, por vez primera desde 1914, a reducir los sueldos de los empleados públicos en dos oportunidades y a aplicar un conjunto de medidas restrictivas que causaron natural malestar.

Primeras manifestaciones comunistas contra el gobierno democrático. Fidel Castro en Venezuela

Don Rómulo: se sostiene que las primeras intentonas de subversión de los comunistas comenzaron con la solidaridad del PCV con esas protestas y que su radicalización se debió, precisamente, a esa influencia que arrastró incluso a los jóvenes de su propio partido y a los urredistas que venían de perder las elecciones con Larrazábal. ¿Eso fue así?

- Nos encontramos con la incompreensión de variados sectores, porque desmontar el Plan de Emergencia que significaba que mucha gente cobraba sin trabajar, para sustituirlo por una sana política administrativa que incentivara el empleo a través del estímulo a la construcción era tarea correcta, pero no de efectos inmediatos. La eterna irresponsabilidad de los comunistas, en vez de ayudar al nuevo gobierno a estabilizar la economía para sostener la democracia, hicieron exactamente lo contrario, es decir, ser los agitadores callejeros de la protesta a esas políticas justas y coherentes. Además, estos choques de las fuerzas del orden público con los manifestantes, trajo consigo los consabidos excesos de la policía que dejó manifestantes heridos y, dolorosamente, algunos muertos, lo que exacerbó la acritud comunista en esos días tan difíciles.

A esos disturbios y hechos locales, había que agregar otra dificultad, ahora internacional, el triunfo el 1º de enero de 1959 de la revolución cubana, que derrocó la tiranía de Fulgencio Batista y el empeño del gobierno de Fidel Castro de exportar esa revolución comunista al resto de América Latina. Los jóvenes de URD, hasta los nuestros, se dejaron encandilar por ese espejismo que trajo tan nefastas consecuencias políticas para Venezuela y buena parte de América Latina. Yo argumentaba que las manifestaciones y las huelgas para poder realizarse deben cumplir con los trámites que la ley señala, como en Bélgica, Uruguay o Suiza. Jamás he leído un despacho de la Agencia TASS [agencia de noticias soviética] informando que en alguna ciudad de Rusia se haya

realizado una manifestación callejera no permitida. Además, es falaz y demagógica la tesis de que la calle es del pueblo: el pueblo en abstracto es una entelequia que usan y utilizan los demagogos de vocación o de profesión para justificar su empeño desarticulador del orden social. En las modernas sociedades organizadas, que ya superaron desde hace siglos su estructura tribal, el pueblo son los partidos políticos, los sindicatos, los sectores económicos organizados, los gremios profesionales y universitarios.

A propósito del triunfo de la revolución cubana, don Rómulo, la Junta de Gobierno invitó a Fidel Castro a Venezuela con motivo de conmemorarse el primer año del derrocamiento de la dictadura. Usted era Presidente electo y Fidel pronunció un discurso acompañado de algunos oradores que eran militantes de su partido: como José González Navarro de la CTV y Jesús Carmona, Presidente de la FCU de la UCV; además del Presidente de la Junta Patriótica, Fabricio Ojeda, el comunista Jesús Sanoja Hernández, el líder de URD Jóvito Villalba y el perdidoso candidato Wolfgang Larrazábal Ugueto. ¿Cómo percibió usted ese acto y cuál fue el resultado del famoso diálogo que usted sostuvo con Castro?

- No me pareció malo, en principio, que viniera Fidel Castro, porque yo fui un fervoroso opositor de la dictadura oprobiosa del sátrapa Fulgencio Batista, quien había sido derrocado por esa revolución a la cual ayudamos desde Venezuela. Lo que me pareció



Cuando viene a Venezuela en 1959, a un año del derrocamiento de Batista, Fidel Castro visita a Rómulo Betancourt.

inconveniente fue el tono amenazante del discurso que pronunció Castro en Caracas, quien, entre otras cosas inaceptables, dijo que: “en este acto solemne, ante los hermanos de Venezuela, que son mis hermanos, porque aquí me he sentido como en Cuba, les digo que si alguna vez Venezuela se llegare a ver bajo la bota de un tirano, cuenten con los cubanos de la Sierra Maestra: con nuestros hombres y nuestras armas, que aquí en Venezuela hay muchas más montañas que en Cuba, que sus cordilleras son tres veces más altas que la Sierra Maestra, que aquí hay un pueblo heroico y digno como el de Cuba”. Además de constituir una grosera injerencia en nuestros asuntos, tenía olor y sabor a amenaza ese imprudente discurso que interpretamos como una provocación inaceptable a las Fuerzas Armadas al venir a pontificar a favor de la guerra de guerrillas.

En relación a la entrevista que tuve con Castro, mucho se ha especulado, pero la verdad fue que vino a pedirme un empréstito de trescientos millones de dólares. Le respondí con la famosa anécdota del viejo sacristán y el cura párroco recién ordenado, quien al arribar al pueblo le reclamó a aquel que no hubiesen sonado las campanas de la Iglesia a su llegada, a lo que el sacristán respondió: no sonaron, Padre, por muchas razones, la primera es que no hay campanas, ¿quiere conocer las demás? A Fidel no le hizo mucha gracia el chiste y me replicó que si no le podíamos hacer el préstamo en especie, es decir, en petróleo. Ante esa insistente exigencia, le respondí que él seguramente ignoraba que el gobierno recibe o puede recibir en especie una parte o la totalidad del *royalty* o regalía, pero al liquidar anualmente el pago de impuestos las empresas deducirán, según la Ley, el equivalente en bolívares de la cantidad de petróleo en forma física entregada al gobierno; y eso resulta muy oneroso para un país en crítica situación económica y fiscal.

Hasta allí llegó la conversación: Fidel me dijo que no se imaginaba que Pérez Jiménez podría ser más ladrón que Batista, como para haber dejado el Tesoro Nacional exhausto, pero que entonces vería cómo podía buscar otras fuentes de abastecimiento. Me imagino que ya estaba pensando hipotecar su país a los designios de la gran potencia soviética.

En febrero, tan pronto se fue Fidel, usted conformó el nuevo gobierno con la inédita presencia de tres partidos políticos en el Gabinete Ejecutivo, incluyendo a quienes lo habían adversado en las elecciones. ¿Cómo fue ese acuerdo sin precedentes en los anales de la historia política de Venezuela y cuál fue la actitud de su par-

tido habida cuenta que se vería obligado a compartir el poder con adversarios?

- Yo expliqué lo acontecido, con lujo de detalles, en mi comparecencia al Congreso al tomar posesión. Allí afirmé, textualmente lo siguiente:

He podido llegar a un acuerdo de fondo con los partidos políticos a través de sus jefes, doctores Jóvito Villalba y Rafael Caldera, para la integración de un gobierno de ancha base nacional, donde tienen los partidos adecuada representación, así también los sectores de la producción sin ubicación partidista y los grupos técnicos. Acción Democrática, con gesto que me ha conmovido y obligado aún más con esa colectividad política que contribuí a crear, me relevó de responsabilidades disciplinarias para la escogencia del equipo ministerial, dejando libertad cabal para integrar el gobierno en la forma que conceptuara más apropiada a la buena marcha de la República. Y así he procedido, animado de la mejor buena fe, empeñado con sinceridad en acertar, deseoso de procurar lo mejor para Venezuela, aun a riesgo de parecer como inconsecuente con personas de mi mejor amistad y con capacidad de servicio público, quienes en esta oportunidad no ocuparán cargos en el Gabinete, porque en ellos estarán otros venezolanos preceptuados por mí como expresión tangible de la idea de un gobierno de ancha base venezolana, prometido a la nación cuando la recorri de un extremo a otro de su amplia geografía, exponiendo en las tribunas públicas lo que serían lineamientos de mi conducta como gobernante si resultaba electo presidente de la República.

Las negociaciones con COPEI y URD culminaron con el otorgamiento de tres carteras ministeriales a militantes o simpatizantes de esos partidos. AD solo tendría dos ministerios: Interiores para Luis Augusto Dubuc y Minas para Juan Pablo Pérez Alfonso. Los urredistas serían: Ignacio Luis Arcaya en la Cancillería; Manuel López Rivas en Comunicaciones y Luis Hernández Solís en Trabajo. COPEI: con Lorenzo Fernández en Fomento, Víctor Giménez Landínez en Agricultura y Andrés Aguilar en Justicia. Habría algunos independientes como José Antonio Mayobre en Hacienda, Rafael Pizani en Educación, Arnoldo Gabaldón en Sanidad, Santiago Hernández Ron en Obras Públicas y Ramón J. Velásquez en la Secretaría de la Presidencia. Nombré como Ministro de la Defensa a un hombre culto y disciplinado

quien me ayudó muchísimo en el difícil tema militar, el General Josué López Henríquez.

Presidente, usted conformó su nuevo gobierno, con una alianza de partidos sin precedentes en la historia política venezolana. Sin embargo, participaron allí solo los partidos signatarios del Pacto de Puntofijo, a saber, su partido, COPEI y URD, mientras que, el Partido Comunista, que había contribuido a la lucha contra la dictadura y a favor de la instauración de la democracia no fue invitado. ¿Cuál fue la razón de la exclusión de ese partido de la alianza gubernamental?

- De ese pacto fue excluido el Partido Comunista, por decisión razonada de las organizaciones que lo firmaron. En el curso de mi campaña fui explícito en el sentido de que no consultaría al Partido Comunista para la integración del gobierno y de que, respetando el derecho de ese partido de actuar como colectividad organizada en el país, miembros suyos no serían llamados por mí para desempeñar cargos administrativos en los cuales se influyera sobre los rumbos de la política nacional e internacional de Venezuela. Esta posición es bien conocida de los venezolanos, y la fundamentaron los tres grandes partidos nacionales en el hecho de que la filosofía comunista no se compagina con la estructura democrática del Estado venezolano, ni el enjuiciamiento por ese



De pie: Simón Alberto Consalvi, Luis Augusto Dubuc, Rubén Carpio Castillo, Octavio Lepage. Sentados: Simón Sáez Mérida, Rómulo Betancourt, Gonzalo Barrios.

partido de la política internacional que debe seguir Venezuela con acuerdo con los mejores intereses del país.

Presidente: su gobierno comenzó a sufrir los embates de la izquierda comunista, pero también había sectores de signo contrario que, así mismo, amenazaban a su gobierno. ¿Cómo percibían ustedes desde el gobierno ese otro brote subversivo desde la derecha?

- Ese mismo año de 1959 se presentan inconvenientes con algunos sectores de la derecha golpista, pues al estallido de artefactos explosivos en algunos comercios y sitios nocturnos de mucha afluencia de personas, se desatan, en paralelo, una serie de críticas durísimas contra mi Gobierno desde un periódico llamado La Razón, que era dirigido por Marco Aurelio Rodríguez, además de otras personalidades que sabíamos estaban conspirando desde esa trinchera periodística: Alfredo Abilahoud, principal accionista; Carlos Savelli Maldonado, Simón Jurado Blanco, Marcos Reyes Andrade y Vicente Graterol Roque. A Alfredo Abilahoud, Marco Aurelio Rodríguez y a Simón Jurado Blanco, los expulsamos del país.

Ante esta situación conflictiva, que comienza desde la ultraizquierda y se combinaba con elementos de la derecha «perezjimenista», que casi hace romper el pacto de Puntofijo, yo que siempre le hablaba claro al país, convoqué una rueda de prensa en Miraflores e hice esta exhortación:

No quise hacer esta exposición a los venezolanos sobre los bien conocidos sucesos que han sacudido en los últimos días a la opinión pública. Preferí que estuviera el Gobierno en posesión de elementos de juicio suficientes y, por lo tanto, en capacidad y para hablarle al país en el lenguaje de franqueza sin esguince y con la veracidad que me es habitual. La población de Venezuela entera reaccionó con indignación ante los recientes brotes terroristas en la capital de la República. La bomba y el petardo no han sido utilizados jamás en Venezuela con fines políticos, ni siquiera en la ardorosa lucha popular contra la dictadura.

Entre las personas detenidas se encuentran un articulista ocasional y el principal accionista de un diario caraqueño. No se trata de retaliaciones ante críticas al gobierno. En Venezuela hay cabal, absoluta libertad de prensa y de información. Para lo que no hay ni habrá li-

bertad mientras yo gobierne será para incitar a las Fuerzas Armadas a desconocer el gobierno legítimo, ni para realizar campañas difamatorias y calumniosas contra las instituciones democráticas. En Venezuela hay y habrá libertades durante el quinquenio de Gobierno que concluye el 19 de abril de 1964. En Venezuela gobierna un régimen que está dispuesto a gobernar, sin ejercitar venganzas, sin practicar retaliaciones, pero haciéndoles sentir firmemente, a quienes contribuyeron a que el país cayera por tantos años en un vórtice de ignominia, que ellos no pueden erigirse impunemente en censores aviesos de un régimen de libertades desde las páginas de periódicos pagados con dinero obtenido en la almoneda de los porcentajes.

Debo también informar al país que es propósito del Gobierno llevar a la mayor parte de los detenidos ante los tribunales de justicia, cuando se tenga testimonio que ofrecer a los jueces. Otros no han dejado huella de sus actuaciones delictivas, acerca de las cuales no le cabe al gobierno duda alguna. En esos casos, se les aplicará a los detenidos medidas de alta policía, de detención o expulsión del país. Yo solo sé cuánto me desagrada, en lo íntimo de mí mismo, tener que proceder así, porque entre cárceles y exilio ha transcurrido muchos de los treinta años que ya cuento de vida pública. Pero los sentimientos personales los hago a un lado, y lo haré siempre, cuando esté en juego la salud y la felicidad de la República.

Lo que me extrañaba, políticamente hablando, es que a un hombre de derecha como Marco Aurelio Rodríguez lo hubiese sustituido en la dirección de ese periódico José Vicente Rangel, quien para ese entonces era alto dirigente del ala izquierdista de URD, partido que estaba en el Gobierno. José Vicente Rangel, junto a Luis Miquilena y José Herrera Oropeza, formaban parte de la izquierda urredista, que auspiciaba la salida de ese partido de nuestra entente gubernamental.

Hablando del tema urredista, Presidente, Villalba había salido del país cuando se origina el primer impasse serio con ese partido por la conducta de José Vicente Rangel desde las páginas del diario La Razón quien criticaba acerbamente a su gobierno

- Bueno, aquí vuelve a aparecer, una vez más, el «problema comunista», pues la Dirección Nacional de URD, aprovechando

la ausencia temporal de Villalba quien andaba en el exterior explicando la política democrática del nuevo gobierno, produce un comunicado dirigido a la opinión pública, donde expresaba:

Considera URD que la posición del Gobierno en su política nacional no puede ser anticomunista, como parece desprenderse de los discursos pronunciados por el presidente Betancourt sin consultar con los partidos de la coalición, en desconocimiento de la realidad nacional y el papel desempeñado por el PCV en la lucha contra la dictadura, como miembro de la unidad nacional. Si el Gobierno mantiene esa actitud anticomunista, URD no puede seguir colaborando con él.

La verdad fue que monté en cólera con ese comunicado y pedí reunirme con la dirección urredista y le exigí definiciones y el retiro de Rangel de la dirección del diario *La Razón*. Villalba, cuando regresa, se opone a la ruptura con el Gobierno, amainando la crisis momentáneamente. Ya el problema comunista volverá por sus fueros para producir la salida de URD del Gobierno y la ocasión será cuando se debata en el seno de la OEA el caso cubano.

En cambio, debo decir, en honor a la verdad histórica, que mientras esto acontecía con URD, el partido socialcristiano COPEI asume la postura radical y antagónicamente opuesta a la del partido de Villalba, manteniendo la tesis de la unidad de propósitos con el gobierno para el necesario sostén de las instituciones democráticas. Es obvio que COPEI actuaba con mayor inteligencia y sentido de la oportunidad política que URD, pues esa actitud de defensa del Gobierno y de las instituciones democráticas le comienza a dar una imagen de partido serio y de socio confiable, lo que le gana no solo nuestro aprecio y el de AD, sino de vastos sectores del país que reclaman la estabilidad del nuevo régimen para el desarrollo armónico de la nación. En las elecciones siguientes será el partido COPEI quien obtenga mayor votación que URD y comience, paulatinamente, el avance de los socialcristianos hacia el poder y de los urredistas hacia su extinción. Esa es la verdad que la historia terminó por corroborar.

El atentado. Cuando Trujillo quiso acabar con Betancourt y la democracia venezolana

Don Rómulo, el 24 de junio de 1960, durante la celebración del aniversario de la Batalla de Carabobo se produce el brutal atentado terrorista contra su vida en El Paseo Los Ilustres de Caracas. Una bomba en un auto estacionado estalló al pasar uno de los vehículos de la escolta presidencial, cercano al vehículo oficial. El atentado deja sin vida al jefe de la casa Militar coronel Ramón Armas Pérez, produce quemaduras severas y deformación del rostro suyo y destroza el vehículo presidencial. ¿Cuál fue su reacción inmediata ante tal acontecimiento sorpresivo, inesperado y que conmocionó a toda Venezuela? Porque se llegó a decir que usted salvó la vida gracias a su pipa ensalmada por brujos barloventes. ¿Qué hay de eso?

- Mi primera reacción fue de sorpresa y estupor, vi que el chofer estaba ensangrentado y mi entrañable amigo, Jefe de la Casa Militar coronel Ramón Armas Pérez prácticamente destrozado.



El atentado de Los Proceres el 24 de Junio de 1960.

Fue una bomba teledirigida, con un sofisticado mecanismo científico muy adelantado para la época. La verdad es que, como dije en aquel momento: no creo en milagros, pero que salvar la vida... eso fue un milagro. Lo de los brujos y mi pipa es una conseja generalizada que nunca he desmentido, porque en Venezuela la imaginiería popular me atribuye esas ayudas esotéricas y también hay que respetar hasta esas creencias. La verdad es que no fue ningún embrujo, pero fue un verdadero milagro que saliera con vida de ese brutal atentado. Imagínese que la bomba contenía una carga de sesenta kilogramos de explosivos, que combinaba nitroglicerina y gasolina gelatinosa capaz de llegar a producir, en un primer instante, una ola de calor de cuatro mil grados centígrados. Esto explica que hasta las armas automáticas que llevábamos en el Cadillac en previsión de cualquier incidente, quedarán fundidas en el pavimento. La onda partió en dos el Oldsmobile que llevaba a Armas Pérez y mi vehículo fue empujado por la onda expansiva, colocándolo sobre la isla que separaba la avenida. Por entre la cortina de fuego que nos rodeaba y nos lamía, alcanzamos a escapar los tres, el Ministro de la Defensa, su esposa y yo, con quemaduras generalizadas de primero y segundo grado. Mi amigo, quien era como un hermano para mí, el coronel Armas Pérez, murió en el acto, lo mismo que mi chofer y un estudiante que pasaba, desafortunadamente, por el lugar de los hechos. Mi médico personal, el doctor Francisco Pinto Salinas, que me acompañaba por dolencias gástricas que sufría en esos días (quien me había recomendado reposos que no cumplí) también resultó herido con quemaduras y contusiones.



Rómulo Betancourt se dirige al país después del atentado.

Salí dando tumbos, con una pistola en la mano, en la creencia que los cobardes autores estarían en las cercanías para rematar-nos y traté de ayudar a los heridos. Luego fui trasladado en camilla al Hospital Clínico Universitario, llegué con ambas manos como guindajos de carne quemada; la cara deforme; escasa la visión, oyendo poco. Enseguida me embadurnaron con pictrato de butesín. Contra mi voluntad me aplicaron morfina para apaciguar los dolores intensos que sentía. No quería que me sedaran porque quería estar lúcido para irme a Miraflores a despejar cualquier duda sobre mi desaparición física. No me dejaron, los médicos, salir del hospital, pero insistí en que al menos dejaran pasar a los periodistas a mi habitación para declararles. Así ocurrió y pasaron los representantes de los medios a mi habitación, la N° 143 del cuarto piso. El diario *La Esfera* al día siguiente informaba: “El Presidente de la República hizo llamar anoche a los periodistas. Aunque su estado general es satisfactorio, su rostro está bastante inflamado. En su mejilla derecha tiene una pequeña herida y sus manos están vendadas hasta los codos”.

Hasta esa hora, las 10.45 pm no sabía de la muerte del coronel Armas Pérez, porque los médicos habían recomendado no darme emociones fuertes que me pusieran en peor estado anímico. Cuando los periodistas me preguntaron si veía bien, les respondí, tratando de hacer un chiste, “veo bien, pero a veces veo como una cortinita de paraparas y se me quemaron las pestañas canosas del ojo derecho”. Necesitaba dar la impresión de estar en perfectas condiciones, físicas y psíquicas, para continuar al frente de la nave del Estado. Hacia la medianoche convencí a mis médicos de la necesidad de trasladarme a Miraflores, pues no sabía si podía estar en marcha toda una conspiración montada alrededor del atentado. Además les dije: “el timonel debe estar al frente del gobernalle de la nave”.

Les pedí que me suministraran algún medicamento que contrarrestara los efectos de la morfina y los sedantes. Fue cuando me inyectaron bencedrina. Esa misma mañana, del 25 de junio, hice el esfuerzo laborioso de grabar un mensaje al país, para ser radiado. En el labio superior tenía una herida y al modular las palabras sentía un dolor agudo. El mensaje pudo salir al aire, sin embargo. Breve, sin concesiones al mal gusto de magnificar lo sucedido, les dije a mis conciudadanos:

Quiero decirle al pueblo de Venezuela que debe tener confianza plena en la estabilidad de su gobierno y en la deci-

~ Conciudadano Betancourt ~

sión del presidente que él eligió para cumplir su mandato, como he venido diciendo y hoy reitero, hasta el 19 de abril de 1964. Nunca he ignorado los riesgos que comporta empeñarse en darle una orientación democrática seria al país (...) No me cabe la menor duda de que en el atentado de ayer tiene metida su mano ensangrentada la dictadura dominicana. Pero esa dictadura vive su hora preagónica, son los postreros coletazos de un animal prehistórico incompatible con el siglo XX.

Se rompe el pacto de Puntofijo con la salida de URD

Don Rómulo a su gobierno los problemas no le daban tregua ni cuartel, pues tan solo a dos meses del atentado, que estuvo a punto de costarle la vida, el 26 de agosto de 1960, se escenifica un hecho decisivo para la salida de URD, uno de los tres socios del gobierno de coalición, como fue la VII Reunión de Cancilleres, convocada por el Consejo General de la OEA en la cual se iba a tratar el tema de Cuba y la intromisión de potencias extracontinentales, concretamente la URSS y China. ¿Según su criterio, don Rómulo, por qué esa reunión influyó tanto en la decisión de URD de abandonar el gobierno?

- Porque la resolución presentada a la consideración de la Asamblea de Cancilleres condenaba toda forma de intervención de una potencia extracontinental en los asuntos de las repúblicas americanas y declaraba que la aceptación de una amenaza de ese tipo constituía un peligro para la solidaridad y seguridad americana, lo que obligaría a la OEA a desaprobala y rechazarla con toda energía. Nuestro Canciller en ese momento era el urredista Ignacio Luis Arcaya, quien desatendiendo nuestra decisión de apoyar esa Resolución, propuso su modificación incluyendo toda una argumentación sobre el derecho de la autodeterminación de los pueblos y otras argucias retóricas para oponerse a la misma por orden recibida de su partido URD.

Como yo no podía permitir que ningún ministro de mi gobierno desautorizara una orden de la Presidencia de la República que nos pondría en entredicho ante la comunidad internacional, ordené que la presidencia de la delegación venezolana fuese asumida por nuestro embajador ante la OEA Marcos Falcón Briceño. Al regresar de Costa Rica el Dr. Arcaya declaró que en virtud de la situación planteada públicamente por Raúl Leoni, presidente de Acción Democrática con respecto a la posición adoptada en Costa Rica, Unión Republicana Democrática había puesto a mi orden todos los cargos que desempeñaban en la administración pública.



Rómulo Betancourt firma la Ley de Reforma Agraria. A su lado Víctor Giménez Landínez, Ministro de Agricultura y Cría.

En sustitución de Arcaya designé a Marcos Falcón Briceño y URD se fue a la oposición. URD estuvo en mi gobierno, exactamente, dos años y dieciséis días. A pesar de esta salida del partido de Villalba no quise que ni AD ni COPEI obtuvieran más ministerios y para esos cargos vacantes designé independientes.

Primera división de Acción Democrática. Nace el MIR

Cuando URD abandona el gobierno comienza otro problema serio en lo interno de su partido con el inicio de una lucha fraccional de la juventud, influida por los comunistas desde la época de la clandestinidad, ¿cómo ocurrieron esos hechos en un partido tan disciplinado como AD?

- Lo mejor de nuestra juventud, formada en la clandestinidad al calor de la lucha anti dictatorial y al lado de los comunistas, cae en dos tentaciones: por una parte, la manida influencia permanente de los comunistas tratando de «contaminar» a la juventud adeca del sarampión marxista –trabajo que ya venían haciendo los camaradas desde las luchas clandestinas contra la dictadura– y, por otra parte, las provocaciones impulsadas por el sector del partido con quienes yo no congeniaba, pero que había terminado por controlar el «aparato», liderado por Raúl Ramos Jiménez y que junto a otros dirigentes como José Manzo González, Elpidio La Riva Mata, Héctor Vargas Acosta, César Rondón Lovera, entre otros, les interesaba salir de un buró juvenil díscolo y que no controlaban.

También es menester indicar que los dirigentes juveniles ayudaban a su exclusión del partido, pues asumían unas posturas de abierto respaldo a las tesis comunistas no solo frente a la dirección partidista, sino también, lo más grave, frente al gobierno recién conformado y donde AD tenía la primera responsabilidad y al frente del cual estaba un militante de la organización como yo, que conocía todas las andanzas fraccionales de esos dos grupos que sabía se iban a ir del partido tarde o temprano.

Los jóvenes por la influencia castro-comunista y los dirigidos por Ramos Giménez por sus apetitos de control interno. La tendencia de «izquierda» de AD era la más fuerte, pero cometió el error de pelearse al mismo tiempo con las otras dos tendencias –con la generación fundadora y el grupo ARS–, lo que aprovechamos para salir del primero grupo “cabeza caliente”, más peligroso por la contaminación subversiva con los comunistas. Esa «iz-

~ Conciudadano Betancourt ~

quierda», además de controlar el buró juvenil, tenía el respaldo de figuras de mucho peso, como Domingo Alberto Rangel, Simón Sáez Mérida, José González Navarro, Octavio Lepage, Salom Mesa Espinoza y Simón Alberto Consalvi. Aunque a la postre, solo los dos primeros se fueron del partido en esa primera división.

Los golpes militares.
Alianza putchista
del PCV y el MIR con militares.
Nueva división adeca

El año siguiente, 1961, fue muy difícil para su gobierno porque tenía que enfrentar al extremismo en dos frentes: la ultraizquierda del PCV, aliado de la escisión de la juventud de AD que constituyó el MIR iniciando guerra de guerrillas y por otro lado los nostálgicos reaccionarios de las viejas dictaduras. ¿Cómo pudo su gobierno sortear estos dos frentes con tanto éxito?

- Porque ambos sectores cometieron el error de menospreciar a un gobierno democrático con influencia en las masas obreras y campesinas y con un ejército con alta moral. A diferencia del gobierno de Batista que Fidel pudo tumbar porque era una dictadura sin apoyo popular y con mandos castrenses desmoralizados. Ese fue el error de ambos sectores, que por cierto en muchas ocasiones actuaron al alimón.

El 20 de febrero de ese año 1961 el coronel Edito Ramírez, director de la Escuela Superior de Guerra, junto con otros oficiales en servicio activo, pretendieron tomar la Escuela Militar. Logramos frenar a tiempo esa conjura que trató de implicar en su aventura a otras guarniciones. Terminaron en la cárcel todos los conjurados.

Mientras tanto, al mes siguiente, se celebra en Caracas el Tercer Congreso del PCV y lanza la irracional e inconstitucional consigna de “Nuevo gobierno ya”. Como consecuencia de esa política desarrollada en el Tercer Congreso, los comunistas iniciaron manifestaciones violentas en recintos universitarios y liceístas en todo el país, creando fuerte conmoción, porque ya comenzaban a tener el respaldo internacional que les brindaban los países comunistas, en especial el gobierno de Fidel Castro. Por eso mi gobierno tomó la decisión de allanar las sedes de los partidos PCV y MIR, donde se conspiraba abiertamente de manera permanente, encontrando armas, bombas molotov de fabricación casera y pro-

paganda subversiva. Tuvimos que anunciar rompimiento de relaciones diplomáticas con el régimen cubano, al descubrir esa ayuda abierta con armas y dinero a los extremistas venezolanos.

Cuatro meses después de la intentona de Edito Ramírez, el 25 de junio, se produjo el llamado “Barcelonazo”. Un grupo de militares tomaron por asalto el Cuartel “Pedro María Freites”, en Barcelona, estado Anzoátegui, poniendo preso al gobernador, militante de COPEI, Rafael Solórzano Bruce y al secretario general de AD en ese estado, el Dr. Carlos Canache Mata. Afortunadamente, pueblo y ejército lograron controlar ese otro brote subversivo y también los complotados terminaron en la cárcel.

Hubo un intento de golpe que fue llamado “el guairazo” –intentado por la Juventud Comunista en un cuartel de La Guaira–, que aunque no cristalizó a usted se le criticó mucho y se ha satanizado una expresión suya a propósito de esa intentona: “Disparen primero y averigüen después”. ¿Fue cierta esa afirmación suya tan grave en un líder democrático?

La verdad es que esa expresión la sacaron de contexto. La dije y cuando me di cuenta del error ordene sacarla de la transcripción escrita de mi discurso. Digo que fue sacada de contexto, porque en el marco de la situación en que fue pronunciada pierde toda connotación tan grave como se le ha querido señalar. Y no voy a defenderme yo, sino que voy a traer en mi auxilio, a los efectos históricos, cómo narra este asunto Manuel Caballero, quien no solo no es afecto a mi partido, sino que era militante del Partido Comunista cuando esa intentona, que a Dios gracias se frustró porque hubiese sido tenidos terribles consecuencias por la irresponsabilidad de los comunistas, de permitirle a unos imberbes entrar a un cuartel a pedir armas para un alzamiento. Esto dice Caballero:

En esa intentona hubo participación de unos dos a tres centenares de miembros de la Juventud Comunista. Los jóvenes liceístas se presentaron a reclamar armas para avanzar sobre Caracas en los alrededores de un cuartel en La Guaira, donde les habían anunciado un alzamiento. De haberlas obtenido, aquello hubiera sido una inútil masacre, pues es fácil adivinar que esos muchachos no tenían experiencia alguna en su manejo. (...) La frase fue pronunciada pero en las circunstancias en que lo hizo pierde mucho de su ferocidad. En primer lugar fue dicha después de que el hecho se había producido, y los mucha-

chos no habían sido recibidos con plomo, ni se les había disparado antes de averiguar quiénes eran. Era sobre todo una advertencia para que, habiendo salido tan bien librados una primera vez, no se les ocurriese repetir la hazaña. También es cierto que esa frase puede interpretarse como un velado reproche a los oficiales de la base, que como lo demostrarían los hechos posteriores, andaban en conspiraciones y casi habían recibido a los jóvenes comunistas con confeti si no con flores.

No tengo más nada que agregar.

Ese mismo año, en diciembre, usted tuvo que lidiar con otro problema político muy grave, pues su partido se volvió a dividir con quienes conformaban el grupo "ARS". Cuéntenos ¿por qué se llamaban ARS y cómo se produjo esta nueva escisión en AD?

- Bueno, lo de llamar a este grupo, que encabezaba Raúl Ramos Giménez, grupo ARS fue una ocurrencia mía. Había en esa época una firma publicitaria muy conocida con esas siglas y tenía como *leit motiv* de su promoción el eslogan: "permítannos pensar por usted". Como ellos eran muy autosuficientes y creían que se las sabían todas les coloqué ese "sambenito" para identificarlos y hasta, por qué no decirlo, ridiculizarlos frente a la militancia. Ese grupo había iniciado su labor fraccional mucho tiempo atrás, incluso antes que el MIR, pues no eran ningunos muchachos sino gente más curtida que venían desde el gobierno de Gallegos tratando de ponerle la mano a la dirección del partido, más por apertencias burocráticas que por razones ideológicas. En efecto, en ese momento, en vez de darse cuenta del peligro que estaba corriendo la democracia que estaba en pañales, comenzaron a promocionar a Raúl Ramos Giménez como pre candidato presidencial, lo que a todas luces se veía como una actitud totalmente extemporánea.

A Raúl Ramos lo tenía en un gran concepto, porque era un hombre serio, honesto a carta cabal, de un valor personal a toda prueba, pero estaba mal rodeado. Sobre todo con un personaje que era enemigo gratuito mío y que más tarde regresó al partido, de la mano de Carlos Andrés Pérez, como fue José Manzo González. Sin embargo, para hacer honor a la verdad, en ese grupo había mucha gente talentosa como, entre otros, Manuel Vicente Ledezma, Elpidio La Riva Mata, César Rondón Lovera, José Ángel Ciliberto, Héctor Vargas Acosta, Félix Adam y Manuel Alfredo

Rodríguez. Este último había sido jefe de la juventud del partido y un extraordinario orador.

Quedó demostrado que solo tenían apetencias de control del aparato del partido, pues pretendieron desconocer el Comité Ejecutivo Nacional de manera abrupta y les salió el tiro por la culata, pues el sector afecto al gobierno convocó un Comité Directivo Nacional, que es la máxima autoridad cuando no está reunida la Convención Nacional y los sustituyó a ellos de sus cargos directivos. Fue, entonces, cuando decidieron abandonar el partido. No sin antes dar una lucha en el CSE por los símbolos partidistas.

El CNE tomó la decisión salomónica y arbitraria, propuesta por el representante de URD, Alirio Ugarte Pelayo, de permitir la existencia de dos partidos del mismo nombre, diferenciados solo como AD (Gob) y AD (Op) y que se dilucidara, dicho diferendo, por el resultado de las elecciones siguientes. Se nos prohibió usar la tarjeta blanca y utilizamos una negra con el eslogan: "por la blanca, vota negro". El resultado electoral dejó demostrado que el grupo AD (Op) era una insignificante minoría, pues no solo AD (Gob) sacó mucho más votos, sino que logramos ganar las elecciones con el compañero Raúl Leoni en 1963. Pero no nos adelantemos a los acontecimientos.

Tiene razón, vamos a 1962, cuando aparecieron en todo el país letreros pintados por el PCV y el MIR con una consigna que reza: RR=Rómulo Renuncia. ¿Cómo se desarrolló ese año para su gobierno Presidente?

- Ese fue uno de los años más duros de todo mi mandato. Tuve que sortear, además de la crisis política interna, generada por las dos divisiones del principal partido de gobierno que era el mío, otras conjuras militares de mayor monta. A esa consigna bobalicona de los comunistas les respondí con convicción republicana y no por fanfarronería: "Ni renuncio ni me renuncian". Los comunistas seguían realizando protestas violentas y sangrientas en Caracas y otras ciudades importantes del país. Ordené la represión y unos mil comunistas y militantes del MIR fueron detenidos. A mí no me iban a tumbar como a Gallegos. Tenía que darles esa seguridad a mis partidarios y a toda Venezuela. La democracia no podía fallar de nuevo, en su intento de prevalecer en la vida civilizada de Venezuela.

Los comunistas y Fidel Castro con sus prédicas anti democráticas ilusionaron hasta algunos ilusos de URD y el ARS. El dipu-

tado de URD Fabricio Ojeda, al regreso de una visita a La Habana, anunció su renuncia al Parlamento y su incorporación a la lucha armada contra mi gobierno. Aunque los viejos comunistas como los hermanos Machado, Gustavo y Eduardo, Jesús Farías y Pedro Ortega Díaz no estaban de acuerdo con la lucha armada, guardaban silencio ante el chantaje de los radicales de su partido encabezados por Guillermo García Ponce, Antonio José Urbina y Teodoro Petkoff. Aunque estos dos últimos se hicieron, mucho tiempo después, una feroz autocrítica y terminaron convencidos de su error y en la pertinencia del régimen democrático.



El Padre Padilla, recoge a un herido durante el Porteñazo. Foto de Héctor Rondón, ganadora del Premio Pulitzer.

En el mes de mayo de 1962, estalla la primera experiencia golpista de alianza castrense-comunista. El llamado “Carupana-zo” porque se sublevó el Batallón de Infantería de Marina N° 3,

ubicado en la población de Carúpano del estado Sucre, liderado por el capitán de corbeta Jesús Teodoro Molina Villegas, pero con la participación de los diputados del PCV y el MIR, Eloy Torres y Simón Sáez Mérida, respectivamente. Este movimiento fue rápidamente neutralizado, pero como temíamos que podía tener ramificaciones, dictamos un Decreto suspendiendo las garantías constitucionales y ordenamos las ocupaciones de los locales, archivos y pertenencias de los partidos PCV y MIR comprometidos en el alzamiento.

Como usted dice, los conspiradores no le daban tregua a mi gobierno y el mes siguiente, exactamente el 2 de junio, se produjo otro levantamiento militar, en alianza con los comunistas, en la ciudad de Puerto Cabello en el estado Carabobo. Este alzamiento corroboraba nuestra aprensión de que el de Carúpano podía tener ramificaciones. Fue un golpe planeado pero con la chispa atrasada, quizás de haberse realizado de consuno con el de Carúpano, hubiesen sido más eficientes en sus malsanos propósitos. Sin embargo, no teníamos tiempo que perder y ordené al Batallón Carabobo, comandado por el coronel Ramón Zerpa Tovar, que era el blindado más cercano, situado en Valencia, que se trasladara inmediatamente a Puerto Cabello a sofocar la rebelión.

Ese cuartel así movilizado fue esperado, en una cobarde emboscada a la entrada de la ciudad, por francotiradores, que hicieron una masacre en el sitio conocido como “La Alcantarilla”, donde hubo más de cien muertos y numerosos heridos de ambos bandos. Sin embargo, este movimiento también fue derrotado y presos sus cabecillas: Capitanes de Navío Víctor Hugo Morales y Manuel Ponte Rodríguez, el capitán de corbeta Pedro Medina Silva y los dirigentes comunistas Germán Lairet, Gastón Carvallo y Manuel Quijada.

Se me acusaba de sostener una dictadura, cuando jamás hubo indicios ni sospechas de querer o pretender prolongar mi presidencia más allá de mi mandato constitucional. No había hecho nada excepcional que no fuera cumplir con las leyes de la República, con los imperativos de mi conciencia y con un elemental deber de lealtad a la buena fe del pueblo que me eligió como su Presidente. Dije y cumplí que no iba a estar en Miraflores ni un día más, pero tampoco un día menos de lo establecido como mandato de la Constitución vigente.

Fui muy enérgico y firme con los perturbadores del orden constitucional. Por eso los partidos PCV y MIR fueron disueltos cuando cometieron el terrible atentado contra un tren de paseo, lleno de mujeres y niños, en la ciudad de Los Teques para desarmar a un grupo de cadetes de la Guardia Nacional que custodiaban el parque nacional “El Encanto”, asesinando a mansalva a cinco de esos jóvenes e hiriendo de gravedad a dos mujeres y dos niños. Pedí a la Corte Suprema de Justicia el allanamiento de la inmunidad parlamentaria de los diputados del PCV y el MIR y que se le abrieran juicios por rebelión militar ante el Consejo Supremo de Guerra y la Corte Marcial.

El pueblo venezolano jamás me hubiera perdonado que hubiese permitido, por debilidad gubernamental, que se instaurara en nuestro país un régimen como el cubano, que solo ha llevado hambre y miseria a ese sufrido pueblo hermano bajo el mandato opresivo de una dictadura oprobiosa. Fidel Castro, qué duda cabe, es el Idi Amín del Caribe. Le advertí a los venezolanos que la democracia es un régimen que respeta las libertades públicas, pero que no trata con lenidad a quienes atentan contra ella.

La extradición de Marcos Pérez Jiménez

Don Rómulo, al final de su mandato su gobierno logró la extradición del General Marcos Pérez Jiménez, para que fuese enjuiciado por los delitos de peculado y malversación de fondos. ¿No considera usted que fue un error político traerlo a Venezuela a ser juzgado, habida cuenta de que su prisión fue considerada como una retaliación y fue victimizado, al punto de que el partido que fundó, CCN, sacara muchos votos a posteriori?

- El caso de la extradición de Pérez Jiménez no tenía nada de retaliación política, se trataba de dar un ejemplo nacional e internacional contra quienes en el ejercicio ilegítimo del poder cometían latrocinio con los dineros públicos y de que no debía existir impunidad con los tiranos que habían sojuzgado a sus pueblos, con cárceles para sus líderes, torturas y crímenes de lesa humanidad. La ridícula leyenda, que Pérez Jiménez había amasado una fortuna con sus ahorros personales era una fábula que no la podía creer nadie en su sano juicio. Ese personaje cuando llegó a



Juicio a Marcos Pérez Jiménez. Al extremo izquierdo Antonio José Lozada, Fiscal General de la República y al extremo derecho Marcos Pérez Jiménez con sus abogados Rafael Naranjo Ostty y Morris Sierralta.

Miami huyendo de la justicia venezolana compró una fastuosa residencia que le costó cuatrocientos mil dólares, con treinta sirvientes, una flotilla de automóviles y un yate monumental.

Es imposible que con ahorros salariales se pueda nadie dar esos lujos excéntricos de millonario. Incluso, después que estuvo preso y purgó una condena menor, –hay que decir que el Juez de EE.UU., Arthur Goldberg, que autorizó su extradición, no permitió que lo juzgásemos por sus asesinatos, sino solo por peculado y malversación de fondos– se fue a vivir definitivamente en España y allí adquirió una mansión que era la envidia de los millonarios europeos, ubicada en la exclusiva Urbanización La Moraleja de Madrid. La casa dispone de una parcela de más de 15.000 metros cuadrados (fruto de la unión de tres fincas) y de una superficie construida de más de 3.000 m². Pero lo más impresionante de esta mansión, reside en su interior. Además de varios salones, comedor para veinte personas, cinco dormitorios principales y varias y luminosas estancias con generosas alturas de techos, esta residencia encierra un búnker antinuclear, garaje para 20 carros, una galería de tiro, una sala de peluquería, sauna y piscina. Ahorrativo el muchacho. Pérez Jiménez fue juzgado con todas las garantías procesales y cuando se dictó su sentencia ya había cumplido la condena y se marchó de Venezuela a disfrutar de su riqueza mal habida en España.

Presidencia de Leoni. La amplia base y su inconsistencia

El último año de su mandato estaba por cumplirse y usted reconocía que en Venezuela no se había logrado extirpar por completo el morbo del peculado con los dineros de la Nación. ¿Qué lo motivó a denunciar eso en su último mensaje a la Nación?

Porque siempre he creído que la verdad, aunque dura, siempre debe ser voceada por el Primer Magistrado de la República para practicar con el ejemplo. La demagogia y la mentira nunca han formado parte de mi inveterada conducta. Por eso, en mi último mensaje como Presidente de la República, no oculté nada y allí además de detallar los diferentes aspectos de mi gestión oficial, donde explicaba las razones de mi política nacional e internacional y de nuestras iniciativas en materia de educación, sani-



Transferencia de mando de Rómulo Betancourt a Raúl Leoni.

dad, vivienda, vialidad, reforma agraria, fuerzas armadas, seguridad social y transporte y comunidad, quise referirme a la moralidad administrativa y dije ante los parlamentarios: “decir que en estos cinco años se ha logrado erradicar en Venezuela el peculado y los subproductos que lo acompañan y complementan sería una falsedad. Perviven los malolientes signos de la más indecente forma de robar, que es la apropiación indebida de dineros públicos. Pero mucho trecho se ha recorrido en la vía de recuperación de la ética administrativa.

Ya nadie en Venezuela se atreve a decir que el jefe del Estado en vísperas de transferir su mandato a quien habrá de sucederle en Miraflores, ni los ministros, ni los Presidentes de Institutos Autónomos, han aumentado su peculio privado en forma ilícita, durante los cinco años de este gobierno. solo un gobernante que así puede hablar, ante su país y ante la historia, en activo repudio a la indecente práctica del peculado, dispuso de fuerza moral suficiente para conducir las gestiones del régimen que ha presidido hasta lograr la extradición y sometimiento a juicio del ex dictador que entró a saco en las arcas de la Nación”.

Llegamos a 1963 y se decía que usted no era partidario de una candidatura de partido como la de Leoni, porque creía que no tenía el carácter suyo para mantener el gobierno y porque debía arbitrarse una fórmula de consenso con Copei para lanzar un candidato apoyado por los dos partidos. ¿Qué de cierto hay sobre ese tema?

- Para nada influía en mí dudas sobre la reciedumbre de carácter de Raúl Leoni, lo conocía mejor que nadie y detrás de esa cara de hombre bonachón, que lo era, se encerraba un palo de hombre como decimos en Venezuela. Un hombre de carácter recio, que lo demostró en su ejercicio presidencial sin lugar a dudas. Mi actitud dubitativa era por lo que había acontecido en el quinquenio que acababa de finalizar, pues a pesar de toda mi leyenda de hombre duro, sin embargo los enemigos de la democracia, de derecha e izquierda, lo intentaron todo para defenestrarla y creía necesario, para estabilizar aún más el sistema democrático, que el próximo gobierno que me sucediera tuviera una amplia base de sustentación.

Además, la situación interna del partido no era nada fácil, pues además de las dos divisiones que sufrimos, que ya conocemos, teníamos además las normales aspiraciones de varios diri-

gentes de la organización, con credenciales suficientes para aspirar la candidatura. Yo había pensado en Juan Pablo Pérez Alfonso por su conocimiento profundo de petróleo y economía, pero él mismo me manifestó que no se sentía en disposición para asumir tamaño compromiso. Consulté la opinión del poderoso Buró Sindical del partido y les mencioné el nombre de Carlos Andrés Pérez y ellos me dijeron que Pérez se había “quemado” por sus excesos como Ministro del Interior de mi gobierno. Además Prieto me comentó que si se lanzaba Carlos Andrés él presentaría su nombre, porque le parecía la peor de las candidaturas en ese momento. Gonzalo Barrios declinó su nombre a favor de Leoni y Paz Gallarraga maniobraba con el buró sindical y Prieto para apoyar a Leoni.

Terminé aceptando esa candidatura porque a pesar de mis reservas con la estabilidad democrática, en lo interno de AD, era el que menos resistencia tenía. Entonces, a partir de su escogencia me dediqué a aupar candidaturas de oposición, para tratar de impedir una unidad total opositora que nos pudiera derrotar. Wolfgang Larrazábal se creía predestinado a la presidencia y volvió a presentar su nombre, ahora de la mano de un ex adeco y ex mirico muy calculador y bellaco que se llamaba Jorge Dáger. Hablé con Jóvito y logré que se diera cuenta que el ala izquierdista de su partido no solo conspiraba contra el gobierno, sino también en contra de su jefatura y de sus posibilidades electorales y lanzó su candidatura. A Caldera no había que forzarlo en demasía, pero ciertamente COPEI se había fortalecido mucho en mi gobierno y Caldera consideraba que debía convertirse en la alternativa de poder y también se lanzó al ruedo electoral. A Uslar Pietri lo provoqué con unas declaraciones donde decía que no tenía fuerza para salir a la contienda porque no quería que se le contara su militancia, a pesar de sus enormes recursos económicos. No hay que olvidar que Uslar era la cabeza mejor amueblada de la derecha venezolana y era apoyado por los capitalistas más connotados en aquel momento: los Mendoza, los Vollmer, los Boulton; en fin, no tenía escasez de recursos para involucrarse en una contienda electoral. Además Uslar había hecho una notable actividad parlamentaria y mantenía un programa de televisión de mucha audiencia nacional. Terminó presentando su candidatura; y los disidentes de AD, incorporados al ARS lanzaron el nombre de Raúl Ramos Giménez también. Así que con la oposición dividida estaba seguro que teníamos el “mandado hecho”, porque seguía

confiando en la maquinaria de Acción Democrática como la mejor aceiteada de la política vernácula.

Si su gobierno había minimizado la ofensiva comunista ¿Por qué no decretó, en víspera de las elecciones, una amnistía a los presos políticos como un gesto de reconciliación nacional?

- Porque no podíamos bajar la guardia ante unos insurrectos que aún operaban con las armas en la mano. Fui a los Estados Unidos en pleno proceso electoral y a mi regreso me encontré con actos de barbarie, como el asalto al Museo de Bellas Artes y el robo de cuadros de la exposición "Cien años de la Pintura francesa". Luego, un comando tomó el buque mercante Anzoátegui y lo obligaron a ir hasta el Brasil como propaganda insurreccional internacional. Además la torpeza comunista no tenía límites y ahora habían decidido incrementar la lucha guerrillera en las zonas campesinas. Montaron frentes guerrilleros en Falcón y cometían asesinatos de humildes policías municipales para robarles el armamento. Ante este cuadro de violencia cómo iba a aparecer con una medida bobalicona de amnistía, cuando en vez de someterse al Estado de Derecho seguían en la estúpida línea de la lucha armada, a pesar de su fracaso inminente. Lamentaba que volviéramos al canibalismo político, del trienio 45-48, que defenestró la democracia de entonces, porque los candidatos presidenciales de oposición vociferaban todo tipo de insultos e improperios contra mi gobierno.

En alocución, en cadena nacional, les aseguré a los venezolanos que en esa contienda electoral mantendría mi promesa de neutralidad para que nadie pudiera enrostrarme la utilización de los recursos del poder para hacer inclinar la balanza electoral a favor del candidato del partido del gobierno. Recalqué que como conocedor del pueblo venezolano sabía que nuestro pueblo no quería la diatriba vulgar o el insulto personal como sustituto de ideas y programas.

Estamos al final de su mandato, Presidente, a pesar de todas esas conspiraciones de derecha e izquierda, los problemas internos en su partido y las diatribas con algunos de sus aliados, ¿usted puede decirnos algunos de sus logros en materia de obras concretas?

- Por supuesto, fíjese que elaboramos un Plan Cuatrienal al que le dimos cumplimiento de una manera eficiente, porque elaboramos un plan de protección industrial encaminado a elevar el

nivel de sustitución de importaciones sobre las bases tradicionales, pero aplicando en forma más precisa normas de prelación bien definidas y formuladas en concordancia con los objetivos fundamentales del Plan. Dichas normas se traducen en los siguientes criterios: preferencia por la expansión de las industrias existentes a desarrollo de campos de actividad completamente nuevos; consideración especial de las industrias que se integran con los proyectos de industrias básicas del estado; preferencia por la industria con utilización intensiva de materias primas cuya producción genere empleo en otros sectores; preferencia por las industrias con costos de producción comparativamente bajos o que hagan uso de cantidades mayores de mano de obra.

En este sentido es interesante recalcar que Venezuela no persigue una política de autarquía, que por lo demás sería utópica e inconveniente. Así como nuestro país aspira a exportar no solo materias primas sino también artículos semielaborados, e incluso productos manufacturados, así mismo necesitará importar no solo bienes de capital y materias primas sino también los artículos manufacturados que no pudieran producirse en condiciones favorables. Los estímulos de estas medidas las fortificamos con los avances en la generación y distribución de electricidad. No podía olvidar la conseja de Lenin "*soviets* con electricidad".

En las cercanías de finalizar mi mandato le reporté al Parlamento que el total de la capacidad instalada, tanto en centrales públicas como privadas, pero excluyendo la autogeneración de empresas industriales y petroleras, alcanzó en 1962 a 1 millón 441 mil kilovatios y la energía producida a 4.650 millones de kilovatios hora, sobrepasando la cifra correspondientes para 1958 en 122% y 107% respectivamente. Del consumo total, el 60,2% correspondió al consumo industrial que en 1958 solo representó el 46,4%. En conclusión, de lograrse los propósitos del Plan, el producto industrial crecerá a una tasa anual del 13,4%, gracias al incremento de la demanda interna de productos manufacturados, a una continua sustitución de importaciones y al desarrollo de industrias de exportación. Ello permitió que el sector industrial, a través de una mejora de los niveles de ocupación y consecuentemente de la distribución del ingreso, contribuyera en forma radical a la solución de los principales problemas que confrontaba la economía venezolana.

Difícil sería señalar otro país de la América Latina que en el lapso de cinco años haya logrado un ritmo de desarrollo tan rápi-

do como el que se produjo en Venezuela, en lo que a industrialización se refiere.

El producto industrial creció en esos cinco años a razón de 8% anual, al pasar de 3.456 millones de bolívares en 1958 a 5.105 millones de bolívares en 1963. Su participación dentro del producto territorial bruto ha mejorado en el período al pasar de un 14% al 17%. Y en el caso de los programas de electrificación iniciamos la construcción de la represa del Guri: gigantesca obra destinada a transformar en energía eléctrica las torrenteras del Caroní y darle un vuelco histórico a Venezuela. Dentro de cuatro años y medio, anuncié, y así ocurrió, que estaría concluida la primera etapa de esa represa y con un millón 750 mil kilovatios instalados duplicó la capacidad de energía eléctrica instalada en el país.

Además, es necesario indicar que durante mi período de gobierno, en lo que se refiere al costo de la vida no se produjo una espiral inflacionista, ni alzas desmedidas en los artículos de generalizado consumo. El incremento en el costo de la vida durante ese período fue de 1% anual, cifra que demuestra una estabilidad de precios en Venezuela que no tiene parangón en ningún otro país de América Latina. En México, Colombia y Perú el costo de vida ha aumentado entre 1958 y 1963 en 11%, 55% y 43% respectivamente.

Presidente se me olvidaba preguntarle sobre una decisión trascendente que tomó su gobierno, después de electo Raúl Leoni y antes de tomar posesión como presidente, sobre el tema espinoso de las relaciones con la Iglesia Católica. El 6 de marzo de 1964 se firma el Concordato o Modus Vivendi entre el Estado Venezolano y la Santa Sede. ¿Cómo fue que el muchacho agnóstico, que usted me confesó ser al principio de esta entrevista, terminó siendo un entusiasta defensor de la coexistencia con la Iglesia Católica? ¿Se trató de un cambio de mentalidad o lo hizo acaso por cálculo político?

- Ni una cosa ni la otra, eso no fue ni cambio de mentalidad ni posición oportunista. Yo sigo siendo agnóstico, nunca me han visto comulgando. Voy a la iglesia, me hincó cuando alzan la hostia, pero no me persigno nunca. Yo tengo una convicción que me viene de Simón Bolívar, quien iba a la iglesia pero leía a Voltaire. Ya le contaba mi infancia en Guatire y allí, desde niño, veía en mi pueblo cómo el día de la Cruz de Mayo los campesinos con vestidos domingueros se dedicaban a la espiritualidad.

Yo tengo en los pueblos miles de comadres y hay una anécdota que se me olvidó contarle. Monseñor Fernández Feo, era el Obispo de San Cristóbal, y bajo mi gobierno se construyó allá un magnífico Seminario. Un día me dice él: "Presidente, yo sé que usted no es demagogo. ¿Cómo es que no siendo un practicante ha sido el único presidente a quien se le ocurrió construir este seminario?" Y yo le dije: "Mire, monseñor. Yo soy muy venezolano y este es un pueblo católico a su manera. Se casa por la iglesia y bautiza a sus hijos, pero a veces no deja que la esposa ni las hijas se confiesen porque piensan que pueden toparse con un cura travieso. Ahora eso sí, yo vivía dándole órdenes al Ministro del Interior de que no me dejara entrar curas falangistas aquí. ¿Qué la grey se queda sin pastores? Bueno, ¡hagamos curitas venezolanas pues!"

Ahora con relación al Modus Vivendi, era una necesidad. La Ley de Patronato que existía regía en Venezuela desde 1824 y se argumentaba para mantenerla la circunstancia de que había sido promulgada por el Libertador. En realidad fue promulgada por el Vicepresidente Santander. Pero aún cuando hubiese sido promulgada por el Libertador, era una ley obsoleta, anticuada, inoperante. Venezuela y Argentina eran los países de América Latina donde regía esa ley que sometía a la Iglesia Católica al control inapelable del Estado. Fue por iniciativa mía que se iniciaron las conversaciones con el Vaticano para sustituir esa ley por un moderno Modus Vivendi. Así lo declaré en el primer mensaje al Congreso como Presidente de la República el 13 de marzo de 1959 en un documento redactado por mí, en mi máquina de escribir y sostuve esa tesis porque al estudiarla, desde mi juventud, pude constatar que era injusta y extemporánea y que no era aplicable ni aplicada. En víspera de la entrega del poder al presidente Leoni, en 1964, fue firmado con el legatario del Vaticano ese tratado del Modus Vivendi que puso fin a una disputa sorda que existía entre el Estado Venezolano y la iglesia de la religión que profesa la mayoría determinante de los venezolanos. En ese Modus Vivendi hay algo esencial, no se establece la religión del Estado. Es decir, que en Venezuela todas las religiones pueden practicarse, que cada quien pueda rezar a su modo, a su Dios, porque aquí no hay una religión católica de Estado. En Venezuela hay libertad de cultos.

A pesar de todos esos logros el Presidente Raúl Leoni fue electo con apenas el 32% de los votos, es decir, que obtuvo 957.574 votos

y usted venía de obtener casi el 50%, a qué cree usted se debió esa merma en la votación de Acción Democrática y su candidato?

- Eso se debió a todas las vicisitudes que tuvimos que enfrentar, desde las dos divisiones del partido hasta la violencia armada que nos llevó a tomar decisiones drásticas e impopulares, en algunos casos, todo para defender la estabilidad de las instituciones democráticas. Sin embargo, estaba consciente de la inmensa responsabilidad que caía en los hombros del gobierno de Leoni y quise que se mantuviera el acuerdo con COPEI, un partido serio que permaneció fiel a su compromiso con mi gobierno y el pueblo lo premió, haciendo que creciera su caudal electoral ostensiblemente en esas elecciones. Alguien dijo que el partido COPEI había incrementado su votación debido a la probada lealtad con el régimen de Betancourt y eso era una verdad del tamaño de un templo. Caldera fue un colaborador honesto y consciente de su papel histórico en defensa del sistema democrático.

Leoni, ni el CEN de AD, influido por Prieto y Paz Galarraga, hicieron caso de mi consejo y decidieron pactar con mis enemigos históricos. Buscaron a URD, que había abandonado a mi gobierno y que casi me tumban por su culpa, a Uslar Pietri y su partido FND y constituyeron el gobierno que denominaron de “Amplia Base”, dejando a Copei en la oposición. Estos, los socialcristianos, adoptaron, entonces, una línea que les dio excelentes resultados posteriores que llamaron de “doble A” (autonomía de acción) es decir, estaban en la oposición pero apoyarían aquellas decisiones gubernamentales que consideraran positivas para el país. Por paradójica que se vea esta política de Copei salvó, una vez más, al sistema democrático, porque al poco tiempo la fulana “Amplia Base” fue abandonada por el FND de Uslar y la URD de Villalba y Leoni quedó solo con el apoyo que, en ocasiones fundamentales, le brindara Copei desde el parlamento.

Después que se juramentó Leoni y se conformó la Amplia Base, usted abandonó el país. ¿Por qué tomó esa decisión, no podría haberse interpretado como abandono al gobierno dejándolo a su suerte y riesgo?

- Sentí que había cumplido con mi deber histórico, cívico y democrático. Histórico, porque era la primera vez en la accidentada historia de Venezuela que un presidente, electo democráticamente, transfería a otro el poder de la misma manera, después de libérrimos comicios. Cumplía también con mi deber democrático,

que confirmaba mi promesa de no mantenerme en el poder ni un día más ni un día menos del establecido en el mandato constitucional y cívico, porque pensaba que era necesario que me ausentara del país, para dar ejemplo distinto de aquellos gobernantes que salían del poder y dejaban a un pelele para convertirse, ellos, en el poder detrás del trono.

Ni Leoni era un pelele, ni yo podía dar, ni siquiera, la sensación que estaba tras bambalinas tomando decisiones que le correspondían al Jefe del Estado. Me fui de Venezuela, por un tiempo, con nostalgia de abandonar el terruño que tanto amo, pero con la satisfacción del deber cumplido. Visité Nueva York, Bruselas, Nápoles y me quedé durante unos años en la ciudad de Berna, Suiza, en una casa modesta donde pagaba, en francos, el equivalente a unos mil ochocientos bolívares mensuales. Con los emolumentos que recibía como ex presidente, y con mis honorarios que recibía como periodista y escritor podía vivir sin mayores sobresaltos. Eso sí, desde que salí del gobierno no entregaba artículos de opinión, a diarios o revistas internacionales, si no me pagaban porque de eso vivía.

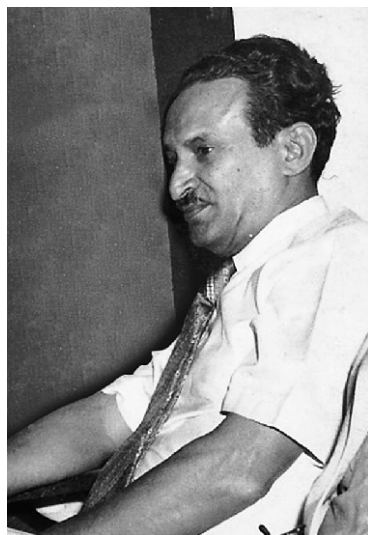
Prieto y Paz Galarraga

Durante casi todo el gobierno de Leoni usted se mantuvo en el exterior, pero tan pronto se agudizaron los problemas internos en AD por la disputa de la candidatura presidencial usted abandona su exilio voluntario y se viene otra vez a dar la pelea. ¿Era más importante, para usted, lo que acontecía en AD que lo que pudiera ocurrir con el gobierno?

- No es que el partido fuese más importante que el gobierno, sino que siempre consideré a Acción Democrática como el instrumento de redención del pueblo venezolano y cuando me di cuenta que el partido podía sufrir una desviación de grandes proporciones, que comprometiera su futuro y el de Venezuela, tomé la decisión de regresar a poner orden en casa. La situación se tornaba muy delicada, porque sabía que la inestabilidad interna en AD traería consecuencias nefastas para la estabilidad de las instituciones democráticas y percibía que esta división, de producirse, podía ser la más grave de la historia del partido, como en efecto lo



Luis Beltrán Prieto Figueroa.



Jesús Ángel Paz Galarraga.

fue. Se trataba de la lucha por la candidatura presidencial de dos gigantes del partido, ambos gozaban de mi aprecio, respeto y consideración: Luis Beltrán Prieto Figueroa y Gonzalo Barrios. Me pronuncié por Barrios, pero solo al final porque no quería hacerlo a destiempo y porque ambos tenían sobrados méritos para aspirar la presidencia de la República.

¿Y por qué se pronuncia a favor de Barrios en desmedro de la candidatura de Prieto, quien en ese momento se percibía como el de mayor respaldo de las bases del partido por su densa obra intelectual y política siempre a su lado?

- No fue que me decidí enseguida por Barrios frente a Prieto, sino que los hechos se precipitaron por los deseos febriles de Paz Galarraga de producir el enfrentamiento con la generación fundadora. Le estuve dando muchas largas al asunto buscando una reconciliación que evitara ese choque de trenes. Es verdad que Prieto y yo teníamos una amistad rayana en la hermandad, pero se hizo acompañar de unos personajes nefastos que me odiaban y que incluso habían sembrado cizaña entre Leoni y yo, pues su actividad fraccional venía de hacía muchos años. El más importante de todos, Jesús Ángel Paz Galarraga, quien era un hombre honesto, pero con unas ambiciones de poder desmedidas y siempre estaba a la caza de cualquier oportunidad para liderar el partido, por encima de todos, pero con el terrible defecto de ser un político de vuelo gallináceo. Paz no me perdonaba mi desconfianza hacia él y, sobre todo, cuando se enteró que yo había sugerido sustituirlo, como Secretario General del partido, por Antonio Léidenz, porque ya oteaba en el firmamento sus ansias divisionistas.

Luis Beltrán Prieto Figueroa era uno de los más valiosos fundadores del partido, uno de los que sufrió mayores años de cárcel y destierro, el de mayor capacidad de trabajo. Prieto escribió más de 50 libros de política, educación, psicología, economía, etc. Era un verdadero intelectual y con mucha ascendencia en el movimiento magisterial, sindical y agrario del partido. A él se le deben obras educativas, como la creación del Instituto Nacional de Cooperación Educativa (INCE) que preparaba a los jóvenes para el trabajo. Era un legislador infatigable y un articulista de opinión excelente, pero el clima de agitación que vivía el país no era para entrar a debatir el tema electoral de manera precipitada y por eso me reservaba mi opinión hasta que estuvieran dadas las condiciones. En ese momento, a pesar de los esfuerzos de Leoni

en la presidencia y de Gonzalo Barrios en el Ministerio del Interior, para pacificar el país, la lucha armada continuaba. El 27 de octubre de 1965 apareció en una playa de Lecherías el cadáver del profesor Alberto Lovera dirigente del PCV y la policía política del gobierno, la DIGEPOL, no pudo desmentir que se trataba de un crimen de Estado.

Meses después los comunistas asesinaban al doctor Francisco Astudillo Sánchez, a la sazón Juez Militar, y también al doctor Julio Iribarren Borges, Presidente del Seguro Social y atentaron contra la vida del General Roberto Moreán Soto, jefe del Estado Mayor del Ejército. Venezuela estaba en manos de la violencia. En marzo de 1966 es cuando el doctor Uslar Pietri le comunica al Presidente Leoni que su partido abandona el gobierno y URD pretendía aumentar su cuota de poder chantajeando a Leoni, quien tomó la decisión de no aceptar las pretensiones de Villalba. Él y su partido, URD, también abandonaron el gobierno. En este marco de inestabilidad Prieto lanza su pre candidatura y comienza a recorrer el país con un lenguaje radical que me hizo intervenir, porque veía la mano oculta de Paz Galarraga tratando de pescar en río revuelto. Paz había estado comprometido con el ARS y se quedó en el partido maniobrando, hasta conseguir la Secretaría General y, desde allí, montó el aparato fraccional que apoyaría a Prieto, para ocultar sus propias aspiraciones presidenciales futuras. Paz era un gran calculador.

Usted se mostraba muy activo y le escribía a los dirigentes más representativos del partido que creía se podían adherir a esa candidatura, la que se veía triunfante, por el entusiasmo que despertaba en la militancia adeca, frente a la fría y sosegada en exceso del doctor Barrios. ¿Cómo logró derrotar a Prieto?

- Yo pensé en intervenir solo cuando Prieto se abrió definitivamente como precandidato a principios del año 1967 y antes que se convirtiera en un movimiento indetenible que obligara al partido a apoyarlo, lo que consideraba inconveniente porque Prieto se iba radicalizando, peligrosa aunque extrañamente, hasta asumir posiciones marxistoides que en nada se le parecían, pero que dañaría la imagen y la tradición del partido de no hacerle concesiones al comunismo internacional. Antes de venirme a Venezuela le había escrito, sobre todo a nuestros dirigentes sindicales porque conocía de su lealtad, pero también sabía que el Presidente de la CTV, José González Navarro, se había plegado a Prieto y tenía que contrarrestar esa influencia, que podía ser nociva para

el disciplinado movimiento sindical. En efecto, González Navarro, extemporáneamente, lanzó la candidatura de Prieto en un mitin celebrado en San Felipe, estado Yaracuy, sin haberse pronunciado aún el buró sindical. Eso fue un grave error de González y el “prietismo”, porque la reacción de los disciplinados sindicalistas no se hizo esperar y se pronunciaron contra esa decisión unilateral del Presidente de la CTV, los dirigentes Malavé Villalba, Francisco Olivo, Luis Tovar, Pérez Salinas, Martín Correa, Humberto Hernández, Juan Herrera y los demás miembros del buró nacional sindical. Quienes acompañaban a González Navarro en ese acto fueron los sindicalistas Juan José Delpino, Salom Meza Espinosa y Lucas Pérez.

Prieto y Paz Galarraga pidieron elecciones primarias, a las que me opuse porque transgredía, esa petición, los estatutos del partido, pero no me hicieron caso, se celebraron y comenzó una lucha fratricida que en ocasiones terminaba en trifulcas que Gonzalo Barrios, con su causticidad característica, las llamó “trompadas estatutarias”. Se cometieron irregularidades en el proceso, el CEN del partido pasó al tribunal disciplinario a 27 dirigentes de la corriente prietista y, por supuesto, Prieto y Paz desconocieron la decisión de la dirección nacional del partido. Pedí, entonces, se convocara un CDN para tratar de salvar la unidad del partido. Propuse que se retiraran las dos candidaturas y se buscara otra de consenso. Prieto se opuso a ello, argumentando que había ganado unas elecciones primarias que en realidad no se habían celebrado. Esto agravó la crisis, se ordenó la sustitución de Prieto, como Presidente del partido y de Paz Galarraga como Secretario General. Fue cuando se me propuso, estaba yo aún en Berna, para que asumiera ese cargo, a lo cual me opuse, quedando encargado, entonces, de la presidencia del partido, el líder sindical Augusto Malavé Villalba.

Luego el partido decidió ratificar la destitución de Prieto, Paz y siete miembros más del CEN del partido y se designó como presidente al doctor Antonio Léidenz. Prieto y Paz decidieron formar tienda aparte y fundaron un nuevo partido: el Movimiento Electoral del Pueblo (MEP) para sostener la candidatura de Prieto. Regresé a Caracas y en febrero de 1968 asistí a la convención nacional de Acción Democrática.

Después de la salida de Prieto, en el partido surgieron otros nombres para asumir la candidatura, entre ellos estaban, además de Gonzalo Barrios, Reinaldo Leandro Mora, Eligio Anzo-

la, Luis Augusto Dubuc y Leopoldo Sucre Figarella. Todos entrañables amigos míos, y fui hablando con cada uno de ellos, para que respaldaran al que aparecía con mayor opción en ese momento que era Gonzalo Barrios. A Carlos Andrés le aconsejé que asumiera la Secretaría General del partido y esperara su momento. A los demás les expresé mi percepción de que Gonzalo ya tenía asegurada su victoria electoral interna y que era necesario, después de la división, dar la sensación de solidez del partido y que debíamos proclamar a Gonzalo unánimemente. Todos me hicieron caso, menos Luis Augusto Dubuc quien mantuvo su nombre hasta el final saliendo ominosamente derrotado, pues solo obtuvo 71 votos frente a los 431 obtenidos por Barrios.

Derrota de Barrios. Caldera Presidente. AD primer partido

¿A qué atribuye usted la derrota electoral de AD y Gonzalo Barrios en esas elecciones a manos de COPEI y el Dr. Rafael Caldera?

- La de Gonzalo Barrios se la explico, no la de AD, porque el partido, a pesar de la división, quedó en primer lugar de las preferencias electorales. Me explico: la derrota de Gonzalo se debió en primerísimo lugar, qué duda cabe, a la división de Prieto, pues Gonzalo pierde por unos 30.000 votos y Prieto obtuvo un poco más de 700.000, si Prieto no divide a AD hubiésemos salido victoriosos y de manera muy holgada. Además, al desgaste de todo gobierno habría que añadir que AD llevaba ya dos periodos gobernando y diez años en el poder, luce como mucho tiempo para una democracia incipiente como la nuestra. Por eso no me arrepentí nunca del triunfo de Caldera, pues era necesario airear la democracia permitiendo la alternabilidad en el poder y los socialcristianos son gente seria y Caldera un hombre bien preparado, para asumir las riendas de ese potro indómito llamado Venezuela.

Aunque le confieso que lo que más me complació fue haber depurado al partido del “prietismo” o más bien del “pazismo”, que amenazaba nuestra coherencia como organización democrática, sin devaneos con ese izquierdismo trasnochado a la cubana. Ah, pero es que además es cierto que Barrios, nuestro candidato, perdió con Caldera, pero Acción Democrática siguió siendo el primer partido de Venezuela. En efecto, Caldera obtuvo 1.083.712 y Barrios: 1.050.806. Sin embargo, mientras COPEI obtuvo 883.814 votos, AD obtenía 939.759 en tarjetas pequeñas, que eran las que determinaban la composición de los cuerpos deliberantes.

El MEP, a pesar de quedar como tercer partido del país –habida cuenta de que la tercera posición candidatural la obtuvo Miguel Ángel Burelli Rivas con un frente de varias organizaciones políticas– quedó, desde el punto de vista electoral, muy por debajo de sus expectativas al obtener tan solo 475.909 votos en tarjetas para los cuerpos deliberantes. Mientras el UPA de los comu-

nistas obtuvo un irrisorio resultado de 103.368 votos, lo que refleja sin lugar a dudas el altísimo costo político que tenía que pagar por la desastrosa y suicida política de lucha armada que sostuvo durante los años anteriores a este proceso electoral. Hubo otras dos candidaturas que no llegaron a obtener siquiera el 1% de los votos: la del empresario independiente Alejandro Hernández, y el sempiterno candidato del MAN, Germán Borregales.

Después de estas elecciones usted se regresó, otra vez, a Berna. ¿Iba con el ánimo derrotista pensando, quizás, que no volverían, usted y su partido, al poder?

- Nunca he sufrido de ánimos derrotistas como usted dice, por el contrario me fui a Suiza convencido que por bueno que fuese el gobierno de Caldera, AD en la oposición racional y constructiva se iba a oxigenar y poder regresar al poder, porque ese partido del pueblo nació para hacer historia y la historia se hace desde el poder.

Por cierto, cuando estaba saliendo del país, en esa oportunidad, hice un parangón con lo dicho por el general MacArthur: *¡We will comeback!*, lo que era un grito de esperanza dirigido fundamentalmente, a la militancia de mi partido.

Sobre la desaparición de AD se ha hablado mucho y corrido mucha tinta de nuestros sempiternos adversarios, pero AD no desaparece porque, precisamente, tiene vocación de poder y siempre lucha, en las peores circunstancias en que se encuentre, para regresar al viejo y feo caserón “crespero”, como yo llamo al palacio de Miraflores, asiento principal del gobierno de Venezuela.

Betancourt renuncia a su segura candidatura y probable segunda presidencia por vía electoral.
Triunfo de Carlos Andrés Pérez.
AD vuelve al poder

Adelantémonos un poco en el tiempo, si le parece don Rómulo, porque no es interés de este trabajo analizar al gobierno de Caldera, sino la actividad suya en el seno de AD y sus consecuencias políticas inmediatas y de largo plazo. Por eso me atrevo a preguntarle, después del quinquenio de Caldera ya han pasado dos períodos constitucionales y usted podía nuevamente presentar su nombre, tal como lo autorizaba la Constitución vigente de 1961, para la candidatura presidencial. ¿Por qué se demoró tanto tiempo para decidirse y por qué desistió finalmente de ser candidato presidencial, habida cuenta de que contaba con casi la unanimidad de su partido para tan lógica aspiración?

- La verdad sea dicha, me tomé mucho tiempo para decidirme, porque no quería que se desataran, extemporáneamente, los demonios internos de las aspiraciones candidaturales en el seno del partido. Por eso no soltaba prenda cada vez que me lo preguntaban los periodistas en Suiza o en cualquier lugar del mundo que visitaba. Mi decisión de no presentarme de nuevo como candidato la había tomado, internamente, hacía mucho tiempo, pero ni siquiera a mi mujer se lo había comentado, pues no quería que hubiese ninguna filtración de lo que pensaba en ese momento para no perjudicar al partido. Y había tomado esa decisión, porque consideraba y sigo considerando que en política, más que en cualquier otra actividad humana, hay que saber cuándo retirarse y permitir el relevo generacional.

Cuando Leoni lanzó mi candidatura, para el próximo período constitucional que se iniciaría en 1974, lo hizo a fines de Agosto de 1971, yo lo dejé correr para frenar, como le dije, la lucha fratricida extemporánea. Estábamos amoscados, con la división de Prieto y no quería que volviésemos a las andadas divisionistas por culpa de aspiraciones presidenciales. Cuando llegué a Cara-

cas el 23 de mayo de 1972 me esperaban enjambres de periodistas, con la primera pregunta a flor de piel: ¿cuándo piensa anunciar su candidatura presidencial? Los mantuve en vilo más de dos meses sin soltar prenda y para tranquilizarlos les soltaba esto: “hay que esperar lo que decida la convención de Acción Democrática”. Esa respuesta me permitía no mentirles a los periodistas y también lograba el efecto esperado de alargar la decisión hasta el momento oportuno.

El 20 de julio, dos meses después de mi arribo a Venezuela, convoqué a una rueda de prensa y manifesté textualmente lo siguiente: “Quiero ratificar en forma inmodificable mi propósito de no aspirar ya más al ejercicio de la Presidencia de la República”. Cuando declaraba a los periodistas veía, con el rabo del ojo, a Carlos Andrés Pérez, quien estaba presente y no podía disimular su alborozo, porque sabía que el único escollo a su candidatura era la eventual candidatura mía; sin mí, el camino le sería expedito para alcanzar la nominación.

Luego de anunciar mi renuncia a cualquier aspiración presidencial, pasó un hecho muy curioso que me dejó perplejo, mi esposa, René Hartman se fue de la casa, disgustadísima por mi decisión. Lo que pasa es que las mujeres de los políticos se hacen más ilusiones que nosotros mismos y me imagino que René ya se sentía Primera Dama. Hay que recordar que en mis anteriores



René Hartmann y Rómulo Betancourt.

mandatos presidenciales me acompañó mi ex esposa Carmen Valverde y me imagino que René también quería llegar a ser Primera Dama de la República. Afortunadamente la bravata se le pasó rápido y regresó al hogar para mi complacencia

En esas elecciones se presentó como abanderado de AD Carlos Andrés Pérez y obtuvo un triunfo arrollador frente al candidato Lorenzo Fernández de COPEI. Pérez fue su secretario privado, quien siempre gozó de su amistad y padrinazgo, sin embargo en el ejercicio de su presidencia las relaciones entre ustedes se tornaron agrias y distantes. ¿Qué le pasó don Rómulo con su pupilo?

- Creo que la culpa la tuvo el petróleo. Ese “excremento del diablo” como lo llamó certeramente Pérez Alfonso, pues volvimos al poder con la euforia de unos precios del petróleo nunca antes vistos, por los conflictos en el Golfo Pérsico, y Carlos Andrés Pérez se sintió como el Tío Rico del Pato Donald montado en un cerro de billetes y oro. El entorno de Pérez comenzó a elevarle el ego, que de por sí no era pequeño, le comenzaron a calentar la oreja con aquello que debía convertirse en el líder de América Latina y el Tercer Mundo. Se creció tanto; al punto que Gonzalo Barrios con su oportuna ironía dijo: “Al Presidente Pérez le hace falta un poquito de ignorancia”, para significar que creía se las sabía todas.

Se rodeó de un equipo de gente capaz y acertó en algunos casos, como con Luis Manuel Peñalver al designarlo en el Ministerio de Educación, Luis Piñerúa Ordaz como Ministro del Interior o Héctor Hurtado para Hacienda y Valentín Hernández en Minas e Hidrocarburos, pero también tuvo el desatino de designar a Gumersindo Rodríguez para Cordiplan y a Diego Arria como Gobernador de Caracas con los cuales no estuve de acuerdo. No me quise inmiscuir en esos nombramientos, aunque le emití mi opinión, cuando tuvo la cortesía de visitarme como presidente electo, sobre la inconveniencia de algunos de esas designaciones que ya se conocían con antelación. No me hizo caso. Sin embargo, mis deseos eran que hiciera un buen gobierno porque lo tenía en muy alta estima, desde que era casi un niño cuando fue mi secretario en la presidencia de la Junta de Gobierno de 1945 y siguió siéndolo en la clandestinidad, como ayudante principal en mis labores cotidianas de exiliado. Se comió las maduras, pero más que todo las verdes en más de diez años de exilio. Luego, como Ministro del Interior, durante mi gobierno, tuvo una actividad febril y con fe de carbonero se dedicó a desbaratar cuanta conspiración

~ Antonio Ecarri Bolívar ~

de derecha e izquierda se montara contra el gobierno y le debía, por esa actividad, eterno agradecimiento pero eso no significaba incondicionalismo. Así que me volví a embarcar para Europa, para que no se dijera que estaba interviniendo en las decisiones gubernamentales.

Nacimiento del MAS y relaciones con sus dirigentes

Presidente, durante el gobierno de Caldera ocurre un hecho trascendente, desde el punto de vista político, se divide el Partido Comunista dando nacimiento al Movimiento al Socialismo, cuyos principales dirigentes, Pompeyo Márquez y Teodoro Petkoff, habían sido perseguidos, procesados y encarcelados por su gobierno; sin embargo, se decía que usted tenía buena opinión de ese nuevo proyecto político de “socialismo a la venezolana”. ¿Es eso cierto?

- Me pareció interesante la discusión que se abrió en el seno del partido comunista que terminó en el nacimiento del MAS, porque un proceso similar lo había experimentado yo, treinta años antes, cuando decidí romper definitivamente con la hegemonía soviética y con esa acartonada manera de ver la política, solo con los ojos de Moscú, sin posibilidad alguna de incidir en esa política por parte de ningún partido del tercer mundo. Es así como en el seno del PCV se van confrontando dos grupos que terminarán escindidos; por una parte, Jesús Faría, los hermanos Gustavo y Eduardo Machado, los hermanos García Ponce –Guillermo y Antonio–, Pedro Ortega Díaz, Héctor Mujica, Gallegos Mancera, Jesús Sanoja Hernández, al lado de la URSS y su política imperial y represiva contra los pueblos que dominaban, dentro de su área de influencia durante la guerra fría, como Checoslovaquia, a la que tomaron por asalto las tropas del «Pacto de Varsovia» con la excusa de la defensa del internacionalismo proletario; y por la otra, Pompeyo Márquez, Teodoro Petkoff, Freddy Muñoz, Luis Bayardo Sardi, Germán Lairret, Alfredo Maneiro, Eloy Torres, Manuel Caballero y la juventud comunista, casi toda, con Antonio José Urbina, su secretario general, a la cabeza. El atropello de la URSS contra el pueblo checo incentivó a Teodoro Petkoff a escribir el libro *Checoslovaquia: el socialismo como problema*. Este libro de Teodoro Petkoff originó una polémica nacional e internacional. El secretario general del Partido Comunista de la Unión Soviética (PCUS), Leonid Brézhnev, lo denunció en el XXIV congreso de ese partido celebrado en Moscú, comi-

parándolo con el francés Roger Garaudy como dos enemigos de la URSS. Por supuesto que esa posición de Teodoro Petkoff tenía que generar una respuesta contundente de los dirigentes del PCV, quienes decidieron su expulsión, lo que a su vez produjo la división de ese partido, dando nacimiento al Movimiento Al Socialismo (MAS).

Claro que este debate fue muy intenso entre los comunistas, sobre todo en un periódico que dirigía Héctor Rodríguez Bauza llamado Deslinde. Allí recuerdo el artículo de Jesús Faría contra Manuel Caballero y el de este respondiéndole que llamó, sarcásticamente, «Una respuesta innecesaria». El artículo de Faría en realidad fue contra Teodoro Petkoff, pero como este aún formaba parte del Comité Central, prefirió agarrarla con el historiador, creyéndolo más débil políticamente en lo interno del PCV, sin incluir en sus cálculos que iba a «jurungar» la incendiaria pluma de un escritor de la talla de Caballero. A quien por cierto agradezco los comentarios autocríticos que ha hecho sobre su error en la lucha armada y me ha dado la razón histórica sobre esa época.

En una entrevista que le hiciera el periodista Ramón Hernández a Teodoro Petkoff, este dijo algo demasiado trascendente, viniendo de uno de los líderes de la lucha armada en que se había debatido Venezuela y, además, hacía vislumbrar un auténtico y sincero reconocimiento a la vida democrática en la que se estaban insertando, nuevamente, los socialistas que rompieron con el comunismo soviético. Se lo voy a transcribir, textualmente, para que vea que yo sí celebraba, esa postura autocrítica de algunos ex comunistas cuando era sincera. Dijo Petkoff esto:

Yo creo posible un gobierno socialista que por medios y procedimientos democráticos, establecidos en la ley, pueda enfrentar una oposición que vulnere la ley; y que la enfrente aplicando el peso de la ley. Quiero decirlo poniendo como símil lo que ocurre en muchas sociedades democráticas capitalistas, donde hay levantamientos revolucionarios y donde esas sociedades se las han ingeniado para vencer esos levantamientos sin alterar significativamente su esencia democrática. Un ejemplo de cómo eso es posible es la época de los años 60, que fue un período terrible, muy duro, en el cual, desde el punto de vista de la legalidad democrática se produjeron aquí atropellos, crímenes y violaciones muy grandes; pero también es verdad que –solo a riesgo de deformar la historia se podría

negar-, los fundamentos del régimen democrático se mantuvieron y que Venezuela en la década de los 60, aun con las cosas terribles que sucedieron, no era ni el Chile de Pinochet ni la Argentina de Videla ni el Uruguay de los militares, no. La Venezuela de los privilegiados, gobernado por AD y COPEI, se las arregló para vencer un desafío revolucionario manteniendo la estructura democrática del país.

Y finalizó diciendo con estricta correspondencia a su anterior razonamiento:

Yo creo que en aquellos países como el nuestro, que ya tienen cierto condicionamiento democrático, es posible que una transformación social adopte con facilidad los modos democráticos.

¿Cómo podía estar yo en desacuerdo con una posición como esa, que se emparentaba con la que yo mantuve firme toda mi vida?

Distanciamiento de su pupilo Carlos Andrés Pérez

Volvamos al gobierno de Pérez y al distanciamiento suyo con el gobierno de su propio partido. Juan Pablo Pérez Alfonso, un hombre de insospechables veleidades antiadecas, criticaba el manirrotismo que observaba en las altas esferas gubernamentales y era opuesto al morbo de la corrupción. ¿Cuál fue su actitud frente a este tema don Rómulo?

- Conversé de ese tema en varias oportunidades con Juan Pablo y uní mi voz a la de él, pues lo conocía y sabía que era un hombre muy austero que se angustiaba con los excesos que observaba en el gobierno, con esa política delirante de la “Gran Venezuela” que no era otra cosa que la pretensión de los alabarderos de siempre, para elevar a Carlos Andrés a líder continental y mundial, en vez de resolver nuestros problemas con racionalidad y aprovechar los inmensos recursos que estaban llegando, producto del alza de los precios del crudo, para ahorrar para las épocas de las vacas flacas y diversificar la economía, hacer inversiones sociales, pero también reproductivas. No se nos hacía caso.

Bueno Presidente esa fue la época cuando Gonzalo Barrios, Presidente de Acción Democrática declaró que en Venezuela se robaba porque no había razones para no hacerlo.

- Ciertamente, cuando Gonzalo pronunció esa frase sentí pena ajena o más bien propia, porque estaba confesando que nuestra obra, de alguna manera, se estaba agotando en un mar de corrupción y la actitud del presidente era la de un manirroto. Por eso con ocasión del aniversario de Acción Democrática cuando me correspondió hablar, dije: “El militante adeco –hombre o mujer– antes pobretón, que se compre casas y automóviles costosos o viva en casa de alto alquiler y alardee de súbita riqueza, no puede argumentar que se sacó el 5 y 6 o que le bajó del cielo esa riqueza como inesperado maná. Debe ser investigado y llevado al tribunal disciplinario y sacado a empellones del partido y debe hacérsele enjuiciar ante los tribunales penales de la república”.

También dije en esa fecha aniversario que: “Vivimos dentro de una Venezuela saudita indigesta de petrodólares. Y nosotros los adecos, amasados con arcilla de pueblo, debemos comportarnos con austeridad y probidad. Las lacras de la corrupción proliferan, pudren y terminarán por desintegrar el régimen democrático”.

Presidente, la gestión de Carlos Andrés Pérez estuvo signada por esos hechos de corrupción que usted denunció, incluso AD conformó una Comisión de Ética para conocer de esos casos, pero es innegable que Pérez hizo grandes obras y, sobretodo, pasará a la historia como el presidente que nacionalizó el petróleo. ¿Usted no reconoce esos logros?

- No solo lo reconozco, sino que la única vez que hice uso de mi condición de parlamentario, de senador vitalicio, que la constitución de la república me otorgaba como ex presidente, concurrí al congreso para defender la Ley de Nacionalización del Petróleo y conté la historia evolutiva de nuestras actividades desde el nacimiento de la OPEP que, orgullosamente digo, es obra nuestra. Dije ese día histórico:

El Gobierno de Venezuela fue invitado a un congreso panarábigo que iba a realizarse en El Cairo. No era un congreso exclusivamente de los países productores, también estaban invitadas las compañías. Venezuela estuvo representada entonces –y demostró el doctor Pérez Alfonzo una dispendiosidad de la que nunca había dado muestras– por el ministro de Minas e Hidrocarburos y por el director de Cordiplan, doctor Manuel Pérez Guerrero, quien es un venezolano de excepcional formación, quien en el elenco administrativo de las Naciones Unidas lo único que no ha sido es secretario general. Conoce mucho de petróleo y es un políglota, con la particularidad de que entre los idiomas que habla está el árabe. Estuvieron también los representantes de COPEI, los representantes de URD, los representantes de Acción Democrática, que entonces formaban el gobierno de coalición, varios expertos y hasta periodistas.

En algún momento de descuido de los representantes de las compañías, se realizó una reunión aparentemente social en el Club Náutico El Maadi, en El Cairo. Allí estaban Pérez Alfonzo, Pérez Guerrero, el Jeque Tariki, ministro de petróleo de Arabia Saudita; Salmán, ministro de petróleo de Irak; el representante de Kuwait, un repre-



César Gil, Rómulo Betancourt y Carlos Andrés Pérez
en el palacio de Miraflores

sentante de Irán, estrechamente vinculado al Sha; y Nessim, director de la Corporación Petrolera de la RAU. Lo único que se logró allí, a pesar del empeño del doctor Pérez Alfonzo y del Jeque Tariki, fue la firma de un documento muy secreto, del cual cada uno de los representantes en la reunión del Club Náutico obtuvo una copia. De esa manera se establecía un intercambio de información con respecto a petróleo y un esfuerzo no para aumentar los precios, sino para impedir que continuaran bajando, porque unilateralmente habían fijado las compañías petroleras los precios de referencia, sobre los cuales se establece la fiscalidad en el Golfo Pérsico y en el Golfo de México.

En 1960 se creó en Bagdad la OPEP. este es un hecho de importancia histórica trascendental. Por primera vez en el mundo moderno, un grupo de países que no tienen grandes acorazados, ni grandes flotillas de aviones, ni demás elementos bélicos, ni siquiera reservas monetarias cuantiosas, se unían para enfrentarse a las grandes potencias de Occidente y a las potencias del petróleo. Esta OPEP fue creciendo con cierta lentitud hasta que adquirió su papel estelar en la reunión extraordinaria de Teherán en 1971. Pero antes de hacer mención a eso me

*referiré a lo que hicieron tanto el presidente Leoni como el presidente Caldera, para preservar la línea de defensa de los intereses del país frente a la explotación de su principal riqueza básica. El presidente Leoni continuó pres-tándole apoyo firme y decidido a la OPEP; hizo recupe-rar por el fisco ochocientos millones de bolívares como re-paraciones. En la reunión de los presidentes de Repúbli-cas de América en Punta del Este argumentó firmemente con el entonces presidente Johnson, de los Estados Uni-dos, en defensa del **trato hemisférico**. El presidente Caldera, en su discurso, hizo una exposición bastante de-tallada y acertada de los esfuerzos que se cumplieron du-rante su gestión administrativa para ir creando los pa-sos que han conducido a este trascendental que vamos a dar ahora, el del control integral por el Estado venezola-no de la industria del petróleo.*

Y en relación con el debate suscitado, en torno al artículo 5° de la ley que reserva al Estado la industria y el comer-cio de los hidrocarburos, que se convirtió en el centro de la polémica en el Congreso, dije que lo apoyaba porque no establece sino dos posibilidades: la posibilidad de contratos operacionales de la casa matriz que va a admi-nistrar la industria; o de contratos de asociación, que no podía hacerlos el Ejecutivo Federal sin el apoyo del Con-greso, reunido en sesión conjunta de las dos cámaras. Esta posibilidad de asociaciones, ya que en el artículo 5° no se habla en ningún momento de empresas mixtas, tie-ne cierta semejanza a esas válvulas de escape que se esta-blecieron en la constitución del 61 y en la Ley de Hidro-carburos del 67 para no atar de brazos al Estado. Puede presentarse la coyuntura en que sea favorable y necesario para los intereses del país un convenio de asociación. Que ese convenio vaya a significar una nueva etapa de entreguismo no lo concibo, porque tengo fe en Venezuela y tengo fe en los venezolanos; porque sé que aquí en Vene-zuela ya no habrá más dictaduras y que solo los dictado-res son capaces por venalidad o por otras causas de irres-petar el interés nacional. Estoy seguro de que comenzan-do por Acción Democrática y apoyado por los demás par-tidos que están representados en el Congreso, se rechaza-ría cualquier proposición que fuera contraria a los intereses de Venezuela.

El gobierno de Carlos Andrés Pérez no sale bien parado de sus análisis, porque usted insiste que la cultura del nuevorrquismo estaba haciendo metástasis en el cuerpo de la Nación.

- Me importa un comino lo que la gente piense sobre mi conducta frente a la corrupción, pero jamás le di cuartel a ese morbo y mucho menos iban a amainar mis ataques contra esa excrecencia si se trataba de un gobierno de Acción Democrática. En plena campaña electoral me fui a Macuto a descansar y angustiado por esa situación no descansé un carrizo, sino que me puse a escribir un artículo que me publicó la revista *Resumen*, donde decía: "Venezuela confronta el riesgo de que pueda podrirse y aun desintegrarse. Somos un país donde el nuevorrquismo derrochador y rastacuero y la demencia histórica colectiva de dilapidar el dinero que se tiene y el que no se tiene, configuran un modelo acabado, sin faltarle una pieza y sin sobrarle un tornillo consumista".

Aunque, permítame decirle que no tengo la mezquindad de no reconocer otros logros importantes del gobierno de Carlos Andrés Pérez, valga citar por ejemplo, que en materia educativa y cultural se crea la Fundación Biblioteca Ayacucho, la que tuvo como objeto publicar las más importantes obras de autores de América Latina, lo que fue todo un éxito editorial por la proliferación de publicaciones y a bajo costo. También se creó la Fundación "Gran Mariscal de Ayacucho", la que permitía salir a estudiar al extranjero en las universidades más prestigiosas del mundo a estudiantes venezolanos de bajos recursos económicos. Esta fundación permitió la formación de toda una generación de profesionales y técnicos, sin distinciones de clase social, de raza o de credo político o religioso. Hoy día, quienes dirigen buena parte de las empresas nacionales, privadas y públicas, con estudios de postgrado en el extranjero, son los ex becarios de la "Fundación Gran Mariscal de Ayacucho", un verdadero logro para la educación y formación del venezolano en aquel momento y durante mucho tiempo. Al finalizar el año 1978, cerca de 19 mil venezolanos ya habían sido favorecidos por este programa. Pero, por otra parte, también hubo mucha gente que se enriqueció, indebidamente y la eterna burguesía parasitaria echó raíces durante ese gobierno. Hasta Luis Piñerúa Ordaz denunciaba lo que llamó los doce apóstoles, grandes familias que se beneficiaban, en relación non sancta, con el Estado venezolano.

Luis Piñerúa Ordaz candidato de Acción Democrática. Derrota de AD y sus consecuencias políticas

Bueno Presidente llegamos a las elecciones y su candidato Piñerúa pierde, en buena lid, con el candidato del partido social-cristiano COPEI, Luis Herrera Campíns, ¿no sintió usted una gran frustración porque su candidato, el que usted logró imponer en AD, perdió esa confrontación?

- A estas alturas de la conversación debe usted haber percibido que soy un hombre, como dicen en el llano venezolano, con “conchaemorrocóy” para estar sintiendo frustraciones o depresiones y desmayos en la actividad política, no me arredro ante las dificultades, además déjeme decirle que lo que logró Piñerúa fue una verdadera hazaña, porque el desprestigio del gobierno era muy grande. COPEI había lanzado a su mejor candidato, al punto que alguien lo llamaba “el copeyano adeco”, por su compenetración con el pueblo llano y, sin embargo, estos fueron los resultados: el candidato Luis Herrera Campíns resulta el triunfador por apenas una diferencia de algo más de 170.000 votos, pero la votación de AD y COPEI para los cuerpos legislativos es de un asombroso empate técnico.

En efecto, COPEI obtiene el 39,72% de la votación y AD obtiene el 39,70%. La diferencia es de tan solo 11.000 votos, lo que significa que los dos partidos del «status», como los llamaba la oposición, han resultado virtualmente empatados en las preferencias de los electores. Mientras, la izquierda saca una votación para los cuerpos legislativos, muy insignificante: el MAS el 6% y el resto no llega al 7% de los sufragios.

Todo esto quiere decir que la candidatura de Luis Piñerúa Ordaz no fue un desatino de Acción Democrática, por el contrario, rescató el sentido popular del partido, recuperó la fe perdida en su liderazgo y el partido obtuvo una votación impensable con cualquier otro candidato que no hubiese estado compenetrado, como estaba Piñerúa, con las bases del partido y con el pueblo hu-

milde adeco que nunca se benefició con prebendas oficiales y siempre lo vio como ejemplo de honestidad y pulcritud en el manejo de la Administración Pública. Esa candidatura enaltecó la dignidad del partido del pueblo, a pesar de la derrota electoral.



Luis Piñerúa Ordaz, Felipe González y Rómulo Betancourt.

Mi lucha contra la corrupción y a favor del adcentamiento de la actividad política ha sido mi obsesión toda la vida. A mi regreso de un viaje a los Estados Unidos, refiriéndome a la renuncia del Jefe del Estado israelí Itzhak Rabín, debido a que mantuvo una cuenta bancaria en Estados Unidos, cosa que prohíben las leyes de Israel, dije que aquella es una “democracia decente”. Me refería a un necesario proceso de perfeccionamiento que debe ocurrir en este país. Ahora, eso no se resuelve de un momento a otro. Pero ya es hora de comenzar a resolverlo, enfrentarlo y decirlo públicamente. Tenemos que trabajar muy duro para que el ladrón de los dineros públicos deje de ser complicitado por la sociedad y sea más bien objeto de escarnio colectivo. Esa tolerancia social frente a los traficantes de los dineros de la Nación es la que considera como “vivo” y no como “criminal” a quienes se enrique-

cen ilícitamente. La inmoralidad administrativa en Venezuela obedece a que nos cubre la riqueza fácil de los petrodólares, a la desorganización del Estado, a que ha nacido como una religión del billete que empuja a hacer dinero rápido sin trabajar, a que hay una ausencia de leyes que prevengan y castiguen duramente toda esa corrupción.

Estamos al final de la entrevista y usted no nos ha dicho si piensa seguir, como siempre, dedicado por entero a pensar y actuar políticamente o ahora que su partido no tiene responsabilidades de Estado, no le provocaría, más bien, dedicarse a otros menesteres menos azarosos?

- Mucha gente, que no me conoce de cerca, me imagina un señor que dedica las veinticuatro horas del día, incluyendo las del sueño, a pensar y actuar en política. Los que han tenido acceso a mi intimidad saben cómo son de variadas mis inquietudes, inclusive inconexas para una estimativa superficial. La política, sí, ha centrado mi mayor preocupación. Pero también disfruto de la literatura, del arte, de los deportes. Tengo tanta satisfacción lo mismo leyendo el extraordinario libro póstumo de André Malraux, que traducido se llamaría *El Hombre Precario y la Literatura*, que viendo a nuestro compatriota pelotero Luis Aparicio desbaratarle en el *Yankee Stadium* de Nueva York un hit a un cuarto bate de la novena contraria. Así como también manosear libros usados y estampitas de santos de siglos atrás en las venta de viejo de la margen izquierda del Sena, en París, la famosa *rive gauche* me causa tanto agrado como pasarme dos horas lanzándole cacahuetes a los ositos pirueteros de Berna en su foso para alegrar a los niños... de hasta 80 años. Hacer de “papanatas barojiano” me gusta, disfruto lo inimaginable entrando a las tiendas de antigüedades de la Cuarta Avenida de Nueva York para manosear piezas japonesas y estatuillas del Renacimiento, o vagar al azar por las callejuelas sucias de Nápoles que el director italiano de cine De Sica universalizó en “*Ladrón de bicicletas*”. Bueno o caminando a medianoche, sin la presencia afectuosa y muy incómodamente efusiva de mis compatriotas por las calles coloniales de Mérida. He tenido tanto agrado en Londres, comprando, junto con Renée, ñame y verduras en el mercado jamaiquino de Portobello, como descifrando el testimonio de piedra de las civilizaciones antiguas catalogado en el Museo Británico y saqueado a Egipto; Grecia, Italia y América Latina por la Gran Bretaña imperial.

Mire, yo soy un individuo que le gustan los libros, que estoy disfrutando extraordinariamente con mi nieta Alejandra, con la cual estoy recreándome todo lo que no pude cuando estaba pequeña mi hija Virginia, que lleva ese nombre por mi madre Virginia Bello de Betancourt, porque en la infancia de Virginia, hija que tuve de mi primer matrimonio con Carmen Valverde, yo estaba en el exilio y luego me entregué totalmente a la lucha política dentro de la cual ya llevo cincuenta años. Ahora veo como crecen mis nietos, como se transforman. Es grata mi vida doméstica, matrimonial, con Renée. Me gustan las cosas bellas, la música, soy un lector apasionado de novelas. En fin, no soy el fanático político a tiempo completo.

Betancourt se despide porque va a acompañar al presidente Luis Herrera Campíns a la ONU.
Ambos asisten al *Yankee Stadium*

¿Qué más quisiera agregar, don Rómulo, a esta larga conversación entre dos compañeros de partido, usted como fundador de Acción Democrática y yo, como militante, que tuvo el atrevimiento de haberle quitado tantas horas de su valioso tiempo?

- La verdad es que estaba por decirle que no íbamos a poder continuar esta amena conversación, porque estoy preparando viaje a los Estados Unidos. Fui invitado por el presidente Luis Herrera Campíns a oír su intervención en la Asamblea General de las Naciones Unidas y ya sé, porque en Venezuela no hay secretos, que me tiene una sorpresa muy agradable y placentera para mí: invitarme al *Yankee Stadium*, a un partido de beisbol que están anunciando para el día siguiente de ese discurso, entre los Yankees de Nueva York y los Tigres de Detroit.



Rómulo Betancourt con el Presidente Luis Herrera Campíns en el Yankee Stadium.

Espero que mediante esta entrevista haya quedado claro, como hilo anudador sobre mi conducta, el de mi enemistad sin compromiso posible con las dictaduras y sus personeros, sean éstos fascistas, comunistas o simples opresores de pueblos desprovistos de etiqueta ideológica; la actitud crítica contra la política exterior de las grandes potencias y de las compañías transnacionales que se han cobijado bajo sus banderas; la de una intransigente moralidad en el manejo de los fondos públicos, conceptuando la virtud esencial del político; y, por último, la concepción del logro en la vida como resultado de un trabajar perseverante, sin pausas de continuidad, con entrega total de las potencias anímicas al hacer constructivo.

Esta entrevista aspiro que sea un testimonio más de una vocación no cancelada; la de servirle a mi país y a nuestra América. Ojalá alcance la suerte de despertar inquietudes creadoras y de estimular vocaciones útiles en las jóvenes promociones venezolanas y latinoamericanas.

Nada más quiero agregar, solo espero que ustedes logren preservar y renovar mi obra más importante, Acción Democrática, de la que siempre he dicho que prefiero pasar a la Historia, como fundador de ese partido del pueblo que como Presidente de Venezuela ocupante de una silla que ha soportado tan indignas como irrememorables posaderas.

¡Hasta siempre, conciudadanos!

Hasta siempre

Hasta siempre don Rómulo, por mi parte quiero agradecerle por haberme permitido hurgar en sus libros, en documentos y discursos de su autoría y así contribuir, con este modesto trabajo, a dar a conocer su legado. Muy probablemente todos los venezolanos que nacimos en el siglo XX conozcamos su obra, porque fuimos betancuristas o antibetancuristas, pues nadie pudo pasar de manera inadvertida por nuestro país, en ese siglo, sin saber y fijar posición en torno a sus actuaciones en la vida pública. No estoy muy seguro que los venezolanos del siglo XXI conozcan su trabajo incansable por Venezuela. Ese es nuestro empeño: que nuestros jóvenes sepan de los desvelos de un hombre del siglo pasado por legarles un mejor país

Así lo han visto tres historiadores patrios, ninguno de los cuales fue militante de su partido y más bien críticos suyos y de AD, como Francisco Herrera Luque, Manuel Caballero y Germán Carrera Damas.

Herrera Luque en su novela *Los Cuatro Reyes de la Baraja*, concluye que Betancourt, después de Bolívar, junto a Páez, Guzmán Blanco y Gómez, fue uno de los hombres que más ha influido en la historia de Venezuela.

Germán Carrera Damas hace un análisis que debemos destacar, al sostener que Betancourt produjo una nueva concepción del Poder Público, del Estado y del Gobierno, cuando afirma:

La nueva concepción del Poder Público, del Estado y del Gobierno, presente en el pensamiento y obra de Rómulo Betancourt, en sus complementarias facetas de líder político, de orientador doctrinario y de estadista, conforma una armónica estructura político-jurídica en la que se vieron sintetizados e interpretados de manera creativa, los aportes del liberalismo, actualizado como concepción democrática de la libertad; del marxismo en sus expresiones como humanismo centrado en la gestación del hombre nuevo; del leninismo-trotskismo primario como teoría del poder, producto de la acción de masas

conducidas por un partido revolucionario; y de la social-democracia, como simbiosis del liberalismo y el socialismo, tanto en los procedimientos de formación, ejercicio y finalidad del Poder Público como en las metas revolucionarias de libertad y bienestar social. Todos estos aportes, fueron críticamente repensados por él, con base en una informada interpretación crítica de la condición sociohistórica de la sociedad venezolana de mediados del siglo XX.

Para luego concluir diciendo que:

... a Betancourt no se le hace justicia llamándolo “padre de la democracia”, pues fue algo más trascendente: “creador de la civilidad venezolana”.

Manuel Caballero en su obra *Betancourt Político de Nación*, comienza su trabajo con un epígrafe citando a Miguel Otero Silva, quien fue amigo y enemigo de Rómulo en diversas épocas:

A poner manos a la obra de enjuiciar a Betancourt, los venezolanos no admiten buenos oficios ni términos medios. Unos lo repudian con rencorosa acrimonia: ¡Betancourt es un bandido! Otros dan la vida, si se llega el caso, en resguardo de su prestigio: ¡Betancourt es un gran hombre! Y si algún espíritu cartesiano se le ocurriera aplicar en esta emergencia el método de la duda universal para enrumbarse por el viaducto del análisis: Yo opino que Betancourt como político presenta sus aspectos positivos y sus aspectos negativos... bueno, a ese lo linchan entre los otros dos.

Luego Caballero agrega algo de su propia cosecha de historiador implacable:

Durante muchos años, nos opusimos a la acción política de Rómulo Betancourt, a su segundo gobierno (durante el primero éramos demasiado jóvenes para hacerlo) y a su creación, Acción Democrática. Lo hicimos con toda la vehemencia de que somos capaces; pero no venimos, con este libro, de regresos ni de arrepentimientos; tampoco es que ahora hayamos escogido el fácil observatorio de la imparcialidad. No somos jueces, y eso nos exonera de tener que situarnos en un lado u otro de los dos extremos en que, a la hora de juzgar a Betancourt, Miguel Otero Silva dividía a los venezolanos en el texto que sirve de epígrafe a este libro. Nada de eso: ni renegados, ni jueces, ni observadores asexuados. Hemos, en dos palabras, tratado

~ Conciudadano Betancourt ~

de estudiar al personaje y a su época en historiens... Lo cual quiere decir que tratamos de comprender al hombre y a su tiempo en sus contextos ideológicos y epocales; confrontando su acción con sus propios propósitos, no con los nuestros; su proyecto con su realización, no con lo que nosotros hubiésemos propuesto o deseado.

Nosotros en cambio, parodiamos lo dicho por Miguel Otero, porque lo adversamos en nuestra afiebrada juventud, impregnada de intransigente radicalismo izquierdista, pero al estudiarlo a profundidad, en la época sosegada de nuestra madurez, lo llegamos a admirar y coincidir con su pensamiento socialdemócrata; por lo que podemos, ahora, concluir que Rómulo Betancourt en la Historia de Venezuela estuvo, está y estará, dicho con la brevísima genialidad de Zapata: “Siempre Listo”.

Antonio Ecarri Bolívar

BIBLIOGRAFÍA

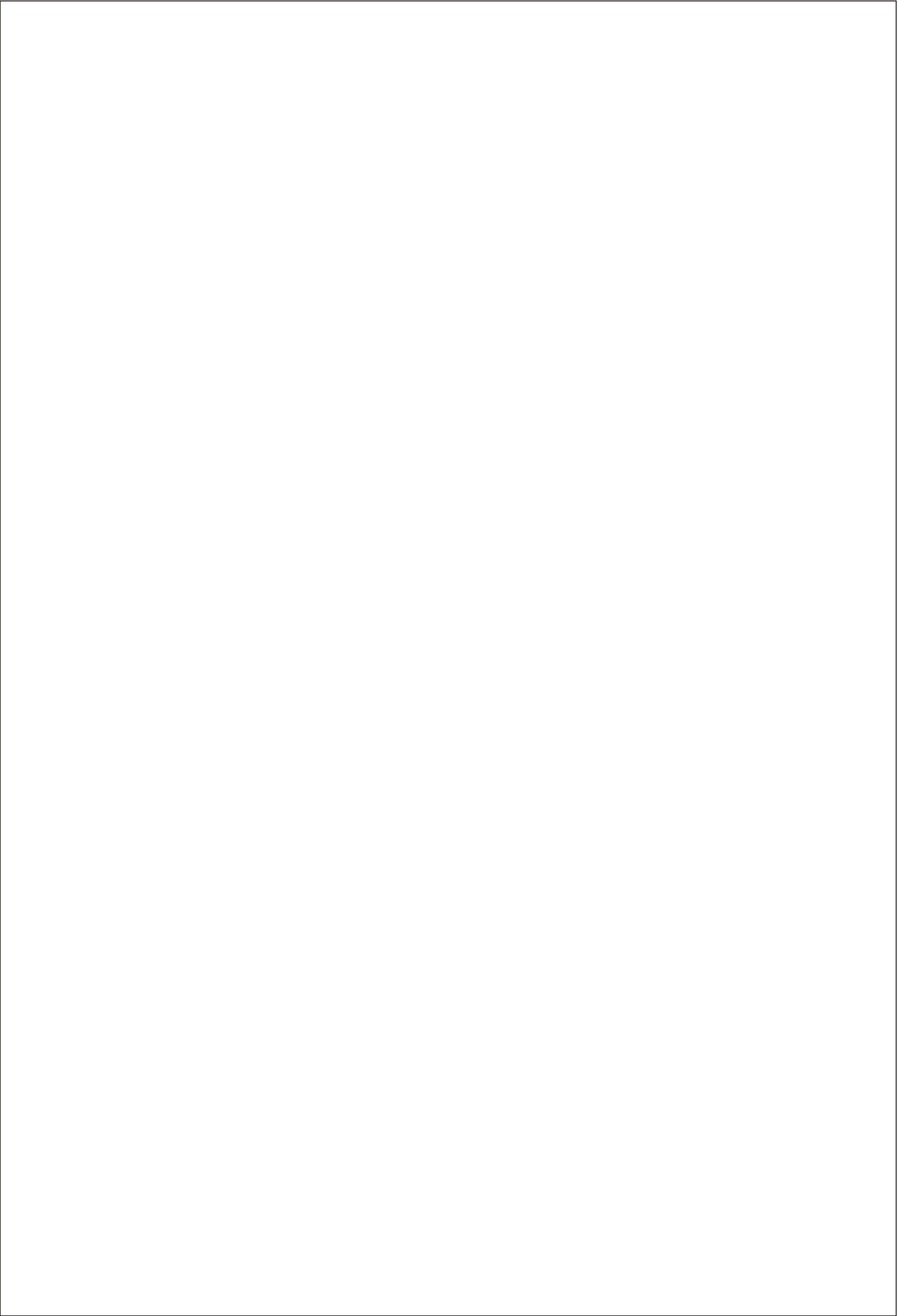
- Battaglini, Óscar. **El Medinismo**. Monte Ávila Editores Latinoamericana. Caracas. 1997.
- Battaglini, Óscar. **El Betancourismo 1945-1948: Rentismo petrolero, populismo y golpe de estado**. Monte Ávila Editores Latinoamericana C.A. Caracas. 2008.
- Betancourt, Rómulo. **Tres años de Gobierno Democrático (1959-1962)**. Imprenta Nacional. Caracas. 1962
- Betancourt, Rómulo. **Venezuela, Política y Petróleo**. Edit. Senderos C.A. Bogotá. 1969.
- Betancourt, Rómulo. **Hombres y Villanos**. Edit. Grijalbo S. A Caracas. 1987.
- Betancourt Valverde, Virginia. **Vida en Familia**. Edit. Fundación para la Cultura Urbana. Caracas. 2007.
- Blanco Muñoz, Agustín. **Acción Democrática. Memorias de una contradicción. Habla Gumersindo Rodríguez**. Ediciones UCV. 1989.
- Caballero, Manuel. **Contra la abolición de la historia**. Edit. Alfa. Caracas. 2008.
- Caballero, Manuel. **Las Venezuelas del siglo XX**. Edit. Grijalbo. Caracas. 1988.
- Caballero, Manuel. **Ni Dios ni Federación**. Edit. Planeta. Caracas. 1995.
- Caballero, Manuel. **Las Crisis de la Venezuela Contemporánea**. Edit. Alfadil. Caracas. 2003.
- Caballero, Manuel. **Rómulo Betancourt, político de nación**. Edit. Melvin. Fondo de Cultura Económica. Alfadil. Caracas. 2004.
- Caballero, Manuel. **La Internacional Comunista y la revolución latinoamericana**. Edit. Alfa. 2006.
- Caballero, Manuel. **Historia de los venezolanos en el siglo XX**. Edit. Alfa. Caracas. 2010.

- Carrera Damas, Germán. **Emergencia de un líder. Rómulo Betancourt y el Plan de Barranquilla.** Ed. Fundación Rómulo Betancourt. Caracas. 1994.
- Carrera Damas, Germán. **La Primera República Liberal Democrática. 1945-1948.** Edit. Fundación Rómulo Betancourt. Caracas. 2008.
- Carrera Damas, Germán. **Rómulo Histórico.** Editorial Alfa. Caracas. 2013.
- Catalá, José Agustín (compilador-edit). **Del Clandestino PDN al partido Acción Democrática. 1936-1941.** Caracas. 1996.
- Consalvi, Simón Alberto *et al.* **Auge y caída de Rómulo Gallegos.** Los Libros de El Nacional. Edit. Arte. Caracas. 2010.
- Consalvi, Simón Alberto. **Rómulo Betancourt. El 18 de octubre de 1945.** Edit. Seix Barral. Barcelona-Caracas. México. 1979.
- De la Plaza, Salvador. **Petróleo y Soberanía Nacional.** Tomo I (1926-1961). Edic. de la ULA. Mérida. 1996.
- Ecarri Bolívar, Antonio. **Socialdemócratas Vs Comunistas. Historia de una controversia venezolana.** Los Libros de El Nacional. Actualidad y Política. Serie Ensayo. Edit. Arte. Caracas. 2011.
- Fundación Rómulo Betancourt. **Rómulo Betancourt. Antología Política.** Volúmenes Quinto 1948-1952 y Sexto 1953-1958. Caracas 2003 y 2006.
- Freilich, Alicia. **La Venedemocracia. Hablan los constructores de la democracia venezolana.** Ediciones B. Bogotá. 2008
- Gómez, Alarico. **Marcos Pérez Jiménez. El último dictador (1914-2001).** Los Libros de El Nacional. Edit. Arte. Caracas. 2007.
- Hartmann de Betancourt, Renée. **Rómulo y yo.** Edit. Grijalbo. Barcelona. 1984.
- Hernández, Ramón. **Contra el Olvido. Conversaciones con Simón Alberto Consalvi.** Edit. Alfa. Caracas. 2011.
- Magallanes, Manuel Vicente. **Acción Democrática. Partido del pueblo.** Ediciones Adevén, Caracas 1993.
- Mondolfi Gudat, Edgardo. **El día del atentado.** Edit. Alfa. Caracas. 2013.
- Morales Gil, Eduardo. **El Primer exilio del joven Betancourt.** Ediciones Centauro. Caracas. 1988.
- Pérez Betancourt, Alvaro y González Gamboa, Claudia. **Mi Abuelo Rómulo.** Edit. Libros Marcados. Caracas 2013.

- Repertorio Americano. Costa Rica. **Rómulo Betancourt contra la dictadura de Juan Vicente Gómez. 1928-1935.** Ediciones Centauro. Caracas. 1982.
- Rodríguez, Gumersindo. **Rómulo Betancourt y la generación política de 1958.** OT Editores C.A. Caracas. 2012.
- Rodríguez, Gumersindo. **Rómulo Betancourt y la siembra del Petróleo. Principales escritos de economía política. 1927-1976.** OT Editores. Caracas. 2012.
- Rodríguez, Gumersindo. **Los Gobiernos de Carlos Andrés Pérez. La democracia constructiva frente a la autocracia destructiva.** OT Editores. C.A. Edit. Arte. Caracas. 2013.
- Romero, María Teresa. **Venezuela en defensa de la democracia/1958-1988.** Edit. Fundación para la Cultura Urbana. Caracas. 2005.
- Rodríguez, Valmore. **Escritos de época. Edición Homenaje del Congreso de la República a Valmore Rodríguez.** Caracas. 1988.
- Sosa Abascal, Arturo. **Rómulo Betancourt y el partido del pueblo. (1937-1941).** Edit. UCAB y Fundación Rómulo Betancourt. Caracas. 2001.
- Soto Tamayo, Carlos. **Rómulo: Democracia con Garra.** Edit. Texto S.R.L. Caracas. 1986.
- Suárez Figueroa, Naudy (Compilador). **Rómulo Betancourt. Selección de Escritos Políticos 1929-1981.** Fundación Rómulo Betancourt. Caracas 2007.
- Tarre Murzi, Alfredo (Sanin). **Rómulo.** Edit. Vadell Hnos. Valencia. 1984.
- Velásquez, Ramón J. *et al.* **Betancourt. En la Historia de Venezuela del siglo XX.** Edit. Centauro. 1960.

CONCIUDADANO BETANCOURT
Una entrevista imaginaria
de Antonio Ecarri Bolívar

Se terminó de imprimir en los talleres de
Signos Ediciones y Comunicaciones, C.A.
en el mes de abril de 2015



La entrevista imaginaria es, más que un género literario, una estrategia del escritor para hablar de temas de gran complejidad sin tener que recurrir a la retórica de la academia, en la que cada afirmación debe ser remitida a una fuente autorizada y cada anécdota refrendada por una cita. Se posee entonces la libertad para desarrollar un discurso inteligible sin que la ostentación reiterada de la erudición se interponga entre el texto y el placer del lector no especializado. En *Conciudadano Betancourt*, Antonio Ecarri Bolívar, inmune a las limitaciones del tiempo y el espacio, sostiene con Rómulo Betancourt un diálogo que no es menos real por ser imaginario, para darnos a conocer el pensamiento y la obra política de uno de los protagonistas de nuestra historia reciente.

Resultado de un examen riguroso de la bibliografía especializada y de los escritos, discursos y declaraciones del fundador de Acción Democrática, el autor construye un texto de gran unidad estilística en el que se entreveran, sin fisuras, la proverbial inventiva lingüística del entrevistado con las acertadas intervenciones de su propia pluma. El pensamiento y la acción de Rómulo Betancourt, a lo largo de una dilatada vida en la que participa, ya sea como actor o como contemporáneo, en las grandes transformaciones del Siglo XX se exhibe en estas páginas. La Revolución Rusa, las dos guerras mundiales, el conflicto entre el comunismo y la socialdemocracia, la Guerra Fría, la lucha contra las diversas dictaduras, el nacimiento de la democracia están presentes en esta entrevista imaginaria junto a los personajes que hicieron nuestra historia, la de América Latina y la de una parte del mundo moderno.



Antonio Ecarri Bolívar

Valencia, 1947, Abogado,
profesor universitario,
Vice Presidente Nacional de
Acción Democrática.

Publicaciones recientes:
Miguel Peña (Biografía, 2011),
Socialdemócratas vs. Comunistas.
Historia de una controversia
venezolana.
(Ensayo, 2011).

ISBN: 97898055555-7

